
PHOENIX RIDGE
HOCKEY
JUEGO DE
PODER
EMILY HAYES

JUEGO DE PODER

EMILY HAYES

ÍNDICE

Introducción

Capítulo 1
Capítulo 2
Ya verás
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Va a besarme
Capítulo 6
Estás
Las fotos son buenas. Estás
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Juntos, son peligrosos
Capítulo 11
Para. Para. Para
Todavía no
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Mamá
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
¿Qué estoy haciendo?
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
No seré tu secreto
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Epílogo

Postfacio

INTRODUCCIÓN

Os damos la bienvenida de nuevo a Phoenix Ridge 💛

Si ya habéis estado por aquí, ya sabréis que esta ciudad está llena de mujeres feroces, elecciones imposibles y esa clase de amor que se niega a seguir el camino marcado.

Y si esta es vuestra primera vez saltando al hielo con las Valquirias… habéis elegido un *muy* buen lugar para empezar.

Jugada de poder es una historia sobre la presión, el control y lo que ocurre cuando la única persona a la que no deberías desear es en la única en la que no puedes dejar de pensar. Trata sobre la ambición, la disciplina… y ese instante en el que todo empieza a desmoronarse.

Mara Ellison nunca pierde el control.

Lex Landry nunca sigue las reglas.

Si las juntas, es inevitable que algo termine rompiéndose.

Espero que sintáis la tensión, el fuego y cada momento intermedio.

Y como siempre —por mucho que caigan…—

hay un final feliz esperando al otro lado.

Disfrutad del viaje 🏒🔥

Emily 💋

1

El silbato rasgó el ambiente de la pista como una cuchilla, y todos los patines sobre el hielo se detuvieron.

Mara Ellison permanecía de pie tras la valla con los brazos cruzados, escrutando los rostros de sus jugadoras. Diecisiete mujeres que respiraban con dificultad, con el sudor oscureciendo sus camisetas bajo las potentes luces del techo. El primer campamento de pretemporada de la PWHL. El primer día en que una liga que se había pasado años fingiendo que el hockey femenino no existía las trataba como a una verdadera franquicia profesional. La mitad de su plantilla seguía patinando como si tuvieran algún sitio mejor en el que estar.

—Otra vez —dijo ella.

Nadie se quejó. Habían aprendido la lección en la primera semana del campamento de clasificación, cuando Mara había obligado a tres jugadoras a dar vueltas a la pista hasta que una de ellas vomitó. No es que hubiera disfrutado con aquello. Pero necesitaba que comprendieran que sus estándares no eran sugerencias. Eran el precio de la entrada.

Lou Calder, con aspecto firme e imperturbable como siempre, golpeó dos veces el hielo con su stick y las delanteras se reposicionaron en la zona neutral. Su pelo corto y oscuro estaba pegado a su frente, con los ojos verdes clavados en el ejercicio con

la concentración de alguien que llevaba una década curtiéndose en el hockey semiprofesional y que por fin tenía un equipo por el que valía la pena esforzarse. Camille Laurent-Dubois se recogió la coleta rubia bajo el casco y se alineó a su lado. Las defensas se emparejaron. Frankie O'Connell, que aún protegía su rodilla derecha tras la lesión en los playoffs de la temporada pasada, se colocó en posición con una determinación que le recordaba a Mara exactamente por qué entrenaba este deporte. Entrenaba por las mujeres que daban la cara cada día y se negaban a rendirse, no por la gloria o por unos cheques que apenas cubrían el alquiler.

Mara hizo sonar el silbato y el ejercicio estalló. Movimiento de pastilla, transiciones, pivotes rápidos por la zona neutral. Seguía cada pase, cada zancada, cada medio segundo de duda que les costaría caro contra equipos con plantillas más completas y décadas de ventaja institucional. Las vallas de la pista retumbaban bajo la fuerza de las cargas, y el plexiglás se estremecía en sus soportes. El hielo tenía ese olor penetrante de la mañana, limpio y metálico, mezclado con el calor del sistema de calefacción.

Les hizo repetir el ejercicio de transición tres veces más, y luego una secuencia de *forechecking* que dejó a media plantilla jadeando para la cuarta repetición. Rowan Pike, esbelta y disciplinada, ejecutó cada repetición con una precisión de manual. Elise Moreno dirigía la posición de central como un metrónomo, tranquila y serena, haciendo lecturas inteligentes y salidas limpias. Cuando Dani Petrovic siguió un pase cruzado y lo despejó del área con su bloqueador, Mara se permitió un único asentimiento. Solo uno. Esa era la moneda de cambio, y las jugadoras que llevaban más tiempo con ella entendían lo que valía.

—Acercaos.

Se reunieron junto a la valla, con el vapor emanando de los cascos. El olor colectivo del esfuerzo llenaba el espacio entre ellas. Lou estaba al frente, con los brazos apoyados en su stick, en una postura relajada pero atenta. Camille a su lado, tan cerca que sus hombros se tocaban. Mara ya no hacía comentarios al respecto. Había aceptado su relación tras el caos de la temporada pasada, y

ambas lo estaban gestionando como profesionales. Eso era todo lo que pedía.

—Mejor que ayer —dijo Mara, y dejó que el elogio se mantuviera un segundo antes de cortarlo en seco—. Pero seguimos sin estar donde necesitamos. La PWHL no es la liga de clasificación. Cada equipo al que os enfrentéis a partir de ahora lleva más tiempo haciendo esto, con plantillas más amplias, presupuestos mayores y cuerpos técnicos que han estado en el hockey profesional durante toda su carrera. —Hizo una pausa, mirando rostro por rostro—. No nos basta con ser lo bastante buenas. Tenemos que ser el equipo que nadie vio venir, y eso significa trabajar más que cualquier otra escuadra de esta liga. Sin excepciones.

Silencio. Del tipo adecuado. Del que significaba que estaban escuchando, absorbiendo, no solo esperando a que ella dejara de hablar para irse a la ducha.

Mara mantuvo el silencio un momento y luego las despidió.

—A las duchas. Volved a las dos para la revisión de vídeo.

Se dirigieron hacia el túnel, con los sticks golpeando contra las vallas mientras se adentraban en el pasillo. A Mara le llegaban fragmentos de conversación. Frankie soltando un chiste que hizo resoplar a Lou. El eco de la risa de Camille. La camaradería natural y cansada de mujeres que habían pasado juntas por el fuego y habían salido al otro lado. Ese sonido valía más de lo que cualquiera de ellas sabía. Mara había pasado el año transcurrido desde que se unió al equipo construyendo esa cultura, protegiéndola, descartando a las jugadoras que la amenazaban y cuidando a las que la fortalecían. Un vestuario en el que confiaban las unas en las otras era un equipo que podía ganar partidos que, sobre el papel, no debería ganar.

Se quedó tras la valla hasta que el último patín abandonó el hielo y luego consultó su reloj. Las nueve y treinta y un minutos. La reunión de Astoria era a las diez. Tiempo suficiente.

Caminó por el túnel, con sus botas resonando, pasando junto a jaulas de equipamiento llenas de protecciones y cinta, y el penetrante olor químico de la zona de carga de la pulidora de hielo. La vieja pista se caía a pedazos a su alrededor. Placas del techo desconchadas, vestuarios tan estrechos que las jugadoras se

cambiaban codo con codo, un despacho de entrenadores que olía permanentemente a café y a suelo de goma. Les había servido durante la temporada de clasificación, pero no era lugar para un equipo profesional. Mara había entrenado en instalaciones peores al principio de su carrera en Canadá. Había entrenado en pistas municipales con calefactores estropeados y duchas de las que salía agua marrón durante los primeros treinta segundos. Pero se suponía que aquellos días ya habían quedado atrás.

Goldie la esperaba fuera de su despacho, moviendo la cola, con todo el cuerpo agitándose con una alegría sencilla que aliviaba la opresión en el pecho de Mara cada vez que la veía. Se agachó y rascó las orejas de la Golden Retriever, hundiendo los dedos en su suave pelaje. Goldie se apoyó en sus manos y cerró los ojos.

—Buena chica. Vamos, un descanso rápido antes de que llegue la jefa.

Le puso la correa y sacó a Goldie por la salida lateral hacia el aparcamiento. La perra tiró hacia el césped con su optimismo habitual, marcando amplios arcos con la cola en el aire templado. La luz del sol de finales de septiembre le dio de lleno en la cara, cálida y brillante, trayendo la brisa con aroma a salitre que llegaba desde la costa. Phoenix Ridge se extendía a su alrededor con su habitual y hermoso caos: fachadas de madera y almacenes de ladrillo rehabilitados, avenidas flanqueadas por encinas que bajaban en pendiente hacia el puerto, y el destello lejano del océano entre los tejados. Mara dejó que Goldie olisqueara por el bordillo mientras ella estiraba los hombros y giraba el cuello. La mañana ya era calurosa. Por la tarde haría un calor de justicia; la densa humedad costera haría que el paseo desde el aparcamiento hasta la pista pareciera el doble de largo.

Goldie terminó sus asuntos. Mara recogió, tiró la bolsa al contenedor y volvió a entrar.

La sala de juntas de la vieja pista no tenía nada digno de mención. Una mesa larga, ocho sillas desparejadas, una pizarra blanca aún cubierta con el cuadro de los playoffs de la temporada pasada que nadie se había molestado en borrar. Astoria Shepry ya estaba sentada a la cabecera de la mesa, con una carpeta de piel

abierta ante ella y el teléfono boca abajo sobre la madera pulida. Parecía venir de un universo completamente distinto. Traje gris marengo impecablemente entallado, el pelo oscuro recogido hacia atrás sin un solo mechón fuera de su sitio. Estaba sentada a la cabecera como si las sillas desparejadas y la pizarra manchada hubieran sido dispuestas específicamente para ella; el tipo de mujer que había construido un imperio empresarial y había decidido dedicar parte de él a transformar el hockey femenino.

—Mara. Siéntate.

Mara se sentó. Goldie se acomodó bajo la mesa a sus pies con un suspiro profundo que hizo vibrar el tablero.

—¿Cómo va el campamento? —preguntó Astoria.

—En ello estamos. La defensa es sólida, sobre todo con el regreso de Frankie. Las delanteras necesitan trabajar la velocidad en las transiciones. Dani está fina en la portería. —Mara hizo una pausa —. Estamos por detrás de donde me gustaría estar.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre es verdad. —Mara rascó tras las orejas de Goldie bajo la mesa, un hábito que la tranquilizaba cuando las reuniones se alargaban.

La boca de Astoria hizo una mueca. —El nuevo estadio cumple los plazos. La obra estructural ha terminado. La semana que viene instalan la planta de hielo. El sistema de sonido, los asientos, las pantallas de vídeo... todo según lo previsto. Estaremos allí para el primer partido.

Mara se lo imaginó. Unas instalaciones de verdad. Vestuarios profesionales con espacio real. Una sala de vídeo que no fuera un armario reconvertido. Hielo en el que no aparecieran zonas blandas para el tercer periodo porque el compresor no daba abasto. Llevaba esperando aquello desde que Astoria le enseñó los planos por primera vez hacía un año, sentada en esta misma sala, y le prometió un futuro por el que valía la pena luchar.

—Bien —dijo—. Las jugadoras lo necesitan. Jugar en esta pista contra equipos de la PWHL daría una imagen equivocada antes incluso de que la pastilla tocara el hielo.

—De acuerdo. —Astoria cerró su carpeta y cruzó las manos. El cambio en su postura fue leve, pero tras tres años trabajando con esta mujer, Mara captaba cada microexpresión. Se avecinaba un movimiento. Uno que Astoria ya tenía decidido. —He realizado un fichaje.

La mandíbula de Mara se tensó. —¿Sin consultarme?

—Te estoy consultando ahora.

—A toro pasado.

—Mara. —La voz de Astoria tenía ese tono plano que significaba que la decisión era inamovible. Descruzó las piernas y se inclinó hacia delante, con los codos en la mesa—. Alexandra Landry. Se hace llamar Lex.

El nombre cayó en la sala y se quedó allí flotando. Mara se quedó petrificada.

Mara había seguido la historia como todo el mundo en el deporte profesional. Lex Landry, excapitana de la selección estadounidense de hockey hierba, una de las atletas más dotadas de su generación, que había abandonado su deporte en medio de una vorágine de controversia pública. La disputa con la federación por la igualdad salarial y el trato a las jugadoras. Las acusaciones de ser difícil, arrogante, imposible de entrenar. La rueda de prensa en la que Landry se había plantado ante un atril frente a los medios nacionales y le había dicho al organismo rector exactamente lo que pensaba de ellos, y luego se había negado a retractarse cuando le ofrecieron una vía de regreso.

—La jugadora de hockey hierba —dijo Mara.

—Exjugadora de hockey hierba. Lleva catorce meses entrenando sobre hielo. Patinó a nivel competitivo de niña antes de especializarse en hockey hierba, y empezó un entrenamiento intensivo sobre hielo el mismo día que dejó la federación. Los resultados de las pruebas son excepcionales, Mara. Velocidad, agilidad, manejo del stick, sentido táctico. Lee las jugadas como si llevara haciendo esto toda la vida. Es una central nata.

—Es una fuente de problemas. —Los dedos de Mara se apretaron entre sí.

—Es una atleta de las que aparecen una vez por generación que necesita un segundo acto, y nosotras necesitamos una central con instinto ofensivo. He visto los vídeos de las pruebas. Todos. Es real.

Mara se reclinó y entrelazó los dedos sobre su estómago. Bajo la mesa, Goldie se movió contra sus tobillos, cálida y firme. El aire acondicionado zumbaba sobre sus cabezas, apenas pudiendo con el calor exterior. Su chaqueta de entrenadora daba demasiado calor para aquella sala, pero no se la quitó. La armadura se mantenía puesta en las reuniones con Astoria.

—He leído sobre ella. En cada equipo del que ha formado parte, con cada entrenador a cuyas órdenes ha jugado, la historia acaba igual. Hace lo que le da la gana, ignora el plan de juego y, cuando alguien se lo echa en cara, lo quema todo y se marcha quedando como la heroína.

—Se plantó por la igualdad salarial de las deportistas. Pensaba que eso lo respetarías.

—Y lo respeto. Pero el respeto y las decisiones sobre la plantilla no son lo mismo. —La voz de Mara se endureció—. He entrenado a jugadoras con egos descomunales antes. He entrenado a mujeres con talento que no sabían seguir instrucciones, que creían que sus aptitudes las eximían del trabajo que hace el resto del equipo. Siempre acaba mal. Para ellas, para el equipo y para el entrenador.

Se inclinó hacia delante. —Aquí estamos construyendo una cultura, Astoria. Un equipo. Una cultura. Si sueltas a alguien con su reputación en mi vestuario, todo lo que he estado creando correrá peligro.

Astoria guardó silencio. Luego añadió: —Eres una de las mejores entrenadoras del hockey femenino. Si alguien puede llegar hasta ella, eres tú.

—Es un cumplido. Pero no es un argumento. —Mara mantuvo la voz firme, con la columna apoyada en el respaldo de la silla.

—No pretendía ser un cumplido. Era la constatación de un hecho. —Astoria se levantó, guardándose el teléfono en el bolsillo—. El trato está cerrado. Le vamos a pagar bien. Está motivada y quiere demostrar que todos los que dijeron que era un truco publicitario se equivocan. Llega mañana. Dale una oportunidad justa.

Mara quiso discutir más. Sentía las objeciones amontonándose en su garganta, organizadas y afiladas, cimentadas en veinte años de experiencia como entrenadora que le decían exactamente cómo acabaría esto. Pero Astoria hacía lo que Astoria quería. Ese era el trato. Tenías el dinero, las instalaciones, la ambición. A cambio, aceptabas que la mujer que firmaba los cheques hiciera de vez en cuando movimientos que te revolvían el estómago.

—Está bien —dijo Mara. La palabra le supo amarga. Se la tragó de todos modos—. Pero si desestabiliza mi vestuario, yo me encargo a mi manera.

—No esperaba menos. —Astoria se detuvo en la puerta—. Por lo que valga, creo que te sorprenderá.

Se marchó. La puerta hizo clic al cerrarse tras ella.

Mara se quedó a solas en la sala de juntas con el zumbido de las luces y el peso cálido de Goldie contra sus espinillas. El aire acondicionado se apagó y luego volvió a arrancar con dificultad. A través de la estrecha ventana, las grúas de construcción del nuevo estadio se alzaban contra el cielo azul, y las vigas de acero reflejaban el sol de mediodía. Más allá, tras los edificios del puerto y la franja de paseo marítimo que alcanzaba a distinguir, el océano brillaba en el horizonte, liso y luminoso. Se quedó mirándolo sin verlo realmente. Su mente ya estaba trazando escenarios. Una jugadora nueva con problemas de actitud y seguidores en todo el mundo, soltada en un vestuario lleno de mujeres que se habían ganado su puesto tras años de esfuerzo. Una jugadora en la que se fijarían los medios, que atraería atención y escrutinio sobre una franquicia que necesitaba ganarse la credibilidad mediante resultados, no mediante titulares.

Sacó su teléfono, dudó un instante y luego tecleó *Lex Landry* en la barra de búsqueda.

Los resultados cargaron al instante. Cientos de miles de entradas. No se trataba de una atleta marginal con unos pocos seguidores. Era una mujer que había sido portada de revistas, que había testificado ante el Congreso sobre la igualdad salarial en el deporte femenino y que había rechazado contratos de patrocinio

millonarios porque las marcas no se comprometían a invertir lo mismo en los equipos masculinos que en los femeninos.

El primer resultado era un reportaje de Sports Illustrated de hacía dieciocho meses. *La atleta con más talento que nadie puede controlar.* La foto mostraba a una mujer alta, de constitución poderosa, con el pelo oscuro y revuelto a la altura de los hombros y los brazos tatuados cruzados sobre el pecho, apoyada en el poste de una portería con una sonrisa que lograba parecer totalmente relajada y ligeramente peligrosa a la vez. Llevaba la camiseta de la selección de EE. UU. con las mangas subidas por encima de los codos, dejando ver la tinta desde la muñeca hasta el bíceps. Mandíbula marcada, ojos oscuros y penetrantes, un rostro que a los fotógrafos les encantaba porque no necesitaba esforzarse.

Mara siguió bajando. Más artículos. *Landry abandona las negociaciones con la federación. «No jugaré para gente que no nos respeta»: la explosiva rueda de prensa de Lex Landry. La capitana de la selección nacional, sancionada tras una disputa pública.*

Y luego las redes sociales. Instagram, cientos de miles de seguidores. Fotos de Lex entrenando, viajando, posando con fans fuera de los estadios. Atlética, segura de sí misma, sin pedir disculpas por ser ella misma en cada toma. Había una foto de ella en algún evento, con una camiseta de tirantes negra y vaqueros rotos, con el brazo pasado por encima de un grupo de mujeres que la miraban con abierta admiración. Otra de ella en pleno sprint durante un partido de hockey hierba, con los músculos en tensión, expresión feroz y el cuerpo cargado de una potencia explosiva.

El pulgar de Mara se quedó suspendido. Pasó de largo fragmentos de entrevistas, apariciones en podcasts y una foto de un evento benéfico donde la sonrisa torcida de Landry apuntaba directamente a la cámara con una intensidad de la que resultaba imposible apartar la vista. También había vídeos de entrenamiento. Lex sobre el hielo, tras más de un año de su reconversión al hockey, moviéndose con una fluidez que delataba su base de patinaje infantil y los diez meses de entrenamiento intensivo en la academia que había realizado antes de fichar. Rápida. Explosiva. Con carencias en algunos puntos, sí. Sus virajes eran bruscos, sus frenadas poco

eficientes, su posicionamiento más instintivo que estructural. Pero el atletismo puro era innegable. Mara comprendía lo que Astoria había visto. El caos venía de la mano, con la misma claridad.

Bloqueó el teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesa. La foto era fascinante. No iba a pararse a analizar por qué. Mara presionó las palmas de las manos contra la madera fría de la mesa de juntas y respiró hondo. Tenía cuarenta y ocho años, no era una entrenadora novata deslumbrada por una atleta guapa.

Veinte años. Eso era lo que le había dedicado a esta carrera. Veinte años labrándose una reputación basada en la disciplina, la estructura y el control. Luchando por entrar en salas donde no querían a una mujer entrenando, y mucho menos a una mujer que exigía los mismos estándares que en el juego masculino. Demostrando su valía en ligas que apenas daban para pagar la gasolina. Viviendo en apartamentos que casi no podía permitirse en ciudades que nunca llegaba a ver porque siempre estaba en la pista, siempre revisando vídeos, siempre planeando el siguiente entrenamiento. Había renunciado a relaciones, a amistades, a cualquier cosa que pudiera distraerla del trabajo. Y el trabajo había dado sus frutos. Había levantado a las Valkyries de la nada hasta convertirlas en una franquicia de la PWHL. Este era su equipo. Su sistema. Su legado.

Y Astoria acababa de soltar una cerilla encendida en medio de todo aquello y se había marchado de la sala sonriendo.

—Nos va a dar problemas, Goldie.

La cola de Goldie dio un golpe contra el suelo.

—Problemas de todo tipo.

Mara recogió sus cosas y volvió a su despacho. Tenía planes de entrenamiento que ultimar, vídeos de partidos que revisar y un sistema que construir capaz de resistir lo que fuera que Lex Landry estuviera a punto de lanzarle. Abrió su portátil, consultó el calendario de la temporada y se puso a trabajar.

No pensó en la foto.

Tenía un equipo que entrenar, una temporada que preparar y cien problemas más urgentes que una atleta temeraria con un rostro famoso.

Eso era lo único que importaba.

2

La antigua pista de las Valkyries parecía pertenecer a un documental sobre programas deportivos comunitarios con falta de fondos. Lex Landry estaba en el aparcamiento con una bolsa de deporte al hombro y su equipo a los pies, entrecerrando los ojos ante el achaparrado edificio de hormigón con sus carteles descoloridos y un tejado que parecía mantenerse unido por pura determinación y cinta americana. Una ráfaga de cálido viento costero le sopló el pelo oscuro sobre la cara y ella se lo apartó con impaciencia.

Había jugado en estadios con capacidad para treinta mil personas. Había entrenado en instalaciones con piscinas de hidroterapia, cámaras de altitud y laboratorios de nutrición que costaban más al año de lo que valía todo este edificio. Lo había dejado todo atrás, y volvería a hacerlo, pero eso no significaba que no pudiera echar de menos las comodidades.

El móvil le vibró en el bolsillo. Un mensaje de su nueva representante: *Buena suerte hoy. No te pelees con nadie.*

Lex sonrió y se guardó el teléfono sin responder.

La puerta principal estaba entreabierta, sujeta con un tope de goma. En el interior, el vestíbulo era pequeño y anticuado, con una vitrina de trofeos en una pared que albergaba un puñado de placas y una foto de equipo enmarcada de la fase de clasificación de la

temporada pasada. El aire era más fresco dentro, cargado con el familiar picor químico del ambiente de las pistas. Diferente del césped del hockey sobre hierba en el que había pasado su carrera, pero no del todo ajeno. Había patinado de niña, antes de que su madre decidiera que el hockey sobre hierba era el camino hacia una beca y que cualquier otra cosa era una pérdida de tiempo.

—¿Lex Landry?

Se dio la vuelta. Dos mujeres caminaban hacia ella desde la dirección del gimnasio. La primera era alta y de constitución robusta, con el pelo oscuro y corto y ese aspecto curtido y eficiente que dan los años de dejarse la piel en un deporte que no da dinero. Lou Calder, supuso. La capitana del equipo. Lex había hecho sus deberes. A su lado había una rubia de una belleza llamativa, con rasgos afilados y un porte natural que a Lex le recordó a las atletas europeas contra las que había competido en torneos internacionales. Camille Laurent-Dubois. La que había salido del armario públicamente la temporada pasada tras dejar a un jugador de la NBA. Lex respetaba aquello. Salir del armario cuando todo el mundo te está mirando requería un valor que la mayoría de la gente nunca llegaba a encontrar.

—Esa soy yo —dijo Lex.

Lou le tendió la mano. Nudillos con cicatrices, apretón fuerte. —Lou Calder. Bienvenida.

—Gracias. Tenéis un buen sitio aquí —Lex echó un vistazo al vestíbulo con el más leve atisbo de sonrisa.

La boca de Lou hizo una mueca. —Se le acaba cogiendo cariño. Pronto nos mudaremos al nuevo pabellón. Es mejor.

—Te creo. —Lex se ajustó la bolsa de deporte más arriba en el hombro, observando el linóleo desgastado y la vitrina de trofeos con sus fotos descoloridas.

Camille dio un paso adelante y le estrechó la mano; un gesto cálido y refinado. —Camille. Me alegra que estés aquí. He visto vídeos tuyos de hockey hierba. Vas a aterrorizar a unas cuantas porteras.

—Ese es el plan.

La acompañaron por un pasillo con luces fluorescentes que zumbaban sobre sus cabezas y un ligero olor a sudor antiguo impregnado en las paredes. El gimnasio estaba tras unas puertas dobles; era compacto pero estaba bien equipado. Pesas libres, máquinas de poleas, una fila de bicicletas, colchonetas apiladas en la esquina. Una mujer estiraba cerca de la pared del fondo, con el pelo oscuro recogido y una expresión serena, observando la entrada de Lex con un interés tranquilo.

—Elise Moreno —dijo Lou—. Tu compañera de piso.

Elise se levantó y cruzó el gimnasio con paso ligero. Era alta, fuerte, con una disciplina que sugería entrenamiento más que fuerza bruta, y una presencia estable que hacía que la habitación pareciera más silenciosa. Le ofreció la mano con una sonrisa cálida.

—Bienvenida a Phoenix Ridge. Ya tengo lista la habitación de invitados en el apartamento. Ahora hay muebles de verdad, que es más de lo que yo tenía cuando me mudé.

Lex sonrió. Le cayó bien de inmediato. —Gracias. Viajo ligera de equipaje, así que no te preocupes por el espacio.

—Podemos ir después del entrenamiento. Te enseñaré el barrio. Hay una cafetería estupenda, Lavender's, a unas tres manzanas de casa. Los viernes hacen una noche lésbica que, por lo visto, es el evento social de la temporada por aquí.

La sonrisa de Lex se ensanchó. Se apoyó en una máquina de poleas con los brazos cruzados. —¿Esta ciudad tiene una noche lésbica en una cafetería? —Lex sacudió la cabeza, sonriendo—. Ya me gusta.

Camille se rió. —Phoenix Ridge cuida de los suyos. Ya lo verás.

Charlaron unos minutos más. Lou le preguntó por su experiencia en el hockey sobre hielo y Lex fue breve: patinaje de niña, algunos partidos informales a lo largo de los años y catorce meses de entrenamiento intensivo desde que dejó la federación. Había pasado los primeros diez meses en una academia privada de hockey en Minnesota antes de fichar por las Valkyries. Camille le preguntó qué se sentía al cambiar de deporte a este nivel. Lex se encogió de hombros. —Pregúntame dentro de un mes. Ahora mismo es a partes iguales aterrador y adictivo.

Lou comprobó la hora en el reloj del gimnasio. —La entrenadora quiere verte antes del entrenamiento. Te llevaré a su despacho.

Lex cogió su bolsa. El pasillo hacia los despachos de los entrenadores era estrecho y frío, con las paredes de hormigón llenas de pizarras blancas cubiertas de diagramas de jugadas y horarios de entrenamiento. Lou se detuvo ante una puerta que decía *M. Ellison — Primera Entrenadora* y llamó dos veces.

—Adelante.

Lou abrió la puerta y se hizo a un lado. —Lex Landry, entrenadora.

Lex entró.

El despacho era pequeño y estaba abarrotado. Estanterías repletas de manuales de entrenamiento y carpetas con grabaciones de partidos. Un escritorio sepultado bajo papeles, un portátil y una taza de café con el logo de las Valkyries. Pizarras tácticas en cada pared, cubiertas de piezas magnéticas y flechas de rotulador. Olía a café, mezclado con el tenue aroma a pino de un ambientador que estaba perdiendo la batalla contra la humedad del edificio antiguo.

Y tras el escritorio, poniéndose de pie para recibirla, estaba Mara Ellison.

Lo primero que pensó Lex fue que las fotos de internet no le hacían justicia. Mara era alta, de hombros anchos, atlética incluso a sus casi cincuenta años, con el tipo de constitución que nace de décadas de serio compromiso físico. Su pelo rubio, con hebras grises, estaba recogido en una coleta tirante que acentuaba una mandíbula fuerte y unos penetrantes ojos azules. Vestía una chaqueta oscura de entrenamiento subida hasta el cuello, con las mangas remangadas hasta revelar unos antebrazos que parecían haber pasado años empuñando sticks y apoyándose en las vallas de la pista. Todo en ella proyectaba autoridad, de esa que se lleva grabada en los huesos más que interpretada.

Ah, no. Conocía esa sensación. Se había sentido atraída exactamente por ese tipo de mujer durante toda su vida adulta: mujeres mayores, con aristas afiladas e interiores complicados. De las que parece que te romperán si te acercas demasiado, pero que podrían valer el daño. Nunca había acabado bien, y aquí estaba ella,

en su primer minuto en el despacho, mirando a la única persona a la que absolutamente no podía desear.

Un golden retriever salió de detrás del escritorio y saltó hacia Lex moviendo todo el cuerpo. Lex se puso de rodillas de inmediato, dejando que el perro se restregara contra ella, con el rabo golpeando contra su pierna.

—Hola, preciosa. Oh, mírate. —Le frotó las orejas y el cuello al perro, dejando que le lamiara la barbilla. El pelaje era suave y cálido bajo sus dedos, y la alegría entusiasta del animal fue el antídoto perfecto para la tensión que se acumulaba en su pecho.

—Esa es Goldie —dijo Mara. Su voz era pausada, formal. La voz de una mujer que no iba a poner las cosas fáciles. Permanecía de pie tras su escritorio con los brazos cruzados, observando a Lex en el suelo con su perro.

—Es perfecta. —Lex levantó la vista del perro. La expresión de Mara era cuidadosamente neutral, pero algo se movió tras esos ojos azules. Sorpresa, quizá, ante la ternura de Lex con el animal. O cautela. Probablemente cautela.

—Siéntese.

Lex se sentó. Goldie se acomodó junto a su silla, presionando contra su pierna. Mara permaneció de pie un momento, mirándola con una expresión que Lex no pudo descifrar, y luego se sentó tras su mesa.

—Bienvenida a las Valkyries. Seré directa con usted porque así es como funciono. Este equipo se basa en la disciplina y los sistemas. Cada jugadora se compromete o se queda en el banquillo. Sin excepciones. Su reputación sugiere que tiene un problema con la autoridad.

—Mi reputación sugiere muchas cosas.

—Yo no trabajo con sugerencias. Trabajo con lo que veo en el hielo. —Los ojos de Mara estaban fijos, sin pestañear—. Tiene talento. Astoria me enseñó los vídeos de las pruebas. Pero el talento sin estructura es caos, y yo no tolero el caos en mi pista.

Lex le sostuvo la mirada. Esa sensación cálida en su estómago estaba empeorando. La intensidad de Mara era magnética, una energía concentrada que hacía que Lex quisiera oponer resistencia

solo para ver qué pasaba. Entrelazó las manos en su regazo y mantuvo el rostro neutral.

—He venido a jugar al hockey. Eso es todo.

—Bien. Porque tiene mucho trabajo por delante. Las habilidades del hockey hierba no se transfieren directamente. Su patinaje necesita refinarse. Su posicionamiento está verde. Necesitará sesiones individuales extra conmigo fuera del entrenamiento regular para que sus fundamentos alcancen el nivel exigido.

Lex se erizó. Las palabras le escocieron como un desprecio a todo lo que había logrado: cada título, cada campeonato, cada récord. Solo porque fuera buena en un deporte no significaba que fuera a serlo en este. Eso era lo que Mara estaba diciendo sin decirlo.

YA VERÁS

—Estaré allí —dijo Lex—. En cada sesión.

—Sé que lo hará. Porque si no lo hace, no juega.

Se miraron fijamente. El despacho estaba en silencio, salvo por el zumbido de los fluorescentes y la respiración acompasada de Goldie. Lex podía oler el café de Mara y, bajo este, un aroma limpio y ligeramente punzante, como a jabón o al frío persistente del hielo. La distancia entre ellas era el ancho de un escritorio y se sentía mucho menor. Lex tuvo una conciencia súbita y vívida de las manos de Mara descansando planas sobre la superficie de la mesa: fuertes, sin anillos, con las uñas cortas.

Devolvió su atención al rostro de Mara. Aquella mirada seguía clavada en ella. Mara veía más de lo que dejaba entrever, y el peso de aquello presionaba contra la piel de Lex. Una mujer que lo catalogaba todo y no revelaba nada.

—Eso es todo por ahora —dijo Mara—. El vestuario está al final del pasillo a la izquierda. El entrenamiento empieza en veinte minutos.

Lex se levantó. El rabo de Goldie golpeó el suelo mientras ella se dirigía a la puerta. Se detuvo en el umbral y miró hacia atrás. Mara ya se había vuelto hacia su portátil, con la mandíbula tensa y la postura rígida.

—¿Entrenadora?

Mara levantó la vista.

—Voy a demostrarle que se equivoca con respecto a mí.

La expresión de Mara cambió. No fue ira, ni diversión. Fue un destello de vulnerabilidad que desapareció antes de que Lex pudiera interpretarlo.

—Cámbiese. Veinte minutos.

Lex caminó por el pasillo hacia el vestuario, con la bolsa de deporte golpeándole la cadera. Goldie la vio irse desde la puerta del despacho, todavía moviendo el rabo, y Lex sintió una absurda punzada de afecto por un perro al que conocía desde hacía cinco minutos. Al menos un ocupante de aquel despacho se alegraba de verla.

Se vistió rápido, poniéndose el equipo con la facilidad propia de alguien que llevaba vistiéndose para competir desde los once años. Las protecciones de hockey eran más pesadas que las de hockey hierba, más voluminosas, y los patines se sentían como si se atara cuchillas a la suela de unas botas. Pero el ritual de preparación era el mismo en todos los deportes: el silencio concentrado, el ajuste de las correas, la reducción deliberada del mundo a la competición que se avecinaba. El vestuario olía a caucho, a antiséptico, a ese rancio profundo de un espacio que ha absorbido décadas de sudor. Otras jugadoras fueron entrando, algunas miradas curiosas, algunos asentimientos. Ya se ocuparía de las presentaciones formales más tarde.

El entrenamiento fue brutal.

Mara las hizo pasar por ejercicio tras ejercicio: secuencias de transición, ciclos en zona neutral, posicionamiento defensivo. Su voz cortaba el espacio resonante de la pista con una claridad que no dejaba lugar a interpretaciones. Cada instrucción era nítida, cada corrección inmediata. Lex se entregó en cada repetición, con sus piernas de hockey sobre hielo aún intentando alcanzar a sus instintos de hockey hierba. Los patines eran distintos, el stick era distinto, los ángulos eran distintos. El disco se sentía más pesado, la superficie más rápida, las frenadas más bruscas que cualquier cosa que hubiera hecho sobre hierba. Los muslos le ardían por las

exigencias desconocidas de parar y arrancar sobre cuchillas. Los hombros le dolían por el arco más amplio del stick de hockey. En su tercer turno, se le enganchó un canto en un cruce y cayó con fuerza, deslizándose contra la valla con un estruendo que hizo vibrar el cristal. Algunas jugadoras desviaron la mirada cortésmente. Frankie no lo hizo. —Buena esa, novata —gritó, sonriendo. Lex se levantó, se sacudió y siguió patinando. Se había caído mil veces en Minnesota. Caerse formaba parte del aprendizaje.

Pero su cuerpo aprendía rápido. Siempre lo había hecho. Ese era el regalo que le había dado su madre, lo único bueno que salió de una infancia de entrenamiento implacable: la capacidad de absorber información física a una velocidad que dejaba a los entrenadores impresionados y a las rivales furiosas. El juego se abrió a su alrededor, los patrones se volvieron legibles, el hielo se convirtió en una superficie que podía leer. Las otras jugadoras se movían a su alrededor como un sistema, cada pieza en su lugar designado, y los espacios entre ellas eran visibles; ahí donde habita el juego creativo.

El problema era el sistema. El sistema de Mara era rígido, posicional, basado en el espaciado y las asignaciones de cobertura que requerían que cada jugadora estuviera exactamente en el lugar correcto en el momento preciso. Los instintos de Lex le gritaban que improvisara, que atacara los huecos abiertos, que confiara en su velocidad y visión para crear jugadas que el sistema no permitiría.

Ignoró una orden de cobertura y se lanzó con fuerza hacia la red en una escapada. La jugada fue preciosa. Regateó a dos defensoras y deslizó el disco por la escuadra, y el sonido de este golpeando el fondo de la red fue profundamente satisfactorio.

El silbato chilló.

—¡Landry! —La voz de Mara atravesó la pista con la fuerza de un cañonazo. Todas las cabezas se giraron—. Ese no era el ejercicio.

Lex patinó hacia la valla donde estaba Mara, con el stick cruzado sobre las rodillas y la sangre bombeando. —He marcado.

—Ha abandonado sus responsabilidades defensivas por buscar una jugada personal. Si esto fuera un partido de verdad, acaba de regalarles un dos contra uno en la otra dirección.

—Si esto fuera un partido de verdad, habría puesto al equipo por delante. —Lex plantó su stick en el hielo y se apoyó en él, respirando con dificultad, con el sudor goteando de su barbilla.

La mandíbula de Mara se tensó. Aquellos ojos azules ardieron. —Al banquillo. Ahora.

—¿Me manda al banquillo por marcar? —Las palabras salieron más altas de lo que pretendía, resonando en las vigas del techo.

—La mando al banquillo por no escuchar. Siéntese. Lo discutiremos después del entrenamiento.

La pista se había quedado completamente en silencio. Todas las jugadoras en el hielo estaban mirando. Lex sentía el calor subiendo por su pecho, la furia familiar de que le dijeran que se equivocaba cuando sabía que tenía razón. Sus dedos se apretaron alrededor del stick hasta que la cinta crujió bajo la presión. Quería discutir. Quería tirar el casco. Quería patinar pasando tan cerca de Mara como para ver si aquella mirada la seguiría como lo había hecho en el despacho.

Pero se había prometido a sí misma que esta vez sería diferente. Había quemado todos los puentes en el hockey hierba por negarse a ceder, y había tenido razón al hacerlo, pero tener razón y estar empleada eran dos cosas distintas. Esta era su segunda oportunidad. Quizá la última.

Se tragó la ira. Se sentó en el banquillo. Observó el resto del entrenamiento con el casco entre los pies y la mandíbula tan apretada que le dolían los dientes.

Desde el banquillo, el juego se veía diferente. Lo que Mara estaba construyendo se hizo visible. El sistema tenía una lógica, una especie de elegancia estructural que premiaba la anticipación sobre la reacción. Las jugadoras que lo entendían se movían como si se leyeran el pensamiento, llenando huecos antes de que se abrieran, cubriendo transiciones antes de que empezaran. Elise Moreno, en particular, jugaba de central con una economía que resultaba casi hipnótica. Cada movimiento ahorrativo, cada decisión un tiempo por delante de la jugada. Era lo opuesto a cómo jugaba Lex, y una parte reacia de su cerebro reconoció que era efectivo.

Eso no significaba que Mara tuviera razón al mandarla al banquillo. No sientas a tu jugadora con más talento por demostrar lo que puede hacer. No castigas la brillantez porque no encaja dentro de un diagrama.

Mara no la miró ni una sola vez durante el resto de la sesión. Ni una mirada, ni una palabra. Lex bien podría haber sido parte del mobiliario.

Las jugadoras terminaron y se retiraron. Algunas le lanzaron miradas de simpatía al pasar. Frankie O'Connell murmuró, con media sonrisa: —Primer día difícil. Camille le apretó el hombro sin detenerse. Lou no dijo nada, pero su expresión no era hostil.

Lex se quedó en el banquillo, esperando, mirando el hielo desgastado y escuchando el crujido del edificio a su alrededor. El compresor emitía su zumbido monótono. Las luces vibraban. El olor a sudor, frío y caucho flotaba pesado en el aire inmóvil. Su camiseta estaba empapada y tenía el pelo pegado al cuello; empezaba a sentir frío ahora que la adrenalina se desvanecía.

Mara iba a hacerla esperar. Lex estaba segura de ello. Ya había lidiado con entrenadoras así antes, las que usaban el silencio como arma, las que te hacían rumiar tu propia frustración hasta que se convertía en un resentimiento que podían usar contra ti. Las que necesitaban control más que resultados. Se había enfrentado a cada una de ellas, y siempre había tenido razón, y eso le había costado todo.

Pero Mara era diferente. Aquel breve e incauto destello de interés en sus ojos durante la reunión en el despacho, un interés que no era del todo profesional. Su voz volviéndose más baja, no más alta, cuando le había dictado las normas. Su autoridad tras la valla durante el entrenamiento, una autoridad que no era impostada. Estaba integrada en sus huesos. Mara Ellison no fingía tener el control. Tenía el control.

Estiró las piernas frente a ella y se recostó contra la valla del banquillo. Su equipo pesaba y estaba húmedo, y deseaba desesperadamente una ducha, pero no iba a moverse. No hasta que Mara se lo dijera. Porque eso era lo que Mara quería, y ahora mismo,

en su primer día, en este deporte prestado y en esta ciudad prestada, Lex le daría al menos eso.

Iba a ser complicado. Tendría que aprender el sistema de esta mujer, ganarse su respeto y, de algún modo, dejar de notar cómo su voz hacía que se le encendiera un fuego en el bajo vientre.

Se quedó mirando el hielo vacío y las marcas donde diecisiete mujeres habían estado patinando minutos antes, y esperó a lo que viniera a continuación.

3

El vestuario ya estaba vacío para cuando Mara terminó de revisar sus notas del entrenamiento. Le había dado a Lex treinta minutos en el banquillo. Tiempo suficiente para que se enfriara. Tiempo suficiente para que asimilara las consecuencias.

Se metió la carpeta bajo el brazo y salió a la pista. Las luces superiores seguían encendidas, proyectando su resplandor blanco y plano sobre el hielo recién raspado. La pulidora de hielo había pasado mientras las jugadoras se duchaban, dejando la superficie lisa y reluciente, surcada por las tenues marcas de las cuchillas. La pista olía al toque metálico del hielo raspado, a los gases de la máquina y al fantasma persistente de un entrenamiento duro.

Lex seguía en el banquillo. No se había movido. Su equipación estaba húmeda de sudor, su cabello oscuro caía suelto alrededor de su cara y su postura era deliberadamente relajada, cada línea de su cuerpo gritaba desafío. Estaba apoyada contra la valla con las piernas estiradas, un brazo tatuado descansando a lo largo de la barandilla, mirando a Mara con una expresión que era a partes iguales desafío y diversión.

Mara se detuvo en la valla justo frente a ella. Tomó aire y lo soltó lentamente por la nariz. Controlada. Profesional. Aquella era una conversación entre entrenadora y jugadora, nada más.

—Levántese.

Lex se puso en pie. Con los patines era más alta que Mara, y la diferencia de estatura alteró la dinámica de una forma que Mara no había previsto. Tuvo que levantar un poco la vista. Odiaba tener que mirar hacia arriba. Los ojos de Lex eran oscuros e ilegibles y su mandíbula estaba tensa con una compostura obstinada que sugería que había estado ensayando qué decir durante los últimos treinta minutos.

—Esa jugarreta que ha hecho en el entrenamiento —dijo Mara—. Ha ignorado una instrucción directa, ha abandonado su asignación defensiva y se ha ido por libre delante de todo el equipo en su primerísimo día.

—He marcado.

—No me importa si ha marcado. Me importa que haya oído mi instrucción y haya decidido ignorarla. Eso le dice a cada jugadora de esta plantilla que seguir el sistema es opcional. No lo es. Para nadie. Tampoco para usted.

Lex se cruzó de brazos. El movimiento tensó su camiseta sobre sus anchos hombros, dejando a la vista la tinta de los tatuajes donde se le subían las mangas. Tenía el pelo aún húmedo, rizándose en las puntas donde tocaba su clavícula, y Mara se obligó a mantener la mirada fija en los ojos de Lex. Profesionalidad. Aquello era profesionalidad.

—Tu sistema me hacía bascular hacia el lado débil en una jugada en la que el lado fuerte estaba totalmente abierto. Vi el hueco. Lo aproveché.

—Vio lo que quería ver. —Mara dio un paso más, lo suficientemente cerca como para oler el sudor, el toque punzante del desodorante y el mordisco frío de la propia pista—. El hueco estaba abierto porque Moreno estaba atrayendo el marcaje para crear una secuencia de pases por detrás. Cuando cortó por el medio, cerró el espacio para otras tres jugadoras y mató una jugada que habría generado una oportunidad mejor que su carrera en solitario.

Lex parpadeó. Abrió y cerró la boca. Mara tomó nota: puro instinto, pero se había perdido la jugada detrás de la jugada. Exactamente lo que se esperaba, y exactamente lo que la habían contratado para arreglar.

—No digo que sus instintos estén equivocados —continuó Mara, manteniendo la voz serena—. Digo que están incompletos. Usted ve una jugada por delante. El sistema ve cinco. Hasta que sea capaz de ver cinco, juegue según el sistema.

La mandíbula de Lex se tensó. El enfado era evidente en su expresión, pero lo estaba controlando mejor que durante el entrenamiento. En cierto modo, aquello parecía un progreso.

—No he venido aquí para ser una jugadora de sistemas —dijo Lex, y ahora su voz era más baja, despojada de fanfarronería. Había una capa bajo la arrogancia que Mara no esperaba. Parecía hambre: una necesidad profunda y feroz de ser valorada por lo que era capaz de hacer—. He venido aquí porque soy la mejor en lo que hago. Si quería a alguien para hacer ejercicios y seguir flechas en una pizarra blanca, debería haber fichado a un robot.

Aquella honestidad cogió a Mara desprevenida. Había esperado más actitud, más postureo. En su lugar recibió una declaración cruda de identidad que resonaba con una convicción que Mara reconoció porque ella misma la había llevado consigo durante toda su carrera.

—Yo no la fiché. Fue Astoria. —Mara le sostuvo la mirada. De cerca, los ojos de Lex eran de un marrón oscuro, casi negros, y la intensidad que desprendían resultaba inquietante. No era hostilidad. Era algo más profundo, y hacía que a Mara le hormigueara la piel bajo su chaqueta de entrenamiento. —Pero está aquí, y yo soy su entrenadora, y vamos a tener que encontrar una forma de trabajar juntas. Así que esto es lo que va a pasar. Tendremos una sesión individual esta tarde. A las siete, aquí mismo en el hielo. Solo usted y yo. Trabajaremos en las lecturas defensivas que se le escapan.

Los labios de Lex se curvaron. No llegó a ser una sonrisa. —¿Solo tú y yo?

Las palabras impactaron de forma distinta a como deberían. A Mara se le revolvió el estómago y un calor le subió por el cuello, lo cual era absurdo. Lex sonreía con suficiencia. Lo hacía a propósito. Mara apartó la mirada, fingiendo revisar su carpeta, obligando al rubor a quedarse bajo el cuello de la chaqueta. —Traiga su equipo. Sea puntual.

—Siempre soy puntual. —Lex se puso los guantes bajo el brazo.

—Entonces no tendremos problemas.

Lex le sostuvo la mirada un instante más, luego se dio la vuelta y caminó hacia el vestuario. Su zancada era larga y suelta, segura incluso con patines, y Mara la observó alejarse durante tres pasos de más antes de recobrar la compostura y dirigirse rápidamente a su despacho.

Goldie la esperaba dentro, acurrucada en su cama en el rincón, levantando la cola cuando Mara entró. Mara se sentó tras su escritorio y apoyó las palmas de las manos sobre la superficie. Tenía el pulso acelerado. No era por el enfado. Ese era el problema.

Cogió el teléfono y llamó a Astoria. Necesitaba desahogarse. Necesitaba oír a alguien decirle que aquel fichaje era un error, aunque sabía que Astoria nunca lo haría.

Astoria respondió al segundo tono. —¿Qué tal el primer día?

—Exactamente tan mal como predije. —Mara se apartó del escritorio y se puso en pie, recorriendo el estrecho espacio entre su silla y la ventana.

—Dame detalles.

—Ha ignorado mis instrucciones en su primer entrenamiento. Ha ido por libre en un ejercicio, ha marcado un gol de película y, cuando la he sentado, me ha mirado como si yo fuera la que había hecho algo mal. Luego he discutido con ella y me ha rebatido cada punto como si llevara toda la vida entrenando hockey en lugar de llevar apenas un año jugando. —La voz de Mara era tensa y no intentó suavizarla—. Es exactamente lo que te advertí. Tiene un talento incuestionable, pero es arrogante, conflictiva y está totalmente reacia a someterse a la estructura de un equipo.

Astoria guardó silencio un momento. Mara podía oír el tenue sonido del tráfico de fondo. —Es su primer día, Mara.

—He entrenado muchos primeros días. Sé distinguir entre los nervios y el desafío. Eso ha sido desafío.

—¿Qué has hecho?

—La he dejado en el banquillo, la he hecho esperar, he hablado con ella. He programado una sesión individual esta noche para trabajar en sus puntos débiles.

—Bien. Eso es exactamente lo correcto.

—No debería ser necesario. Una atleta profesional debería ser capaz de seguir instrucciones básicas. —Mara dejó de caminar. Apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana.

Otra pausa. —Mara, la he contratado porque es excepcional. No porque sea fácil. Has entrenado a jugadoras difíciles antes. Has logrado que cambiaran. Por eso confío en ti para llevarla a ella.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

Mara abrió la boca y volvió a cerrarla. Porque la respuesta sincera era complicada y no tenía nada que ver con el hockey. Porque Lex Landry no era solo difícil. Era difícil de una forma que se te metía bajo la piel, que te hacía reaccionar de formas que no podías predecir, que convertía la compostura profesional en cristal soplado. Y Mara Ellison no se rompía.

—No es solo difícil —dijo Mara con cuidado—. Presenta una resistencia activa. Todos los entrenadores que ha tenido han fracasado. ¿Qué te hace pensar que yo seré diferente?

—Porque eres tú. Tú no entrenas esquivando los problemas. Entrenas atravesándolos. —La voz de Astoria era calmada, segura—. Nadie más ha podido llegar a Lex Landry. Eso no significa que tú no puedas. Sé mejor entrenadora, Mara. Ponte a la altura del desafío.

—Eso es tener mucha fe. —Goldie levantó la cabeza de su cama en el rincón, con las orejas tiesas ante el cambio en el tono de Mara.

—Solo invierto en cosas en las que creo. Hablamos mañana.

Colgó. Mara se quedó mirando su teléfono. *Sé mejor entrenadora.* Como si fuera así de sencillo. Como si el problema fuera solo el hockey. Dejó el teléfono y se frotó la cara con las manos, apretando las yemas de los dedos contra los ojos cerrados hasta que puntos blancos flotaron en la oscuridad. Goldie se acercó trotando y apoyó el hocico contra la rodilla de Mara. Mara se agachó y le rascó las orejas.

—Tengo que ver a Helen —le dijo a la perra—. Antes de que haga alguna estupidez.

Miró la hora. Las tres y cuarenta y cinco. La consulta de Helen estaba al otro lado de la ciudad, pero Mara tenía un hueco de cita

fija los martes que casi nunca se perdía. Diez años de sesiones. Cogió su bolsa y condujo hasta allí.

La doctora Helen Ward ya estaba sentada cuando Mara entró. Con las piernas cruzadas, el pelo oscuro veteado de canas y una expresión cálida ante la que era imposible esconderse.

—Siéntate. Parece que has estado peleando.

—Casi. —Mara se sentó—. Tenemos una jugadora nueva. Va a ser un problema.

Le contó a Helen la versión corta. El entrenamiento, el enfrentamiento, la llamada con Astoria. Helen escuchó sin interrumpir, luego ladeó la cabeza.

—Has lidiado con jugadoras difíciles antes. Pero no sonabas así.

—¿Así cómo?

—Alterada. —Los ojos de Helen eran firmes—. En diez años, puedo contar con los dedos de una mano las veces que has mencionado sentirte atraída por alguien.

Mara se quedó inmóvil. El despacho estaba cálido y en silencio. La luz de la tarde entraba sesgada por las persianas. Podría mentir. Se había estado mintiendo a sí misma durante años. Pero nunca había sido capaz de mentirle a Helen. Para eso servía aquella habitación.

—Me resulta atractiva. —Rápido, cortante, cortando el cable antes de que pudiera echarse atrás—. Físicamente. Es mi jugadora. Es veinte años más joven que yo. Voy a cortarlo de raíz.

Las cejas de Helen se elevaron una fracción. Un movimiento minúsculo que contenía toda una conversación.

—Ese es el final de la cuestión, Helen. No voy a sentarme aquí a analizar esto.

—De acuerdo. —Helen no insistió. Nunca presionaba más de lo que Mara podía soportar. Hablaron sobre estrategia de entrenamiento durante el tiempo restante y, cuando terminó la sesión, Helen la acompañó a la puerta.

—Mara. —Ella se giró—. Tu reacción ante esta jugadora podría merecer ser examinada. Hoy no. Pero en algún momento.

Mara asintió secamente y se fue.

El trayecto a casa duró doce minutos. Recogió a Goldie de casa, le dio de comer, se puso ropa de entrenamiento limpia y dejó a Goldie con un hueso y un cuenco de agua. El trayecto de vuelta a la pista duró ocho minutos. Llegó pronto. Siempre llegaba pronto. Presentarse la primera era innegociable. Marcaba los términos.

La pista estaba silenciosa y en penumbra cuando llegó, con el hielo reluciendo bajo la luz reducida y las gradas vacías y entre sombras. El edificio crujía a su alrededor, la vieja infraestructura asentándose con el calor de la tarde. Colocó los conos y los discos para los ejercicios que había planeado, cada posición deliberada, cada distancia medida por instinto, y luego se quedó en el centro del hielo en medio del enorme silencio, esperando. El frío subía por las suelas de sus botas y se filtraba en sus huesos.

Todo el tiempo se decía a sí misma que no estaba nerviosa. Se decía a sí misma que aquello era solo trabajo. Se decía a sí misma que el ritmo acelerado de su pulso era adrenalina residual de un día difícil y nada más.

Se estaba mintiendo y lo sabía.

4

La pista estaba casi vacía cuando Lex llegó para la sesión individual. Se había duchado en el apartamento después de que Elise le enseñara todo, se había puesto ropa de entrenamiento limpia y había vuelto conduciendo con las ventanillas bajadas y el aire del atardecer cálido contra el rostro. Phoenix Ridge al anochecer era hermoso de una forma que no esperaba. El cielo ardía en tonos naranjas y rosas sobre los tejados, y el océano era una sábana plana de cobre a lo lejos. Había pasado su carrera en ciudades que trataban a sus atletas como mercancía. Este lugar se sentía diferente. Más pequeño, más acogedor, como si quisiera que ella estuviera allí.

Empujó la entrada lateral de la pista y caminó por el pasillo hacia el hielo. Los pasillos habían pasado a su configuración nocturna, con los fluorescentes del techo atenuados hasta adquirir un tono amarillento que hacía que las paredes de hormigón parecieran más viejas. El agua se movía por las tuberías en algún lugar tras el yeso y, por encima de ella, el metal chasqueaba a medida que el edificio se enfriaba. Sin el ruido de diecisiete jugadoras y el cuerpo técnico, la pista tenía una personalidad diferente. Íntima. Casi privada. El zumbido del sistema de refrigeración era más fuerte en el silencio, un pulso mecánico constante que vibraba a través del suelo.

El hielo estaba recién pulido, brillando bajo las reducidas luces del techo. Y Mara ya estaba allí.

Estaba de pie en el centro de la pista con su equipo de entrenadora, de brazos cruzados, rodeada de conos y discos dispuestos en patrones que Lex no reconoció. Su coleta estaba recién recogida y se había puesto una chaqueta de entrenamiento limpia, de color azul marino oscuro, con la cremallera subida hasta la garganta. Había llegado temprano. Por supuesto que sí. Era una mujer que preferiría esperar treinta minutos antes que llegar la segunda. Lex se había asegurado de llegar temprano también, pero Mara le había ganado por lo que parecía bastante más que unos pocos minutos.

—Llega a tiempo —dijo Mara. Sin calidez. Solo un reconocimiento.

—Dijiste que fuera puntual —Lex entró en el hielo y patinó hacia ella, sus cuchillas tallando arcos suaves en la superficie fresca. El frío subió de inmediato, nítido y limpio, y la familiar descarga de estar sobre el hielo la golpeó como siempre. Diferente del césped. Mejor, tal vez. La velocidad, el deslizamiento, la forma en que el mundo se estrechaba hasta el sonido de los filos cortando el agua helada.

Mara había preparado un ejercicio de posicionamiento defensivo. Guió a Lex a través de él, señalando cada cono, explicando las zonas de cobertura y las líneas de pase con la autoridad cortante de alguien que llevaba enseñando sistemas de hockey dos décadas. Sus ojos azules estaban centrados totalmente en el hielo, su voz era firme, su lenguaje corporal estaba rígidamente controlado. Profesional. Ni un centímetro de calidez que no fuera estrictamente necesario para la enseñanza.

Pero Lex buscaba una grieta. Un gesto delatador. Cualquier cosa que confirmara lo que había sentido en el despacho esa tarde: que bajo la armadura, Mara Ellison no era del todo inmune a lo que fuera que cargaba el aire cuando estaban en la misma habitación.

—Hágalo —dijo Mara, retrocediendo tras la valla.

Lex realizó el ejercicio. Mara gritaba correcciones en tiempo real, su voz cortando el silencio de la pista: —Ángulo más cerrado. Baje la cadera. Se está yendo hacia el disco, quédese en su zona.— Lex

ajustaba, lo repetía, ajustaba, lo repetía. La repetición era agotadora pero efectiva. Cada repetición grababa el posicionamiento más profundamente en su memoria muscular, y las correcciones de Mara eran lo suficientemente específicas como para que Lex mejorara con cada pase.

Lo hizo siete veces. El sistema tenía una lógica que no había apreciado desde dentro de un entrenamiento completo con otras diecisiete jugadoras. Cuando estaban solo ellas dos, Mara podía ralentizarlo, explicar cada decisión, cada ángulo, cada responsabilidad de cobertura con una paciencia que contradecía todo lo relativo a su imagen pública. La arquitectura del sistema se hizo visible, como ver un plano transformarse en un edificio. Mara no solo conocía este sistema. Ella lo había construido. Cada ejercicio, cada regla de posicionamiento, cada asignación de cobertura era suya, diseñada, probada y refinada a lo largo de años de entrenamiento. Era su creación y, estando dentro de ella, la brillantez era innegable.

—Mejor —dijo Mara después de la séptima repetición. Un gran elogio viniendo de ella—. Sus filos siguen siendo flojos en el cruce. Baje el hombro.

Lex ajustó y volvió a hacerlo. Esta vez el cruce se sintió limpio, sus cuchillas agarrándose al hielo con la potencia y el control de los que sabía que era capaz. Completó el ejercicio y patinó de vuelta hacia Mara, deteniéndose lo suficientemente cerca como para ver las finas líneas alrededor de sus ojos y cómo su aliento formaba vaho en el aire frío.

—¿Qué tal eso?

—Aceptable —pero el reconocimiento vivía tras la palabra. La mirada de Mara sostuvo la suya más tiempo de lo necesario antes de apartarla, tirando de la cremallera de su chaqueta.

Lex presionó. Solo un poquito—. Sabes, entrenadora, para alguien que piensa que soy indomable, estás haciendo un trabajo bastante bueno entrenándome.

La comisura de la boca de Mara tuvo un espasmo. Lo contuvo de inmediato, apretando los labios, pero Lex lo había visto. Una grieta en la fortaleza. Diminuta. Real.

—No flirtee conmigo, Landry.

—¿Quién está flirteando? Estoy elogiando tu pericia profesional.

—Entonces puede elogiar mi pericia profesional repitiendo el ejercicio siete. Su filo interior sigue siendo débil.

Lex lo hizo. Dos veces. La segunda vez clavó el cruce perfectamente, sus cuchillas cantando sobre el hielo, y patinó de vuelta hacia Mara con la satisfacción de quien acaba de demostrar algo. Estaban cerca. Lo suficientemente cerca como para que el rubor en las mejillas de Mara fuera visible, algo que podría haber sido por el frío o por el deseo. Los ojos azules de Mara se encontraron con los suyos y se sostuvieron, y ninguna de las dos habló. La pista estaba en silencio a su alrededor. Solo el zumbido del sistema de refrigeración y su aliento nublándose en el aire gélido.

—La sesión ha terminado —dijo Mara, más bajito que antes—. Mañana a la misma hora. Entradas en zona neutral.

—Qué ganas.

Mara se dio la vuelta y caminó hacia el túnel sin mirar atrás. Lex la vio irse. Su zancada larga. Su espalda recta. La tirante coleta balanceándose entre sus omóplatos. Mara llevaba las manos hundidas profundamente en los bolsillos y los hombros ligeramente levantados contra el frío; parecía una mujer que se mantenía entera con todo lo que tenía.

Sí. Su pulso aún no había bajado. Sus manos estaban inquietas contra sus muslos, necesitando moverse. *Definitivamente hay una chispa entre nosotras. Y creo que ella también lo sabe.*

Patinó unas cuantas vueltas más para enfriarse, disfrutando de la pista vacía y del frío y del agradable ardor en sus muslos y hombros. La pista se sentía enorme sin nadie más en ella, el techo extendiéndose muy por encima de ella, los asientos vacíos y oscuros. Podría acostumbrarse a esto. El hielo, la velocidad, el frío que mordía sus mejillas y nariz y la hacía sentirse alerta y presente. El hockey hierba le había dado una carrera. El hockey sobre hielo podría darle una segunda oportunidad para todo.

Se duchó en el vestuario vacío, con el agua caliente deshaciendo los nudos de sus músculos, luego se vistió y condujo de vuelta al

apartamento con las ventanillas bajadas y el aire nocturno de la costa llenando el coche.



Elise estaba en el sofá con un libro y una taza de té cuando Lex entró por la puerta. El apartamento era pequeño pero estaba limpio, con muebles desparejados y grandes ventanales que daban a la calle. Elise había conseguido que se sintiera acogedor. Había plantas en el alféizar de la ventana, una manta doblada en el sofá y el olor de una comida reciente aún flotaba en la cocina.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Elise, levantando la vista de su libro.

Lex se dejó caer en el otro extremo del sofá y se quitó los zapatos—. Es una buena entrenadora. Odio admitirlo.

Elise sonrió—. Es la mejor entrenadora a cuyas órdenes he jugado jamás. Simplemente no es fácil.

—No me digas. —Lex estiró los brazos sobre la cabeza, sintiendo el agradable dolor de los músculos que han trabajado duro—. ¿Cuál es su rollo? Es tan estirada. ¿Alguna vez se relaja?

—No, que yo haya visto. Ha sido así desde que llegué al equipo. El control lo es todo para ella. Cada ejercicio, cada jugada, cada jugadora. Dirige a las Valkyries como una operación militar. —Elise dobló la esquina de su página, renunciando por completo al libro.

—Debe de ser agotador.

—Probablemente. —Elise dejó su libro a un lado y encogió los pies bajo el cuerpo—. Bueno. Impresiones del primer día. ¿Qué te parece el equipo?

Lex reflexionó—. Buen grupo. Lou es sólida. Camille es impresionante. Frankie es divertida. El equipo tiene química. Entiendo por qué habéis llegado a la PWHL.

—¿Y qué hay del choque con Mara? Ha sido bastante intenso para ser el primer día.

—Me mandó al banquillo por marcar.

—Te mandó al banquillo por ignorar su sistema en tu primer entrenamiento. Hay una diferencia. —Elise señaló a Lex con su taza.

Lex puso una mueca—. ¿De qué lado estás?

—Estoy del lado de que sobrevivas a tu primera semana. A Mara le gusta el control. Lo necesita. Si la presionas demasiado, te cerrará el paso y te pasarás la temporada en el banquillo viendo cómo Rowan se lleva tu tiempo de juego.

—¿Rowan? —Lex frunció el ceño—. ¿Pike? ¿La extrema?

Elise sonrió—. Por cierto, le gustas bastante.

Lex se encogió de hombros—. Le gusto a todo el mundo. Soy muy guapa en un híbrido entre lo masculino y lo femenino.

Elise se rió. Fue una buena carcajada, genuina y cálida, y Lex sintió que una tensión se liberaba en su interior. Se había estado preparando para que esta mudanza fuera solitaria. Ciudad nueva, deporte nuevo, sin amigos. Pero Elise era una persona que hacía que todo pareciera manejable.

—¿Y a ti quién te gusta? —preguntó Elise, acercándose la taza—. ¿Alguien serio en casa?

—¿En Boston? No. Nadie serio. Nunca lo ha habido. —Lex jugueteó con un hilo suelto del cojín del sofá. La verdad de aquello se asentaba en su pecho, familiar y ligeramente dolorosa, algo que había aprendido a llevar sin examinarlo demasiado de cerca—. No se me da muy bien eso de las relaciones. Las chicas aparecen, me divierto y luego me aburro, o se vuelven empalagosas, o me voy a otro torneo y se me olvida llamar. Nadie cuaja.

—Lo dices como si no te importara.

—No me importa. —Le importaba, a veces, en las horas de silencio. Pero no iba a decirle eso a alguien a quien conocía desde hacía veinticuatro horas, por mucho que Elise ya le cayera bien. Flexionó las rodillas y las rodeó con los brazos.

—¿Entonces cuál es tu tipo?

—Mujeres mayores. —La respuesta llegó sin dudar—. Complejas, reservadas, difíciles de alcanzar. Esas con las que tienes que esforzarte para acercarte. Las que te miran como si estuvieran decidiendo si dejarte entrar o cerrarte la puerta.

Elise levantó las cejas lentamente—. Ah, sí.

—No me mires así. —Lex le lanzó un cojín del sofá, pero suavemente.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras atando cabos.

Elise cogió su té y dio un sorbo muy deliberado, observando a Lex por encima del borde con una expresión de inocencia teatral—. No estoy atando nada. Solo estoy charlando. Aunque resulta interesante que acabes de describir a alguien que perfectamente podría ser nuestra entrenadora jefe.

—Elise. —La voz de Lex llevaba una advertencia.

—Mayor. Compleja. Reservada. Muy difícil de alcanzar. Ojos azules. Una mandíbula increíble. —Elise fue marcando cada cualidad con los dedos.

—Yo no he mencionado la mandíbula.

—No, pero estabas pensando en ella.

Lex agarró una almohada y se la lanzó a la cabeza. Elise la atrapó riendo, casi derramando el té, y la tensión se rompió en carcajadas. Hablaron durante otra hora, sobre hockey, la temporada y lo que era jugar en Phoenix Ridge. Elise le habló de la ciudad, los bares del puerto, el mercado agrícola del fin de semana donde aparecía medio equipo fuera de temporada. Le habló a Lex de las rarezas de la vieja pista y del entusiasmo que generaba el nuevo pabellón. Se le daba bien hacer que un lugar se sintiera como un hogar y, al final de la conversación, Lex sentía que la conocía de hacía años en lugar de horas. Elise era buena compañía: estable, reflexiva, con un ingenio seco que afloraba en momentos inesperados. Para cuando Lex se fue a la cama, se sentía más tranquila de lo que se había sentido en meses.

Se tumbó en la oscuridad de su nueva habitación, escuchando los sonidos lejanos de la calle y el ritmo pausado de Elise moviéndose por la cocina, y pensó en Mara. Los ojos azules. La mandíbula tensa. Cómo había dicho: *No flirtee conmigo, Landry* con una voz que se esforzaba por sonar fría sin llegar a conseguirlo.

Lex sonrió en la oscuridad. Todavía podía ver esos ojos azules. Todavía podía sentir el aire frío entre ellas en el hielo, cargado y eléctrico.

Iba a hacer que Mara Ellison perdiera el control. Y a Mara le iba a gustar.

~

A la mañana siguiente, Lex decidió presionar.

Se puso su ropa de entrenamiento favorita, se echó el pelo hacia atrás con gomina de forma descuidada y llegó al entrenamiento cinco minutos antes. Ocupó su lugar en el hielo y estiró, viendo a Mara prepararse tras la valla con su carpeta, su silbato y esa postura rígida y controlada que Lex empezaba a estar ligeramente obsesionada con desmantelar.

Empezó el entrenamiento. Mara dirigía los ejercicios con su intensidad habitual, su silbato nítido, su voz cortando el aire con una autoridad que hacía que a Lex se le encogiera el estómago de formas que prefería no analizar. Lex se entregó en cada repetición, patinando con más fuerza que el día anterior. Sus filos eran mejores. Sus lecturas eran más rápidas. La sesión individual había funcionado, y parte de ella quería demostrarle a Mara que la había escuchado, que podía aprender.

Pero otra parte de ella, la parte que llevaba metiéndola en líos desde que tenía catorce años, quería ver qué pasaba si forzaba la situación.

Jugó dentro del sistema durante los primeros treinta minutos. Luego rompió con él. Abandonó un ciclo defensivo para perseguir un disco suelto, haciendo un movimiento por debajo de las piernas que provocó un silbido bajo de Camille. Regateó a Frankie en una escapada y lanzó un revés por arriba que rozó el larguero y casi entra. Jugó dentro del sistema lo suficiente para demostrar que podía hacerlo y luego lo abandonó, solo por ver qué haría Mara.

—¡Landry! —La voz de Mara cortó el hielo como el chasquido de un látigo—. Está fuera de posición. Otra vez.

Lex sonrió y patinó de vuelta a su zona. Vio a Camille ocultando una risa tras el guante. Lou negaba con la cabeza, pero la desaprobación de su rostro se veía contrarrestada por un tic en la comisura de la boca. Mara estaba tras la valla con la mandíbula apretada, las mejillas sonrojadas y el silbato apretado fuertemente

en el puño; estaba hermosa cuando se enfadaba. Lo suficiente como para que la sangre de Lex corriera caliente y rápida.

Lo hizo dos veces más durante el entrenamiento. Pequeñas rebeliones, deliberadas y dirigidas. Una entrada en zona vistosa cuando el ejercicio pedía estructura, y el desorden que causó dejó a Rowan atrapada en un dos contra uno que apenas logró solventar. Rowan pasó patinando a su lado sin decir palabra, con la mandíbula tensa. Un pase sin mirar a Camille que se saltó la asignación de cobertura y dejó el flanco débil totalmente abierto. Cada vez, Mara le llamaba la atención con la voz más dura y los ojos más encendidos. Y cada vez, Lex captaba un calor acumulándose tras esos ojos azules que no era solo enfado. Un hambre que Mara luchaba por suprimir con todo lo que tenía.

Tras el entrenamiento, las jugadoras enfilaron el vestuario. Lex se estaba quitando los guantes cuando una mano se posó en su hombro.

Lou. Sus ojos verdes estaban serenos, su expresión era seria pero no hostil.

—Hablemos fuera.

Se alejaron de las demás, pasaron la jaula del equipamiento y salieron al pasillo vacío, donde los sonidos del vestuario se convirtieron en un murmullo. Lou se apoyó en la pared con los brazos cruzados, sus manos con cicatrices visibles bajo las mangas remangadas. Sus ojos verdes estaban calmados pero graves. No parecía enfadada. Parecía algo más efectivo que enfadada: preocupada.

—Tienes que dejar de provocar a Mara.

—Solo estoy jugando al hockey, Lou.

—Estás jugando al hockey y provocando a la fiera. Ella es dura. Es exigente. También es la razón por la que cada mujer en ese vestuario tiene un contrato de la PWHL en lugar de un trabajo diurno. Si sigues buscándole las cosquillas delante del equipo, no solo la estás cabreando a ella. Estás socavando su autoridad. Y eso perjudica a todas.

Lex abrió la boca para rebatir, pero la cerró. La voz de Lou poseía el peso tranquilo de alguien que se había ganado cada palabra tras

años de dar el callo. No estaba regañando. Estaba advirtiendo.

—Te escucho —dijo Lex.

—¿Ah, sí? —La voz de Lou era baja pero contundente—. Porque te he visto ir por libre tres veces hoy y sonreír cada vez que ella te llamaba la atención. Esa no es una jugadora que intente aprender. Es una jugadora que intenta provocar una reacción. Y te digo, como alguien que ha estado en este equipo desde el principio: no juegues con Mara. No se lo merece y el equipo no puede permitírselo.

Las palabras se acercaron más a la verdad de lo que Lex quería admitir. Apartó la mirada hacia los armarios donde el resto del equipo charlaba y reía. Camille estaba trenzando el pelo de alguien. Frankie contaba una historia con gestos amplios de las manos. Estas mujeres habían construido un equipo aquí. Uno de verdad. Que valía la pena proteger.

—Aflojaré —dijo. Y lo decía en serio. En su mayor parte.

Lou la estudió, luego asintió—. Bien. Porque tienes talento suficiente para ser una de las mejores jugadoras de esta plantilla, y todo el mundo en esa sala ya lo sabe. No dejes que tu ego sea la razón por la que eso no ocurra.

Se alejó. Lex se apoyó en la pared y miró al techo. La luz fluorescente zumbaba arriba y los sonidos del vestuario flotaban a través de la puerta abierta: risas, agua corriendo, Frankie contando una historia que tenía a alguien soltando carcajadas. Sonidos normales de equipo. Los sonidos de un grupo que había construido confianza a lo largo de los años, y ahí estaba Lex, al segundo día, arriesgándolo todo porque no podía evitar presionar a una mujer que le había pedido que parara.

Lou tenía razón. Sabía que Lou tenía razón. El problema era que conseguir una reacción de Mara Ellison, ver cómo se resquebrajaba esa compostura, ver el calor tras esos ojos azules, era lo más viva que Lex se había sentido en meses. Quizás en años. Y no estaba dispuesta a renunciar a eso. Ni por asomo.

5

Noche de estreno de la temporada de la PWHL. El nuevo pabellón de las Valkyries era todo lo que Astoria había prometido y más.

Mara estaba de pie tras el banquillo en los instantes previos al calentamiento, contemplando el edificio que tanto tiempo habían estado esperando. El hielo estaba inmaculado, brillando bajo hileras de luces LED que bañaban toda la superficie con un blanco radiante. Los asientos subían en niveles empinados desde las vallas, diez mil de ellos, y la zona baja ya empezaba a llenarse de aficionados vestidos con el púrpura y el plata de las Valkyries. Los marcadores de vídeo colgaban sobre el centro de la pista, alternando perfiles de jugadoras y gráficos de la liga. El sistema de sonido zumbaba con música previa al partido a bajo volumen, y el aire sabía a frío y limpieza; la planta de hielo funcionaba a la perfección, manteniendo una superficie rápida, dura y sin fallos. Sin zonas blandas. Sin compresores forzados. Aquella era una instalación profesional en todos los sentidos, y la transformación desde la pista angosta y con goteras en la que habían pasado tantos años era asombrosa.

La pretemporada había ido mejor de lo que Mara quería admitir. El equipo se había cohesionado en esas últimas semanas antes del estreno, y la plantilla había ganado profundidad a medida que las jugadoras luchaban por un puesto y se ganaban sus roles. Las sesiones individuales con Lex se habían convertido en el complicado

centro de la vida de Mara como entrenadora. Técnicamente, eran productivas. Lex estaba aprendiendo. Sus lecturas defensivas eran más agudas, su posicionamiento mejoraba y su comprensión del sistema crecía sesión tras sesión. Era, tal como Astoria había afirmado, un talento genuino, una atleta que absorbía las instrucciones a una velocidad que dejaba perplejo a cualquier entrenador.

El problema era todo lo demás. Cada sesión estaba cargada: la forma en que Lex la miraba cuando hacía la demostración de un ejercicio, la forma en que el hombro de Lex rozaba el suyo cuando se inclinaban sobre el portátil para revisar grabaciones, la cercanía que Lex mantenía siempre que estaban en la misma habitación, fuera deliberada o no. Mara le había estado parando los pies. De forma profesional, firme y constante. Y estaba funcionando. En la superficie.

Se había contenido durante una semana tras la advertencia de Lou, pero los instintos siempre volvían a aflorar. En los entrenamientos de equipo, Lex seguía tratando el sistema como una sugerencia. Seguía las instrucciones lo justo para evitar el banquillo y luego improvisaba en los peores momentos posibles, haciendo gala de su brillantez como si fuera un desafío, retando a Mara a quedarse impresionada. Eso sacaba a Mara de quicio. El talento era innegable. La disciplina era inexistente. Y la forma en que Lex le sonreía después de cada jugada por libre, de medio lado y con toda la intención, hacía que Mara quisiera gritar y también hacer cosas sobre las que no pensaba reflexionar en absoluto en medio de los preparativos de un día de partido.

Inspiró lentamente y dejó que el edificio se le calara hasta los huesos. El olor a pintura fresca, a hielo nuevo y el sutil toque de cedro de los banquillos a estrenar. El sonido de diez mil aficionados llenando la grada inferior, con sus voces convirtiéndose en un muro de ruido que vibraba a través de las vallas bajo sus manos. Había esperado toda su carrera para esto. No solo un pabellón nuevo. Una liga nueva. Una franquicia legítima de hockey femenino profesional con financiación real, instalaciones reales y algo real en juego.

Comprobó el reloj en el marcador. Veinte minutos para el saque inicial. Se dirigió al vestuario.

El discurso previo al partido fue conciso y directo. Se situó en el centro de la sala, mirando a cada jugadora por turno. Lou, sólida como un muro. Camille, impecable y concentrada. Frankie, con la mandíbula tensa, dispuesta a dejarse la piel. Elise, serena como siempre. Rowan, disciplinada y hambrienta. Dani, con sus calmados ojos grises ya en modo guardameta. Y Lex, sentada al final del banco con su equipo puesto, el pelo oscuro recogido hacia atrás, sus brazos tatuados apoyados en las rodilleras, observando a Mara con una intensidad que hacía que a esta se le calentara la nuca.

—Para esto hemos construido todo esto —dijo Mara—, y las palabras le parecieron pequeñas ante la enormidad del momento. La mayoría de estas mujeres habían jugado en pistas municipales por el dinero de la gasolina. Habían tenido trabajos de día, conducido seis horas para partidos fuera de casa y entrenado en pistas prestadas a las cinco de la mañana porque era el único horario disponible. Se lo habían ganado. Todas y cada una de ellas.

—Todo lo que hemos hecho nos ha traído hasta esta noche. Este es nuestro lugar. Yo lo sé. Vosotras lo sabéis. Seguid el sistema. Confiad en la estructura. Confiad las unas en las otras. —Dejó que el silencio se prolongara, mirando cada rostro, viendo la determinación, los nervios, el hambre—. Vamos a enseñarles lo que es Phoenix Ridge.

Se pusieron en pie. Los palos golpearon el suelo al unísono. El sonido llenó el vestuario, rítmico y feroz. Luego salieron en fila hacia el hielo.

El rugido de la multitud golpeó el pecho de Mara antes incluso de salir del túnel. Diez mil voces estallando mientras las Valkyries saltaban al hielo para su primer partido de la PWHL en su nueva casa. Las luces se atenuaron para las presentaciones de las jugadoras y los focos barrieron en amplios arcos la superficie inmaculada. Cada nombre retumbaba por los altavoces y cada jugadora emergía ante una oleada de sonido. Cuando anunciaron el nombre de Lex, el ruido se duplicó. Ella era el fichaje del que todo el mundo hablaba, la controversia, el espectáculo, el comodín. Salió

patinando con el palo en alto y su sonrisa ladeada, y el público la adoró al instante.

Mara se agarró a la valla para serenarse. El edificio temblaba con el cántico. *Val-ky-ries. Val-ky-ries.* El sonido era primario y masivo, y la llenó de un sentimiento que no esperaba: esperanza. Una esperanza pura y aterradora de que todo lo que había sacrificado pudiera haber valido la pena.

El partido estuvo reñido. Brutal, agónicamente reñido. El equipo rival era experimentado, físico y disciplinado de formas que dejaban al descubierto cada hueco en la preparación de las Valkyries. Eran más rápidas en la transición de lo que Mara había previsto, su presión era implacable y su portera estaba atenta y bien posicionada. Mara dirigió el banquillo con todo lo que tenía, pidiendo cambios de línea, ajustando emparejamientos y gritando instrucciones que eran devoradas por el rugido de la grada. Rastreó cada turno, cada hueco, cada oportunidad. Lou ancló la defensa con la ferocidad silenciosa que siempre aportaba a los grandes partidos, y su cuerpo absorbía golpes que habrían aplastado a jugadoras más pequeñas. Camille generó ocasiones con su velocidad y visión características. Dani hizo tres paradas solo en el primer período que deberían haber sido goles, entre ellas, una parada desesperada con el guante en un dos contra uno que arrancó un clamor del público.

Y Lex. Lex era a la vez la mejor jugadora sobre el hielo y la más exasperante. Jugó conforme al sistema por tramos, y su atletismo puro se traducía en momentos de auténtica brillantez sobre el hielo. Su patinaje había mejorado drásticamente desde la pretemporada, sus cruces de pies eran limpios y potentes, sus frenadas explosivas. Leía las jugadas con el instinto de alguien nacido para competir. Pero entonces llegó el segundo período y el patrón se rompió. Un disco suelto en la zona neutra, un hueco que debería haber dejado que Camille cubriera, y Lex se lanzó. A por todas. Su velocidad era aterradora, devoraba el hielo en tres zancadas, y superó a dos defensoras con un movimiento digno de los mejores resúmenes, lanzando un tiro al travesaño que hizo jadear a diez mil personas.

Las manos de Mara se apretaron contra la valla. Precioso. Irresponsable. La asignación defensiva que Lex había abandonado

dejó un hueco que el equipo contrario aprovechó en treinta segundos; su jugadora central coló un pase por el carril vacío para un gol a puerta vacía. Uno a cero.

Las Valkyries presionaron con fuerza en el tercer período. Camille dio al poste. Frankie bloqueó un tiro con el cuerpo y siguió jugando. Pero no pudieron empatar. Pitido final. Derrota por uno.

La derrota le supo a metal. Mara se quedó tras el banquillo mientras el pabellón se vaciaba y la decepción del público llenaba la pista como polvo en suspensión. Primer partido de la PWHL. Primera derrota. El edificio con el que había soñado de repente se sentía frío, enorme e implacable.

Después, el vestuario estaba cargado de frustración. El olor a sudor seco y el toque químico del limpiador de equipos llenaban el aire reciclado. La derrota pesaba por igual. Las jugadoras estaban sentadas en sus sitios sin los cascos; algunas miraban al suelo, otras quitaban la cinta de sus palos con movimientos mecánicos, otras hablaban en susurros bajos y decepcionados. Frankie tenía hielo pegado al hombro y estaba muy quieta. Dani estaba apoyada contra la pared con los ojos cerrados, con su rostro pálido aún húmedo por las duchas. La energía tras el partido era agria y pesada, y le oprimía el pecho.

Se situó en el centro de la habitación con su carpeta, preparándose para dar la charla postpartido, eligiendo sus palabras con cuidado. Tenía que ser honesta sobre la derrota sin hundir la frágil confianza que este equipo estaba construyendo. Abrió la boca para empezar cuando la voz de Lex cortó el silencio.

—Los teníamos. Si me hubieras dejado jugar a mi manera en lugar de forzarme a un sistema que no puede seguir el ritmo de lo que soy capaz de hacer, habríamos ganado ese partido.

Todas las cabezas se giraron. La habitación se quedó en silencio.

Mara miró a Lex. Aún llevaba el equipo de cintura para abajo, con las espinilleras y los pantalones puestos, pero se había quedado solo con un sujetador deportivo oscuro arriba. Su cuerpo brillaba por el sudor, con los músculos definidos y congestionados tras sesenta minutos de hockey de élite. Sus brazos estaban a la vista, con la tinta de los tatuajes destacando sobre su piel sonrojada, y su pelo

oscuro estaba suelto sobre sus hombros, húmedo y enmarañado por el casco. Estaba de pie con las manos en las caderas y la barbilla alta, y sus ojos ardían con una frustración y un hambre tan feroz y ardiente que golpeó a Mara en el estómago y bajó más, peor que antes, peor que nada para lo que el entrenamiento la hubiera preparado.

—Abandonaste tu marca para buscar una jugada espectacular —dijo Mara—, y su voz sonó más fría de lo que pretendía—. Marcaron por el hueco que dejaste.

—Yo creé la mejor ocasión de todo el partido.

—Tú creaste el gol en contra.

Lex se levantó. Con los patines era más alta, dominando el espacio entre ellas, mientras cada jugadora en la habitación observaba. La tensión era eléctrica, afilada y peligrosa. Lex tenía la mandíbula apretada, los hombros rígidos y los ojos fijos en los de Mara con una intensidad que dificultaba la respiración.

—Tu sistema se ahogó cuando más importaba —dijo Lex—. Soy la única que ha estado cerca de ganar este partido y tú estás ahí parada diciéndome que yo soy el problema.

—Tú eres el problema. —Las palabras salieron calientes y descontroladas, y Mara supo que había cruzado una línea en el instante en que salieron de su boca. Nunca perdía los papeles así. Ni en veinte años como entrenadora. Ni con jugadoras que habían hecho cosas mucho peores. Pero Lex estaba tocando cada una de las fibras de Mara, atravesando cada muro cuidadosamente mantenido, cada barrera que había pasado dos décadas construyendo a base de disciplina, distancia y la rígida creencia de que el control era lo único que la separaba de la destrucción.

—Eres una indisciplinada. Eres una arrogante. Y te importa más parecer brillante que formar parte de un equipo que te necesita.

El silencio en el vestuario fue total. Nadie se movió. El goteo de una ducha resonó en algún lugar tras los cubículos. Frankie tenía la boca abierta. La expresión de Lou era ilegible. Los ojos de Camille saltaban de Mara a Lex con una expresión que era parte alarma, parte fascinación.

Los ojos de Lex echaban chispas. Abrió la boca para responder y Mara la cortó.

—A mi despacho. Ahora.

Mara se dio la vuelta y salió del vestuario. Sus botas resonaron en el pasillo de hormigón y oyó los patines de Lex detrás de ella, el agudo raspado de las cuchillas sobre el suelo duro, pesado y rápido. El pasillo estaba vacío. El ruido del pabellón se atenuó a medida que se adentraban en el edificio, pasando el almacén de material, la sala médica, hasta el estrecho tramo entre los despachos de los entrenadores.

Mara se detuvo ante la puerta de su despacho y se giró. Lex estaba allí mismo. Cerca. Demasiado cerca. Su cuerpo irradiaba calor, el sudor de sus hombros desnudos captaba la luz fluorescente y su pecho subía y bajaba con cada respiración. Seguía en sujetador deportivo y pantalones de juego, y olía a aire frío y a la sal del sudor ganado con esfuerzo.

—No tienes derecho a hablarme así delante del equipo —dijo Lex. Su voz era baja y áspera, despojada de su actuación, despojada de la chulería que llevaba como armadura. Aquello era rabia real. Dolor real—. No tienes derecho a quedarte ahí parada y decir que soy el problema cuando me he dejado la piel en ese hielo esta noche.

—Y tú no tienes derecho a socavar mi autoridad dándote aires delante de todo el vestuario.

—No me estaba dando aires. Estaba diciendo la verdad. —La mano de Lex golpeó la pared del pasillo junto a ella.

—Tu verdad. No la única verdad.

Estaban a centímetros de distancia. Mara tenía la espalda contra la pared del pasillo y ni siquiera se había dado cuenta de que estaba retrocediendo. Lex había dado un paso adelante, Mara uno atrás, y ahora ya no había adónde ir. Lex apoyó una mano contra la pared junto a la cabeza de Mara, inclinándose, con el brazo temblando por el esfuerzo de contener una fuerza que Mara podía sentir crecer entre ellas como la presión previa a una tormenta.

Su olor era abrumador. Sudor, esfuerzo y una calidez subyacente que era simplemente Lex, y golpeó a Mara como un puñetazo en el

estómago. El corazón le golpeaba las costillas. La rabia seguía allí, caliente y legítima, pero se había retorcido, transformado, convertido en hambre. Peligrosa, magnética, empujándolas a unirse con una fuerza que Mara no podía resistir por mucho que lo intentara.

Los ojos oscuros de Lex ardían. Tenía la mandíbula tensa. Su mirada bajó de los ojos de Mara a su boca, se demoró allí y luego volvió a subir lentamente. La expresión de su rostro pasó de la furia a un hambre pura, dolorosamente vulnerable, y Mara sintió que las rodillas le flaqueaban.

VA A BESARME

El pensamiento detonó en su cuerpo. Tenía las manos apoyadas contra la pared detrás de ella y cada músculo estaba bloqueado. El aliento de Lex era cálido sobre su cara. Podía ver el pulso rápido en la garganta de Lex. El calor emanaba del cuerpo de Lex. Si Lex acortaba la distancia, si se inclinaba solo un centímetro más, Mara no sabía qué haría. No confiaba en sí misma.

Los labios de Lex se entreabrieron. Su mano en la pared cambió de posición, encogiendo los dedos contra el hormigón pintado. Se inclinó.

—¡Mara! —La voz de Astoria resonó a la vuelta de la esquina—. ¿Adónde has ido? Tengo que hablar contigo del partido.

El hechizo se rompió como el cristal. Mara se apartó de la pared de un respingo, dando un paso lateral, poniendo distancia entre ella y Lex con un movimiento demasiado rápido, demasiado desesperado para ser casual. Le temblaban mucho las manos. Le ardía la cara. De repente el aire se sentía frío donde el calor corporal de Lex lo había estado calentando, y la ausencia era casi peor que la presencia. Se alisó la chaqueta, se pasó una mano por la coleta e intentó recomponer la compostura profesional que se había pasado toda su carrera perfeccionando.

—Hemos terminado aquí —le dijo a Lex—, y su voz sonó más firme de lo que tenía derecho a sonar—. Vete a casa. Descansa.

Lex se quedó en el pasillo con la mano aún contra la pared y el pecho agitado. Su rostro mostraba frustración, incredulidad y lo que parecía un anhelo manifiesto que Mara no podía mirar sin sentir que el suelo se movía bajo sus pies. Lex abrió la boca, la cerró, luego bajó la mano de la pared y regresó hacia el vestuario sin decir una palabra más. El sonido de sus patines sobre el hormigón se fue apagando hasta que el pasillo quedó en silencio.

Astoria dobló la esquina con el teléfono en la mano y un abrigo oscuro de sastre sobre los hombros. —Aquí estás. Una derrota dura. Vamos a analizarlo. Quiero hablar del tercer período y de qué ajustes necesitamos para el sábado.

—Desde luego. —La voz de Mara era profesional. Tenía las manos en los bolsillos para que Astoria no viera que le temblaban.

Caminaron hasta la sala de juntas. Mara respondió preguntas sobre el partido, la alineación, los emparejamientos y los ajustes que haría para el siguiente encuentro. Habló de los fallos defensivos, de la eficacia del «power play», de las áreas donde el equipo había mostrado potencial. Era coherente. Era competente. Se estaba desmoronando por dentro.

Cada nervio de su cuerpo seguía vibrando con la onda expansiva de lo que casi había sucedido en aquel pasillo. El tacto de la pared contra su espalda. El brazo de Lex junto a su cabeza. El calor del cuerpo de Lex lo suficientemente cerca como para tocarlo. La forma en que los ojos de Lex habían bajado a su boca y se habían quedado allí.

Tomó notas. Hizo planes. Se despidió de Astoria y condujo a casa por las calles oscuras de Phoenix Ridge con el océano brillando bajo la luna a su izquierda y el nuevo pabellón iluminado a sus espaldas en el espejo retrovisor.

Goldie la esperaba en la puerta principal, moviendo la cola despacio, presintiendo el malestar. Mara se arrodilló en el suelo de la cocina y estrechó al perro contra su pecho, hundiendo la cara en el pelaje cálido, e intentó dejar de revivir aquellos segundos en el pasillo. Lex inclinándose. Los labios de Lex entreabriéndose. El

momento, suspendido e imposible, antes de que la voz de Astoria lo rompiera.

Estaba aterrorizada. No por Lex. No por el escándalo. No por la diferencia de edad ni por la dinámica de poder ni por ninguna de las objeciones racionales que llevaba semanas enumerando.

Estaba aterrorizada porque sabía exactamente lo que habría hecho si Astoria no hubiera doblado aquella esquina. Habría dejado que Lex acortara la distancia. Le habría devuelto el beso. Y no habría querido parar.

6

La fotógrafa se llamaba Yara y sabía perfectamente lo que hacía.

—Barbilla arriba. Un poco más. Mantén eso. —El obturador hizo clic en una ráfaga rápida—. Precioso. Ahora apóyate en los azulejos y cruza los brazos.

Lex se movió contra la pared de la ducha; la cerámica se sentía fría a través de la fina tela de su sujetador deportivo. El nuevo vestuario de las Valkyries olía a pintura fresca, a limpiador industrial y al tenue aroma a cedro de los bancos sin terminar. Todo en este edificio era a estrenar, desde los suelos de hormigón pulido hasta los paneles LED del techo y los accesorios de cromo de las duchas, que brillaban como si nunca los hubieran tocado. El vestuario era enorme comparado con el de la antigua pista. Cabinas espaciosas, pasillos anchos, una zona de duchas con divisores individuales y un drenaje adecuado. Construido para profesionales. Construido para una liga que importaba.

Y construido, al parecer, para una sesión de fotos que nadie había autorizado.

—Abre un poco más los brazos —dijo Yara, agachándose para disparar desde un ángulo bajo. Estaba en la treintena, era fibrada, con el pelo muy corto y una cámara que parecía costar más que el coche de Lex. Le había enviado un mensaje a Lex por Instagram hacía dos semanas con una propuesta refrescantemente directa: una

página de fans del hockey de corte feminista llamada *Ice & Edge* quería dar visibilidad a mujeres deportistas que no se ajustaran a la imagen brillante de pintalabios y coleta que a los medios deportivos les encantaba vender. Cuerpos atléticos. Tatuajes. Fuerza sin disculpas. Sin suavizar, sin desinfectar, sin fingir que las mujeres en el deporte profesional tenían que parecer recién salidas de un anuncio de champú para que mereciera la pena celebrarlas.

Lex había dicho que sí de inmediato.

No le había pedido permiso a Mara. No se lo había pedido a Astoria. La decisión le correspondía a ella. Su cuerpo, su imagen, su elección. Llevaba tomando decisiones así toda su carrera, y el hecho de que todas las instituciones de las que había formado parte hubieran intentado controlar su imagen era precisamente la razón por la que seguía haciéndolo.

La estilista, una mujer reservada llamada Dina con un piercing en el septo y una bolsa de lona llena de bártulos, ajustó el reflector de luz que había apoyado contra la pared de la ducha. Los LED del techo eran demasiado crudos para las fotos, así que los habían apagado y estaban trabajando con dos ventanas de luz portátiles que proyectaban un brillo cálido y dorado sobre los azulejos. El efecto era íntimo. Casi pictórico. Una luz que hacía que la definición muscular pareciera una escultura.

—Esta va a ser increíble —dijo Yara, revisando su pantalla. Giró la cámara hacia Lex. La imagen la mostraba apoyada en la pared de la ducha, con los brazos cruzados sobre el sujetador deportivo y cada línea de su torso definida y visible. Los tatuajes de ambos brazos destacaban con la luz cálida; los patrones geométricos del brazo izquierdo contrastaban con los diseños más orgánicos del derecho. Tenía el pelo oscuro suelto sobre los hombros, todavía húmedo por el pulverizador que habían usado para conseguir ese aspecto de recién salida de la ducha. Su expresión era serena, directa, sin remordimientos.

Parecía fuerte. Se parecía a sí misma. Ese era el objetivo.

—¿Lista para la siguiente escena? —preguntó Yara.

Lex asintió. Se quitó el sujetador deportivo y la ropa interior y entró del todo en la cabina de la ducha, dándose la vuelta para

quedar de cara a la pared. El agua no corría, pero Dina le humedeció la espalda y los hombros con un pulverizador, y las finas gotas capturaron la luz de los focos como cristales esparcidos. La cerámica estaba fría contra los antebrazos de Lex mientras los apoyaba por encima de su cabeza, y un escalofrío le recorrió la columna, uno que no tenía nada que ver con la temperatura y sí con la emoción de ser así de audaz en un espacio que pertenecía a una organización que no le había dado permiso.

La toma era desde atrás. Hombros, espalda, la curva de su columna estrechándose hasta el culo. El tatuaje que envolvía su omóplato derecho era totalmente visible, con las líneas oscuras resaltando sobre su piel bronceada. No había nada explícito en el encuadre. No hacía falta. La imagen trataba sobre la fuerza, la presencia y la negativa deliberada a esconderse.

—Tres más —dijo Yara, con el obturador haciendo clic rápidamente—. Gira la cabeza a la izquierda. Solo el perfil. Sí. Mantén.

Lex mantuvo la postura. El silencio del vestuario vacío las rodeaba, roto únicamente por el clic de la cámara y el zumbido lejano del sistema de climatización del estadio. Se suponía que el edificio estaría vacío hoy. Sin entrenamiento, sin partido, sin personal. Solo Lex y dos mujeres con cámaras y focos, creando imágenes que llegarían a cincuenta mil seguidores en una plataforma dedicada a celebrar precisamente a este tipo de deportista.

—La última para la ducha —indicó Yara—. Mira a cámara. Cúbrete con el brazo cruzado sobre el pecho. Solo lo justo.

Lex se giró. Inclinó un brazo sobre el pecho, ocultando con el antebrazo lo que debía ocultarse, mientras la otra mano descansaba sobre el mando de la ducha. Miró directamente al objetivo. Sin sonrisas. Sin actuaciones. Pura presencia.

El obturador se disparó.

—Esa es —dijo Yara en voz baja—. Esa es la imagen de portada.

Regresaron a los vestuarios para la última configuración. Lex se puso unos calzoncillos negros y se sentó en el banco frente a su taquilla, inclinándose hacia delante con los codos en las rodillas. La

camiseta de las Valkyries estaba colgada sobre la taquilla detrás de ella; la tela plateada y púrpura captaba la luz. Dina ajustó el reflector. Yara se agachó de nuevo, disparando desde abajo, enmarcando a Lex entre las puertas abiertas de la taquilla con el logotipo del equipo visible sobre su cabeza.

La puerta del vestuario se abrió de golpe.

El sonido restalló en el silencio como un disparo. Lex levantó la cabeza de golpe. Dina se sobresaltó. Yara se enderezó, bajando la cámara.

Mara estaba en el umbral.

La chaqueta de entrenadora subida hasta la garganta. La coleta tirante. Los ojos azules encendidos con una furia tan aguda que resultaba casi física. Su mirada barrió la escena de una sola pasada: los focos, la cámara, Dina con su reflector y Lex, sentada en el banco del vestuario vestida solo con su ropa interior negra, con los brazos cubiertos de tatuajes, el pelo suelto y el cuerpo totalmente expuesto bajo la cálida luz dorada.

—¿Qué demonios está pasando en mi vestuario?

No era una pregunta. Era una detonación.

—Hola, entrenadora. —Lex se quedó sentada. No cogió una toalla. No cruzó los brazos. No hizo amago de cubrirse de ninguna manera. El pulso se le aceleró, fuerte y rápido, pero no por vergüenza. El calor que se extendió por su pecho cuando los ojos de Mara recorrieron su cuerpo era deseo, puro e innegable.

La mirada de Mara bajó desde la cara de Lex hasta sus hombros, a los tatuajes, sus pechos, los músculos de su abdomen, hasta la cinturilla baja de su ropa interior, y luego volvió a subir con un movimiento brusco, casi violento, como si se hubiera pillado a sí misma mirando. Tenía la mandíbula apretada. El color le subió por el cuello, tiñendo su piel y ascendiendo hacia las orejas.

—¿Alguien me quiere decir quién ha autorizado esto? —La voz de Mara era controlada, pero sus manos eran puños a los costados.

—Nadie lo ha autorizado —dijo Lex—. No necesito autorización para hacer fotos de mi propio cuerpo.

A Mara le chispearon los ojos. —En unas instalaciones del equipo. En un vestuario de la liga. Con personas que no pertenecen al

personal del equipo. —Miró a Yara y a Dina—. ¿Quiénes son ustedes?

—Yara Osman. —Yara dio un paso adelante, profesional y compuesta—. Dirijo *Ice & Edge*. Es una plataforma feminista de fotografía deportiva. Estamos aquí por invitación de Lex. —Sujetó la cámara de forma protectora contra su cadera.

—Están aquí sin el conocimiento ni la aprobación del equipo, en una zona restringida, fotografiando a una jugadora en diversos estados de desnudez. —La voz de Mara podría haber cortado diamante—. ¿Tienen idea de lo que parece esto?

Lex se puso de pie. Lentamente. Dejó que el movimiento fuera deliberado, levantándose del banco con la confianza pausada de alguien que se siente totalmente cómoda en su propia piel. Y lo estaba. Había pasado veintiocho años en este cuerpo. Lo había entrenado, lo había llevado más allá del límite, lo había reconstruido, y no iba a apresurarse a esconderlo porque alguien hubiera entrado en la habitación molesto.

La mirada de Mara volvió a caer en sus pechos. El rubor de su cuello se intensificó. Arrastró los ojos de vuelta a la cara de Lex con un esfuerzo visible, y la tensión en su mandíbula era tan pronunciada que el músculo saltaba bajo la piel.

—¿Puedo coger una toalla? —preguntó Lex. Pasó por delante de Mara hacia los ganchos de la pared opuesta, añadiendo un segundo extra a cada paso. La atención de Mara presionaba contra su espalda como el calor de una hoguera. El espacio entre ellas vibraba con una tensión que no tenía nada que ver con faltas profesionales y sí con el pasillo fuera de la oficina de Mara tres días atrás, el casi beso, el aliento entre ambas, el momento que ninguna de las dos había reconocido desde entonces.

Cogió una toalla del gancho y se la echó sobre los hombros sin sujetarla. Le cubría el pecho holgadamente. Se giró de nuevo hacia Mara, que estaba allí de pie, muy quieta en el centro del vestuario, con los brazos cruzados y los ojos clavados en un punto por encima del hombro izquierdo de Lex, como si mantener el contacto visual se hubiera vuelto físicamente peligroso.

—Estas fotos —dijo Mara, y su voz era más baja ahora pero igual de afilada— te reducirán a una chica de póster. A un cuerpo. Tienes talento, Landry. Un talento real. Y vas a tirarlo a la basura para que unos desconocidos en internet puedan cosificarte.

—Eso no es lo que es esto.

—Es exactamente lo que es esto. En cuanto estas imágenes lleguen a internet, dejarás de ser una jugadora de hockey. Serás una foto sexy en el chat de grupo de alguien. Serás un meme. Serás el fondo de pantalla de un vestuario. Todo lo que hagas en el hielo se medirá con estas fotos y la conversación nunca tratará sobre tu habilidad.

Las palabras calaron hondo. Ya había oído ese argumento antes; sonaba razonable, parecía protector, siempre disfrazado de preocupación. Y siempre, en el fondo, trataba sobre el control.

Lex mantuvo la calma. Incluso se mostró divertida. Una pequeña sonrisa ladeada asomó en la comisura de sus labios.

—¿Puedo enseñarte algo?

Mara apretó la mandíbula. —No tengo interés en ver más.

—Yara. —Lex se volvió hacia la fotógrafa—. ¿Puedes enseñarle a la entrenadora Ellison la selección de hoy?

Yara las miró a ambas, captando la tensión, y luego dio un paso adelante con su cámara. Pulsó unos botones y sostuvo la pantalla hacia Mara, pasando las imágenes.

Mara miró. Lex observó cómo miraba.

La primera imagen era la toma del vestuario: Lex sentada hacia delante en el banco, con los codos en las rodillas y la camiseta de las Valkyries detrás. Fuerte. Seria. Ni rastro de coquetería o actuación. La segunda era el perfil en la ducha, gotas de agua en los hombros de Lex, su expresión apartada de la cámara, la mandíbula firme, los músculos en tensión. La tercera era la toma de espaldas, con los brazos de Lex apoyados contra la pared de la ducha, cada línea de su espalda y hombros esculpida por la luz cálida. Los tatuajes. La definición. La fuerza de un cuerpo construido para la competición de élite.

No eran fotos de póster erótico. No eran objetivantes. Eran un homenaje a una feminidad atlética que existía fuera del estrecho y

pulido pasillo que los medios deportivos habían construido para las mujeres. Eran crudas, fuertes y desprejuiciadamente sexuales de una forma que no tenía nada que ver con los hombres, nada que ver con vender productos, nada que ver con la comodidad de nadie excepto de la mujer de las fotos.

El ritmo de Mara al pasar las fotos se ralentizó. Se detuvo. Su pulgar quedó suspendido sobre la pantalla. Tenía los labios entreabiertos pero no salían palabras, el color le había subido a las mejillas y sus ojos azules estaban muy abiertos y fijos en la pantalla de la cámara con una expresión que Lex nunca le había visto antes. No era enfado. No era desaprobación. Parecía vulnerable, hambrienta; la cara de alguien cogido por sorpresa por lo que estaba viendo.

—Son para una cuenta de fans del hockey feminista llamada *Ice & Edge* —explicó Lex—. Cincuenta mil seguidores. Todas mujeres. Mujeres queer, en su mayoría. Mujeres que quieren ver a deportistas que se parecen a mí, que tienen cuerpos que no encajan en el molde, que son musculosas y tatuadas y masculinas y aun así hermosas. Y poderosas. No a pesar de nada de eso. Gracias a ello.

Mara tragó saliva. Levantó la vista de la pantalla de la cámara y sus ojos se encontraron con los de Lex, y lo que fuera que estuviera a punto de decir murió antes de llegar a su boca. Sus labios se movieron. Se cerraron. Se movieron de nuevo.

—Yo... —Mara se detuvo. Parpadeó—. El equipo tiene protocolos de prensa.

—No estoy haciendo esto como parte del equipo. Lo hago como yo misma. —Lex sujetaba la toalla con holgura sobre sus hombros, con la barbilla alta.

—Llevas equipación de las Valkyries en varias de esas tomas.

—Estoy sentada cerca de la equipación de las Valkyries. Hay una diferencia. —Lex ladeó la cabeza. La toalla resbaló ligeramente de su hombro izquierdo y ella lo permitió—. No me avergüenzo de mi cuerpo, entrenadora. He trabajado demasiado duro en él como para esconderlo porque a alguien le resulte incómodo.

Ese *alguien* flotó entre ellas y ambas sabían perfectamente a quién se refería Lex.

Mara retrocedió. Fue un movimiento pequeño, casi inconsciente, su cuerpo creando una distancia que su rostro sugería que necesitaba desesperadamente. Le devolvió la cámara a Yara sin mirarla. No le temblaban las manos por completo, pero casi.

—Deberías haber pedido permiso —dijo Mara. Su voz había perdido su filo. Ahora era más baja. Casi áspera—. No porque yo sea dueña de tu cuerpo o de tus decisiones. Sino porque esto son unas instalaciones del equipo, hay protocolos y tú lo sabes.

—Tienes razón. Debería habérselo dicho a alguien. —Lex concedió el punto porque era justo. Pero allí de pie, en el silencio del vestuario con la compostura de Mara resquebrajada, una duda inesperada se le enganchó en el pecho; la primera real que se permitía sentir desde que Yara había cruzado la puerta. No por las fotos. Por esto. Había querido sacudir a Mara. No había contado con que ella también acabara sacudida.

—Lo aclararé con la oficina central de forma retroactiva —dijo Lex—. Y me aseguraré de que las fotos no incluyan ninguna marca del equipo. ¿Trato?

Mara la miró fijamente. El silencio se prolongó entre ellas, denso con todo lo que no estaban diciendo. Tres días desde el pasillo. Tres días desde que Lex se había inclinado y Mara se había quedado allí con la espalda contra la pared y los ojos llenos de algo que se parecía mucho a la rendición. Ninguna de las dos lo había mencionado. Ninguna de las dos iba a mencionarlo. El recuerdo vivía en el espacio cargado entre ellas como un artefacto sin explotar, y cada vez que estaban solas, la mecha se acortaba.

—Trato —dijo Mara finalmente. Se dio la vuelta hacia la puerta, pero se detuvo. Se volvió de nuevo. Sus ojos azules eran penetrantes y escrutadores, y su voz, al hablar, fue casi inaudible.

—Las fotos son buenas. Estás... —Se detuvo. Tragó saliva—. Son buenas.

Se marchó. La puerta del vestuario se cerró tras ella con un clic sólido, y el silencio volvió a inundarlo todo.

Yara soltó un suspiro pausado. —Vaya con tu entrenadora.

—Es mi entrenadora.

—Es intensa.

Lex cogió su sujetador deportivo del banco y se lo pasó por la cabeza, sintiendo que la tela se asentaba contra su piel. El corazón le martilleaba. Tenía la cara caliente. Todo su cuerpo vibraba con la resaca de los ojos de Mara sobre ella, el rubor en el cuello de Mara, el modo en que la voz de Mara se había quebrado en la palabra *estás*.

ESTÁS

No había terminado la frase. No le había hecho falta. El resto estaba escrito en su rostro, en su agarre tembloroso de la carpeta, en cómo no había podido evitar que su mirada cayera hacia el cuerpo de Lex por mucho que se hubiera esforzado por mantenerla del cuello para arriba.

—¿Hemos terminado? —preguntó Lex a Yara. Su voz sonó más ronca de lo que pretendía. Se aclaró la garganta.

—Hemos terminado. Te enviaré la selección para el viernes.

Lex las ayudó a recoger los focos y los reflectores, plegando las patas de los trípodes y enrollando los cables con la eficiencia automática de alguien que ha hecho cien montajes de prensa en cien instalaciones diferentes en una docena de países. Llevó el equipo hasta la furgoneta de Yara en el aparcamiento. El sol de la tarde le dio en la cara al salir, cálido y brillante tras el interior fresco del estadio. Se quedó un momento en el aparcamiento después de que Yara se fuera; la brisa marina le agitaba el pelo suelto y el salitre del aire se sentía penetrante en sus labios.

Sacó el móvil y abrió la cuenta de *Ice & Edge*. Cincuenta y dos mil seguidores. Publicaciones de deportistas femeninas de todos los deportes, fotografiadas con este mismo estilo: crudo, fuerte, sin disculpas. Boxeadoras con los nudillos amoratados. Levantadoras de

pesas a mitad de un levantamiento. Nadadoras con hombros que podrían llenar el marco de una puerta. Mujeres que se veían como se veía Lex, que se movían por el mundo como ella se movía, y a las que nunca se les había pedido que se suavizaran para comodidad de nadie.

Pasó una foto de una jugadora de rugby flexionando los músculos en un vestuario, sonriendo a la cámara, y un calor se extendió por su pecho que no tenía nada que ver con el sol. Por esto había dicho que sí. No por atención. No por polémica. Porque la visibilidad importaba. Porque en algún lugar una chica queer de veinte años con hombros anchos y pelo corto iba a ver estas fotos y a sentirse menos sola en un mundo que no paraba de decirle que era demasiado.

Bloqueó el teléfono y volvió a entrar. Los pasillos del estadio estaban vacíos y frescos tras el calor del aparcamiento, y el aire reciclado traía el limpio aire gélido del hielo recién cortado de la pista. Sus pasos resonaban sobre el hormigón pulido. Pasó por delante de la puerta del despacho de Mara. Estaba cerrada. No se veía luz debajo.

Pero Lex aún podía sentirla. Esa mirada presionando contra su piel. La grieta en su compostura. Cómo se había quedado en medio del vestuario mirando el cuerpo de Lex y se había olvidado de cómo terminar una frase.

LAS FOTOS SON BUENAS. ESTÁS

Lex sonrió. Se apartó el pelo de la cara. Siguió caminando.

Estaba causando un efecto en Mara Ellison. Y Mara Ellison estaba causando un efecto en ella.

La diferencia era que Lex no fingía lo contrario.

7

Hacía demasiado calor en el despacho.

Mara estaba de pie tras su escritorio con la ventana entreabierta; el aire vespertino entraba a la deriva, trayendo consigo el leve aroma salino del océano y el distante estruendo del tráfico en la carretera de la costa. Su chaqueta de entrenadora colgaba del respaldo de la silla. Se la había desabrochado, se la había quitado y la había dejado allí hacía veinte minutos, y el fresco de la ventana debería haber sido suficiente para refrescarla. No lo era. Tenía la piel encendida desde el pecho hasta el nacimiento del pelo, y el cuello del polo parecía estar estrangulándola.

Goldie estaba enroscada bajo el escritorio, con el hocico apoyado en las patas, observando el deambular de Mara con sus pacientes ojos dorados. La perra tenía esa expresión que ponía cuando Mara estaba agitada: tranquila, firme y levemente preocupada, como si esperara a que pasara la tormenta.

La tormenta no estaba pasando.

Cada vez que Mara cerraba los ojos, lo veía. Lex contra los azulejos de la ducha, las gotas de agua brillando sobre la piel bronceada, la tinta y el músculo, captando la luz a lo largo de las crestas de sus hombros, la curva de sus pechos, el plano liso de su vientre, las líneas cinceladas de sus muslos. Los tatuajes vivos y relucientes bajo las luces del techo. La ausencia absoluta de

vergüenza. Lex se había quedado allí, desnuda, goteante y sin prisas, y había mirado a Mara como si fuera ella quien debiera una explicación.

Mara apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio y respiró por la nariz.

Veinte años de vestuarios. Nunca había reaccionado así. El calor bajo su piel no era profesional. La tirantez en la boca del estómago no era funcional. La imagen grabada a fuego tras sus párpados —Lex girándose lentamente bajo el agua con esa media sonrisa ladeada— era lo menos anodino que había experimentado jamás.

Contrólate. Tienes cuarenta y ocho años. Tienes una sesión con ella en quince minutos.

Las sesiones de estrategia en vídeo habían sido productivas desde la pretemporada. Mara abría las grabaciones de los partidos en el portátil, sentaba a Lex al otro lado del escritorio y la guiaba a través de lecturas defensivas, ángulos de posicionamiento y responsabilidades de cobertura. Era clínico. Analítico. Dos profesionales revisando cintas. Salvo que ahora, el escritorio entre ellas parecía un chiste. Ahora el despacho se sentía pequeño, cálido y lo bastante privado como para que el pulso de Mara golpeara contra su garganta.

Llenó un vaso de agua de la jarra del estante y se bebió la mitad de pie junto a la ventana. El aparcamiento de abajo estaba casi vacío. Quedaban unos pocos coches: vehículos del personal y la maltratada berlina negra de Lex, aparcada torcidamente cerca de la entrada lateral. Lex seguía en el edificio, en alguna parte.

Mara apuró el vaso y lo posó con más fuerza de la que pretendía. Las orejas de Goldie se agitaron.

—Lo siento, pequeña. —Se agachó y rascó tras la oreja de Goldie, y la cola de la perra golpeó una vez contra la alfombra. El calor del pelaje de Goldie bajo sus dedos la devolvió a la realidad, alejándola del borde de cualquier precipicio por el que hubiera estado tambaleándose desde que entró en aquel vestuario.

Puedes cancelar. Dile que estás ocupada. Pospónlo para mañana, cuando hayas tenido tiempo de…

Unos golpes en la puerta.

Mara se enderezó. Su mano fue a su coleta para apretarla, un reflejo que no lograba romper cuando estaba nerviosa. Se alisó la parte delantera del polo, comprobó que su postura fuera la correcta y abrió la puerta.

Lex estaba en el pasillo con una sudadera negra limpia y pantalones de chándal grises, con el pelo aún húmedo de la ducha que se hubiera dado tras el desastre de la sesión de fotos. Se había quitado el maquillaje y tenía la cara lavada, limpia, con los rasgos más afilados sin maquillaje. Los tatuajes de sus manos desaparecían bajo las mangas de la sudadera y llevaba una fina cadena de plata al cuello que captaba la luz fluorescente.

—Hola, entrenadora. —La voz de Lex era relajada, tranquila, como si hace una hora no hubiera estado desnuda y desafiante en una ducha llena de vapor mientras Mara intentaba articular una frase coherente—. ¿Sigues en pie lo de la sesión?

—Pasa. —Mara dio un paso atrás para dejarla entrar y percibió el aroma a jabón limpio cuando Lex pasó a su lado. Sencillo. Sin complicaciones. No debería haber hecho que se le diera un vuelco el estómago.

Lex se dejó caer en la silla frente al escritorio e inmediatamente se inclinó para saludar a Goldie, que había salido de su escondite moviendo la cola—. Hola, preciosa. —Lex frotó las orejas de Goldie con ambas manos, rascando los puntos que hacían que la pata trasera de la perra diera pataditas, y todo el cuerpo de Goldie se contoneó de placer—. Eres la mejor. Sin duda la mejor.

Mara se sentó y abrió el portátil. Las imágenes del partido ya estaban en cola, con las marcas de tiempo resaltadas y sus notas organizadas en los márgenes. Hizo clic en el primer clip e inclinó la pantalla hacia Lex.

—Antes de empezar. —Lex seguía acariciando a Goldie, pero había levantado la vista hacia el rostro de Mara. Ojos oscuros,

directos e incómodamente perceptivos—. ¿Quieres hablar de lo de las fotos? ¿Aclarar las cosas?

Los dedos de Mara se quedaron quietos sobre el teclado—. No estoy segura de que haya nada que discutir.

—Antes parecías muy segura. Cuando entraste en el vestuario como si fueras a despedir a alguien. —Lex rascó tras las orejas de Goldie, manteniendo la mirada fija en Mara.

—Me preocupaba el uso no autorizado de las instalaciones del equipo para fines personales...

—Para una sesión de fotos de fans. Sí, ya he oído el discurso. —Los labios de Lex se curvaron, no exactamente con burla, sino con diversión. Se reclinó en la silla y estiró las piernas, cruzando los tobillos. Goldie se acomodó contra sus espinillas y la mano de Lex descansó sobre el lomo de la perra—. Mira, lo entiendo. Has visto algo que no esperabas y has reaccionado. Pero las fotos no son lo que crees.

Mara cerró el portátil. Las grabaciones podían esperar—. Pues cuéntame qué son.

Lex se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y Mara lo vio: el cambio. La chulería desapareció como si se quitara una máscara. Lo que la reemplazó fue algo más sosegado, más seguro, fundamentado en la convicción.

—Hay una cuenta de fans. Hockey femenino, deporte femenino en general. La llevan dos mujeres de Montreal que llevan años cubriendo a atletas femeninas. Se pusieron en contacto conmigo por lo que represento. No por la polémica ni por los cotilleos. Por el hecho de que tengo este aspecto y no pido perdón por ello. —Lex hizo una pausa, eligiendo sus palabras, y a Mara le sorprendió su claridad—. Soy masculina. Soy musculosa. Tengo tatuajes. No finjo feminidad ante las cámaras. Y hay toda una generación de mujeres y niñas que necesitan ver a alguien como yo asumiendo eso. Siendo poderosa y atractiva y sin hacerme pequeña para que nadie se sienta cómodo.

El despacho estaba en silencio. La respiración de Goldie. El zumbido de la ventilación.

—Las fotos son para mujeres —continuó Lex—, hechas por mujeres. Tratan sobre la fuerza, la confianza y el ser visible sin disculparse. Tratan de mostrar un cuerpo que ha sido entrenado para el deporte de élite y decir: esto es hermoso. Esto es poderoso. Esto es mío. —Apretó la mandíbula—. He pasado toda mi carrera oyendo que soy «demasiado». Demasiado agresiva, demasiado masculina, demasiado conflictiva. La sesión de fotos soy yo decidiendo qué significa ese «demasiado». En mis propios términos.

A Mara le dolió el pecho. La sensación fue inesperada, inoportuna y completamente imposible de ignorar.

—En mis tiempos —dijo Mara poco a poco—, las atletas que se quitaban la ropa o estaban desesperadas por llamar la atención o estaban siendo explotadas. Esa era la suposición. Siempre.

—¿Era siempre cierto? —Lex se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas.

—No. —La palabra salió antes de que pudiera filtrarla—. No, no siempre era cierto. Pero las consecuencias eran reales de todos modos. Te ponían una etiqueta. Te marcaban. Te perseguía.

Lex asintió—. Todavía ocurre. La diferencia es que ahora yo puedo elegir la etiqueta. Y puedo decir: en realidad, esto no es un escándalo. Esta soy yo. Si la gente se siente incómoda, ese es su problema.

Mara la estudió desde el otro lado del escritorio. La sudadera era holgada, pero los hombros de Lex la llenaban, anchos y cuadrados; su postura era abierta y sus manos descansaban relajadas sobre las rodillas. Sus ojos oscuros sostenían los de Mara sin vacilar, sin la carga de flirteo que solía haber entre ellas. Mara no estaba preparada para lo mucho que deseaba decir que sí.

—Entiendes por qué me enfadé —dijo Mara.

—Porque no conocías el contexto. Y porque entraste en un vestuario y viste algo que te descolocó. —Su boca se torció hacia un lado, con un gesto dulce más que burlón.

El calor volvió a subirle a Mara por el cuello. Sostuvo la mirada de Lex por pura fuerza de voluntad—. Porque el uso no autorizado de las instalaciones del equipo plantea problemas reales. Seguros, responsabilidad civil, las políticas del Astoria.

—Me parece justo. Debería haber pedido permiso. Eso te lo concedo. —La expresión de Lex se suavizó—. No te concederé mucho más, pero eso sí.

Silencio. Goldie suspiró y se apoyó con más peso contra las piernas de Lex.

—¿Has dicho que la cuenta de fans tiene su base en Montreal? —preguntó Mara.

Y, así de fácil, se pusieron a hablar. No sobre hockey. No sobre estrategia, sistemas o las lecturas defensivas de Lex. Hablaron sobre el deporte femenino, sobre la gente que lo cubría y sobre las formas en que el panorama había cambiado en los años transcurridos desde que Mara cogió un palo por primera vez. Lex habló de cómo creció viendo a su madre jugar al hockey sobre hierba a nivel internacional, de la ausencia total de cobertura mediática, de cómo las atletas femeninas eran invisibles o quedaban reducidas a sus cuerpos por medios de comunicación que no tenían interés en su talento. Habló de la disputa con la federación, no de la versión edulcorada de la nota de prensa, sino de la de verdad: las reuniones en las que le decían que fuera agradecida con las migajas que le ofrecieran, el momento en que se plantó, dijo que no y vio cómo su carrera saltaba por los aires a su alrededor.

Mara la escuchaba. Escuchaba del mismo modo que lo hacía con Helen, un pensamiento que apartó de inmediato porque lo que compartía con Helen se basaba en una década de confianza, y aquello era una jugadora sentada en su despacho una tarde de diario. Pero Lex se expresaba con una lucidez que Mara no esperaba. No era algo pulido ni ensayado, sino claro. Sabía lo que creía y por qué lo creía, y podía defenderlo sin aspavientos. La inteligencia tras la fanfarronería era real, sustancial y más difícil de ignorar que cualquier cosa que Lex le hubiera lanzado sobre el hielo.

—No dejé el hockey sobre hierba porque no pudiera dar la talla —dijo Lex, y por primera vez su voz bajó de tono, volviéndose más ronca, raspada por un dolor que aún escocía—. Era la mejor jugadora del mundo en mi posición. Me fui porque querían que me callara y jugara, y no pude hacerlo. No con las chicas más jóvenes

mirando. No cuando guardar silencio significaba decirles que sus voces no importan.

A Mara se le cerró la garganta—. Eso requirió valor. —Las palabras salieron suaves, sin defensas.

—Requirió terquedad. Valor suena demasiado noble para lo que fue en realidad, que fue estar tan cabreada que no podía pensar con claridad. —Lex soltó una risa que no llegó a cuajar—. Mi madre lo llamó autodestructivo. Mi agente lo llamó suicidio profesional. Yo lo llamé la única opción con la que podía vivir.

—Tu madre. —Las palabras salieron de Mara antes de que pudiera frenarlas. No debería estar preguntando. Esto era personal, profundamente personal, y la línea entre entrenadora y confidente se disolvía con cada minuto que pasaba.

La expresión de Lex cambió. Se cerró una persiana tras sus ojos, solo por un segundo, una puerta que se cerraba antes de volver a abrirse—. Mi madre es la razón por la que tengo debilidad por las mujeres autoritarias que me dicen qué hacer. —Sonrió, pero sus ojos permanecieron inexpresivos—. Antigua atleta de élite. Madre soltera. Dirigía nuestra casa como un campamento de entrenamiento. Todo eran métricas de rendimiento, aprobación condicional y nunca, jamás, ser lo suficientemente buena.

Goldie gimió suavemente y hundió el hocico en la mano de Lex. Lex le acarició el morro con un toque delicado que contrastaba notablemente con la dureza de su voz.

—Llevo cuatro años sin hablar con ella —continuó Lex—. No vino ni a uno solo de mis partidos internacionales en los últimos tres años que jugué. Cuando dejé la federación, me dijo que estaba tirando por la borda todo lo que ella había construido. —Hizo una pausa—. Dijo «ella había construido». No «yo». Como si mi carrera fuera su proyecto de construcción y yo le hubiera metido una bola de demolición.

Un nudo se apretó bajo las costillas de Mara. Quería cruzar el escritorio y tocar la mano de Lex, y el deseo era tan fuerte que casi anuló veinte años de disciplina profesional.

—Lo lamento —dijo Mara en su lugar. En voz baja. Sintiéndolo de verdad. Tenía las manos planas sobre el escritorio, presionando con

fuerza la madera.

Lex levantó la vista. La vulnerabilidad en su rostro era abrumadora, breve y desprotegida de una forma que Mara nunca le había visto, y entonces desapareció, guardándose tras algo más duro—. No lo lamentes. Ella me hizo fuerte. Me hizo una luchadora. También me hizo imposible de querer, por lo visto, así que ahí está el detalle.

—No eres imposible de querer. —Las palabras salieron antes de que Mara pudiera atraparlas y las oyó aterrizar en el silencio entre ellas, pesadas e irreversibles. Demasiado. Demasiado honestas. Se aclaró la garganta y buscó el portátil—. Deberíamos pasar al vídeo.

Lex la observaba con una expresión que Mara no supo descifrar —. Claro, entrenadora.

Revisaron la cinta. Mara guio a Lex a través de dos secuencias del último partido, señalando el ángulo defensivo que Lex debía mantener y las asignaciones de cobertura que había abandonado. Pero la distancia que Mara intentaba reconstruir no dejaba de colapsar. Lex hacía preguntas demasiado reflexivas, demasiado interesadas. Se inclinó sobre el escritorio para ver la pantalla, su hombro rozó el brazo de Mara y esta no se apartó con la rapidez suficiente. El despacho era cálido y cercano, y la presencia de Lex lo llenaba por completo.

En algún momento el vídeo terminó y siguieron hablando. Lex preguntó por el pasado de Mara, por su infancia en Canadá en una familia de hockey, y Mara se escuchó a sí misma respondiendo. No era la biografía edulcorada que daba a los reporteros. Era la versión auténtica. Tres hermanos y un padre que jugaba a nivel semiprofesional, y una niña que tuvo que pelear por cada minuto de hielo porque los chicos siempre iban primero. Su madre de pie junto a las vallas durante sus partidos, con los brazos cruzados, el único padre o madre allí para la parte femenina del calendario. Las becas que se ganó y las que no. Los largos años como entrenadora asistente, demostrando su valía en un deporte que toleraba a las mujeres con poder como tolera un día cálido en enero: brevemente, con escepticismo y con la expectativa constante de que las condiciones normales regresen.

—Has dicho antes que lo de las atletas quitándose la ropa era distinto en tus tiempos —dijo Lex—. ¿Era distinto ser gay en el deporte en tus tiempos?

Las manos de Mara se quedaron quietas sobre el escritorio. La pregunta era clara, sin malicia, sin trampa. Solo curiosidad. Los ojos oscuros de Lex estaban fijos en los suyos.

—Yo nunca estuve... —Mara se detuvo. Empezó de nuevo—. He pasado la mayor parte de mi vida con hombres. Mi matrimonio fue real. Las relaciones que he tenido fueron reales. —Agarraba el borde del escritorio. Tenía los nudillos blancos—. Hubo una vez con una mujer. Hace años. Terminó mal. He pasado mucho tiempo sin examinar aquello. —Hizo una pausa—. Esto no es algo que haya gestionado bien.

La honestidad de aquello flotó entre ellas. Lex no presionó. No sonrió, ni coqueteó, ni acortó la distancia. Se quedó sentada al otro lado del escritorio con la cabeza de Goldie en el regazo, con las manos quietas y una expresión cuidadosa y deliberadamente neutral, y Mara agradeció esa contención que terminó de derrumbar sus defensas.

—Vale —dijo Lex. Simplemente. Sin juicios. Sin preguntas de seguimiento. Solo reconociéndolo. Bajó la vista hacia Goldie, moviendo el pulgar lentamente sobre la oreja de la perra.

Mara exhaló—. Vale.

Se quedaron sentadas en silencio durante un momento que se alargó y se alargó. Goldie cambió de posición soltando un leve gruñido, y Lex la miró con una ternura que hizo que a Mara le dolieran las costillas.

—Debería irme. —Lex se levantó y se estiró, subiendo los brazos por encima de la cabeza, lo que hizo que la sudadera se elevara dejando ver una franja de su vientre bronceado y el borde de un tatuaje en la cadera—. Es tarde. Pareces cansada.

«Pareces cansada» no era algo que las jugadoras dijeran a sus entrenadoras. Era personal. Era una muestra de cariño. Se instaló en el pecho de Mara como el calor de una hoguera que no había pretendido encender.

—Lex. —Mara también se levantó, y el escritorio estaba entre ellas, pero la habitación era pequeña y todo estaba demasiado cerca —. Gracias. Por explicar lo de las fotos. Debería haber preguntado antes de reaccionar.

—Sí, deberías haberlo hecho. —Pero Lex sonreía, de verdad, esa sonrisa que suavizaba todo su rostro y la hacía parecer más joven y menos a la defensiva—. Pero yo debería habértelo dicho antes. Así que estamos en paz.

—No estamos en paz. Me debes un formulario de solicitud de uso de la pista. —Los labios de Mara luchaban contra una sonrisa que se negaba a dejar salir.

Lex soltó una carcajada. Una risa auténtica, plena, que venía del pecho, iluminó la estancia y puso a Goldie a mover la cola—. Eres una burócrata. En el fondo me encanta eso de ti.

Ya se había marchado antes de que Mara pudiera responder, cerrando la puerta tras de sí; sus pasos se desvanecieron por el pasillo. El despacho recuperó el silencio. La ventilación zumbaba. Goldie miró a Mara con sus ojos dorados, todavía moviendo la cola.

Mara volvió a sentarse. Le temblaban las manos, un fino temblor que empezaba en los dedos, subía por los brazos y se instalaba en algún punto tras el esternón. El despacho aún conservaba el leve aroma de su jabón, el calor en la silla donde ella había estado sentada. Y un residuo más persistente: el eco de una mujer hablando sobre el valor como algo que le costó todo.

Esto iba mal. Esto era peor que el pasillo después del partido, peor que el casi beso que no paraba de repetirse tras sus ojos a las tres de la mañana. Porque aquello había sido físico. Adrenalina, proximidad, dos cuerpos demasiado juntos en un espacio reducido. Esto era más profundo. Era Mara sentada tras un escritorio frente a una mujer veinte años menor que ella y viendo a alguien brillante, herido y valiente que hacía que ella también deseara ser vista.

Le puso la correa a Goldie y apagó las luces del despacho. El pasillo estaba vacío; la pista, oscura, resonaba más allá de las puertas dobles. Sus pasos, los suyos y los de Goldie, sonaban fuertes en la quietud. Fuera, en el aparcamiento solo quedaban su

coche y otro más, la furgoneta del encargado del material. La berlina negra de Lex no estaba.

El trayecto a casa duró quince minutos por la carretera de la costa. Mara bajó un poco la ventanilla y dejó que el aire salobre llenara el coche. Se sentía atraída por Lex Landry. Lo estaba desde hacía semanas, y la negación se desmoronaba más rápido de lo que ella podía reconstruirla. Pero esta noche había añadido una dimensión que no podía descartar como química, hormonas o la respuesta física de un cuerpo que llevaba demasiado tiempo sin ser tocado.

Lex le caía bien. No la rebelde, no el talento temerario que arrasaba con sus sistemas como si fueran sugerencias. La persona que había debajo. La mujer que luchó contra una federación por unas atletas más jóvenes a las que nunca conocería. La que habló de su madre con una crudeza que le pasó factura. La que se sentó en el despacho de su entrenadora un martes por la tarde y resultó ser divertida, inteligente y vulnerable, y que hizo que Mara olvidara, durante largos ratos, que todo esto estaba prohibido.

Entró en el camino de entrada y se quedó sentada en el coche a oscuras con el motor apagado y Goldie jadeando suavemente en el asiento trasero. La casa estaba a oscuras. Nadie esperando dentro. Nadie a quien dar explicaciones.

Se lo has dicho. En voz alta. La única cosa que has pasado años sin examinar.

El pensamiento se posó sobre su pecho como un fardo. Lo había dicho. En voz alta. A una jugadora. A Lex. Y Lex solo había dicho «vale». Sin presiones, sin segundas intenciones, sin dar un paso.

Mara apoyó la frente contra el volante y cerró los ojos.

Estaba perdida. El tipo de pérdida para la que veinte años de control, disciplina y límites rígidos no la habían preparado. El tipo que empezaba con una conversación y respeto y un perro dormido en el regazo de alguien, y terminaba en un lugar al que no podía permitirse ir.

Dejó que Goldie entrara en casa, llenó el cuenco de agua y se quedó en la cocina a oscuras, escuchando a la perra beber.

«Confusa» no era la palabra adecuada. Estar confusa implicaba incertidumbre sobre los hechos.

Mara estaba segura. Ese era el problema.

8

La luz del sol incidía en el vapor que subía de la taza de Elise, tiñéndolo de dorado sobre la encimera. Elise estaba en la cocina en pantalones de chándal y con una vieja sudadera de las Valkyries, consultando el móvil con una mano y comiendo un trozo de pan de masa madre con la otra. El aroma a tostadas y café solo flotaba cálido en el ambiente. Fuera, el cielo era de un azul pálido y liso, y Lex alcanzaba a oír a las gaviotas chillándose unas a otras por las sobras en el aparcamiento de abajo.

—Buenos días —dijo ella. Cogió una taza del estante y se sirvió café mientras se apoyaba en la encimera. Notaba el calor de la taza entre las manos. El café estaba demasiado caliente para beberlo, así que se lo acercó a la clavícula, dejando que el vapor acariciara su garganta.

Elise levantó la vista. —Has vuelto tarde.

—La sesión de entrenamiento se alargó —dijo Lex, acercándose más la taza y rodeándola con ambas manos.

—Debió de ser una sesión productiva. Anoche entraste con cara de que alguien te hubiera revuelto el cerebro.

Lex dio un sorbo. Demasiado caliente. Dejó la taza en la encimera. —Hablamos. De cosas que no eran de hockey.

Elise soltó el móvil y se giró hacia ella por completo, con sus ojos oscuros chispeando de interés. —¿Cosas como qué?

—La sesión de fotos. Feminismo. Deportes, el cuerpo de las mujeres, quién decide cómo nos presentamos. Luego la cosa simplemente derivó. Su familia. Mi familia. Las cosas que nos han marcado —Lex se frotó la nuca. El dolor del entrenamiento de ayer seguía ahí, un nudo sordo bajo el nacimiento del pelo—. Es distinta cuando estamos solas. Está menos a la defensiva. Escucha de verdad.

—Así que habéis tenido una conversación de verdad —Elise dejó su tostada sobre la encimera.

—Sí.

Elise la estudió. Su expresión era precavida, esa clase de precaución que indicaba que estaba eligiendo bien sus palabras.

—Hay algo entre vosotras dos —dijo. No era una pregunta.

Lex miró la encimera. Había un arañazo en el laminado, una línea clara en la superficie oscura, y lo recorrió con la uña del pulgar. —Puede.

—Puede —Elise arqueó un poco las cejas.

—Vale. Sí. Lo hay. Pero no va a llegar a ninguna parte. Es mi entrenadora. Me saca veinte años. Preferiría tragar cristales antes que cruzar esa línea y, sinceramente, no creo que sepa ni lo que quiere de mí. Un minuto me mira como si fuera un problema que tiene que resolver. Al siguiente me cuenta cómo fue crecer en Canadá y que su padre nunca fue a ver ni uno solo de sus partidos. Eso no es tontear. Es simplemente una persona abriéndose porque se siente sola y yo daba la casualidad de que estaba allí.

Elise cogió su tostada y dio un mordisco pausado, masticando lentamente, observando a Lex con una expresión a partes iguales de simpatía y escepticismo.

—¿Qué? —Lex dejó la taza con más fuerza de la que pretendía. El golpe resonó contra la encimera.

—Nada.

—Esa no es una cara de nada. Es una cara de «tengo una opinión al respecto».

—Anoche llegaste a casa con cara de que te hubiera pasado un autobús por encima. ¿Y ahora estás en nuestra cocina intentando

convencerte de que no significa nada? —Inclinó la cabeza—. Eso es exactamente lo que hace la gente cuando algo significa mucho.

Lex abrió la boca, la cerró y bebió su café. Le quemó la lengua y no le importó.

—Probablemente no llegará a nada —repitió.

Elise sonrió, cogió su móvil y volvió a su lectura. El escepticismo seguía ahí, silencioso e inamovible, como la marca de la marea en un malecón.



El entrenamiento fue un suplicio.

Mara las hizo realizar ejercicios de rotación defensiva que tenían a todas las jugadoras resoplando a los veinte minutos. Lex se entregó al trabajo; sus giros eran más limpios que hace un mes y sus lecturas de juego estaban mejorando. El sistema estaba encajando. Cuando jugaba ciñéndose a él, el hockey era precioso.

A los treinta minutos, un disco quedó suelto en el centro de la pista. Sus piernas reaccionaron antes de que su cerebro interviniera; salió en su busca y soltó un disparo de muñeca que Dani apenas logró atrapar con el guante. Una jugada magnífica. Un abandono absoluto de su posición de cobertura.

—Landry —la voz de Mara era puro hielo—. ¿Cuál era su posición?

Lex sabía la respuesta. Patinó de vuelta a su sitio y no dijo nada.

—Hágalo bien o váyase al banquillo.

Las palabras dolieron. Pero lo de anoche había cambiado la ecuación. Estar sentada en el despacho de Mara, ver cómo su armadura caía pieza a pieza hasta que la mujer que había debajo se hacía visible... Esa versión de Mara había confiado en Lex mostrándole su verdadero yo. Recurrir ahora a la rebeldía se sentía como traicionar esa confianza.

Completó el resto del entrenamiento sin romper la formación. Le costó todo lo que tenía. El instinto de perseguir el disco e improvisar gritaba por salir, pero lo contuvo. Porque la mirada en los ojos de

Mara no era de ira. Era la misma mirada que solía darle su madre cuando llegaba después del toque de queda: *Esperaba más de ti y me has fallado.*

Y eso era lo que Lex no podía soportar.



El agua de la ducha estaba hirviendo. Lex se quedó bajo el chorro con las palmas apoyadas en los azulejos y dejó que el calor penetrara en sus hombros y su espalda. El vestuario era un clamor a sus espaldas. Camille cantaba desafinada una canción de pop francés. Frankie contaba una historia sobre su perro, que se había comido un pollo asado entero de encima de la encimera, con huesos y todo, para luego mirarla con lo que Frankie describió como «remordimiento cero y satisfacción máxima». Lou se reía tanto que tuvo que sentarse en el banco, e incluso Dani esbozó una sonrisa desde su sitio. —El veterinario dijo que nunca había visto a un perro tan poco arrepentido —añadió Frankie—. No dejó de mover la cola durante toda la radiografía. Sonidos normales. Sonidos de equipo. Sonidos que deberían haber hecho que Lex sintiera que pertenecía al grupo, pero que en cambio la hacían sentir como si estuviera observando desde lejos, separada del resto por una distancia que no podía acortar.

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta de tirantes ancha, metió sus cosas en la bolsa y se la colgó al hombro. Tenía el pelo aún húmedo, cayéndole suelto por la cara, y el aire frío del pasillo le dio en el cuello y los hombros al cruzar la puerta del vestuario.

El pasillo estaba vacío. Las luces fluorescentes zumbaban en el techo, proyectando un brillo mate e institucional sobre las paredes de hormigón. Sus zapatillas chirriaban en el suelo pulido. Podía oír el sonido distante de la pulidora pasando sobre el hielo, un zumbido mecánico que resonaba por los cimientos del edificio.

Entonces oyó el clic de unas garras sobre el hormigón.

Goldie apareció al doblar la esquina a un trote suave, con la lengua fuera y la cola moviéndose en amplios arcos. Tenía el pelo recién cepillado y se movía con la confianza pausada de un perro que sabía que era adorado por todo el mundo y no veía razón para correr hacia nadie. La correa roja iba arrastrando por el suelo tras ella.

—Hola, pequeña —Lex hincó una rodilla en el suelo.

Goldie recorrió la distancia que faltaba y apretó todo su cuerpo contra el pecho de Lex, moviendo la cola a toda velocidad. Lex hundió las manos en el espeso pelaje tras las orejas de Goldie y la rascó; la perra entrecerró los ojos de placer. Olía a champú para perros y a pelaje cálido, el olor inconfundible de un Golden Retriever que ha estado tumbado en una habitación soleada.

—Buena chica. Eres la mejor —la voz de Lex se volvió suave de una forma que solo se permitía con dos categorías de seres: los perros y las mujeres con las que se acostaba. La cola de Goldie golpeaba su muslo. La perra hundió el hocico en el hueco del cuello de Lex y resopló, con su aliento cálido y húmedo, y Lex se echó a reír.

Siempre había querido un perro. Al crecer en Boston, su apartamento era demasiado pequeño y su madre demasiado estricta con la suciedad, el ruido y cualquier cosa que alterara el hogar rígido y centrado en el rendimiento que mantenía. Lex había suplicado por un cachorro a los ocho, a los diez, a los doce años. La respuesta siempre era no. Los perros eran distracciones. Los perros eran poco prácticos. Los perros requerían un tipo de amor incondicional y desordenado que no tenía lugar en una casa donde el afecto se racionaba y se ganaba.

Goldie se tumbó de lado, ofreciendo su barriga con esa absoluta falta de vergüenza que solo los Golden Retrievers pueden permitirse. Lex accedió, frotándole el suave pelo del estómago con ambas manos, y una pata trasera de la perra dio una patada por un espasmo reflejo de alegría.

—Eres ridícula —le dijo Lex—. ¿Lo sabes? Completamente ridícula.

La cola de Goldie barría el suelo. Sus ojos marrones estaban entrecerrados, dichosos. La correa seguía suelta, lo que significaba que Mara debía de estar cerca. Goldie no se alejaba mucho de ella.

El clic de unas botas sobre el cemento lo confirmó.

Mara dobló la esquina y se detuvo. Llevaba su chaqueta de entrenadora y unos vaqueros oscuros, su coleta se había aflojado un poco tras el día y todavía tenía las mejillas encendidas por el frío de la pista. Llevaba el maletín del portátil en un hombro y una taza de viaje en la otra mano, y cuando vio a Lex en el suelo con Goldie, su rostro se relajó como la noche anterior. Aún más esta vez. Sin público, sin equipo, solo Lex sobre el frío hormigón con su perra. Lo que transmitía era calidez y vulnerabilidad, aunque enseguida se recompuso.

—Se me escapó —dijo Mara—. Solté la correa un momento para coger el bolso y salió disparada.

—Tiene un gusto excelente para elegir rutas de escape —Lex no se levantó. Mantuvo las manos en la barriga de Goldie, con la rodilla sobre el cemento frío, mirando a Mara desde abajo. El ángulo dejaba a Mara por encima de ella, a contraluz por las luces del pasillo, y el efecto era impactante. Las líneas limpias de su rostro. Los cansados ojos azules. Los mechones de pelo que se habían escapado de su coleta y atrapaban la luz. Mara parecía una mujer que no había dormido bien y que se esforzaba mucho por no demostrarlo.

Mara se agachó y recogió la correa. Goldie se incorporó y se apretó contra las piernas de Mara, moviendo la cola, claramente encantada de tener a sus dos humanas favoritas en el mismo pasillo. La mano libre de Mara fue a la cabeza de la perra, con sus dedos acariciando suavemente el pelo; ambas estaban acariciando al mismo perro en el mismo pasillo, con sus manos lo bastante cerca como para que Lex percibiera el calor de la piel de Mara, como siempre le ocurría. Cada bendita vez.

—Le gustas —dijo Mara. Su voz era más suave de lo que había sido en toda la semana.

—Le gusto a todo el mundo —Lex le sonrió desde el suelo.

Apareció el rastro más leve de una sonrisa, que desapareció antes de formarse del todo. —En realidad, es muy exigente. No se

encariña con cualquiera.

—Entonces es un honor —Lex rascó a Goldie detrás de la oreja y la perra suspiró satisfecha, entregándose a la caricia—. ¿Cuántos años tiene?

—Ocho. La adopté de la perrera hace un año. Llevaba allí meses. Nadie quería a un perro mayor —la voz de Mara era más baja ahora, sin rastro de aspereza. Miraba a Goldie, no a Lex, y su rostro se había suavizado en una expresión vulnerable y privada—. Entré para ver cachorros y ella estaba allí sentada en su jaula, mirándome con esa expresión tranquila y paciente, como si hubiera estado esperando a que yo apareciera.

A Lex se le hizo un nudo en la garganta. La imagen era tan clara: Mara en un refugio, rodeada de cachorros que ladraban, cruzando la mirada con una Golden Retriever de ocho años, silenciosa y digna, que todo el mundo había pasado por alto. Por supuesto que esa era la perra que había elegido. Por supuesto que sí.

—Es perfecta —dijo Lex. Y lo decía por algo más que por la perra, pero se guardó esa parte para sí.

Goldie miró de una a la otra, con la cola agitándose y los ojos marrones brillantes. La perra tenía la expresión serena y sabia de un animal que entiende la situación antes que los humanos.

—Debería llevarla a casa —dijo Mara. Se incorporó, enrollándose la correa en la mano, y la distancia regresó. La arquitectura de la distancia. Ese control cuidadoso y medido que Mara mantenía como algo estructural y esencial—. Buen entrenamiento hoy, Landry. Ha terminado con fuerza.

—Gracias, entrenadora.

Mara asintió una vez y se alejó. Goldie caminaba a su lado, todavía moviendo la cola, deteniéndose una vez para mirar atrás hacia Lex con la boca abierta en lo que parecía inconfundiblemente una sonrisa. Luego doblaron la esquina y desaparecieron.

Lex se quedó en el suelo. Notaba el hormigón frío a través de los pantalones y el pasillo volvió a quedar en silencio, solo con el zumbido del edificio y el sordo ronroneo de la pulidora de hielo a lo lejos. Presionó las palmas contra sus muslos y respiró.

Tenía la cabeza frita.

No estaba hecha para esto. Estaba hecha para una atracción que se resolviera de forma rápida y limpia: ves a alguien, quieres a alguien, tienes a alguien, pasas a lo siguiente. Ese era el patrón. Siempre había sido el patrón. En Boston, en Londres, de viaje con la selección nacional. Mujeres preciosas aparecían en bares, hoteles y fiestas post-partido, Lex desplegaba su encanto, la noche terminaba en una cama en alguna parte y la mañana terminaba con un adiós que a ninguna de las dos les resultaba difícil. Se le daba bien. Se sentía cómoda con eso.

Mara Ellison no encajaba en ese patrón. Mara no era una mujer con la que te acostabas y te olvidabas. Mara era una mujer que se te metía bajo la piel célula a célula, que te hacía discutir, pensar, arder y cuestionar cada suposición sobre la que habías construido tu vida emocional. Tenía veinte años más que ella, era su entrenadora, técnicamente era su jefa, y la dinámica de poder entre ellas era una realidad capaz de acabar con su carrera y destruir su reputación. Si Lex daba un paso y Mara la rechazaba, las consecuencias profesionales serían catastróficas. Si Lex daba un paso y Mara no la rechazaba, las consecuencias profesionales podrían ser peores. De cualquier forma, el equipo saldría herido. La temporada saldría herida. La PWHL tendría un escándalo en su año inaugural que eclipsaría todo lo que las Valkyries habían construido.

Un millón de razones para no hacerlo.

Y una razón para hacerlo. Una razón estúpida, abrumadora e innegable: la forma en que Mara la miraba cuando bajaba la guardia. El hambre tras esos ojos azules. La forma en que su voz se volvía suave cuando hablaba de Goldie, de su infancia o de las partes de sí misma que mantenía ocultas al mundo. Anoche en aquel despacho, sentadas juntas en el sofá de Mara, viendo el brillo de la pantalla del portátil entre ellas, Lex había visto a la Mara real. No a la entrenadora. No a la figura de autoridad. A la mujer. Y esa mujer era magnética, complicada y dolorosamente solitaria, y Lex la deseaba con una ferocidad que empezaba a asustarla.

Se puso en pie. Se sacudió los pantalones. Cogió su bolsa de deporte.

Normalmente la solución era sencilla. ¿Quieres a alguien? Ve a por ella. El cuerpo dice que sí, el cerebro dice que sí, que empiece el juego. Pero su cuerpo decía que sí y su cerebro decía: «Esto arruinará tu vida entera y lo sabes», y por primera vez en su vida adulta, Lex no estaba segura de a quién hacer caso.

Salió del estadio al aparcamiento. El sol de la tarde estaba bajo sobre Phoenix Ridge, tiñendo el océano de un ámbar profundo y vítreo. El aire olía a sal, a asfalto caliente y al dulce aroma de las buganvillas que trepaban por la pared sur del pabellón. Se quedó junto a su coche y dejó que el calor acariciara su cara y sus brazos, mientras la brisa de la costa le agitaba el pelo húmedo.

El todoterreno de Mara seguía en el aparcamiento, con el motor en marcha. Se veía la cara de Goldie por la ventanilla del pasajero, con la lengua fuera y las orejas tiesas. Incluso desde allí, la perra parecía feliz y sin complicaciones, libre de ese deseo enredado e imposible que hacía que el pecho de Lex se sintiera tres tallas más pequeño en ese momento.

Se montó en su coche, arrancó el motor y salió del aparcamiento sin volver a mirar el todoterreno.

Iba a ser una temporada muy larga.

9

Mara estaba de pie al frente de la sala de conferencias del hotel con su ordenador portátil abierto sobre el atril, mientras el proyector se calentaba y proyectaba un rectángulo de luz azul sobre la pantalla desplegable. La sala olía a café pasado y a limpiador de moquetas. Fuera, el tráfico circulaba por las calles de una ciudad cualquiera del Medio Oeste. Había dejado de llevar la cuenta. Cuatro partidos fuera de casa en tres semanas; todos reñidos, todas derrotas. Las Valkyries eran competitivas. Tenían talento, eran agresivas y capaces de jugar contra cualquier equipo de la liga. Simplemente no dejaban de perder.

Miró la hora en el teléfono. Las nueve menos cuarto. La sesión de revisión estaba programada para las nueve. Abrió las grabaciones del partido, preparó los clips que había etiquetado durante el segundo intermedio y organizó sus notas. El hotel les había asignado una sala de reuniones en la planta baja con una larga mesa ovalada y sillas con ruedas que chirriaban sobre la fina moqueta. Los tubos fluorescentes zumbaban en el techo. El aire acondicionado castañeaba en lo alto. Estaba lo más lejos posible del reluciente y nuevo estadio de Phoenix Ridge, y la mediocridad del lugar encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

La puerta se abrió y Lou entró la primera, duchada y vestida con el chándal del equipo, con su pelo corto y oscuro aún húmedo. Cogió

una silla sin decir palabra y se sentó de brazos cruzados, con el rostro hermético y endurecido. Frankie la siguió, moviéndose con cautela con el vendaje recién puesto en la muñeca; luego apareció Camille, que se había recogido el pelo rubio en un moño tirante que le daba un aire severo y concentrado. Dani. Rowan. Elise. Una a una, las Valkyries fueron entrando en la sala de conferencias y ocupando las sillas alrededor de la mesa ovalada con el pesado silencio propio de unos atletas que acaban de perder un partido que deberían haber ganado.

Lex entró la última.

Tenía el pelo todavía mojado de la ducha, suelto por debajo de los hombros, y llevaba una sudadera negra con capucha y las mangas subidas hasta los codos; la tinta de sus antebrazos se veía nítida bajo la luz fluorescente. Se movía con esa energía inquieta que siempre la acompañaba, un atletismo contenido que hacía que incluso el acto de sacar una silla y dejarse caer en ella pareciera deliberado y agresivo. Se repantingó en el asiento, estiró sus largas piernas bajo la mesa, se cruzó de brazos sobre el pecho y no miró a Mara.

El pulso de Mara se aceleró. El pelo mojado. El corte de sus clavículas sobre la sudadera. La forma en que la tela se tensaba en sus hombros al cruzarse de brazos. Cada detalle se registraba con una claridad que Mara no deseaba y que no podía desconectar. Semanas de sesiones individuales, semanas de distancia mantenida a base de pura fuerza de voluntad, y aquel casi beso en el pasillo tras el partido inaugural seguía escociendo como una marca a fuego cada vez que Lex entraba en una habitación.

Volvió a centrarse en el portátil. Se concentró en las grabaciones. Hizo su trabajo.

—Muy bien —dijo. Su voz llenó la sala, firme y cortante—. Analicemos el partido.

Fue pasando los tres primeros clips. Fallos defensivos en la zona neutral, lapsos de cobertura en la rotación, una asignación perdida en la inferioridad numérica. Lo habitual. Mantuvo un análisis directo, señalando los errores sin recrearse en ellos, reconociendo el buen posicionamiento donde lo hubo y exponiendo lo que era necesario

cambiar. Lou asentía. Camille tomaba notas en su móvil. Frankie miraba la pantalla con una intensidad concentrada que indicaba que estaba reviviendo el partido en su cabeza a la par de las imágenes.

Mara lo estaba haciendo bien. Estaba cumpliendo con su deber. No miraba al extremo opuesto de la mesa, donde Lex permanecía de brazos cruzados y con sus ojos oscuros alternando entre la pantalla y Mara con una expresión que podía ser atención, desafío o hambre.

Entonces llegó al clip que tanto había temido.

—Segundo periodo, minuto siete —anunció, y pulsó el vídeo. Las imágenes mostraban a las Valkyries en su zona defensiva, dispuestas en la formación que Mara les había inculcado durante semanas. Posiciones claras. Asignaciones fijadas. Y entonces Lex rompió filas. Abandonó su cobertura en el *slot* y se lanzó hacia delante, persiguiendo al portador del disco hacia la zona neutral, dejando el carril central del lado débil totalmente abierto. El extremo del equipo contrario encontró el hueco en dos segundos. Pase transversal, tiro de primera, gol.

Mara pausó la grabación. El fotograma se congeló en el momento del gol, con el disco en el fondo de la red, Dani desparramada por el área pequeña y Lex visible en el otro extremo del hielo, fuera de posición por diez metros.

—Landry —dijo Mara—. Abandonaste tu cobertura defensiva en el siete doce del segundo periodo. El sistema dictaba que debías anclar el lado débil. Dejaste tu puesto y perseguiste el disco hasta la zona neutral. El resultado está en la pantalla.

Silencio. Todas las cabezas se giraron hacia Lex, luego hacia Mara, y de nuevo hacia Lex. Las sillas con ruedas crujieron.

Lex se inclinó hacia delante. Apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos y se quedó mirando el fotograma congelado en la pantalla. —Leí la jugada. Su central estaba preparándose para una internada y fui a cortarla de raíz.

—Leíste mal la jugada.

—La leí perfectamente. Si Rowan hubiera rotado detrás de mí como debía, el carril habría seguido cubierto.

—Rowan estaba cubriendo su propia asignación. Tu rotación era responsabilidad tuya. —Mara pasó al siguiente fotograma, con la

zona de cobertura fallida resaltada en rojo.

A Lex se le hincharon las fosas nasales. Los músculos de sus brazos se tensaron contra el borde de la mesa. —¿O sea que se supone que tengo que quedarme sentada en un *slot* viendo cómo arman la jugada? ¿Simplemente quedarme ahí parada?

—Se supone que tienes que confiar en el sistema.

—El sistema nos ha hecho perder el partido.

La sala se tensó. Todas las miradas pesaban sobre ella; el equipo contenía el aliento colectivamente. Este era el patrón. Esto era lo que no dejaba de ocurrir. Cada revisión de vídeo, cada debate táctico, cada conversación sobre la estructura defensiva acababa en esto: Lex resistiéndose, Mara presionando más fuerte, y todo el asunto derivando más allá del hockey hacia un terreno que no tenía nada que ver con la cobertura de zona.

—El sistema no nos ha hecho perder el partido —dijo Mara, y el calor subía por su voz a pesar de todo—. Lo que nos ha hecho perder el partido han sido jugadoras individuales que no han cumplido con sus tareas. Tú, concretamente, en esta jugada.

—Vale. —Lex se puso de pie. La silla rodó hacia atrás y chocó contra la pared. Era alta y vibraba con una ira que llenaba las habitaciones, que alteraba la energía de un espacio hasta que cada persona en él se inclinaba hacia delante o se alejaba—. Pues hablemos de lo que pasa cuando sí juego según el sistema. Los últimos tres partidos, Mara. He estado donde me dijiste que estuviera. He seguido tus ejercicios, tus rotaciones, he hecho todo lo que pediste. Y perdimos los tres. Así que, ¿en qué momento empieza realmente tu sistema perfecto a dar resultados?

La pregunta golpeó a Mara en el pecho. No porque fuera injusta. Sino porque, en parte, tenía razón. Las Valkyries estaban haciendo todo lo que ella pedía y aun así se estaban quedando cortas. Los márgenes eran mínimos, las derrotas se acumulaban y el sistema que ella había construido, la estructura en la que creía con cada fibra de su ser, no se estaba traduciendo en victorias. Y el hecho de que Lex se lo echara en cara delante de todo el equipo hizo que algo en su interior cediera.

—¿Quieres hablar de resultados? —Su voz bajó de tono, volviéndose más fría—. Hablemos de resultados. Llevo veinte años entrenando hockey profesional. He levantado programas desde la nada. He cogido equipos con la mitad de vuestro talento y los he hecho competitivos porque confiaron en el proceso y cumplieron como una unidad. Tú llevas jugando a esto, ¿qué?, ¿un año? ¿Y vienes a una reunión del equipo a decirme que mi sistema no funciona?

—Te estoy diciendo lo que está pasando en el hielo. —Las manos de Lex aferraban el respaldo de la silla que acababa de dejar.

—Me estás diciendo lo que quieres que sea verdad porque no tienes la disciplina necesaria para hacer lo que se te pide.

Lex se quedó muy quieta. No era la furia contenida de los últimos tres minutos. Esto era algo más silencioso y deliberado. Estudió el rostro de Mara como si estuviera analizando una defensa, buscando el hueco. Entonces, lo suficientemente bajo como para que solo lo oyera la mitad delantera de la mesa, soltó: —No estás así de enfadada por una cobertura de zona.

La sala se quedó absolutamente muda. A Camille se le agrandaron los ojos. Lou apretó la mandíbula y bajó la mirada a la mesa.

—Estamos hablando de hockey —dijo Mara.

Lex le sostuvo la mirada. —¿Ah, sí?

El silencio se prolongó un segundo de más. Mara sintió que el equipo lo notaba.

—No sabes nada de mi disciplina —dijo Lex, y la bravuconería había desaparecido, su voz era ahora plana y directa—. Lo dejé todo atrás para estar aquí. Renuncié a una carrera, a un país, a toda una vida. Me he dejado la piel cada bendito día desde que llegué, y tú te pones ahí delante a decirme que no tengo disciplina porque veo el juego de forma diferente a ti.

Mara abrió la boca. La réplica estaba ahí mismo, cargada, afilada y lista para disparar. Pero el rostro de Lex la detuvo. Un frío le recorrió el pecho; no era la razón ni el profesionalismo. Era simplemente la expresión de Lex. La vulnerabilidad que asomaba

bajo la ira. El dolor tan a flor de piel que a Mara se le revolvió el estómago.

El silencio se alargó. El aire acondicionado hacía ruido. El móvil de alguien vibró en un bolsillo y fue ignorado.

Mara respiró hondo. Luego otra vez. Apoyó las palmas de las manos sobre el atril, bajó la vista hacia sus notas y dejó que el calor de su pecho se fuera apagando hasta ser solo brasas.

—Todo el mundo comete errores —dijo. Su voz era ahora serena, controlada, despojada de la ira que mandaba hace treinta segundos —. Incluida yo. Lo que acabo de decir ha sido poco afortunado e injusto, y lo retiro. Lex, has trabajado muchísimo y tu evolución desde que te uniste a este equipo ha sido significativa. Eso no se pone en duda.

Levantó la vista. Miró a Lex a los ojos. Mantuvo el contacto. La conexión entre ellas ardía incluso ahora, incluso en aquella sala llena de gente, incluso después de un intercambio que debería haber matado cualquier rastro de calidez entre las dos. Los ojos de Lex estaban vidriosos, tenía los dientes apretados y la respiración controlada, como alguien que se niega a romperse.

—Lo que sí se pone en duda —continuó Mara— es esta jugada específica. La asignación de cobertura existe por una razón, y cuando se rompe, el equipo paga el precio. Trabajaremos en tu lectura de juego en nuestra próxima sesión. Por ahora, sigamos.

Pasó al siguiente clip. Le temblaban las manos sobre el panel táctil del portátil. Las deslizó por debajo del borde del atril antes de que nadie se diera cuenta.

El resto de la revisión duró dieciocho minutos. Analizó los clips restantes con una minuciosidad clínica, repartiendo críticas equitativamente, elogiando cuando era merecido y planteando ajustes para el próximo partido. Lou hizo dos preguntas. Camille ofreció una observación sobre el tiempo de la presión del equipo contrario. Mara respondió a ambas. Se mostró competente. Se mostró minuciosa. Operaba con el piloto automático puesto mientras cada nervio de su cuerpo gritaba.

—Eso es todo por esta noche. Autobús al aeropuerto a las siete. Descansad un poco.

Las jugadoras fueron saliendo. Las sillas chirriaron. Se reanudaron las conversaciones en voz baja. Lex se marchó sin mirarla, con la espalda rígida bajo la sudadera negra y su paso largo y rápido. La puerta se cerró tras ella y Mara se quedó sola ante el atril, bajo la zumbante luz fluorescente, aferrando los bordes del portátil hasta que le dolieron los nudillos.

Estás perdiendo los papeles. Realmente los estás perdiendo.

Recogió el portátil, enrolló el cable del proyector y atravesó el vestíbulo del hotel hacia los ascensores. Su habitación estaba en la cuarta planta. Cama pequeña, moqueta industrial, una ventana con vistas al aparcamiento. Se sentó en el borde del colchón y le escribió a Helen: *¿Puedes hacer una videollamada esta noche? Sé que es tarde. Necesito hablar.*

La llamada se conectó diez minutos después. Helen apareció en pantalla en el despacho de su casa, con la cálida luz de una lámpara a sus espaldas y las gafas de lectura subidas al pelo.

—Mara. Cuéntame qué está pasando.

Mara se lo contó todo. La revisión del vídeo. La discusión. Cómo había escalado más allá del hockey hasta un terreno personal, crudo y desagradable. Cómo Lex la había mirado y había dicho: *No estás así de enfadada por una cobertura de zona* delante de todo el equipo.

Helen escuchó. Cuando Mara terminó, le preguntó: —Has dicho que has perdido el control. ¿Cómo te has sentido?

—Como si cada discusión que tenemos fuera un juego preliminar con público —dijo Mara, y las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas—. Y me aterra que la próxima vez que estemos a solas, no me detenga en las palabras.

Helen guardó silencio un momento. —Eso es mucha sinceridad para una sola sesión.

—Estoy agotada. No puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos vuelvo a estar en aquel pasillo con ella inclinándose hacia mí y la voz de Astoria es la única razón por la que no le devolví el beso. —Se

apretó la frente con la mano libre—. Helen, ya sabes lo que pasó con Sara.

Hubo una pausa. La expresión de Helen cambió. Habían dedicado años a hablar de Sara. La entrenadora asistente en Cleveland, hace doce años. El romance que hizo saltar por los aires el primer puesto de Mara como entrenadora principal, les costó sus respectivos matrimonios y casi acaba con sus dos carreras. La investigación. La red de susurros. Los tres años que Mara pasó reconstruyéndose en ligas juveniles antes de que alguien en el hockey profesional volviera a darle una oportunidad.

—Lo sé —dijo Helen con cautela.

—Esto se siente igual. No es la misma situación, pero es la misma pérdida de control. La misma incapacidad para mantener las manos al volante. Y después de lo de Sara juré que nunca más volvería a ponerme en esa situación. He cumplido esa promesa durante doce años.

—Y así ha sido. Y quiero que te fijes en una cosa. Con Sara, no reconociste lo que estaba pasando hasta que ya había sucedido. Esta vez, lo estás reconociendo antes de que ocurra nada. No es el mismo patrón. Es crecimiento.

—No me parece crecimiento. Me parece estar al borde de un precipicio y saber exactamente a qué distancia está el suelo.

—Entonces quiero sugerirte algo que te parecerá contradictorio —dijo Helen—. En lugar de evitar a Lex, reúnete con ella. No en una sesión de entrenamiento. Ten una conversación de verdad donde reconozcas la fricción. Estableced un límite profesional en el que ambas estéis de acuerdo en lugar de uno que estés intentando mantener tú sola con los nudillos blancos.

—¿Y si se convierte en algo que no pueda controlar?

—Entonces nos ocuparemos de eso. Pero las explosiones van a más. Necesitas un plan para la próxima interacción, no otra crisis que sobrevivir.

Mara se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. —Sí. Puedo hacerlo.

—Bien. Duerme un poco. Volveremos a hablar pronto.

La pantalla se oscureció. Mara se quedó sentada en la silenciosa habitación del hotel con las luces del aparcamiento filtrándose por las persianas. Le temblaban las manos. Sentía el pecho oprimido.

Se lavó los dientes. Se puso una camiseta gastada y unos pantalones cortos para dormir. Se metió en la cama del hotel y se quedó mirando al techo.

Cada discusión que tenemos fuera un juego preliminar con público.

Cerró los ojos. Tardó mucho tiempo en dormirse.

10

El mensaje llegó a las siete de la mañana, mientras Lex estaba en la cocina en calzoncillos y con una vieja camiseta de entrenamiento de Boston, comiendo crema de cacahuete directamente de una cuchara.

¿Estarías libre para pasear a Goldie conmigo esta tarde? Me gustaría hablar. Solo de hockey. — Mara

Lex se quedó mirando la pantalla. En las semanas que llevaba conociendo a Mara Ellison, esta le había gritado, la había dejado en el banquillo, le había dado sermones, la había criticado y le había faltado poco para besarla contra la pared de un pasillo. Nunca la había invitado a pasear al perro.

Le respondió: *Claro. ¿A qué hora?*

La respuesta fue inmediata. *A las 14:00. Quedamos en el camino del paseo marítimo, junto al puerto deportivo. Goldie necesita un paseo largo.*

Elise estaba en la encimera de la cocina sirviéndose café, con su pelo oscuro recogido en su habitual moño pulcro. Echó un vistazo al teléfono de Lex y arqueó una ceja.

—Mara quiere ir a dar un paseo —dijo Lex.

—Un paseo. —La ceja de Elise subió aún más.

—Con el perro.

—Qué romántico.

—No es romántico. Ha dicho «solo de hockey». Lo ha subrayado. —Lex se metió el último bocado de tostada en la boca, hablando mientras masticaba.

—¿Te ha enviado un subrayado por mensaje?

—Lo ha puesto en cursiva. Es lo mismo.

Elise bebió un sorbo pausado de su café, observando a Lex por encima del borde con esa expresión calmada y observadora que la convertía en una buena compañera de piso y en una confidente extremadamente inoportuna. —Vas a ir, obviamente.

—Obviamente.

—Y te vas a portar bien.

Lex rebañó el último resto de crema de cacahuete de la cuchara. —Define «portarse bien».

Elise sacudió la cabeza y volvió a su libro.



El camino del paseo marítimo bordeaba el pequeño puerto deportivo de Phoenix Ridge, donde barcos de pesca y un puñado de veleros descansaban amarrados a muelles de madera desgastados por la intemperie. El océano se extendía llano y plateado más allá del rompeolas, con el horizonte desdibujado donde el cielo se unía con el agua. Un viento salino llegaba desde la bahía, afilado y limpio, cargado con el olor a algas, gasóleo y piedra mojada. Las gaviotas se posaban en los pilares del muelle, con sus gritos agudos y claros en el aire fresco.

Lex divisó a Mara antes de que Mara la viera a ella. Estaba de pie al principio del camino con vaqueros oscuros y una chaqueta de lona azul marino; su cabello rubio canoso estaba suelto sobre sus hombros por una vez, en lugar de recogido en su habitual y severa coleta. Eso cambiaba su rostro. Suavizaba sus facciones. Parecía

más joven. Parecía alguien que podría reírse de un chiste, dadas las circunstancias adecuadas y el aviso previo suficiente.

Goldie tiraba del extremo de su correa, con la cola moviéndose como un metrónomo ajustado en *allegro*, y su pelaje dorado se agitaba con la brisa. Cuando captó el olor de Lex, la velocidad de la cola se duplicó. Arrastró a Mara dos pasos hacia delante antes de que esta pudiera oponer resistencia.

—Hola, preciosa. —Lex se acuclilló y dejó que Goldie se abalanzara sobre ella, toda cuerpo cálido, hocico húmedo y ese meneo integral que hacía imposible no sonreír. Le rascó detrás de las orejas y la perra presionó todo su peso contra las piernas de Lex, jadeando de felicidad.

—Se acuerda de ti —dijo Mara. Su voz era cautelosa. Medida. La voz de una mujer que ha ensayado lo que quiere decir y está decidida a llevarlo a cabo.

Lex se puso en pie, quitándose los pelos de perro de los vaqueros. —Soy difícil de olvidar.

Los ojos azules de Mara cambiaron. No era diversión, exactamente. Era reconocimiento. Se dio la vuelta y empezó a caminar, y Lex se puso a su paso. Goldie trotaba por delante, con el hocico pegado al suelo, investigando cada trozo interesante de hierba marina y cada caparazón de cangrejo abandonado con la concentración de un detective trabajando en un caso sin resolver.

Caminaron en silencio durante un tramo. El camino se curvaba junto al mar, pasando por una hilera de bancos pintados y un panel informativo descolorido sobre las especies de aves marinas locales. Un corredor pasó junto a ellas en dirección contraria, con los auriculares puestos, ajeno a todo. El agua a su izquierda estaba en calma; las pequeñas olas lamían el muro de contención de piedra con un ritmo que imitaba la respiración.

—Te debo una disculpa —dijo Mara.

Las palabras fueron tan inesperadas que Lex casi se detuvo. Mantuvo el paso firme, con la vista en el camino, pero el pulso se le aceleró. Mara Ellison no pedía perdón. Ni a las jugadoras. Ni a nadie, por lo que Lex sabía.

—Mi comportamiento durante la revisión de vídeo no fue profesional. La forma en que te hablé delante del equipo no fue profesional. He dejado que mi frustración por las derrotas se volviera personal, y eso es culpa mía, no tuya.

Lex observaba el perfil de Mara mientras hablaba. El gesto de su boca. La tensión en sus hombros que no se había relajado a pesar del entorno informal. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y miraba al frente, soltando la disculpa como si fuera una declaración preparada, pero debajo de ese control habitaba la vulnerabilidad. Mara odiaba la vulnerabilidad igual que los gatos odian el agua: instintivamente, físicamente, con cada fibra de su ser.

—Te lo agradezco —dijo Lex. Lo decía en serio. No se lo esperaba, pero lo sentía de veras.

Mara exhaló lentamente. —Me desafías como entrenadora. No estoy acostumbrada a que me desafíen. Toda mi carrera, todo mi enfoque, se ha basado en el control, la estructura y en jugadoras que respetan el sistema sin cuestionarlo. Tú no lo respetas. Rebates todo. Te niegas a seguir las instrucciones y luego haces algo tan brillante en el hielo que haces que todo mi sistema parezca que te está frenando.

—Porque a veces lo hace. —Lex mantuvo un tono sereno, no combativo.

La boca de Mara se tensó, pero no saltó. Inspiró y soltó el aire. —A veces lo hace. Y eso me cuesta admitirlo.

Goldie había encontrado un palo en el camino y trotaba de vuelta hacia ellas con él colgando de la boca, con la cola alta, orgullosa como un campeón que regresa con un trofeo. Mara cogió el palo y lo lanzó hacia adelante en el camino con un movimiento practicado y ágil. Goldie salió disparada tras él, con las orejas al viento.

—Puedo ver tu genialidad, Lex. Siempre he podido verla. Eres una de las atletas con más talento natural que he entrenado nunca, y eso incluye a jugadoras que llevan en el hielo desde los tres años. Lees el juego más rápido que nadie en la plantilla. Tus instintos son extraordinarios.

El elogio caló hondo. Lex mantuvo su expresión neutral, pero sintió un calor en el pecho. Mara no regalaba cumplidos. Daba

correcciones, críticas y el ocasional y parco «aceptable». Oírla decir *genialidad* y *extraordinarios* era como escuchar un idioma diferente en una boca familiar.

—Pero el instinto por sí solo no ganará partidos a este nivel —continuó Mara—. No en la PWHL. Todos los equipos a los que nos enfrentamos tienen atletas con instinto. Lo que separa a los mejores equipos de los buenos es la disciplina dentro de un sistema que multiplica el talento individual. Quiero aprovechar lo que sabes hacer, no sofocarlo. Quiero darle a tu talento una estructura dentro de la cual operar para que, cuando hagas esas jugadas brillantes, el resto del equipo esté posicionado para capitalizarlas. No corriendo para cubrir el hueco que has dejado atrás.

Se habían detenido. El camino se había abierto a un pequeño mirador con una barandilla de madera desgastada que daba al agua. El océano se extendía ante ellas, de un azul grisáceo y enorme, y el viento soplaba más fuerte allí, pegando el pelo de Lex a su mejilla y trayendo el olor salino y punzante del mar abierto. Goldie se había acomodado a sus pies con su palo, mordisqueándolo alegremente.

—Quiero que trabajemos juntas —dijo Mara, y su voz ahora era más baja—. No yo dictando y tú rebelándote. Quiero una colaboración. Una relación de entrenamiento basada en lo que ambas aportamos. —Hizo una pausa—. Quiero ganar, y creo que podemos ganar contigo. Pero solo si descubrimos cómo hacer esto juntas.

Lex la miró. El viento había soltado mechones del cabello rubio canoso de Mara sobre su cara y ella no se los quitaba. Sus ojos azules estaban fijos, pero bajo esa firmeza asomaba la incertidumbre, un rastro que hizo que el estómago de Lex se encogiera. Mara estaba pidiendo lo que nunca pedía. Confianza. Colaboración. Admitir que no podía hacer esto sola.

—De acuerdo —dijo Lex—. Lo intentaré.

Mara parpadeó. —¿Lo intentarás?

—Lo intentaré. No prometo que no vaya a improvisar cuando la jugada lo requiera, pero intentaré hacerlo dentro del sistema en lugar de contra él.

Los hombros de Mara bajaron un centímetro. La más mínima liberación de tensión, apenas visible, pero Lex la captó. Lo captaba todo sobre Mara. Cada microexpresión, cada cambio de postura, cada respiración contenida y exhalación controlada. Llevaba semanas catalogándolas, componiendo con ellas la imagen de una mujer que se mantenía tan cerrada que la presión tenía que salir por algún lado. En su entrenamiento. En sus paseos nocturnos con Goldie. En la furia controlada que desataba sobre Lex cuando la presión encontraba una fisura.

Ninguna de las dos mencionó lo que vibraba entre ellas. Esa carga que hacía que el aire pareciera más denso cada vez que estaban al alcance de la mano. El pasillo. El casi beso. La forma en que los ojos de Mara habían bajado hasta la boca de Lex en la sesión de revisión del hotel con un hambre que contradecía cada palabra que salía de ella. Hablaban de hockey, de colaboración y de trabajar juntas, y bajo cada frase había una segunda conversación que ninguna de las dos era lo bastante valiente para tener en voz alta.

—¿Podemos repasar el sistema otra vez? —preguntó Lex—. No en el hielo. Solo la teoría. Quiero entender cómo encajan las piezas.

Mara pareció sorprendida. Gratamente sorprendida, una expresión que ocultó casi tan rápido como apareció. —Tengo el ordenador en el coche. Podríamos ir a algún sitio a verlo.

—Lavender's está a tres manzanas de mi apartamento. Tienen buen café y no habrá mucha gente a esta hora.

—Conozco el Lavender's. —La expresión de Mara se suavizó. No mucho. Un relajamiento en las comisuras de sus ojos.

—¿Has estado?

—Paseo a Goldie por delante casi todos los días. —Mara miró a la perra—. Le cae bien el dueño. Siempre le da chucherías.

La imagen de Mara Ellison de pie frente a una cafetería mientras su golden retriever camelaba al personal para conseguir galletas era tan humana que casi dolía. Lex apretó los dientes para no sonreír.

—Vamos, pues.

~

Lavender's era una pequeña cafetería en una esquina tranquila, a tres manzanas del paseo marítimo hacia el interior. La puerta estaba pintada de un color lavanda apagado, con el nombre grabado en el cristal en letras color crema junto a un sencillo dibujo de una brizna de lavanda. Un puñado de mesas estaban fuera, en la acera, vacías en la tarde fresca. El interior era cálido y olía a café tostado y a la canela del horno; el espacio era estrecho pero acogedor: una larga barra de madera con una máquina de café expreso de latón, sillas de madera desparejadas y música suave sonando desde un altavoz cerca de la cocina. Un pequeño tablón de anuncios junto a la puerta estaba lleno de folletos de clases de yoga, pisos compartidos y una charla sobre «Mujeres en el deporte» en la biblioteca local.

Se sentaron en una mesa al fondo, lejos de la ventana. Mara pidió un café manchado. Lex, un americano. Goldie se acomodó bajo la mesa con la barbilla apoyada en la bota de Lex, lo que esta decidió interpretar como una declaración de lealtad que habría puesto celosa a Mara si fuera de las que admiten esas cosas.

La camarera, una joven con un pendiente en la nariz y un gorro de las Valkyries, se quedó visiblemente sorprendida al reconocer a Mara. —¿La entrenadora Ellison? Oh, Dios mío. No me pierdo ni un partido en casa. ¿Puedo decir que tus rotaciones defensivas son, en plan, preciosas?

Mara parpadeó. —Gracias.

—¿Están trabajando en jugadas? —La camarera estiró el cuello hacia el ordenador—. Porque si necesitas una perspectiva externa sobre el *power play*, yo tengo mis teorías.

—Seguro que sí —dijo Mara, con una educación tan precisa que resultaba casi cortante, y Lex tuvo que apretar los labios con fuerza para no echarse a reír.

Mara abrió su ordenador y cargó el sistema táctico de las Valkyries. Un diagrama en colores llenó la pantalla, con zonas defensivas y patrones de movimiento trazados con flechas nítidas y

posiciones numeradas. Su voz cambió al modo de entrenamiento, calmada y minuciosa.

—La clave del sistema es la previsibilidad —dijo Mara—. No la previsibilidad para el rival. La previsibilidad para tus compañeras. Cuando haces una jugada, cada una de las demás jugadoras en el hielo necesita saber dónde estarás después. No dónde podrías estar. Sino dónde vas a estar. El sistema les da esa certeza.

—Y mi problema es que soy imprevisible.

—Tu problema es que eres imprevisible para todo el mundo, incluidas las jugadoras que intentan apoyarte. Tu creatividad es una ventaja. Tu imprevisibilidad para tu propio equipo es un lastre.

Hizo clic para mostrar unas imágenes de vídeo: Elise Moreno, a principios de temporada, grabada desde la cámara táctica cenital. Elise se movía por el sistema como el agua por un cauce, cada cambio la situaba exactamente donde la estructura exigía. Sin florituras. Devastadoramente eficaz.

—Elise es una jugadora de sistema —dijo Mara—. Entiende la estructura y opera dentro de ella a la perfección. Tú eres diferente. Ves oportunidades que ella no ve. Puedes hacer cosas con el disco que nadie más en esta plantilla puede igualar. Mi trabajo es construir un sistema que te dé la libertad de crear mientras mantengo al equipo estructuralmente sólido a tu alrededor.

—Un sistema que se dobla pero no se rompe.

Mara la miró. La máscara de entrenadora se deslizó, solo un instante, y afloró la calidez. —Sí. Exacto.

Se abrió una puerta entre ellas que no existía antes. Mara no estaba sermoneando. Estaba enseñando, y Lex estaba aprendiendo, y la cafetería parecía más pequeña, más cálida y más íntima de lo que un espacio público tenía derecho a ser.

El sol del atardecer entraba por la ventana e iluminaba el perfil de Mara, volviendo su pelo casi plateado y resaltando las finas líneas alrededor de sus ojos. Sus manos se movían sobre el panel táctil con dedos largos y seguros, y su voz había perdido su tono cortante para bajar a un registro más profundo, más conversacional, casi suave. Hablaba de salidas de zona defensiva, de velocidad de transición y de la mecánica de apoyo al disco, y Lex escuchaba, escuchaba de

verdad, y también observaba cómo se movían los labios de Mara al pronunciar términos técnicos y cómo sus ojos azules se centraban en la pantalla con una intensidad que rozaba la reverencia. Esto era lo que Mara amaba. Ni la política, ni los medios, ni el poder. El juego en sí. La hermosa y compleja arquitectura de un deporte de equipo jugado sobre hielo a toda velocidad.

—Si hacemos esto bien —dijo Mara, levantando la vista del ordenador—, podrías ser la mejor centro de la liga. No solo la de más talento. La más eficaz.

—¿Son dos cosas distintas?

—Normalmente. El talento sin estructura es solo potencial. La estructura sin talento es solo competencia. ¿Juntos? —Mara hizo una pausa, y una expresión que Lex no supo descifrar cruzó su rostro—. Juntos, son peligrosos.

Lex alargó la mano hacia su café. Al dejarlo, permitió que su mano se deslizara. Sus dedos rozaron el dorso de la mano de Mara sobre la mesa, un toque fugaz que podría haber sido accidental. Nudillos contra nudillos, el contacto más leve posible.

Mara se quedó inmóvil.

El contacto duró dos segundos. Quizá tres. Lo suficiente para que el calor de la piel de Mara se registrara contra los dedos de Lex. Lo suficiente para que la corriente pasara entre ellas, nítida e innegable. El ritmo respiratorio de Mara flaqueó, un mínimo tropiezo casi inaudible sobre la música de la cafetería, y sus dedos se crisparon pero no se retiraron.

Entonces Lex retiró la mano, con naturalidad, como si nada hubiera pasado. Cogió su café y bebió un sorbo, con el pulso martilleando tras sus costillas.

Mara miraba fijamente la pantalla del ordenador sin ver nada. Un leve rubor había trepado desde el cuello de su chaqueta, coloreando el lateral de su cuello, y sus dedos estaban quietos sobre el panel táctil. Se aclaró la garganta.

—Deberíamos terminar. Tengo que llevar a Goldie a casa.

—Claro. —Lex cerró la tapa del portátil con suavidad y lo deslizó por la mesa hacia Mara. Bajo la mesa, la cola de Goldie golpeó el suelo.

Salieron juntas a la calle. La tarde se había refrescado aún más, y el cielo se teñía de ese color oro grisáceo pálido que Phoenix Ridge produce en la hora previa al anochecer, cuando la luz del océano se refleja en las nubes bajas y toda la ciudad parece bañada en miel. Mara enganchó la correa de Goldie y se ajustó la chaqueta.

—¿A la misma hora el martes? ¿En el hielo? —dijo Mara, con voz nivelada y medida. El rubor había desaparecido de su cuello, pero sus ojos seguían ligeramente desenfocados, como si una parte de ella todavía estuviera sentada en aquella mesa con los dedos de Lex contra su mano.

—Allí estaré.

Mara asintió. Se dio la vuelta y se alejó calle arriba con Goldie trotando a su lado, y Lex la vio marcharse. La zancada larga, la espalda recta, esos mechones sueltos atrapando la luz del atardecer. Mara no miró atrás, pero su paso era más rápido de lo necesario, el andar de alguien que pone distancia entre ella y una verdad que no está lista para afrontar.

Lex se quedó en la acera, frente al Lavender's, con las manos en los bolsillos, el aire salino en la cara y el fantasma de la piel de Mara aún vibrando contra sus nudillos.

JUNTOS, SON PELIGROSOS

Repitió la frase en su cabeza. La forma en que Mara lo había dicho, con los ojos azules agudos y desprotegidos por un segundo antes de recuperar la compostura. No estaba hablando de hockey. Estaba hablando de hockey y fingiendo que solo hablaba de hockey, y Lex había estado fingiendo que la creía, y ninguna de las dos había engañado a nadie.

La carga de aquel roce aún zumbaba bajo su piel. Tres segundos de contacto. Nudillos contra nudillos. No tenía la más mínima idea de qué iba a hacer al respecto.

11

Seis semanas más tarde, ya avanzada la temporada, las Valkyries estaban encontrando su ritmo.

El balance era de cuatro victorias, seis derrotas y una caída en la prórroga que aún le hacía doler la mandíbula a Mara cada vez que pensaba en ello. Eran competitivas —más de lo que la mayoría había predicho para una franquicia en su temporada inaugural en la PWHL—, y aunque no era el dominio que ella deseaba, tampoco era un desastre. Las derrotas les habían enseñado más que las victorias. La caída en la prórroga había sido una clase magistral sobre lo que ocurría cuando la disciplina se desmoronaba en los últimos treinta segundos. Y las victorias, todas ellas sufridas y feas, habían empezado a construir unos cimientos en el vestuario que Mara reconocía de sus mejores años como entrenadora: convicción.

Mara estaba de pie tras el banquillo en los últimos tres minutos de un partido empatado contra el equipo mejor clasificado de la conferencia, observando cómo sus jugadoras ejecutaban el sistema que ella había tardado tres años en construir. El pabellón estaba lleno, los diez mil asientos ocupados; el ruido del público era algo vivo que presionaba contra las vallas y vibraba en sus manos. El marcador mostraba un 2-2 a falta de dos minutos y cuarenta y siete segundos. Tenía la voz ronca de tanto gritar por encima del estruendo durante todo el encuentro, sus nudillos estaban blancos

de apretar la valla y el corazón le martilleaba por razones que nada tenían que ver con el marcador.

Lex estaba en el hielo.

Llevaba toda la noche jugando dentro del sistema. No a la perfección. No con obediencia ciega. Sino con una inteligencia contenida en la que Mara había estado trabajando durante sus sesiones de las últimas semanas. Lex leía la cobertura, respetaba el posicionamiento, se mantenía en su carril. Y de pronto, en el momento justo, en el instante preciso, creaba. Una explosión de velocidad por la zona neutral que la separó de la pareja de defensa. Un pase a Camille que se coló entre dos sticks y llegó a la pala de Camille en el momento exacto en que esta alcanzaba su máxima zancada. El ritmo fue quirúrgico. La visión, asombrosa. La ejecución era el producto del talento y la estructura trabajando al unísono, y fue la jugada más hermosa que Mara había visto en toda la temporada.

Camille recibió el pase en plena carrera y se lanzó hacia la portería. La guardameta se comprometió, deslizándose por el área y cerrando el ángulo. Camille hizo un amago, cambió el peso del cuerpo y deslizó el disco por el «five-hole», entre las guardas de la portera. La luz roja tras la red parpadeó. Sonó la bocina. El pabellón estalló.

Las manos de Mara se levantaron de la valla. Se las llevó a la boca y sintió que los ojos le escocían y el pecho se le llenaba de un sentimiento tan enorme e incontrolable que se negó a llamarlo alegría, porque la alegría no era profesional y ella estaba allí de pie tras un banquillo frente a diez mil personas; era la entrenadora principal, y las entrenadoras principales no lloran durante los partidos.

Los dos últimos minutos fueron un caos. El equipo rival se lanzó con todo al ataque, un hockey de desesperación en su estado más peligroso, pero Lou ancló la defensa con la autoridad calmada de una mujer hecha precisamente para ese tipo de presión. Dani hizo dos paradas que fueron más instinto que habilidad, moviendo el cuerpo antes incluso de que su mente procesara el disparo. Elise ganó un saque tras otro, consumiendo el reloj con esa fiabilidad

silenciosa que la hacía inestimable. Frankie bloqueó un «slap shot» con la espinillera y siguió patinando. El reloj llegó a cero, sonó la bocina y las Valkyries habían ganado.

El banquillo se vació. Las jugadoras se precipitaron sobre el hielo con los sticks en alto y quitándose los cascos. El público estaba en pie, diez mil personas gritando, un sonido tan denso que vibraba en el pecho de Mara como un segundo latido. Banderas moradas y plateadas ondeaban en el anillo superior. El videomarcador repetía el gol a cámara lenta: el pase de Lex, el remate de Camille; y el pabellón volvió a rugir ante la repetición como si el gol se acabara de marcar por segunda vez.

Mara se quedó tras la valla un momento, dejando que la ola rompiera sobre ella. Semanas de picar piedra, de derrotas, de ocasiones fallidas por poco y del lento y doloroso trabajo de convertir una plantilla de individuos con talento en un equipo. Esta era la recompensa. Por esto lo hacía. Le ardían los ojos, tenía la garganta cerrada y el aire frío traía consigo el olor a hielo recién cortado y el matiz metálico de la maquinaria del pabellón funcionando a plena potencia.

Lex patinó hacia el banquillo. Estaba sonriendo de oreja a oreja, con el pelo oscuro pegado a la cara por el sudor, el protector bucal colgando de la rejilla del casco y el cuerpo vibrando por la adrenalina de la jugada final. Llegó a la valla y frenó en seco levantando una lluvia de hielo.

—Nada mal para una jugadora de hockey sobre hierba, ¿no? —Lex respiraba con dificultad, con el pecho agitado y los ojos brillantes. El sudor le caía por el cuello y desaparecía bajo el cuello de la camiseta.

—Nada mal —dijo Mara, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Nada mal en absoluto.

Lex se inclinó sobre la valla, agarró a Mara por la cintura y la levantó en vilo.

Sucedió tan rápido que el cerebro de Mara reaccionó con un segundo de retraso respecto a su cuerpo. Sus pies dejaron de tocar el suelo. Lex la rodeaba con los brazos, uno bajo sus muslos y otro en su espalda; estaba en el aire y Lex se reía, el público rugía y sus

compañeras chocaban contra ellas por todos lados, con los guantes golpeando los hombros de Lex y los palos repicando contra la valla. Alguien gritaba. Frankie, sin duda. Frankie siempre estaba gritando. —¡HE BLOQUEADO UN DISCO CON LA ESPINILLA Y HEMOS GANADO! ¡QUE ALGUIEN LLAME A MI MADRE! ¡QUE ALGUIEN LLAME A LA MADRE DE TODO EL MUNDO!

Las manos de Mara aterrizaron en los hombros de Lex. A través de la camiseta, a través de las protecciones, el cuerpo de Lex era calor y potencia contenida; sus músculos la sostenían sin esfuerzo. El rostro de Lex estaba a centímetros del suyo, encendido, eufórico y dolorosamente hermoso, con los ojos oscuros ardiendo con un fuego que nada tenía que ver con el hockey y todo con la mujer que tenía en brazos. La sonrisa de Lex era amplia y sincera, y desprendía un olor a sudor, aire frío y la sal punzante del esfuerzo; el cuerpo de Mara respondió con una violencia que le robó el aliento. Un calor súbito le recorrió el vientre. El pulso le golpeaba las costillas. Una oleada de deseo tan intensa que rozaba el vértigo.

—Bájame —dijo Mara. Las palabras apenas resultaban audibles por encima del clamor del público, le temblaba la voz y, en realidad, no quería que la bajara. Quería quedarse en los brazos de Lex, con esos ojos oscuros mirándola, sintiendo cómo el calor del cuerpo de Lex calaba a través de su chaqueta de entrenadora y el rugido delirante de la multitud llenaba el aire a su alrededor.

Lex la bajó despacio. El roce del cuerpo de Mara contra el pecho y los brazos de Lex duró tres segundos, y cada uno de ellos quedó grabado a fuego en el sistema nervioso de Mara. Cuando sus pies tocaron la goma del suelo tras el banquillo, las rodillas le flaquearon ligeramente y tuvo que sujetarse a la valla. Le ardía la cara. El corazón le iba a mil por hora. Lex seguía sonriéndole, tan cerca que podía verle el latido en el cuello y cada gota de sudor en su mandíbula.

—Ve a celebrar con tu equipo —dijo Mara, y la empujó suavemente hacia el hielo.

Lex obedeció patinando hacia atrás, sin quitarle los ojos de encima durante tres zancadas antes de darse la vuelta y unirse a la melé de jugadoras en el centro del hielo. Camille se lanzó sobre ella,

rodeándole el cuello con ambos brazos y gritando en francés. Frankie se le subió a la espalda. Lou estaba apartada, con los brazos cruzados y una inusual sonrisa dividiéndole el rostro, e incluso Elise se reía, con su compostura habitual resquebrajada por el peso del momento. Rowan Pike saltaba de arriba abajo cerca de la línea azul, con el stick en alto, mirando a Lex con lo que solo podía describirse como adoración. Mara comprendía perfectamente ese impulso y se esforzaba mucho por no hacerlo.

Mara se aferró a la valla y respiró. Todo su cuerpo vibraba. El rastro de los brazos de Lex aún estaba impreso en su cintura y su espalda, un calor fantasma que se resistía a desvanecerse. La presión del pecho de Lex contra el suyo aún perduraba, la fuerza de aquellos hombros, la forma natural y sin esfuerzo con la que Lex la había levantado como si no pesara nada.

PARA. PARA. PARA

Se retiró del banquillo antes de que llegara la prensa. Le dijo a su entrenador asistente que tenía que hacer una llamada y se refugió en su despacho, donde Goldie la recibió con un movimiento de cola que reconocía la angustia mejor que cualquier humano. Mara cerró la puerta, se dejó caer en su silla y se presionó los ojos con las palmas de las manos hasta que las imágenes residuales del rostro de Lex se desvanecieron.

Sacó el móvil y le envió un mensaje a Helen: *¿Podemos hacer una videollamada esta noche?*

La respuesta llegó a los cuarenta segundos: *Tengo veinte minutos a las nueve. Lo preparo ahora.*

Mara esperó. Bebió agua. Le rascó las orejas a Goldie. Escuchó los sonidos amortiguados de la celebración que llegaban por el pasillo desde el vestuario: voces, risas y el altavoz de alguien retumbando con música que hacía vibrar las paredes. La risa de Camille, musical y sonora. Frankie gritando algo sobre champán. El golpe de los guantes al ser lanzados contra las taquillas. Los sonidos de un equipo que empezaba a saber qué se sentía al ganar; Mara debería haber estado allí con ellas, debería haber estado celebrando lo que habían construido esa noche, pero estaba escondida en su despacho porque una mujer la había levantado en vilo y su cuerpo

había respondido como si llevara veinte años esperando exactamente ese contacto.

Las manos no dejaban de temblarle.

A las nueve en punto abrió el portátil y se conectó al enlace de Helen. Helen apareció en pantalla en su despacho de casa, con las gafas de leer subidas al pelo y una taza de té en las manos.

—Habéis ganado —dijo Helen—. He visto el resultado.

—Hemos ganado. Lex ha marcado el gol de la victoria. Bueno, ella ha hecho la jugada. Camille lo ha rematado. —Las manos de Mara se movían inquietas por el escritorio, barajando papeles que no necesitaban ser barajados.

—No suenas como alguien que acaba de ganar un partido.

Mara exhaló. —Me ha levantado. —Las palabras salieron planas, vacías del pánico que las había alimentado hacía una hora.

Helen enarcó las cejas. —¿Te ha levantado?

—Después del gol. Ha patinado hacia el banquillo y me ha levantado en vilo delante de diez mil personas y de todo el equipo; me he quedado ahí, en sus brazos, y he sentido que me iba a desmoronar. —Las palabras salieron a borbotones, rápidas y calientes—. Mi cuerpo ha reaccionado antes que mi cerebro. Todo lo que he estado reprimiendo durante semanas, toda la disciplina, los muros y la distancia profesional... todo ha desaparecido en el segundo en que me ha puesto las manos encima. Estaba a tres centímetros de su cara y deseaba besarla tanto que no podía ni respirar.

Helen dejó el té con cuidado. —¿Qué has hecho?

—Le he dicho que me bajara. Lo ha hecho. He vuelto aquí.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Aterrada. —Mara se presionó el esternón con el puño—. Ya sabes adónde se me va la cabeza. Sara. La dinámica de poder. Todo.

—Lo sé. Y ya hemos pasado por ahí. —Helen se inclinó hacia delante, acercándose a la cámara—. Así que esta noche quiero plantearte una pregunta distinta. No si deberías dejarte llevar por tus sentimientos, sino si puedes permitirte no hacerlo.

—Es la misma pregunta.

—No lo es. No dejas de preguntar qué pasa si cruzas la línea. Yo te pregunto qué pasa si te pasas los próximos veinte años al otro lado de ella. —La voz de Helen era prudente pero directa—. Has construido una vida definida enteramente por el hockey. Es un logro extraordinario. Pero también es, Mara, una vida muy solitaria.

La palabra *solitaria* se le instaló en el pecho y no se movió. Pensó en su casa. En la cocina silenciosa. En el dormitorio vacío. En el tintineo del collar de Goldie en el pasillo a las dos de la mañana, el único sonido en una vida que ella misma había diseñado para tener el máximo control y la mínima vulnerabilidad.

—Lex no te atrae porque sea popular o porque todo el mundo la quiera —continuó Helen—. Te atrae por quién es cuando está en tu despacho hablando de su madre y tú le cuentas lo de comer pasta encima de una tintorería. Eso no es Sara. Eso no es saltarse un límite. Eso es conexión.

A Mara se le cerró la garganta. Pensó en Lex en el gimnasio, con los brazos cruzados, diciéndole exactamente lo que quería con una claridad que la mayoría no alcanzaba a ninguna edad. Lex en la cafetería, hablando de visibilidad con una inteligencia que nada tenía que ver con la juventud.

—Sabe lo que quiere —dijo Mara en voz baja.

—Pues confía en eso. Y confía en ti misma para saber distinguir entre lo que pasó a los treinta y dos y lo que está pasando ahora. —Helen cogió su té—. No tienes que decidirlo esta noche. Pero quiero que reflexiones sobre el precio de la alternativa.

El despacho se quedó en silencio. Goldie cambió de postura a los pies de Mara. A través de las paredes, la celebración en el vestuario por fin se había apaciguado.

—No estoy preparada —dijo Mara—. Pero te escucho. Todavía no.

La expresión de Helen se suavizó. —Eso es nuevo. Nunca habías dicho «todavía no». Siempre decías «nunca».

Mara se presionó los párpados cerrados con las yemas de los dedos. No se había dado cuenta del cambio. Pero Helen tenía razón.

—Descansa un poco —dijo Helen—. Habéis ganado un partido hoy. Permítete sentirte bien por eso.

La pantalla se oscureció. Mara se quedó sentada en el despacho silencioso con su perra a los pies y los fantasmas de la noche arremolinándose a su alrededor como el polvo. Aún podía sentir los brazos de Lex rodeándole la cintura. Aún sentía el calor del cuerpo de Lex contra su pecho. Aún veía esos ojos oscuros, a centímetros de su cara, ardiendo con un deseo que hacía que todo el mundo fortificado de Mara se sintiera frágil, temporal y pequeño.

Recogió sus cosas, le puso la correa a Goldie y atravesó el pabellón vacío hasta el aparcamiento. Los pasillos estaban ahora en silencio; la celebración se había trasladado a algún bar del centro donde Frankie pagaría la primera ronda, Camille la segunda y Lou se sentaría en un rincón con una cerveza y expresión de satisfacción sin decir una palabra durante horas. El aparcamiento estaba casi vacío; la contaminación lumínica del pabellón difuminaba las estrellas hasta dejarlas en un puñado sobre la carretera de la costa, con el océano como una franja oscura de sonido más allá. Condujo a casa con las ventanillas bajadas, dejando que el aire salino llenara el coche y con la cabeza de Goldie apoyada en su rodilla.

TODAVÍA NO

Aparcó. Entró en casa. Dio de comer a la perra. Se lavó los dientes. Se metió en la cama.

Se quedó tumbada en la oscuridad escuchando el mar y no durmió nada.

12

El despacho de Mara olía a café, a pino y al leve rastro de ozono de un portátil que lleva demasiado tiempo encendido. Lex se sentó en la silla frente al escritorio con Goldie tumbada sobre sus pies y observó a Mara pasar grabaciones de partidos en la pantalla; pensó en lo diferente que era todo aquello comparado con hace un mes.

Hace un mes, estas sesiones habían sido una guerra. Mara señalaba cada error con un desapego quirúrgico. Lex rebatía cada corrección con la furia obstinada de alguien a quien le habían dicho durante toda su carrera que lo estaba haciendo mal. Se habían rodeado la una a la otra como boxeadores en los primeros asaltos: tanteando, lanzando jabs, buscando debilidades. La tensión había sido insoportable, esa clase de tensión que conocía del instante previo a una carga contra el cuerpo: tensa, comprometida, sin vuelta atrás.

Ahora la tensión seguía ahí. No había disminuido. En todo caso, se había hecho más profunda, había madurado, evolucionando de algo volátil y conflictivo a algo más rico y peligroso. Pero las sesiones en sí habían cambiado. Mara la elogiaba más. No de forma exagerada, nunca eso, sino con una especificidad tranquila que significaba más que cualquier cumplido que Lex hubiera recibido en su carrera. *—Tu lectura de la transición en el segundo periodo ha*

sido limpia. Tu posicionamiento en el ciclo defensivo ha sido exactamente el correcto. El pase a Camille ha sido de clase mundial. Frases cortas pronunciadas con la voz grave y firme de Mara, y cada una de ellas se hundía en el pecho de Lex como una piedra caliente.

Le gustaba ganarse la aprobación de Mara. Le gustaba demasiado. Mara, con sus ojos azules, sus pómulos marcados, su coleta de un rubio grisáceo y su chaqueta de entrenamiento subida hasta la garganta como una armadura que nunca terminaba de quitarse del todo.

—Esta secuencia de aquí —dijo Mara, pausando la grabación—. En la pantalla, Lex avanzaba por la zona neutral, leyendo a la pareja defensiva, identificando la línea de pase hacia Camille. La jugada que les había dado la victoria tres días atrás. —Fíjate en la posición de tu cuerpo al entrar en la zona. Hombros encuadrados, stick cargado, mirada arriba. Eso es una conciencia espacial de élite. Hace cuatro meses perseguías el puck como un perro cobrador. Ahora lees el hielo como si lo hubieras hecho toda la vida.

Lex miró a Goldie, dormida sobre sus pies. —¿Acabas de compararme con un perro cobrador?

—He comparado a tu «yo» del pasado con un perro cobrador. Tu «yo» actual es considerablemente más sofisticada. La comisura de los labios de Mara se movió. No llegó a ser una sonrisa. Fue el fantasma de una, reprimida antes de que pudiera formarse del todo. Lex la archivó junto con todas las otras casi-sonrisas que había estado coleccionando desde la primera semana. Tenía un catálogo privado de ellas. El tic cuando Lex la pillaba desprevenida. El apretar de labios cuando Lex la hacía reír y ella se negaba a demostrarlo. El breve destello de sinceridad cuando Lex clavaba un ejercicio y Mara olvidaba, durante medio segundo, que se suponía que debía ser distante.

—Mira este siguiente clip. Tu cobertura defensiva en el tercer periodo. Mara hizo clic en la siguiente marca de tiempo y ajustó el ángulo de la pantalla.

Vieron el vídeo. Mara narraba el posicionamiento, las zonas de cobertura, el momento en que Lex tuvo que elegir entre perseguir al portador del puck o confiar en el sistema. La voz de Mara en modo

entrenadora era una de las cosas favoritas de Lex en estas sesiones. La precisión de la misma. La autoridad. La forma en que las manos de Mara se movían por el panel táctil con la misma economía que aplicaba a todo: sin movimientos innecesarios, cada gesto con un propósito. En la grabación, Lex mantenía su posición, dejaba que el sistema funcionara, y la intercepción llegaba por parte de Lou en el lado débil, exactamente como predecía el esquema de cobertura.

—Confiaste en el sistema —dijo Mara.

—Confié en ti.

Las palabras salieron antes de que Lex les diera el visto bueno. Ninguna de las dos intentó añadir nada más. El silencio se prolongó, cargado con todo lo que esas tres palabras habían sacado a la luz. Los dedos de Mara se quedaron quietos sobre el trackpad. Sus ojos azules se levantaron de la pantalla y se encontraron con los de Lex, y ninguna de las dos respiró.

El aire en el despacho se espesó. La luz del techo proyectaba un círculo cálido alrededor del escritorio, dejando las esquinas de la habitación en sombras. Goldie se movió sobre sus pies, teniendo espasmos por algún sueño, y su collar tintineó suavemente. La pantalla del portátil brillaba entre ellas con la imagen congelada de jugadoras sobre el hielo, pero ya ninguna la estaba mirando. Lex se preguntó cuánto tiempo iban a seguir fingiendo. Cuántas sesiones más podrían sentarse una frente a la otra con esa carga acumulándose entre ellas, esa presión creciente que no tenía más salida que las discusiones, los silencios cargados y momentos como este, donde el guion profesional se disolvía y lo que quedaba eran dos mujeres sentadas demasiado cerca en una habitación silenciosa, deseando lo que se suponía que no debían desear.

—El sistema funciona porque es digno de confianza —dijo Mara. Su voz era más baja que antes. La cadencia de entrenadora se había deslizado hacia un registro más suave, más cuidadoso, como si cada palabra fuera pesada antes de soltarla.

—Tú también lo eres.

Otro silencio. Mara apartó la vista primero, tirando de la cremallera de su chaqueta en ese gesto nervioso que Lex había catalogado semanas atrás. Cerró el portátil de un golpe.

—Ese es el análisis. Buen trabajo esta semana. De verdad.

Lex debería haberse levantado. Debería haberle dado las gracias, haber salido, haberse ido a casa con Elise a tomarse una cerveza y mantener la distancia segura de vidas separadas. En lugar de eso, se quedó en la silla con el calor de Goldie sobre sus botas y el silencio espesándose a su alrededor como la nieve.

Lex se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. El movimiento la acercó al escritorio, la acercó a Mara. La fina textura de la piel de Mara era visible bajo la luz de la lámpara: la delgada cicatriz en su ceja izquierda por la que nunca había preguntado, cómo sus pestañas captaban la luz al parpadear. Detalles que había estado coleccionando sin permiso, archivados en una parte de su cerebro que no tenía nada que ver con el hockey y todo que ver con el deseo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Mara entrecerró un poco los ojos. No por sospecha, sino por cautela. La precaución automática de una mujer que guardaba las preguntas personales en una caja cerrada y rara vez le daba la llave a nadie. —Depende de la pregunta.

—Cuéntame de tus relaciones. Las serias. Las de verdad.

La cautela se acentuó. Mara subió un poco los hombros, tensando su postura. Cogió su taza de café, comprobó que estaba vacía y volvió a dejarla. —No hay mucho que contar.

—Eso no es un no. Lex sostuvo la mirada de Mara a través del desordenado escritorio.

—Tampoco es un sí. Mara exhaló por la nariz, de forma lenta y controlada. —Estuve casada. Hace años. Jason. Eso fue real. O eso creía. —Se detuvo, apretando la mandíbula—. Pero aquella era otra vida. Desde entonces —desde que comprendí lo que realmente quería— me he centrado en mi carrera. Ha habido gente. Brevemente. Nada que durara porque nunca dejé que nada durara. El juego siempre era lo primero.

—Eso suena solitario.

La palabra hizo que Mara se estremeciera. Una pequeña contracción de hombros, tan breve que cualquiera que no la

estuviera observando con la atención obsesiva que Lex le prestaba desde hacía seis semanas la habría pasado por alto.

—Suena disciplinado. Pero a la corrección le faltaba convicción. La expresión de Mara estaba desprotegida de una forma que Lex rara vez veía, la máscara debilitada por lo avanzado de la hora y la tranquila intimidad del pequeño despacho. El reloj de la pared marcaba más de las nueve. El pabellón estaba vacío a su alrededor; el edificio crujía y se acomodaba a sus ritmos nocturnos, y ellas eran las únicas dos personas que quedaban en él.

—Cuéntame sobre eso que tuviste con una mujer.

Mara respiró hondo, como decidiendo si contárselo o no. —Sara —dijo.

—Yo no lo llamaría una relación real. Era mi entrenadora asistente. Ambas estábamos casadas. Yo con Jason y Sara con Clive. Tuvimos algo impulsado por la pasión y la lujuria. Nos costó el matrimonio a las dos. Provocó un gran escándalo. No duró; me dejó por otro hombre. Fue hace mucho tiempo.

—Deberías intentarlo alguna vez —dijo Lex—. Una relación de verdad. Dejar entrar a alguien. Podría gustarte.

El color se extendió por los pómulos de Mara. Un rubor lento y precioso que empezó en la mandíbula y subió hasta las sienes; apretó los labios como si intentara contener físicamente las palabras. —No estoy segura de que el momento haya sido nunca el adecuado.

—El momento es una excusa. La voz de Lex era baja, firme.

—El momento es un factor.

Lex se movió en la silla, estirando las piernas, y el movimiento hizo que su rodilla estuviera lo suficientemente cerca como para rozar el lateral del escritorio. Cerca de la pierna de Mara al otro lado. Sin tocarse. La posibilidad de tocarse. —¿Y tú? —preguntó Mara, y la pregunta tuvo el matiz de un desvío, un giro conversacional diseñado para quitarse el foco de encima—. Tu historial de relaciones.

—Las chicas me suceden —dijo Lex—. Siempre ha sido así. Desde que tuve dieciocho años y descubrí lo que quería, no ha faltado interés. Compañeras, rivales, aficionadas. No se me da bien rechazar a la gente cuando la tengo delante y está interesada. Así

que las cosas empiezan, arden con fuerza y se apagan rápido porque nunca me entrego del todo. Siempre me guardo algo.

—¿Qué es lo que te guardas?

—Cualquier parte de mí que lo haría real —. Lex miró a Goldie, que seguía dormida sobre sus botas, y la honestidad de lo que acababa de decir se asentó entre ellas con un peso que no había pretendido. Nunca lo había articulado así antes. Ni ante Elise, ni ante ninguna de las mujeres con las que había salido, ni siquiera ante sí misma. El patrón estaba claro desde fuera. Lex Landry, una mujer que encadena citas, nunca nada serio, siempre marchándose antes de que se complique. Pero la razón bajo ese patrón era una verdad que había evitado examinar porque examinarla significaba admitir que el problema no era el momento, ni la oportunidad, ni la química. El problema era el miedo. El miedo a que, si le daba todo a alguien, hicieran lo mismo que hizo su madre: aceptar la versión de Lex que les resultara conveniente e intentar remodelar el resto.

—Me gustan las mujeres mayores —dijo, y ahora las palabras eran deliberadas. Miraba a Mara mientras las pronunciaba—. Siempre me han gustado. Las que han vivido lo suficiente para saber quiénes son. Las que no se dejan impresionar por la fachada o el encanto. Las que ven a través de la interpretación y siguen queriendo lo que hay debajo.

El rubor de Mara se intensificó. Sus dedos se curvaron alrededor de la taza de café vacía como si fuera un ancla. Tenía los ojos muy abiertos y su respiración había cambiado: era superficial y rápida, y su pulso latía visiblemente en su garganta.

—Estás describiendo a un tipo de persona muy específico —dijo Mara. Su voz era casi inaudible.

—Estoy describiendo a una persona muy específica.

El despacho se quedó en absoluto silencio. El portátil se había oscurecido. Goldie estaba inmóvil. El edificio a su alrededor contenía el aliento. Mara miraba a Lex con una expresión que era a partes iguales terror y deseo, y la gravedad entre ellas era una atracción tan fuerte que quedarse quietas contra ella requería un esfuerzo físico.

—Eres brillante —dijo Lex—. Eres feroz. Eres la persona más intimidante que he conocido jamás, y he competido contra medallistas de oro olímpicas. Haces que quiera ser mejor en el hockey y mejor persona, y ni siquiera lo intentas. Simplemente te quedas ahí, tras las vallas, con tu silbato y tu carpeta y tus ojos azules, y haces que todos a tu alrededor suban a un nivel que ni siquiera sabían que tenían.

—Lex. La voz de Mara se quebró al pronunciar su nombre.

—Y eres hermosa. No de una forma que pueda ignorar. De una forma que me golpea cada vez que te miro, todas y cada una de las veces, como si fuera la primera vez de nuevo.

Lex se levantó. Goldie se escurrió de sus pies y se fue a su cama en la esquina, sin inmutarse. Lex rodeó el escritorio. La silla de Mara retrocedió un par de centímetros, pero Mara no se levantó, no huyó, no hizo ninguna de las cosas que Lex esperaba. Se quedó allí sentada con las manos aferradas a los reposabrazos, la barbilla levantada y la mirada fija en el rostro de Lex con una intensidad que hizo que la sangre de Lex corriera caliente y rápida.

Lex se inclinó. Puso una mano en el reposabrazos, junto a los dedos de Mara, tan cerca que sus nudillos casi se tocaban. Podía oler el champú de Mara, limpio y ligeramente floral, y el café en su aliento, y bajo ambos, el aroma cálido y vivo de su piel. Los ojos de Mara estaban enormes. Tenía los labios entreabiertos. Su pecho subía y bajaba con respiraciones cortas y rápidas que ya ni siquiera intentaba controlar.

—Dime que pare —susurró Lex.

Mara no se movió. No habló. Bajó la vista hacia la boca de Lex y la mantuvo allí.

Lex acortó la distancia. Lentamente. Dándole a Mara cada oportunidad para apartarse, para decir la palabra, para retirarse. Mara no se movió. Mantuvo los ojos en la boca de Lex, respirando con bocanadas cortas y rápidas, y cuando los labios de Lex estuvieron a un centímetro de los suyos, los párpados de Mara temblaron hasta cerrarse y un pequeño sonido escapó de su garganta: rendición, alivio y miedo comprimidos en una sola exhalación.

El beso fue una detonación.

Los labios de Lex se presionaron contra los de Mara y el mundo colapsó en un solo punto de contacto, cálido, suave y devastador. La boca de Mara se abrió contra la suya y un sonido escapó de la garganta de Mara, pequeño, indefenso y destrozado, una exhalación rota que Lex sintió en su propio pecho como un segundo latido. La mano de Mara subió y agarró la parte delantera de la camisa de Lex, no para apartarla, sino para atraerla más, con los dedos enredándose en la tela con una desesperación que traicionaba cada límite que ella misma se había impuesto.

Lex la besó más profundamente. Llevó la otra mano a la mandíbula de Mara, inclinando su rostro hacia arriba, sintiendo la línea de su mandíbula bajo la piel suave, el rápido latir del pulso de Mara bajo su pulgar. Mara le devolvió el beso con un hambre cruda que no se parecía en nada a la mujer que estaba tras las vallas. Esta era la Mara que había debajo. La que llevaba veinte años muriéndose de hambre y a la que acababan de ofrecerle lo que había olvidado que necesitaba. Su lengua rozó el labio inferior de Lex y esta emitió un sonido en su garganta y presionó hacia delante; la mano libre de Mara encontró la nuca de Lex y tiró de ella hacia abajo, y el beso se volvió nuclear.

Un minuto. Quizá menos. Un tramo de tiempo blanco, ardiente y cegador en el que nada existía excepto la boca de Mara y las manos de Mara y los sonidos jadeantes y desesperados que Mara emitía contra sus labios y el sabor a café, deseo y rendición.

Entonces Mara se apartó.

Sus manos soltaron la camisa y el cuello de Lex simultáneamente, cayendo sobre su regazo como si se hubiera quemado. Empujó la silla hacia atrás, poniendo distancia entre ellas; tenía el rostro encendido desde el cuello hasta el nacimiento del pelo, los ojos estaban desorbitados y salvajes y su pecho jadeaba. Parecía una mujer que acababa de destrozar algo que había pasado toda su vida construyendo.

—No puedo. Las palabras eran roncas e inestables, y la mano de Mara temblaba mientras se la presionaba contra la boca, cubriendo

los labios que habían estado devolviendo el beso a Lex treinta segundos antes—. Eso ha sido... Yo... Eso no debería haber pasado.

—Mara.

—Tengo que irme. Mara se levantó. Agarró su bolso del suelo y cogió sus llaves, con las manos torpes con la correa. No miraba a Lex. Miraba a la puerta con la determinación concentrada de quien planea una ruta de escape de un edificio en llamas—. Tengo que... Echa la llave cuando salgas.

Pasó por delante de Lex sin establecer contacto visual. En la puerta se detuvo, con una mano en el marco, y Lex vio cómo sus hombros se elevaban con una fuerte inspiración. Mara se quedó allí tres segundos, de espaldas a Lex, con el cuerpo rígido, librando una guerra que Lex no podía ver pero podía sentir desde el otro lado de la habitación.

Luego se marchó. La puerta se cerró tras ella. Pasos en el pasillo, rápidos y desiguales. Luego, silencio.

Lex se quedó de pie en el despacho vacío. Le hormigueaban los labios. El corazón le martilleaba tan fuerte que podía sentirlo en los oídos. Su mano seguía levantada allá donde había estado tocando la mandíbula de Mara, con los dedos curvados alrededor del recuerdo de la piel cálida y el latido de su pulso.

Goldie levantó la vista desde su cama en la esquina, moviendo la cola lentamente, y Lex se dio cuenta de que Mara se había olvidado de su perra. Así de descolocada estaba. Se había dejado a Goldie atrás.

Lex se hundió en la silla que Mara había dejado vacante. Aún estaba caliente. Se quedó allí sentada, en el despacho silencioso con el portátil abandonado y la taza de café vacía y la golden retriever observándola desde la esquina; se presionó los dedos contra su propia boca, saboreó el café de Mara en sus labios y cerró los ojos.

Un minuto. Menos de un minuto. Y había sido el beso más demoledor de toda su vida. Crudo y apasionado y tan hambriento que la había asustado, no por la intensidad, sino por lo que revelaba. Mara Ellison, que lo controlaba todo, que lo disciplinaba todo, que dirigía su vida como un sistema táctico sin margen para desviaciones, le había devuelto el beso como una mujer que se

ahoga. Había agarrado su camisa y la había atraído hacia ella y había emitido sonidos contra su boca que iban a perseguir los sueños de Lex por el resto de su vida.

Abrió los ojos. Miró a Goldie. —Se ha olvidado de ti.

La cola de Goldie golpeó el suelo.

Lex sacó su teléfono y escribió un mensaje: *Te has olvidado de Goldie. La dejaré atada junto a la entrada principal con su cuenco de agua. Ven a por ella cuando estés lista.*

No llegó respuesta. Lex tampoco la esperaba.

Enganchó la correa de Goldie, encontró el cuenco de agua plegable en el bolso de Mara, lo llenó en el grifo de la sala de descanso y la llevó por los pasillos en penumbra. Las luces fluorescentes habían pasado a su configuración nocturna, proyectando largas sombras sobre el cemento pulido. Goldie trotaba a su lado, moviendo la cola, ajena a la hora tardía o al naufragio emocional que su dueña había dejado atrás.

Fuera, el aire nocturno era fresco y salino; el océano se oía más allá del aparcamiento. Lex encontró un banco cerca de la entrada principal y pasó la correa por uno de los reposabrazos, dejando el cuenco de agua en el suelo ante ella. Goldie se sentó obedientemente, mirándola con ojos marrones y pacientes.

—Vendrá a por ti —le dijo Lex.

Caminó hacia su coche con el sabor de la boca de Mara todavía ardiendo en sus labios, y supo con absoluta certeza que nada entre ellas volvería a ser igual después de esta noche. La barrera había caído. El beso la había roto. Y por mucho que Mara se dijera a sí misma mañana por la mañana, por muchos argumentos racionales que reuniera para explicarlo, la verdad ya andaba suelta por el mundo.

Mara Ellison le había devuelto el beso. Y se lo había devuelto como si fuera de verdad.

13

Mara no durmió.

Se quedó tumbada en la oscuridad con Goldie acurrucada a los pies de la cama y se quedó mirando al techo, rememorando el beso una y otra vez hasta que el recuerdo quedó desgastado por el uso, cada detalle pulido con un brillo intenso y agonizante. La presión de la boca de Lex. El agarre de la mano de Lex en su mandíbula, suave y dominante a la vez, sosteniendo su rostro como si fuera algo preciado y quebradizo. El sonido que ella misma había emitido contra los labios de Lex, ese suspiro desvalido y descontrolado que había surgido de algún lugar tan profundo de su interior que ni siquiera sabía que existía. El sabor de la boca de Lex, cálido y limpio, y cómo sus propias manos la habían traicionado, aferrándose a la camiseta de Lex y atrayéndola hacia sí en lugar de apartarla.

Le había devuelto el beso. No por cortesía. No de forma pasiva. Le había devuelto el beso a Lex Landry con un hambre que la avergonzaba, que la aterrorizaba, que ponía en duda cada ápice de control que había pasado veinte años construyendo. Había abierto la boca y emitido sonidos y se había aferrado a la tela y, durante un minuto incandescente y cegador, había sido exactamente la persona que juró que nunca volvería a ser.

Se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada con ganas de gritar.

A las tres de la mañana se levantó y se quedó en la cocina a oscuras, bebiendo agua de un vaso que le temblaba en la mano. Goldie entró caminando despacio y se sentó a sus pies, mirándola con esa mirada paciente de color pardo dorado que no pedía nada y lo ofrecía todo. La casa estaba en silencio, a excepción del tictac del reloj de la pared y el ritmo distante del océano, audible a través de la ventana abierta del baño que siempre se olvidaba de cerrar. La luna proyectaba una pálida franja de luz sobre las baldosas de la cocina. Mara bebió su agua y se quedó mirando la franja de luz, pensando en cómo había sentido la mano de Lex en su nuca, tirando de ella hacia el beso, con los dedos fuertes entrelazándose en la base de su coleta. Había sentido cómo se aflojaba el elástico. Había sentido cómo su pelo empezaba a soltarse. Una parte de ella se había estado desmoronando desde el día en que Lex entró en su pista, y el beso había arrancado cualquier pretensión restante de que todavía estaba intacta.

A las cuatro renunció por completo al sueño. Salió a correr por la carretera de la costa en la oscuridad previa al amanecer, con Goldie trotando a su lado, el aire marino frío en su rostro y los pulmones ardiéndole por un ritmo que era un castigo, no ejercicio. Corrió hasta que sus piernas gritaron y su mente se quedó en blanco, y luego corrió un kilómetro y medio más.

El trayecto en coche hasta el pabellón fue los doce minutos más largos de su vida. Sus manos estaban firmes al volante, pero el estómago le daba vueltas y le dolía la mandíbula de haberla tenido apretada toda la noche. Se había duchado a las cinco. Vestida con su equipo de entrenadora más impecable, la chaqueta azul marino con el escudo de las Valkyries, pantalones planchados, botas pulidas con un acabado de espejo. Una armadura. Cada pieza seleccionada para proyectar autoridad y disciplina y la absoluta negativa a reconocer que algo había sucedido.

Llegó a las siete. El pabellón estaba en silencio. El personal de mantenimiento se movía por los pasillos, la planta de hielo emitía un zumbido mecánico constante, el olor a productos de limpieza y a

hielo fresco flotaba desde la pista. Fue a su oficina, se preparó para el día, revisó sus correos electrónicos, repasó el plan de entrenamiento. Una mañana normal. Una mañana controlada. La mañana de una mujer que no había besado a su jugadora de veintiocho años en esta misma oficina hacía doce horas.

Goldie la observaba desde la esquina con una expresión que lograba ser simultáneamente cariñosa y crítica.

A las ocho y cuarto, le envió un mensaje de texto a Lex. *A mi oficina antes del entrenamiento. Tenemos que hablar.*

La respuesta llegó a los treinta segundos. *Allí estaré.*

Sin réplicas. Sin sarcasmos. Sin evasivas. Solo conformidad. Eso era casi peor. Mara quería que Lex se resistiera. Quería una pelea. Una pelea que pudiera ganar, una pelea que restableciera la distancia y echara la llave a la puerta tras ella, permitiéndole fingir que lo de anoche había sido una aberración, un lapsus, un fallo en un sistema que, por lo demás, funcionaba a la perfección.

Oyó botas en el pasillo a las ocho y cuarenta y cinco. Un golpe en la puerta. Firme, no vacilante.

—Adelante.

Lex cruzó la puerta y la oficina se encogió y el pulso de Mara se disparó; se odió a sí misma por ambas reacciones con la misma intensidad. Lex iba vestida para el entrenamiento, con pantalones cortos de deporte y una camiseta de compresión negra que dejaba ver la tinta de sus brazos y las líneas definidas de sus hombros y su clavícula. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y su rostro estaba tranquilo, atento, indescifrable. Parecía una mujer que había dormido bien y no temía lo que vendría después.

Se sentó en la silla frente al escritorio. Goldie fue hacia ella de inmediato. Lex acarició las orejas de la perra sin apartar la vista de Mara.

—Lo que pasó anoche fue un error —dijo Mara.

Las palabras salieron más duras de lo que pretendía. Las oyó golpear el aire y se estremeció internamente por su brusquedad, pero no podía permitirse suavizarlas. La suavidad era lo que la había metido en esto. La suavidad era lo que la había hecho abrir la boca y devolver el beso y aferrarse a la camiseta de Lex y atraerla hacia sí.

La única defensa que le quedaba era la dureza, y pensaba utilizar hasta el último ápice de ella.

La expresión de Lex no cambió.

—Un error.

—Sí. Fue poco profesional. Fue inapropiado. Violó el límite entre entrenadora y jugadora que existe por razones muy válidas, y no puede volver a suceder. Jamás.

—Me devolviste el beso —la voz de Lex era baja, despojada de cualquier fingimiento.

—Sé lo que hice —la voz de Mara era tensa, controlada, el equivalente vocal a una puerta cerrada con llave—. Y le digo que fue un error. Mi error. Asumo toda la responsabilidad. Pero esto termina aquí.

—Mara.

—No siga —la palabra salió lo bastante afilada como para cortar. Las manos de Mara estaban planas sobre el escritorio, presionando con fuerza, con los nudillos blancos—. No diga mi nombre así. No me mire así. Soy su entrenadora. Usted es mi jugadora. Hay una dinámica de poder entre nosotras que hace que cualquier cosa que no sea una relación profesional resulte inapropiada y potencialmente explotadora, y no voy a ser la entrenadora que se aproveche de alguien que está por debajo de ella.

—Esta conversación ha terminado —Mara se puso en pie. La silla rodó hacia atrás y golpeó la pared detrás de su escritorio. Respiraba demasiado rápido, su pecho subía y bajaba de una forma que no podía controlar, y el calor le subía por el cuello, ese mismo rubor traicionero que la delataba cada vez que Lex estaba demasiado cerca—. El entrenamiento empieza en cuarenta y cinco minutos. La espero en el hielo, dentro del sistema, jugando de la forma que hemos acordado. ¿Ha quedado claro?

Lex se levantó despacio. Era cinco centímetros más alta que Mara y la ventaja de altura era más pronunciada sin los patines. Miró a Mara con una expresión que era parte frustración, parte dolor, parte hambre, algo más feroz y complicado que Mara se negaba a examinar.

—Ha quedado claro, entrenadora.

La palabra *entrenadora* dolió como una bofetada. Podía haber sido deliberado. Se sintió intencionado, el título profesional arrojado de vuelta como un recordatorio de todo por lo que ella estaba insistiendo. Lex sostuvo su mirada más tiempo del necesario, y en ese silencio Mara vio todo lo que Lex no estaba diciendo: que el beso había importado, que Mara se estaba mintiendo a sí misma, que los muros que Mara estaba reconstruyendo eran de papel y ambas lo sabían.

Lex se dio la vuelta y salió. No dio un portazo. Eso habría sido más fácil. Cerró la puerta con suavidad, con el control tranquilo de alguien que sabía que el silencio podía ser más ruidoso que el estruendo, y el clic del pestillo fue el sonido más solitario que Mara había escuchado en meses.

Se dejó caer de nuevo en su silla. Se presionó las palmas de las manos contra los ojos.

El silencio en la oficina era asfixiante. La habitación todavía olía al desodorante de Lex y a ese aroma a jabón limpio que se adhería a su piel. La silla donde Lex había estado sentada estaba inclinada hacia el escritorio, conservando aún la impresión de su cuerpo, y Mara sintió ganas de lanzarla por la ventana.

Goldie se acercó, presionó su hocico contra la rodilla de Mara y gimió suavemente; Mara se inclinó y sostuvo la cara de la perra entre sus manos, miró fijamente a aquellos ojos castaños pacientes y se sintió como la peor versión de sí misma que jamás había sido.

Había hecho lo correcto. El límite existía por una razón. La dinámica de poder era real. Las consecuencias potenciales podrían acabar con su carrera. Todo lo que le había dicho a Lex era cierto.

Pero la forma en que Lex la había mirado. La agudeza de esos ojos oscuros. El destello de comprensión, de reconocimiento de que había una historia detrás de la fortaleza, una herida que explicaba esa mentalidad de asedio. Lex lo había visto. Lex siempre lo veía todo, y el pensamiento de que Lex supiera, aunque fuera parcialmente, lo que Mara cargaba a sus espaldas la hacía sentirse más expuesta de lo que el beso lo había hecho.

El entrenamiento fue brutal.

Mara hizo trabajar al equipo más duro de lo que lo había hecho en semanas. Ejercicios de transición a toda velocidad, sin descansos para seguir el disco, paradas mínimas para beber agua. Aceleró los ciclos defensivos, exigió lecturas más agudas en las entradas a la zona neutral, dio correcciones con un volumen e intensidad que hicieron que los ayudantes intercambiaran miradas a sus espaldas. El tono de su propia voz era lo bastante afilado como para cortar, con una furia apenas contenida tiñendo cada instrucción, y las jugadoras también podían sentirlo. Trabajaban más duro para compensarlo, de la forma en que los equipos siempre lo hacen cuando perciben que su entrenadora traslada su propio torbellino personal al hielo. No era justo para ellas. No le importaba. La única alternativa era detenerse, y detenerse significaba quedarse quieta tras la valla sin nada que ocupara su cerebro excepto el recuerdo de la boca de Lex sobre la suya y la suavidad imposible de sus labios y el sonido que ella misma había emitido, ese sonido desvalido y doloroso que había surgido de un lugar que había sellado hacía tanto tiempo.

Se estaba castigando a sí misma a través del equipo. Lo sabía. No podía parar.

Lex estaba en todas partes. En el hielo, en la visión periférica de Mara, en la aguda conciencia que rastreaba la posición de Lex de la misma forma en que una brújula rastrea el norte. Cada zancada que Lex daba se registraba en la conciencia de Mara como un pulso. La flexión de sus muslos en los cruces. El rocío de hielo cuando frenaba. Su camiseta de compresión pegada a los músculos de su espalda, oscura por el sudor, la tinta de sus brazos reluciente bajo las luces del pabellón. El cuerpo de Mara recordaba el calor de esos brazos, la fuerza de esas manos, y su cerebro le gritaba a su cuerpo que se callara de una vez.

Lex jugó dentro del sistema durante los primeros veinte minutos con la obediencia mecánica de alguien que sigue órdenes con las que no está de acuerdo. Su posicionamiento era correcto. Su cobertura era limpia. Sus pases eran nítidos y precisos y carecían por completo de la chispa creativa que la hacía eléctrica. Era una máquina. Técnicamente impecable, emocionalmente vacía. Jugando

según el sistema porque se lo habían ordenado, no porque creyera en él.

Entonces, algo cambió.

A mitad del ejercicio del segundo periodo, Lex rompió con todo. Abandonó una jugada de ciclo, cruzó la zona neutral con esa velocidad explosiva que hacía salivar a los ojeadores, regateó a dos defensas con un movimiento que era mitad hockey sobre hierba y mitad pura inspiración, y lanzó un disparo que golpeó el travesaño con un sonido parecido a un disparo. El pabellón resonó con el impacto. Todas las jugadoras en el hielo dejaron de moverse.

El silbato de Mara permaneció en su bolsillo. Se quedó detrás de la valla y observó a Lex patinar de vuelta a su posición con la mandíbula apretada y sus ojos oscuros encendidos, y comprendió exactamente lo que Lex estaba haciendo. La jugada improvisada no era rebeldía. No era arrogancia. Era comunicación. Lex estaba diciendo: *No vas a anularme. Ni en el hielo. Ni en ninguna otra parte.*

Lex se salió del guion dos veces más. Cada jugada era más brillante que la anterior. Un pase de revés sin mirar a Camille que resultó en un gol tan hermoso que hizo que Frankie soltara un taco de admiración. Una lectura defensiva tan aguda que Lex interceptó un pase cruzado y lo convirtió en una escapada que no dejó ninguna oportunidad a Dani. Estaba jugando como una mujer en llamas, con su talento desatado y desbocado, y cada jugada era un mensaje dirigido directamente a Mara.

¿Quieres meterme en una caja? Mira lo que pasa cuando salgo de ella.

Mara la hizo trabajar con especial dureza. Extendió las series de ejercicios cinco minutos más, acortó los periodos de descanso, exigió más repeticiones a la línea de Lex que a cualquier otro grupo en el hielo. La línea de Lex realizó el ejercicio de transición en zona neutral ocho veces mientras que todos los demás grupos lo hicieron cuatro. Era mezquino. Sabía que era mezquino. Estaba usando su

autoridad como entrenadora para procesar una reacción emocional que no tenía nada que ver con el entrenamiento, y la vergüenza de ello le quemaba en el pecho junto al deseo que intentaba sofocar.

Lex aceptó cada castigo sin quejarse. Patinó en cada repetición extra, realizó cada ejercicio extendido, absorbió cada corrección sin una palabra de discusión. Cuando Mara exigió otra serie de salidas de zona defensiva a la línea de Lex mientras el resto del equipo estiraba, las compañeras de línea de Lex se lanzaron miradas entre sí, pero Lex simplemente golpeó el hielo con su stick y dijo «Vamos» y patinó de vuelta a su posición.

Su cuerpo estaba empapado de sudor al terminar, su pelo pegado al cuello en mechones húmedos, el pecho jadeante, el rostro ruborizado y reluciente bajo los focos superiores. Parecía agotada, desafiante y desgarradoramente hermosa, y la combinación de las tres cosas hizo que a Mara le doliera el pecho con un anhelo tan feroz que la asustó. Quería gritarle a Lex. Quería besarla. Quería que Lex dejara de ser tan hermosa cuando estaba sudada y enfadada. Quería irse a casa y no volver jamás.

El entrenamiento terminó. El sonido del silbato resonó en la grada superior vacía del pabellón y murió en el techo alto. El equipo se retiró del hielo en el pesado silencio que seguía a las sesiones en las que la entrenadora había estado demasiado intensa y todo el mundo lo sabía. Camille le lanzó a Mara una larga mirada al pasar, con esos agudos ojos francocanadienses analizando a Mara con una inteligencia que resultaba desconcertante. Lou se detuvo ante la valla y preguntó en voz baja: «¿Todo bien, entrenadora?», y Mara respondió: «Bien», y Lou asintió y no dijo nada más, porque Lou era una capitana que sabía cuándo no debía presionar.

Mara se quedó detrás del banquillo vacío en el pabellón silencioso, se aferró a la valla y rememoró el beso por milésima vez. La boca de Lex. Las manos de Lex. El sonido que había hecho Mara cuando la lengua de Lex rozó su labio inferior, ese jadeo desesperado y doloroso que había surgido de un lugar en su interior que había cerrado con llave hacía tanto tiempo que ya había olvidado lo que contenía.

Apoyó la frente contra el cristal frío de la valla y cerró los ojos. El hielo estaba marcado por los surcos de las cuchillas del entrenamiento, la superficie rugosa y llena de líneas cruzadas, nada que ver con la lámina impoluta que se prepararía para el próximo partido. Dañado. Destrozado. Pero volvería a pulirse. Vendría la Zamboni, el agua caliente rellenaría los cortes, el hielo se congelaría de nuevo hasta quedar liso y, para cuando llegara el partido, nadie sería capaz de notar que alguna vez estuvo marcado.

Deseó poder hacerse lo mismo a sí misma.

Lo correcto. Había hecho lo correcto.

Se lo fue repitiendo a sí misma todo el camino a casa, durante la ducha que le escaldó la piel y no hizo nada por borrar el recuerdo de la boca de Lex, durante la cena precocinada que no llegó a saborear, durante las horas que pasó en el sofá con la cabeza de Goldie en su regazo, mirando la televisión sin procesar una sola imagen en la pantalla.

Su teléfono estaba sobre la mesa de centro. Lo miró once veces. No lo cogió. No le escribió a Lex. Lo cogió una vez, buscó el contacto de Helen y volvió a dejarlo. Todavía no tenía palabras para esto, ni siquiera para Helen. Se sentó en la casa silenciosa con el sonido del océano respirando afuera y el calor de la perra contra su muslo y el sabor del café y la rendición todavía persistente en sus labios, y se dijo a sí misma que había hecho lo correcto. Lo seguro. Lo disciplinado, controlado y responsable.

Lo más solitario que había hecho en su vida.

Se fue a la cama a medianoche. Se quedó mirando al techo. Se presionó los dedos contra la boca y sintió el fantasma del beso de Lex y el fantasma de su propia respuesta estúpida y desesperada, cerró los ojos y deseó ser alguien más valiente. Alguien que pudiera mirar lo que deseaba e ir a por ello sin calcular el coste. Alguien que pudiera dejarse llevar.

Ella no era esa persona. Nunca lo había sido.

Pero durante un minuto abrasador y desprevenido, lo había sido. Y no podía dejar de pensar en lo que se sentiría al volver a ser esa persona.

14

Lex estaba furiosa.

No era esa furia limpia y productiva que la hacía jugar con más ganas, superar sus límites y demostrarle al mundo de qué pasta estaba hecha. Esta era de la otra clase. De la sucia. De la que hacía que le temblaran las manos, le doliera la mandíbula y le escocieran los ojos por un daño que se negaba a reconocer; porque el daño implicaba vulnerabilidad, y la vulnerabilidad implicaba que le importaba, y no iba a admitir cuánto le importaba una mujer que le había devuelto el beso con un hambre contenida durante años para después decir que había sido un error.

Empujó la puerta del vestuario y el estallido resonó en las paredes de azulejos. Varias cabezas se giraron. Frankie levantó la vista mientras se desataba los patines con las cejas arqueadas. Elise, sentada en su sitio con una toalla sobre los hombros, se encontró con los ojos de Lex con esa mirada tranquila y observadora a la que nunca se le escapaba nada.

Lex se dejó caer en su banco y empezó a quitarse el equipo con la eficiencia violenta de alguien que necesitaba usar las manos antes de estampar el puño contra el pladur. Espinilleras fuera. Cinta arrancada. Las coderas volaron hacia su taquilla con una fuerza que hizo vibrar el metal.

—Eso ha sido intenso —dijo Frankie desde el otro lado de la sala —. Incluso para la entrenadora.

—Ni se te ocurra —soltó Lex. Se arrancó la cinta de la muñeca de un solo tirón.

—Ha hecho sudar a tu línea el doble que a las demás. Eso no es entrenar, es un castigo.

—He dicho que ni se te ocurra. —Llevaba apretando los dientes desde el segundo periodo. Lo sentía en las sienes.

Frankie levantó ambas manos.—Vale. No es asunto mío. Pero si necesitas darle a algo, el saco de boxeo del gimnasio está ahí mismo.

Lou pasó por su lado sin comentar nada, pero buscó la mirada de Lex y le dedicó un leve asentimiento. Lex lo interpretó como un párrafo entero: *Lo he visto. No ha sido justo. Aguanta el tipo.* Años capitaneando a un equipo en una liga que no pagaba a sus jugadoras le habían dado a Lou la capacidad de decir párrafos enteros con un solo gesto.

Rowan Pike se acercó con una botella de agua y la dejó en el banco, junto a Lex. —Has estado increíble hoy —dijo, y su voz tenía ese tono entrecortado que siempre le salía cuando estaba cerca de Lex, mitad admiración y mitad anhelo que Lex estaba demasiado cansada y furiosa para gestionar con delicadeza—. Esos movimientos de contraataque han sido una locura.

—Gracias, Rowan. —Lex cogió la botella. Se bebió la mitad de un trago. No tenía capacidad mental para lidiar con el cuelgue de Rowan ahora mismo. Rowan era dulce, honesta, más joven, y miraba a Lex como la habían mirado muchas mujeres a lo largo de los años; cualquier otro día Lex habría sido amable. Hoy apenas lograba ser educada.

Lex se sacó la camiseta por la cabeza y se quedó en sujetador deportivo, respirando con dificultad, mientras el aire frío del vestuario golpeaba el sudor de su piel. Su cuerpo estaba agotado por los ejercicios extra; los músculos de los muslos y los hombros le latían con el dolor profundo del sobreesfuerzo. Podía notar el sabor metálico del cansancio al fondo de la garganta. Tenía el pelo empapado, goteándole por la espalda, y el sudor se le enfriaba en la

piel, erizándole el vello de los brazos. Los ojos de las otras jugadoras la seguían, con la observación prudente de unas compañeras que reconocen a alguien al límite. El vestuario estaba en silencio, a excepción del sonido del equipo al guardarse, el siseo de las duchas al abrirse y el murmullo bajo de conversaciones mantenidas en susurros.

Camille se sentó a su lado. No dijo nada. Se limitó a quedarse allí, con su postura elegante, sus rasgos afilados y su presencia silenciosa, y al cabo de un momento puso la mano en el hombro de Lex y le dio un apretón antes de levantarse y dirigirse a las duchas.

A Lex se le cerró la garganta.

Se duchó con el agua más caliente que pudo soportar, de pie bajo el chorro con las palmas de las manos apoyadas contra el azulejo y el calor golpeando los nudos de sus hombros y su espalda. El agua resbalaba por su cuerpo y se acumulaba a sus pies mientras cerraba los ojos y veía a Mara de pie tras su escritorio esa mañana, con la mandíbula tensa, los ojos duros y los nudillos blancos de apretar la superficie, diciendo: *Lo que pasó anoche fue un error*, con una voz que se esforzaba tanto por sonar fría que fracasaba, porque a Mara se le quebró la voz al decir la palabra *error*. Ella lo había oído. La fractura. Esa minúscula brecha entre lo que Mara decía y lo que Mara sentía, y la brecha era tan grande que cabía un camión.

Esto tenía que ser por esa tal Sara. Su entrenadora asistente. La mujer que había logrado traspasar las defensas de Mara y, fuera lo que fuese lo que ocurrió después, fue lo bastante malo como para que Mara pusiera el doble de cerrojos. Lex le daba vueltas a esto entre el vapor y el agua, examinándolo desde todos los ángulos. Un error previo. Una versión anterior de Mara que había sido más joven, que estaba menos blindada y que dejó entrar a alguien solo para acabar quemándose.

Darse cuenta de eso suavizó la rabia en el pecho de Lex, y ella no quería que se suavizara. Quería estar furiosa. La rabia era limpia y sencilla y le daba algo sólido en lo que apoyarse. Pero la comprensión se iba filtrando por los bordes, cálida y poco bienvenida, y hacía que la rabia fuera más difícil de mantener.

Se vistió. Se puso unos vaqueros y una camisa de franela sobre una camiseta de tirantes, se ató las botas y se pasó los dedos por el pelo mojado. Elise estaba esperando junto a la puerta del vestuario con la chaqueta en el brazo y la bolsa al hombro.

—¿Un café? —dijo Elise. No era una sugerencia. Era una prescripción.

—Sí. —Lex cogió su bolsa—. Un café.

Caminaron las tres manzanas hasta Lavender's bajo el aire fresco de la tarde. Phoenix Ridge seguía sus ritmos diarios a su alrededor: corredores por la acera, una mujer empujando un cochecito frente a la librería de la esquina, el océano visible en fragmentos plateados entre los edificios. El viento traía salitre y el leve olor del mercado de pescado del puerto; Lex lo inhaló y sintió que parte de la tensión de su pecho se aflojaba. Apenas llevaba dos meses en esta ciudad y ya la sentía como su hogar de una forma que Boston nunca lo fue. Su escala. Su calidez. La forma en que la gente te saludaba al cruzarse por la calle.

Lavender's estaba a media capacidad. Los clientes habituales de la tarde estaban repartidos por las mesas pequeñas, con portátiles, libros y la concentración silenciosa de quienes tratan las cafeterías como oficinas. Lex y Elise ocuparon su mesa de siempre al fondo, junto al tablón de anuncios de la comunidad lleno de folletos y carteles hechos a mano. Lex pidió un americano. Elise, su té verde de siempre.

Se quedaron en silencio durante el primer sorbo. Elise esperó. Se le daba bien esperar. Era una de las cosas que Lex más apreciaba de ella, esa paciencia silenciosa que nunca se sentía como una presión, sino simplemente como espacio. Espacio para pensar. Espacio para elegir qué decir.

—La besé —dijo Lex.

Las palabras detonaron entre ellas. La taza de té de Elise se detuvo a medio camino de su boca. La posó con cuidado, con la parsimonia deliberada de alguien que quiere asegurarse de que la taza llegue al plato sin incidentes.

—A Mara.

—Anoche. En su despacho. Después de revisar los vídeos. Estábamos hablando de nuestro historial de relaciones, le dije cómo me sentía y luego la besé.

—¿Y? —La taza de Elise quedó suspendida sobre el plato.

—Y ella me devolvió el beso. Durante un minuto, más o menos. Y luego se apartó y salió corriendo como si el edificio estuviera en llamas. Se dejó hasta a Goldie de lo preocupada que estaba. Tuve que enviarle un mensaje para que viniera a por la perra.

Elise guardó silencio un momento, procesándolo. Su rostro no mostraba más que una atención cuidadosa. —¿De qué tipo de beso estamos hablando?

Lex miró fijamente su café. La superficie estaba oscura e inmóvil, reflejando la lámpara que colgaba sobre la mesa. —Del tipo en el que ella me agarra la camiseta, me atrae hacia sí y hace un sonido contra mi boca que me va a perseguir el resto de mi vida. Del tipo en el que podía sentirla temblar bajo mis manos y aun así no paraba. Del tipo en el que todo lo que ha estado conteniendo durante semanas salió en sesenta segundos y fue lo más honesto que he vivido jamás con otra persona.

—Oh. —Elise se recostó en su silla—. O sea, que no fue un beso cualquiera.

—No. No fue un beso cualquiera. —Lex siguió mirando la superficie oscura de su café, viendo cómo oscilaba el reflejo de la lámpara.

—¿Y luego esta mañana te ha dicho que ha sido un error?

—Me ha llamado a su despacho a las nueve menos cuarto y ha soltado un discurso sobre los límites profesionales, las dinámicas de poder y cómo esto no puede volver a ocurrir jamás. Cada palabra ensayada. Cada frase diseñada para restablecer la distancia. —Lex rodeó la taza con ambas manos, sintiendo el calor de la cerámica en las palmas—. Y luego me ha machacado en el entrenamiento porque está procesando sus sentimientos a través de ejercicios de castigo.

Elise dio un sorbo a su té. —Lex, tengo que hacerte una pregunta y necesito que seas sincera conmigo.

—¿Cuándo no lo soy?

—¿Es solo físico? Porque si esto es solo ir a por una conquista, si este es el patrón de Lex Landry de «fuego constante y luego me largo», entonces tienes que parar. Mara no es alguien a quien puedas hacerle eso. Es nuestra entrenadora. Es la responsable de este equipo. Y si la destrozas por diversión, no solo le haces daño a ella. Nos haces daño a todas.

Las palabras le dolieron porque eran justas. Lex miró a Elise al otro lado de la mesa. La pregunta le oprimía el pecho. La respuesta sincera era complicada. Hace un mes, habría dicho que sí, que era físico. Mara era atractiva. La tensión entre ellas era adictiva. El juego de tira y afloja, de encontrar las grietas en su armadura, de ver cómo bajaba la guardia, resultaba emocionante y alimentaba una necesidad profunda y hambrienta en su interior.

Pero ya no era solo eso. En algún momento entre las sesiones individuales, las charlas en la cafetería y la noche en que Mara le habló de su infancia, esa atracción había echado raíces. Había profundizado más allá del deseo para convertirse en respeto, admiración, ternura; un dolor genuino ante la idea de que Mara volviera sola a su casa silenciosa con su perra, sus cenas de microondas y sus años de soledad elegida.

Y su forma de jugar al hockey también estaba cambiando. Dos semanas atrás, en una sesión individual, Mara había diseñado una jugada en la zona neutral en su portátil, trazando las rutas con el dedo, y Lex lo había visto. No solo las posiciones. La intención. Mara no la estaba acorralando. Estaba construyendo un suelo bajo sus pies para que los saltos fueran seguros. Su madre había dirigido los entrenamientos de la misma forma, implacable y estructurada, pero los ejercicios siempre terminaban con un marcador. Fuera bueno o no. El sistema de Mara no puntuaba. Te sostenía. Lex había mantenido su posición en los siguientes tres partidos y dejó que la estructura la guiara, y el hockey que resultó de aquello fue el mejor que había jugado nunca. Aún estaba asimilando qué significaba aquello con respecto a todos los entrenadores a los que había mandado al infierno en el pasado.

—No es solo físico —dijo Lex. Su voz sonó más baja de lo que pretendía. Se quedó mirando la mesa, el cerco que su taza de café

había dejado en la madera, e intentó encontrar palabras para un sentimiento que nunca había tenido que articular porque nunca lo había sentido antes—. Siento algo real por ella. Creo que lo siento desde la primera semana, pero estaba demasiado ocupada siendo una idiota arrogante como para darme cuenta. Me hace querer ser mejor, Elise. No solo en el hockey. En todo. Cuando me está enseñando el sistema y se le iluminan los ojos porque he pillado un concepto, cuando se olvida de ser profesional y se ríe de un chiste mío, cuando habla de entrenar en los noventa... Cuando estoy con ella y no se esconde tras el personaje de entrenadora, cuando es la persona real que hay bajo toda esa armadura, es la mujer más increíble que he conocido. Y quiero conocerla entera. No solo las partes que le muestra al mundo.

Elise la estudió. Lo que fuera que vio en el rostro de Lex debió de satisfacerla, porque su expresión pasó del escrutinio cauteloso a la calidez. —Estás en un lío.

—Lo sé —Lex rodeó su taza de café con ambas manos.

—Va a luchar contra esto con todo lo que tiene.

—Eso también lo sé. El calor de la cerámica la tranquilizó.

—Y vas a tener que ser paciente con ella. Lo cual no es precisamente tu mayor virtud.

Lex sonrió a pesar de todo. Fue una sonrisa leve, cansada y sincera. —Podrías mostrarme un poco más de apoyo.

—Te estoy apoyando muchísimo. Estoy aquí sentada escuchándote confesar que te estás colgando de nuestra entrenadora jefa y ni una sola vez he señalado lo espectacularmente terrible que es esta idea desde literalmente cualquier punto de vista práctico. Eso es el máximo apoyo por mi parte.

Lex se rió. El sonido la sorprendió a ella misma. Fue algo bruto y honesto, y aflojó el nudo en su pecho que llevaba apretado desde las ocho y cuarenta y cinco de esa mañana. Elise le sonrió, cálida y firme, y la gratitud golpeó a Lex con una fuerza casi física. Había tenido compañeras de equipo antes. Pero nunca había tenido una amiga así. Alguien que le dijera la verdad sin crueldad y guardara su confianza sin juzgarla.

—¿Qué hago? —preguntó Lex—. Porque no puedo volver sin más a las sesiones individuales de entrenamiento y fingir que el beso no ocurrió. No puedo sentarme frente a ella a ver vídeos y hablar de coberturas defensivas cuando lo único que quiero es volver a tocarla.

—Puede que tengas que hacerlo. Al menos por ahora. Dale espacio. Deja que se haga a la idea según sus propios tiempos, no los tuyos.

—Eso suena a tortura. Lex se desplomó contra el respaldo de la silla.

—Eso suena a respetar los límites de alguien, que ya sé que para ti es un concepto novedoso.

—Golpe bajo. Pero la comisura de la boca de Lex tiró hacia arriba.

—Golpe certero —Elise tomó un sorbo de su té—. Lo digo en serio, Lex. Si arremetes contra esto como arremetes contra todo lo demás, la espantarás para siempre. Ella te devolvió el beso. Eso significa algo. Deja que signifique algo según su horario, no el tuyo.

Terminaron sus bebidas. Elise pidió un segundo té y Lex un pastel que no llegó a saborear. Hablaron del equipo, del próximo viaje a Boston, del enamoramiento dolorosamente obvio de Rowan por Lex y de cómo rechazarla con delicadeza. Elise contó una historia de otra temporada con las Valkyries en la que jugaron en una pista con goteras y Mara entrenó durante un partido en el que literalmente llovía sobre el hielo. Lex se rió ante la imagen de Mara de pie tras la valla con un chubasquero, el silbato entre los dientes, negándose a posponer el encuentro. Luego Elise mencionó, casi de pasada, que se había estado escribiendo con una fisioterapeuta que había conocido en la clínica deportiva. —No es nada —dijo, pero la forma en que se colocó el pelo tras la oreja decía lo contrario. Lex tomó nota mental y no dijo nada. Elise lo contaría cuando estuviera lista.

También hablaron de Frankie, de cómo había estado trabajando como voluntaria en el programa local de hockey juvenil en sus días libres, entrenando a un grupo de niños de diez años con el mismo entusiasmo caótico que ponía en todo. —Lloró después de la primera sesión —dijo Elise—. Los niños le hicieron una tarjeta que decía "La

mejor entrenadora del mundo" con un dibujo de ella bloqueando un tiro. La pegó con celo en el interior de su taquilla.

—Seguiría entrenando aunque llegara el apocalipsis —dijo Elise —. El edificio podría estar en llamas y ella seguiría pidiendo cambios de línea.

—Eso es lo que me gusta de ella.

—Eso es lo que le gusta a todo el mundo. Mara es igual. Lo que me preocupa de Mara es si alguna vez dejará que alguien pase por alto lo de ser entrenadora. Si hay sitio en su vida para una persona que no sea el juego.

Lex miró por la ventana. La luz de la tarde se desvanecía sobre Phoenix Ridge, el cielo pasaba del azul al dorado pálido, el primer indicio del atardecer que convertiría el océano en cobre martillado en menos de una hora. Una pareja pasó por la acera, con las manos entrelazadas, riendo por un chiste. La normalidad de la escena le produjo punzadas de dolor.

—Lo hay —dijo Lex—. Lo sentí anoche. Cuando me devolvió el beso. Hay una persona completa ahí dentro, bajo el control, el miedo y la armadura. Y quiere salir. Solo que no sabe cómo permitírselo.

Fuera de Lavender's, el móvil de Lex vibró. Miró la pantalla y se le encogió el estómago.

MAMÁ

No había hablado con su madre en cuatro años. Dejó que sonara. Observó el pulso de la pantalla. Entonces, antes de que pudiera arrepentirse, respondió.

—Alexandra —la voz de su madre era cortante y precisa, la voz de una mujer que entrenaba equipos campeones y había criado a su hija de la misma forma—. He visto el reportaje de Sports Illustrated que alguien me ha enviado. Ahora juegas al hockey.

—Hola, mamá. Estoy bien, gracias por preguntar.

—No he llamado para discutir. He llamado porque he visto imágenes del partido. Eres buena. Mejor de lo que esperaba —una pausa—. También estás cometiendo cada uno de los errores sobre los que te advertí. Rompes el sistema, improvisas cuando deberías estar ejecutando el plan, y te estás peleando con tu entrenadora.

Lex apoyó la espalda contra la pared de ladrillo de Lavender's. Elise estaba a unos metros, observando, dándole espacio. —¿Has estado viendo mis partidos?

—He visto tu carrera implosionar ya dos veces. Vi cómo sucedía en el hockey sobre hierba y estoy viendo cómo sucede de nuevo. Tienes más talento que cualquiera a quien yo haya entrenado jamás, incluidas las jugadoras que llevé a las Olimpiadas, y lo desperdicias

porque no soportas que alguien que sabe más que tú te diga lo que tienes que hacer.

Las palabras aterrizaron en las viejas heridas, precisas como escalpelos. Su madre siempre había sabido exactamente por dónde cortar.

—¿Tiene algún sentido esta llamada? —La voz de Lex era plana. Tenía el puño de la mano libre apretado al costado.

—El sentido es que tienes una oportunidad. Una oportunidad real, en una liga real, con una entrenadora de verdad. No la tires por la borda como tiraste el hockey sobre hierba.

—Yo no tiré el hockey sobre hierba. Me defendí a mí misma y a las jugadoras más jóvenes, y la federación me castigó por ello.

—Quemaste cada puente que tenías porque no pudiste controlar tu temperamento.

Lex cerró los ojos. El aire de la tarde estaba cálido en su rostro y sentía el pecho apretado; tenía veintiocho años y estaba de pie en una acera de Phoenix Ridge escuchando a su madre decirle que era una decepción. Otra vez. Todavía. Siempre.

—Tengo que colgar, mamá.

—Alexandra...

—Adiós.

Cortó la comunicación y se quedó allí un minuto entero, respirando, mirando la pintura violeta desvaída del exterior de Lavender's. Le temblaban las manos.

Elise le tocó el brazo. —¿Estás bien?

—No —Lex se guardó el móvil en el bolsillo—. Pero lo estaré.

Caminaron de vuelta al apartamento mientras el cielo se volvía naranja sobre los tejados y el océano resplandecía con la última luz. Las calles de Phoenix Ridge se apaciguaban con su ritmo nocturno, las cafeterías recogían las mesas de las terrazas, la tienda de tablas de surf de la esquina metía sus expositores, la mujer que regentaba el puesto de flores en Main Street llevaba brazados de ramos no vendidos a la furgoneta que aparcaba detrás de la oficina de correos. Lex inhaló el aire salino y pensó en Mara conduciendo a su casa vacía, alimentando a Goldie, sentada a solas en la cocina sin

nadie con quien hablar sobre el peor día de su vida profesional. La imagen le hizo doler el pecho.

Elise preparó la cena. Pasta con pesto y verduras del mercado agrícola. Comieron en la pequeña mesa de la cocina con las ventanas abiertas y los sonidos del anochecer entrando. Elise habló sobre un próximo partido contra las líderes de la liga y una nueva rotación defensiva que Lou quería probar, y Lex escuchó con la mitad de su cerebro mientras la otra mitad volvía implacablemente a Mara.

Después de cenar, Lex se sentó en el sofá con el móvil en la mano; sin escribir a Mara, sin llamar a Mara, pero pensando en Mara. Sus ojos azules. La tensión en su rostro. El quiebro en su voz. Sus manos temblando cuando cogió su bolso y huyó.

Iba a tener que ser paciente. Iba a tener que demostrar que esto no era un juego, ni una conquista, ni el patrón de algo apasionado, rápido y efímero. Iba a tener que mostrarle a Mara que lo que quería no eran sesenta segundos de entrega ardiente, sino todo su ser, la Mara real, la que estaba debajo.

Quería a Mara Ellison. Entera. A la entrenadora y a la mujer. La disciplina y el hambre. La armadura y la persona que se escondía bajo ella.

Y estaba dispuesta a esperar.

Le dio vueltas al móvil en sus manos, mirando la pantalla oscura, y pensó en lo que se sentiría al ir pelando esa armadura, capa por capa, hasta que Mara estuviera frente a ella desprotegida, confiada y deseada. La imagen la llenó de un calor que era a partes iguales deseo y ternura, y la combinación estaba tan lejos de cualquier cosa que hubiera sentido antes que la asustaba casi tanto como la emocionaba.

Dejó el teléfono sobre la mesa de centro. Cerró los ojos. Escuchó a Elise moviéndose por la cocina y el sonido lejano del océano a través de la ventana abierta.

Podía esperar. Nunca se le había dado bien. La paciencia nunca había formado parte de sus habilidades. Ella atacaba, presionaba, arremetía con la misma energía explosiva que la hacía imparable

sobre el hielo. Pero esto no era el hielo. Esto era Mara. Y Mara merecía que aprendiera una nueva forma de moverse.

Podía esperar. Por Mara, podía aprender.

15

El gimnasio estaba vacío a las once de la noche.

A Mara le gustaba así. El pabellón estaba cerrado a cal y canto, el personal de mantenimiento se había marchado y los pasillos estaban oscuros, a excepción de las tiras de luces de emergencia a lo largo de los rodapiés. Las luces del gimnasio estaban en su posición más tenue, bañando el equipamiento con un cálido resplandor ámbar. Se encontraba a solas con las pesas, las máquinas de poleas, el olor a caucho de las colchonetas y el zumbido distante de la planta de hielo en su ciclo nocturno; por primera vez en todo el día, podía respirar.

Se había puesto la ropa de deporte que guardaba en su despacho. Mallas, una camiseta de compresión de manga larga ajustada y zapatillas de correr. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros; se había deshecho de la coleta junto con la pretensión de que estaba allí por cualquier otro motivo que no fuera el agotamiento y la incapacidad de quedarse quieta en su casa vacía mientras el beso de Lex le quemaba en los labios por cuarta noche consecutiva.

Cuatro noches desde aquel beso. Cuatro noches sin dormir. Cuatro noches rememorando cómo Lex se había inclinado para susurrarle *Dime que pare* y cómo el cuerpo de Mara había elegido el silencio en lugar del rechazo, el deseo en lugar de la seguridad;

cómo había elegido la peor respuesta posible al no dar ninguna respuesta en absoluto.

Le había dicho a Lex que había sido un error. Le había soltado el discurso. Había hecho que Lex se dejara la piel en el entrenamiento y había mantenido una distancia profesional durante dos sesiones más y un día de partido, en el que se había pasado tres periodos tras el banquillo siendo consciente de cada movimiento de Lex, de cada zancada, de cada explosiva ráfaga de velocidad que hacía volar su coleta y ponía a trabajar sus músculos bajo la camiseta de una forma que hacía que Mara apretase las manos contra la valla hasta que los nudillos se le ponían blancos.

La distancia profesional se mantenía. En la superficie.

Por dentro, se estaba desmoronando.

Cargó la barra y empezó a hacer peso muerto. El peso era lo bastante elevado como para exigir concentración, lo bastante pesado como para llenar su cabeza con cualquier cosa que no fuera el recuerdo de la boca de Lex. La barra se le clavaba en las palmas, le ardían los isquiotibiales y su núcleo abdominal se activaba con la disciplina familiar y estabilizadora de un cuerpo trabajando contra la gravedad. Inspiraba por la nariz, expiraba por la boca, contaba las repeticiones y sentía que el sudor empezaba a perlársele en el nacimiento del pelo. El espejo de la pared opuesta le devolvía el reflejo de su técnica, y ella la analizaba con el ojo crítico que aplicaba a todo: revisando la postura, la alineación de la columna, el giro de la cadera. Buena técnica. Movimiento controlado. Al menos su cuerpo seguía obedeciéndola, incluso cuando su mente iba por libre.

Ocho repeticiones. Descanso. Ocho más. Descanso. El ritmo se le calaba en los huesos, mecánico y meditativo. En el gimnasio se olía a caucho, a metal frío y al tenue cedro de la construcción del nuevo edificio. Podía oír su propia respiración y el tintineo de la barra en su soporte, nada más. El silencio era inmenso. Tranquilo. Seguro.

El discurso del «error» había sido lo correcto. Se había plantado en su despacho, había pronunciado las palabras y lo decía de verdad, y cada día desde entonces las había reforzado con entrenamientos castigadores y un horario tan apretado que no

quedaba espacio para pensar. La estrategia era sólida. El problema era su cuerpo, que había dejado de cooperar hacia el segundo día y había decidido que revivir el beso del despacho era más productivo que dormir. El problema era que, después de cuatro noches, la palabra «error» ya no parecía un hecho. Parecía una mentira que se repetía a sí misma en bucle, y se estaba quedando sin convicción.

Estaba terminando su tercera serie cuando se abrió la puerta del gimnasio.

El sonido fue sutil. El suave clic de un pestillo, el susurro de la puerta girando sobre sus bisagras. Mara se incorporó soltando la barra y se dio la vuelta; el aire abandonó sus pulmones.

Lex estaba en el umbral.

Llevaba ropa de deporte. Pantalones de chándal negros caídos sobre las caderas, un top corto que dejaba ver su abdomen y la tinta que rodeaba su costado izquierdo, y los pies descalzos sobre unas chanclas. Tenía el pelo oscuro suelto, cayendo más allá de sus hombros en esa melena espesa y ligeramente ondulada que indicaba que se había duchado después del entrenamiento y lo había dejado secar al aire. Las luces ámbar del gimnasio resaltaban los tatuajes de sus brazos, la definición de sus clavículas, el vientre plano. Nada de eso era nuevo. Mara lo había observado en cien entrenamientos.

Pero cuatro días de distancia blindada se colapsaron en el momento en que Lex cruzó el umbral, y el cuerpo de Mara respondió con una violencia que borró cada argumento racional que había reunido.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Mara sonó ronca. No de enfado. Destrozada.

Lex entró en el gimnasio. La puerta se cerró tras ella. —Lo mismo que tú. No puedo dormir.

—Son las once de la noche. —Mara apretó con más fuerza la barra que tenía detrás.

—¿Hay toque de queda? —Lex caminó hacia ella, despacio, con cada paso deliberado, sus ojos oscuros clavados en el rostro de Mara con una intensidad que hacía que el gimnasio pareciera muy pequeño. Se detuvo a un par de metros de distancia. Lo bastante

cerca para ver. No lo bastante cerca para tocar. La distancia parecía calculada.

—Mara —la voz de Lex era baja y seria, despojada de la chulería que lucía durante el día—. Tenemos que hablar de lo que está pasando entre nosotras.

—No está pasando nada entre nosotras. —La mentira le supo amarga en la lengua.

—Mientes. Sabes que mientes. Yo sé que mientes. Me devolviste el beso en tu despacho con todo lo que tenías y luego te has pasado cuatro días castigándome por ello porque tienes miedo de lo que significa.

—No tengo miedo.

—Estás aterrorizada. Y entiendo por qué. Sé que hay una historia de la que no me lo has contado todo, algo que pasó antes, algo que te hizo construir tus muros el doble de altos. Sé que la dinámica de poder te asusta. Sé que crees que esto destruirá tu carrera y todo por lo que has trabajado y todo lo que el equipo ha construido. Pero necesito que me escuches. —Lex dio otro paso. Metro y medio. Un metro. La luz ámbar iluminaba los ángulos de su rostro, la tinta oscura de sus brazos y la determinación de su mandíbula; parecía una mujer que había reflexionado sobre esto, que había elegido sus palabras, que estaba en este gimnasio a las once de la noche porque no podía mantenerse alejada, del mismo modo que Mara no podía dejar de desear que apareciera—. Esto no es un juego para mí. No es una conquista. No te persigo porque seas difícil de conseguir, ni porque la tensión sea emocionante, ni porque quiera demostrar que puedo derribar tus muros. Te quiero por quién eres. Porque eres brillante y feroz, y te preocupas por tus jugadoras y por tu deporte más que nadie que haya conocido jamás. Porque me hablaste de lo asustada que estabas hace años luchando por demostrar lo que valías, y me gustaría volver a todos esos años atrás para sentarme contigo y decirte que ibas a ser magnífica.

A Mara se le cerró la garganta. Le escocían los ojos. Se olvidó de la barra, abandonó el entrenamiento; estaba allí, bajo la luz ámbar de un gimnasio vacío a las once de la noche, escuchando a la mujer

que tanto deseaba que le dolía decirle exactamente lo que necesitaba oír, con las palabras exactas que necesitaba escuchar.

—Te deseo más de lo que he deseado a nadie nunca —dijo Lex. Su voz bajó de tono, más ronca, y el sonido recorrió la columna de Mara como una caricia—. No es solo sexo. Es más. Y lo sabes. Lo sabes desde lo del pasillo, quizás desde antes. Deja de tener miedo, Mara. Suelta el control por una vez.

—Yo no suelto el control. —Su espalda se presionó contra el soporte de pesas que tenía detrás. Las palabras fueron automáticas, un reflejo, la última línea de defensa de un muro que se desmoronaba con cada paso que daba Lex.

—Esta noche lo harás. —Lex se acercó más. Un paso. Menos. Estaba tan cerca que Mara podía olerla: jabón y piel cálida, y una nota más oscura por debajo que era simplemente Lex; el aroma golpeó su sistema nervioso como una droga. Su pulso martilleaba. Sus manos temblaban. Cada músculo de su cuerpo estaba bloqueado entre los impulsos opuestos de huir y quedarse.

—No puedo. —La voz de Mara se quebró. Una fractura que atravesaba el centro de la palabra, exponiendo todo lo que había debajo. Temblaba visiblemente. Tenía las manos apretadas a los costados, el pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y rápidas, y su cuerpo le gritaba que acortara la distancia, que se estirara, que tocara a la mujer que tenía enfrente con esos ojos oscuros y ardientes y esa certeza inquebrantable.

Lex se detuvo a escasos centímetros. Era unos cinco centímetros más alta y aprovechó la estatura para mirar a Mara con una expresión que era a partes iguales ternura y hambre. Levantó la mano despacio, dándole a Mara todas las oportunidades para apartarse, y le apartó un mechón de pelo de la cara. El toque fue ligero como una pluma. El contacto de sus dedos contra la sien de Mara envió una corriente por todo su cuerpo, eléctrica y abrumadora.

—Dime que pare, entonces.

El gimnasio estaba en silencio, el edificio aún más; el mundo se redujo a quince centímetros y a la sensación de las yemas de los dedos de Lex contra la sien de Mara. El último argumento racional

en su pecho se rindió. Cuatro días de convicción se habían disuelto, no bajo la presión de Lex, sino bajo su propio peso agotado.

Ella misma cerró el último centímetro de distancia, alargando la mano para rodear la muñeca de Lex y presionar su rostro contra su palma.

Lex soltó el aire en una exhalación larga e inestable. Su mano se movió. Lentamente, muy lentamente, descendiendo por el lado de la cara de Mara, por su mandíbula, por su cuello. Sus dedos estaban calientes y firmes y seguros, y cada lugar que tocaban dejaba un rastro de calor en lo más profundo del ser de Mara. El pulgar de Lex acarició el hueco de la garganta de Mara y se demoró allí, presionando suavemente contra el pulso acelerado que encontró.

—Estás temblando —susurró Lex. Tenía la boca cerca del oído de Mara. Su aliento era cálido contra su piel.

—Lo sé.

—¿Quieres que pare? —Lex se retiró lo justo para verle la cara.

—No. —La palabra salió rota y honesta, y fue lo más aterrador que Mara había dicho jamás.

Las manos de Lex se desplazaron a la cintura de Mara. Se asentaron allí. Atrajeron a Mara más cerca, despacio, hasta que sus cuerpos estuvieron presionados el uno contra el otro y Mara pudo sentir el calor del vientre de Lex contra el suyo a través de dos finas capas de tela. La boca de Lex encontró el lado del cuello de Mara, justo debajo de la oreja, y la besó allí. Suavemente al principio. Luego sus dientes rozaron la piel y Mara emitió un sonido que brotó de algún lugar primario e involuntario, un jadeo ahogado que no habría podido suprimir aunque su vida dependiera de ello.

—Eres tan hermosa —susurró Lex contra su cuello. Sus manos subieron por los costados de Mara, sobre la camiseta de compresión, con los pulgares recorriendo la curva de sus costillas—. Todos los días te miro tras esa valla, tan controlada, tan compuesta, y lo único en lo que puedo pensar es en qué aspecto tendrías al dejarte llevar.

Mara levantó las manos y agarró los hombros de Lex. No para apartarla. Para aferrarse. Sus dedos se clavaron en el músculo que encontró allí, firme, cálido y real; la solidez del cuerpo de Lex contra

el suyo le servía de ancla, algo que necesitaba desesperadamente porque el resto de su ser se estaba deshilachando.

Las manos de Lex se deslizaron bajo el dobladillo de la camiseta de Mara. El contacto de piel contra piel fue abrasador. Los abdominales de Mara saltaron bajo el calor de las palmas de Lex, y su respiración se volvió entrecortada y brusca mientras las manos de Lex subían, lentas y deliberadas, empujando la tela hacia arriba. La boca de Lex volvió a encontrar su cuello, besando, mordiendo suavemente, su lengua trazando la línea del tendón de Mara; Mara echó la cabeza hacia atrás y dejó que las manos y la boca de Lex recorrieran su cuerpo con una autoridad que estaba disolviendo cada muro que había construido jamás.

—He pensado en tocarte cada día desde que entré en tu pista —dijo Lex contra su piel. Sus manos llegaron al sujetador de Mara y sus pulgares recorrieron el aro, apenas rozándolo, provocándola—. En cada entrenamiento. En cada sesión. Cada vez que estabas tras esa valla y me mirabas con esos ojos azules.

Mara se iba a desmoronar. Estaba segura de ello. Su cuerpo vibraba a una frecuencia que no reconocía, cada terminación nerviosa viva y gritando, y Lex ni siquiera la había tocado aún, todavía no, no donde el cuerpo de Mara suplicaba ser tocado.

La boca de Lex encontró la suya. El beso fue diferente al del despacho. Más pausado. Más profundo. Lex la besó con una minuciosidad que no dejaba lugar a dudas sobre lo que estaba pasando o hacia dónde iba. Su lengua se deslizó contra la de Mara y Mara gimió en su boca; sus manos abandonaron los hombros de Lex y se hundieron en su espeso pelo oscuro, atrayéndola más cerca, más profundo, y el último jirón de compostura profesional que Mara poseía prendió fuego y se convirtió en cenizas.

Lex la hizo retroceder caminando. Mara sintió la pared fría del gimnasio contra sus hombros y el calor del cuerpo de Lex contra su frente, y el contraste la hizo jadear. Lex la inmovilizó allí, presionando un muslo entre las piernas de Mara, y la presión fue asombrosa. Las caderas de Mara se mecieron contra el muslo de Lex, y Lex emitió un sonido bajo de aprobación contra su boca que envió una oleada de calor por el centro de Mara.

—Dime qué quieres —susurró Lex contra la comisura de su boca.

—Quiero... —Mara no pudo terminar la frase. Su cerebro había dejado de producir lenguaje. No quedaba nada excepto la sensación y la necesidad y la realidad abrumadora del cuerpo de Lex contra el suyo, las manos de Lex sobre su piel, la boca de Lex cálida, insistente y perfecta.

La mano de Lex descendió por el vientre de Mara. Lentamente. Sus dedos recorrieron la cinturilla de las mallas, enganchándose ligeramente en el elástico, esperando. —Dímelo.

—Tócame —las palabras apenas fueron un susurro—, por favor.

La mano de Lex se deslizó bajo la cinturilla. Bajo el algodón de debajo. Sus dedos encontraron los pliegues de Mara y todo su cuerpo sufrió una sacudida de placer tan intensa que su visión se nubló. Estaba empapada. Había estado empapada desde que Lex cruzó la puerta del gimnasio, quizá más tiempo, quizá desde el beso de hacía cuatro días; el primer toque de los dedos de Lex contra ella fue como un circuito que se completaba, una corriente que finalmente encontraba su camino.

Los dedos de Lex se movieron despacio. Explorando. Aprendiendo. Recorriendo la longitud de su excitación con una deliberación que era a la vez generosa y tortuosa. Rodeó el clítoris de Mara con el pulgar y presionó dos dedos contra su entrada, sin empujar hacia dentro, solo manteniendo, sintiendo, y las caderas de Mara se balancearon hacia delante con una necesidad desesperada e instintiva.

—Despacio —susurró Lex. Tenía la boca contra el oído de Mara, su aliento caliente y entrecortado—. He esperado demasiado para esto como para ir con prisas.

—No puedo. Voy a... —Mara jadeó cuando el pulgar de Lex presionó con más fuerza, giró más rápido, y sus dedos se deslizaron dentro, dos de ellos, firmes y constantes; la sensación de estar llena fue tan abrumadora que a Mara se le doblaron las rodillas. Lex la sujetó con el brazo que tenía libre alrededor de la cintura, manteniéndola contra la pared, usando su cuerpo de apoyo, y sus dedos empezaron a moverse. Pasadas lentas y profundas que encontraron un ritmo que el cuerpo de Mara siguió sin pensamiento

consciente. Sus caderas se movían con la mano de Lex, dejándose llevar por la presión, persiguiendo la ola creciente de sensación que se acumulaba en la parte baja de su vientre y se extendía hacia fuera.

—Eso es —murmuró Lex. Su voz era ronca y baja, y fue el sonido más erótico que Mara había oído nunca—. Déjate llevar. Yo te sujeto.

Las manos de Mara estaban en el pelo de Lex. Tenía la cara hundida en el cuello de Lex. Podía oler su piel, cálida y limpia, y sentía el pulso de Lex martilleando contra su mejilla, rápido y fuerte, la prueba de que Lex estaba tan afectada como ella. Saber que Lex deseaba esto con la misma intensidad, que Lex también estaba temblando, que la respiración de Lex era igual de irregular, empujó a Mara más cerca del abismo.

Los dedos de Lex se movieron más rápido. Más profundo. Su pulgar encontró la presión perfecta y la mantuvo, y la ola rompió con una ferocidad que desgarró el cuerpo de Mara como una detonación. Estaba cerca. Estaba allí mismo. Cada músculo tensándose, cada nervio disparándose, su cuerpo enrollándose hacia el punto de ruptura con una urgencia desesperada y ciega.

Los labios de Lex rozaron su oreja. —Córrete para mí como una niña buena.

Las palabras la partieron por la mitad. El orgasmo la golpeó con una fuerza que nunca había experimentado, una convulsión de todo el cuerpo que comenzó en los dedos de Lex y radió hacia afuera a través de su pelvis, su estómago, su pecho y sus extremidades hasta que se quedó temblando contra la pared, con la boca abierta en un grito silencioso, las manos aferradas al pelo de Lex y la visión en blanco. Duró y duró, ola tras ola, con los dedos de Lex aún moviéndose dentro de ella, extrayendo cada último temblor, cada réplica, sosteniéndola contra la pared con un brazo mientras su cuerpo se desmoronaba de una forma que no sabía que fuera posible.

Cuando finalmente remitió, Mara temblaba. Sus piernas no servían para nada. Tenía la cara húmeda y no sabía en qué momento había empezado a llorar. Estaba desplomada contra la pared con el brazo de Lex alrededor de su cintura y la mano de Lex

aún entre sus piernas, suave ahora, apenas moviéndose; Lex tenía la frente apoyada contra la suya y ambas respiraban el mismo aire, caliente, agitado e íntimo.

—Eh. —La voz de Lex era suave. Su mano libre subió y secó las lágrimas de la mejilla de Mara con el pulgar—. ¿Estás bien?

Mara abrió los ojos. La cara de Lex estaba a pocos centímetros, sonrojada y hermosa, mirándola con una expresión de tal ternura que resquebrajó el lugar sellado en el pecho de Mara que llevaba protegiendo más tiempo del que recordaba.

—No sé cómo estoy —susurró Mara.

Lex la besó. Suavemente. No fue el beso hambriento y devorador de antes. Fue una suave presión de labios que decía: *Estoy aquí. No me voy a ninguna parte. Estás a salvo.*

Se quedaron contra la pared del gimnasio bajo la luz ámbar, abrazadas, respirando el aire de la otra, mientras el estadio se asentaba y zumbaba a su alrededor y el resto del mundo dejaba de existir. Mara cerró los ojos, hundió la cara en el hombro de Lex, sintió el latido constante del corazón de Lex contra su propio pecho y pensó, con una claridad que atravesaba cada defensa que le quedaba: *Estoy en un lío tremendo.*

16

El vestíbulo del hotel en Boston estaba sobrecalentado y viciado, aire que había sido respirado demasiadas veces.

Las Valkyries se arrastraron por el registro a las once y media de la noche después de un vuelo nocturno desde Phoenix Ridge y un autobús chárter que había pasado cuarenta minutos sin moverse en la autopista, luego volvió a detenerse por una advertencia de presión de los neumáticos que resultó ser un sensor defectuoso. Todos estaban cansados, rígidos e irritables de la manera en que se ponían los atletas cuando habían estado sentados demasiado tiempo en asientos diseñados para gente más baja. Frankie se masajeaba la rodilla. Dani llevaba los auriculares puestos y los ojos cerrados, navegando por el vestíbulo de memoria o instinto. Lou estaba en la recepción obteniendo las asignaciones de habitaciones, su eficiencia de capitana cortando la confusión de medianoche del personal del hotel con la autoridad tranquila que llevaba a todo lo que hacía.

Lex estaba cerca de los ascensores con su bolsa de viaje en un hombro y observaba la transacción de la recepción con media atención. La otra mitad seguía a Mara.

Mara estaba de pie junto al mostrador de conserjería con su bolsa de ordenador portátil y la jaula de transporte de Goldie, hablando con un entrenador asistente sobre el horario del partido del día siguiente. Llevaba ropa de viaje: vaqueros oscuros, un suéter

negro ajustado, botas. Su cabello estaba en su habitual coleta, unos pocos mechones sueltos alrededor de su cara por el largo viaje en autobús. Se veía cansada y profesional y serena y dolorosamente hermosa, y Lex no había estado sola con ella desde el gimnasio.

Cuatro días. Cuatro días desde que había apretado a Mara contra la pared del gimnasio y la había follado hasta que se desmoronara. Cuatro días de práctica y preparación del partido y viajes en autobús y comidas de equipo donde se habían sentado al otro lado del pasillo una de la otra y habían mantenido la distancia profesional con una disciplina que las estaba matando lentamente a ambas. La tensión entre ellas era un cable tenso que iba desde su pecho hasta el de Mara, vibrando a una frecuencia que solo las dos podían escuchar.

El empleado de la recepción le entregó a Mara una llave de acceso. Habitación 412. Se grabó el número en la memoria.

Lou distribuyó las asignaciones de habitaciones. Lex estaba con Elise, como siempre. Habitación 308. Subieron en ascensor en silencio, la bolsa de viaje de Lex golpeándose contra su muslo con cada piso. El pasillo era beige y anónimo, la alfombra con un estampado diseñado para ocultar manchas. Su habitación era estándar: dos camas queen, un escritorio, una ventana que daba al aparcamiento del hotel y, más allá, a las luces del horizonte de Boston.

Elise dejó su bolsa en la cama más cercana a la ventana y se estiró. —Voy a ducharme y a irme a dormir. Mañana es partido.

—Voy a dar un paseo —dijo Lex.

Elise la miró. La mirada duró aproximadamente dos segundos y contenía una conversación completa. Las cejas de Elise se levantaron. Su boca se apretó en una línea que se estaba esforzando mucho por no ser una sonrisa. No dijo nada. Ese nada fue más alto que las palabras.

—No —dijo Lex, señalando a Elise con un dedo mientras se quitaba los zapatos.

—No he dicho nada.

—Tu cara lo ha dicho todo.

—Mi cara te desea buena suerte en tu paseo. Mi cara también te recuerda que mañana a las diez de la mañana tenemos un

entrenamiento y tu cara necesita dormir.

—Anotado. —Lex dejó caer su bolsa de viaje en su cama, se pasó los dedos por el cabello, se miró en el espejo del baño. Se veía como si acabara de viajar y ligeramente salvaje, ojerosa por el viaje en autobús, cabello enredado por haber apoyado la cabeza en la ventanilla durante seis horas. Se salpicó la cara con agua, se peinó el cabello con los dedos en una forma que serviría, se cepilló los dientes y se cambió a una camiseta negra fresca.

Se detuvo en la puerta. Elise ya estaba en la cama, manta subida, pero los ojos abiertos.

—Ten cuidado —dijo Elise. No de forma crítica. Preocupada. La voz de alguien a quien le importaban ambas personas implicadas.

—Siempre. —Lex abrió la puerta y se marchó.

El pasillo estaba tranquilo. Subió las escaleras al cuarto piso, sus botas suaves en los peldaños alfombrados. La habitación 412 estaba al final del pasillo. Se quedó fuera de la puerta durante diez segundos, su corazón latiendo en sus oídos, y llamó.

La puerta se abrió. Mara estaba en el marco de la puerta en un albornoz blanco del hotel, el cabello suelto y húmedo alrededor de sus hombros, los pies descalzos en el suelo alfombrado. El vapor se filtraba desde el baño detrás de ella. Olía a jabón del hotel, genérico y floral, un aroma que de alguna manera olía específico e intoxicante en ella. Su cara estaba limpia del maquillaje mínimo que llevaba durante el día, y sin él parecía más joven, más vulnerable, más real.

No se veía sorprendida.

—Lex.

—¿Puedo entrar?

Mara abrió la puerta más ancha sin decir una palabra. Lex entró. La habitación era idéntica a la suya: dos camas, aunque solo se estaba usando una. El ordenador portátil de Mara estaba abierto en el escritorio, un vídeo del partido pausado en pantalla. La jaula de transporte de Goldie estaba en la esquina, vacía, y la propia Goldie estaba acurrucada en la cama no utilizada, la cola moviéndose por la llegada de Lex.

Lex le rascó rápidamente detrás de las orejas al perro, luego se volvió hacia Mara. La puerta hizo clic detrás de ellas. La habitación

estaba tranquila excepto por el zumbido del aire acondicionado y los sonidos distantes de la ciudad filtrándose por la ventana.

—Esta es la primera vez que estamos solas desde el gimnasio —dijo Lex.

Mara estaba de pie cerca del escritorio con los brazos cruzados sobre el albornoz, sosteniéndolo cerrado, un gesto que era mitad modestia y mitad defensa. —Lo sé.

—¿Me has estado evitando? —Lex se quedó cerca de la puerta, dándole a Mara el espacio de la habitación entre ellas.

—He estado siendo profesional.

—Eso es un sí. —La boca de Lex se curvó, pero sus ojos se mantuvieron planos.

Una pausa. Los ojos azules de Mara encontraron los suyos, y en ellos la guerra era visible. El tira y afloja que había estado definiendo su relación desde el día en que Lex llegó: el deseo luchando contra la disciplina, la necesidad luchando contra los muros. Pero el equilibrio se había desplazado desde el gimnasio. Los muros eran más delgados ahora. La disciplina era menos segura. Y la mirada en los ojos de Mara no era la compostura profesional rígida de una mujer en control. Era la mirada de una mujer que había probado lo que se había estado negando a sí misma durante veinte años y no podía pretender que no quería más.

—¿Te gustó? —preguntó Lex. Directo. Sin rodeos. —¿El gimnasio? ¿Te gustó lo que pasó entre nosotras?

El color inundó la cara de Mara. El sonrojo comenzó en su pecho, visible en la V del albornoz, y trepó por su cuello hasta sus pómulos. Su mandíbula se apretó. Sus dedos agarraron el albornoz más fuerte.

—Sabes perfectamente bien que sí.

Las palabras golpearon el estómago de Lex como una cerilla arrojada sobre gasolina. El calor se extendió a través de ella desde el centro hacia afuera, rápido y consumidor.

—¿Quieres hacerlo de nuevo?

Mara cerró los ojos. Se quedó allí en su albornoz de hotel con el cabello mojado y los pies descalzos y los ojos cerrados, y la batalla interna se desarrolló en toda su cara. La entrenadora versus la

mujer. La disciplina versus el deseo. Los años de muros versus la noche en que todos se derrumbaron.

—Lex, esto es un desastre. Sabes lo desordenado que podría llegar a ser. Si alguien en este equipo se entera, si la propiedad se entera, si la liga se entera. Mi carrera. Tu carrera. Todo por lo que hemos trabajado ambas. Soy tu entrenadora. El desequilibrio de poder por sí solo hace que esto sea temerario. Y me juré a mí misma después de la última vez que nunca, nunca haría esto de nuevo.

—La última vez —dijo Lex tranquilamente. —¿Sara? —Dio un paso más cerca.

Los ojos de Mara se abrieron de par en par. —Sí.

—Fue hace mucho tiempo. Me rompió el corazón. Y casi terminó mi carrera.

—No soy Sara. Esto no es eso. Y tú no eres la misma persona que eras entonces.

Mara la miró con esos ojos azules que contenían cada año de disciplina y sacrificio y soledad que había acumulado, y Lex vio el momento en que la lucha se fue. No rendición. Decisión. Mara eligiendo, por una vez, querer más de lo que temía las consecuencias.

—No me importa el desastre —dijo Lex. Cerró la distancia entre ellas. Dos pasos. Se paró frente a Mara, lo bastante cerca para sentir el calor radiando a través del albornoz delgado. Sus manos encontraron el cinturón del albornoz, la tela de felpa anudada, y lo aflojó lentamente, dándole a Mara todas las oportunidades de detenerla. —Eres más importante para mí que el desastre. Pase lo que pase, cueste lo que cueste, te quiero. Te he querido desde que entré en tu oficina y Goldie fue la única feliz de verme.

A pesar de todo, la boca de Mara se torció.

Lex abrió el albornoz. Se lo quitó de los hombros, lentamente, sus dedos recorriendo las clavículas de Mara, sobre las curvas de sus hombros, bajando por sus brazos superiores. El albornoz cayó al suelo en un suave charco de tela blanca. Mara se paró ante ella desnuda, y la vista le robó el aliento a Lex.

Mara era hermosa. No la belleza pulida y controlada que proyectaba con su equipo de entrenadora. Esto era crudo. Real. El

cuerpo de una mujer que había sido atleta toda su vida, que se había mantenido a sí misma con la misma disciplina que llevaba a todo, que tenía cuarenta y ocho años y se veía como un argumento viviente contra la idea de que la belleza tenía fecha de caducidad. Hombros fuertes. Brazos definidos. El plano de su estómago. La curva de su cintura. Pechos que eran llenos y naturales, que se elevaban con cada respiración rápida. El cabello rubio pálido entre sus piernas. Todo iluminado por la luz de la lámpara amarilla de una habitación de hotel en Boston, y Lex quería poner su boca en cada parte de él.

—Eres hermosa —dijo Lex. Su voz era áspera. —Eres tan hermosa, Mara. Necesito que lo sepas.

Las manos de Mara estaban a sus lados, cerradas en puños, los nudillos blancos. Su pecho estaba agitado. Sus ojos estaban abiertos y vidriosos y su boca estaba ligeramente abierta y estaba temblando, pero no se estaba alejando. No se estaba cubriendo. Estaba de pie en la luz de la lámpara y permitiendo que Lex la mirara, y el coraje que eso requería, la confianza, hizo que el corazón de Lex doliera.

Lex la besó. Suavemente al principio, luego más profundo, sus manos acunando la cara de Mara, sus pulgares trazando la línea fuerte de su mandíbula. Los brazos de Mara subieron alrededor del cuello de Lex y su cuerpo se presionó hacia adelante y el contacto de la piel desnuda de Mara contra el cuerpo vestido de Lex era embriagador. Los pezones de Mara se endurecieron contra los suyos a través de su camisa, el calor de la piel de Mara calándose a través de la tela, y la urgencia en la manera en que las manos de Mara agarraban la parte posterior del cuello de Lex, tirando de ella más cerca, más profundo, era inconfundible.

Lex las hizo retroceder hacia la cama. Los muslos de Mara golpearon el colchón y Lex la bajó suavemente, acostándola contra las almohadas, las sábanas blancas del hotel en contraste con la piel sonrojada de Mara. Lex se arrodilló entre sus muslos y la miró, y la imagen fue grabada en su memoria: Mara Ellison, entrenadora jefe de las Valkyries de Phoenix Ridge, desnuda y temblando y mirándola con ojos azules que no escondían nada.

—Quiero probar cada parte de ti —dijo Lex. —Quédate quieta. Suéltate. Déjame cuidar de ti.

Comenzó en la garganta de Mara. Besó el hueco sobre su clavícula. Trazó su boca por el centro del pecho de Mara, entre sus pechos, sintiendo el latido rápido del corazón de Mara a través de sus labios. Besó la parte inferior de cada pecho, trazó su lengua sobre un pezón y luego el otro, sintió a Mara arquearse bajo ella y escuchó el sonido que hizo, un gemido bajo y desesperado que vibró a través de la boca de Lex y viajó directamente a su núcleo.

Las manos de Mara subieron, alcanzando a Lex, intentando tirar de ella más cerca, intentando guiar. Lex cogió ambas muñecas y las presionó suavemente contra el colchón, sosteniéndolas allí.

—Quédate quieta. —La voz de Lex era firme. Tierna. Una orden entregada con cuidado. —Solo suéltate. Te tengo.

La respiración de Mara se entrecortó. Sus manos se relajaron bajo el agarre de Lex y dejó que sus brazos se quedaran quietos, rindiéndose a la instrucción, y la vista de Mara renunciando al control, eligiendo confiar, eligiendo recostarse y recibir, fue lo más erótico que Lex había visto jamás.

Lex continuó por el cuerpo de Mara. Su boca trazó las aristas de las costillas de Mara, la depresión de su cintura, la piel suave de su vientre inferior. Se tomó su tiempo. Saboreó cada sonido que Mara hizo, cada temblor, cada jadeo cortado cuando su boca encontró un nuevo punto sensible. Los músculos del estómago de Mara aletearon bajo sus labios. Las caderas de Mara comenzaron a mecerse, pequeños movimientos instintivos, su cuerpo buscando el contacto que sabía que venía.

Cuando la boca de Lex llegó entre los muslos de Mara, el sonido que hizo Mara fue desatado. Una exhalación rota y gemidora que llenó la habitación del hotel e hizo que a Lex le hirviera la sangre. Lex presionó su boca contra el coño empapado de Mara y la probó, y el sabor era cálido y salado-dulce y completamente Mara, y a Lex casi se le revuelven los ojos.

Trabajó lentamente. Trazos largos y deliberados de su lengua, aprendiendo qué hacía que Mara jadeara, qué la hacía retorcerse, qué hacía que sus manos se cerraran en las sábanas del hotel y su

espalda se arqueara del colchón. Lex encontró el ritmo que Mara necesitaba y lo mantuvo, firme e implacable, su boca y lengua dedicadas a un único propósito.

—Córrete para mí —murmuró Lex contra ella. —Suéltate, cariño. Quiero sentirte correrte en mi boca.

Mara vino con un grito que enterró en la almohada, su cuerpo convulsionando, sus muslos apretándose alrededor de la cabeza de Lex, sus manos retorcidas en las sábanas arriba. El orgasmo la recorrió en oleadas, largo y profundo, y Lex la mantuvo durante cada temblor, su boca ahora gentil, facilitando que Mara bajara de la cúspide.

Pero ella no paró.

Atenuó el ritmo de su lengua, suavizó la presión, dio a Mara treinta segundos de contacto suave mientras la respiración de Mara se nivelaba y su cuerpo se relajaba. Luego construyó de nuevo. Un nuevo ritmo, ligeramente diferente, su lengua trabajando con enfoque deliberado mientras una mano se deslizaba por el muslo de Mara y sus dedos trazaban círculos que tentaban, haciendo que Mara jadeara en segundos.

—De nuevo —dijo Lex contra su piel.

—No puedo. —La voz de Mara estaba hecha pedazos, rota y hermosa.

—Puedes.

Mientras Lex empujaba sus dedos profundamente adentro, Mara vino de nuevo. Más fuerte. Todo su cuerpo levantándose del colchón, su boca abierta en un grito silencioso, sus manos encontrando el cabello de Lex y agarrando tan fuerte que tiró. Lex gruñó contra ella y la vibración envió otra onda a través de Mara, y Lex continuó, mantuvo su boca en movimiento, comenzó a follarla con sus dedos, mantuvo la presión construyéndose, y Mara vino una tercera vez con un sollozo que era igual partes placer y abrumación.

Cuando Lex finalmente levantó la cabeza, Mara estaba flácida contra las almohadas. Sus ojos estaban cerrados. Su pecho estaba agitado con respiraciones ásperas e irregulares. Las lágrimas recorrían sus sienes en su cabello. Su cuerpo entero estaba sonrojado, un rosa profundo que se extendía desde su pecho hasta

su cara, y sus labios estaban mordidos rojos e hinchados. Se veía destrozada y hermosa y completamente desmoronada, y Lex nunca había visto nada en su vida que se comparara con la vista de Mara Ellison después de tres orgasmos, despojada de toda defensa, acostada en un revoltijo de sábanas blancas de hotel con su cuerpo todavía temblando y su cara mojada de lágrimas que no había intentado ocultar.

Lex se limpió la boca con el dorso de la mano. Su propio cuerpo estaba adolorido, el pulso entre sus muslos casi doloroso, pero eso podía esperar. Mara era lo que importaba en este momento. Mara, quien había renunciado al control, quien se había recostado y confiado y recibido y se había dejado cuidar, y que necesitaba saber que la confianza era segura.

Lex se arrastró por la cama y reunió a Mara en sus brazos. Tiró de las sábanas sobre ellas y sostuvo a Mara contra su pecho y presionó sus labios contra la sien de Mara y susurró: —Estás bien. Te tengo.

Mara se acurrucó en ella. Su cara presionada contra el hombro de Lex, su respiración lentamente nivelándose, su cuerpo gradualmente volviéndose quieto. Su mano encontró la de Lex y sus dedos se entrelazaron en las sábanas blancas, y Lex la sostuvo y escuchó su respiración incluso fuera y sintió, con una certeza que era tanto exaltante como aterradora, que estaba exactamente donde se suponía que debía estar.

De la otra cama, Goldie suspiró. Un largo, dramático, suspiro desesperado que llevaba todo el peso de un perro que había presenciado toda la producción y estaba completamente indiferente.

Lex rió. —Tu perro nos está juzgando.

—Juzga todo. Me juzgó por comprar mantequilla de cacahuete de marca blanca la semana pasada. —La voz de Mara era ronca y somnolienta contra el hombro de Lex.

—Para ser justas, la mantequilla de cacahuete de marca blanca es un crimen.

—Comes mantequilla de cacahuete de una cuchara para cenar. No tienes derecho a tener opiniones sobre calidad.

—Eso no es cena. Es un aperitivo de alto contenido proteico consumido por una atleta de élite.

El pecho de Mara se agitó con risa silenciosa contra las costillas de Lex.

Después de mucho tiempo, Mara habló. Su voz era ronca y pequeña y amortiguada contra la camisa de Lex. —Quédate.

—No me voy a ningún lado. —El brazo de Lex se apretó alrededor de ella.

—Quédate esta noche. No quiero despertarme sola.

Lex presionó sus labios contra el cabello de Mara. —Me quedaré.

La respiración de Mara se profundizó. Su cuerpo se relajó contra el de Lex. Dentro de minutos, estaba durmiendo, desnuda y vulnerable y confiando en los brazos de Lex, y Lex se recostó en la habitación del hotel tenue con las luces de la ciudad filtrándose a través de las cortinas y la respiración tranquila de Goldie de la otra cama y sostuvo a la mujer de la que se estaba enamorando. Afuera, Boston zumbaba con su tráfico de medianoche y sus sirenas y su inquietud eléctrica perpetua, y Lex se recostó en la oscuridad cálida y no durmió durante mucho tiempo porque no quería perder ni un segundo de esto.

17

Calor. Peso. Mara emergió del sueño en capas, cada una desprendiéndose para revelar otra sensación. Piel limpia y algodón de hotel. Y debajo de ambas, un calor que su cuerpo reconoció antes que su cerebro.

Lex.

Abrió los ojos. La habitación del hotel estaba en penumbra, las cortinas pesadas filtrando la luz de la mañana en una bruma suave y dorada. El reloj de la mesilla marcaba las 6:47 a.m. Las sábanas estaban enredadas y medio caídas de la cama, y Mara estaba acostada de lado, desnuda, y junto a ella, igualmente desnuda, Lex Landry dormía.

Los pulmones de Mara se vaciaron.

Lex estaba boca abajo, un brazo metido bajo la almohada, el otro extendido sobre el colchón hacia Mara. Su cabello oscuro estaba desparramado sobre la funda blanca en ondas espesas y desordenadas. Su cara estaba girada hacia Mara, relajada en el sueño de un modo que nunca lo estaba cuando estaba despierta. La agudeza había desaparecido. La prepotencia, el desafío, la provocación deliberada. En el sueño, Lex parecía joven. No vulnerable, exactamente. Lex era demasiado sólida para la vulnerabilidad, demasiado musculosa, demasiado densa de músculo y tinta y la evidencia física de una vida dedicada a competir. Pero

más suave. Sus labios estaban ligeramente separados. Sus pestañas eran oscuras contra sus mejillas. Los tatuajes en sus brazos y hombros se veían diferentes a la luz matinal, la tinta cálida en lugar de marcada, los patrones intrincados fluyendo con las curvas de su cuerpo.

Mara miraba fijamente. No podía evitarlo. Miraba la línea ancha de los hombros de Lex, los músculos definidos de su espalda estrechándose hacia su cintura, los hoyuelos sobre sus caderas donde la sábana se había deslizado, exponiendo la curva superior de su trasero. Miraba la mano extendida sobre el colchón, los dedos fuertes y las uñas cortas y la pequeña cicatriz en los nudillos de su dedo índice que Mara había notado hace semanas y nunca había preguntado al respecto. Miraba y sentía un hambre que no era solo sexual, aunque era eso también, intensamente eso. Un hambre de conocer a esta mujer completamente. Cada cicatriz. Cada tatuaje. Cada cara de la mañana y cada sonido mientras dormía y cada expresión desguarnecida.

¿QUÉ ESTOY HACIENDO?

La pregunta surgió de la parte disciplinada y profesional de su cerebro que había estado dirigiendo el espectáculo durante veinte años, la parte que seguía los horarios y gestionaba las plantillas y mantenía los límites con la rigidez de una operación militar. Esa parte estaba de pie en la esquina de la habitación con los brazos cruzados, exigiendo una explicación.

No tenía una. O más bien, tenía una que la parte disciplinada nunca aceptaría: era feliz. Genuinamente, aterradoramente, profundamente feliz de un modo en que no lo había sido en tanto tiempo que había olvidado que ese sentimiento tenía nombre. Y la fuente de esa felicidad estaba dormida a su lado con un tatuaje de una rosa de los vientos en su omóplato y una pequeña cicatriz en los nudillos y el sabor del sexo de Mara aún en sus labios.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba acostada desnuda en una cama de hotel en Boston junto a su jugadora de veintiséis años después de una noche en la que esa jugadora le había dado tres orgasmos con su boca y la había abrazado mientras lloraba y susurró *no me voy a ir a ninguna parte* en su cabello hasta que se durmió. Estaba haciendo lo único que había jurado que nunca volvería a hacer, y estaba aterrada, y no podía obligarse a lamentar un solo segundo de ello.

Los ojos de Lex se abrieron. Marrón oscuro, cálido, inmediatamente enfocado en la cara de Mara. Una sonrisa lenta se extendió por sus labios, desguarnecida y genuina y desarmante.

—Hola.

—Hola. —La voz de Mara era ronca por la noche anterior. Por el llanto. Por los sonidos que Lex había sacado de ella, los sonidos que había hecho contra la boca de Lex y en la almohada y contra el hombro de Lex después cuando el temblor había cesado y la ternura tranquila había tomado su lugar. Aclaró la garganta—. Sigues aquí.

—Te dije que estaría. —La sonrisa de Lex se ensanchó. Se giró de lado, enfrentada a Mara, la sábana cayendo hasta su cintura. Desde la otra cama, la cola de Goldie comenzó a golpear el colchón, su cabeza dorada levantándose al sonido de sus voces, pero parecía contenta con observar en lugar de intervenir. Goldie había estado leyendo sus estados de ánimo desde el primer día que Lex entró en la oficina. Algunas cosas permanecían consistentes. Su cuerpo estaba completamente expuesto a la luz de la mañana: el pecho ancho, los pechos pequeños, los abdominales definidos, la línea de vello oscuro debajo de su ombligo. Se veía relajada y confiada e indecentemente atractiva, y el cuerpo de Mara, ya despierto y ya deseoso, respondió con una inmediatez que hizo ruborizarse su cara.

—¿Cómo dormiste? —El pulgar de Lex trazó un círculo lento en el hueso de la cadera de Mara.

—Mejor que en semanas.

—Bien.

Lex se giró hacia ella. Su mano encontró la cadera de Mara bajo las sábanas, palma cálida contra piel desnuda, y la acercó más. Sus cuerpos se presionaron juntos, piel contra piel, el calor del estómago de Lex contra el de Mara. Lex la besó, lento y minucioso, con sabor a mañana y sin prisa, y Mara se disolvió en él con una indefensión que había dejado de resistir.

El muslo de Lex se presionó entre las piernas de Mara y el contacto fue eléctrico. Las caderas de Mara se movieron por su cuenta, buscando presión, y Lex hizo un sonido bajo y complacido contra su boca.

—¿Te gustó la noche pasada? —murmuró Lex entre besos.

—Sabes que sí.

—Cuéntame qué quieres esta mañana.

La cara de Mara ardía. Lo directo de la pregunta, la autoridad casual de ella, la suposición de que Mara respondería. Hace seis semanas habría evadido, cerrado, se habría retirado detrás de un muro profesional. Ahora el muro era escombros y Lex estaba aquí en la ruina, preguntando qué quería sexualmente, y la respuesta era tan clara y tan desesperada que salió antes de que Mara pudiera calificarla.

—Tus dedos. Quiero tus dedos dentro de mí. Necesito que me folles.

Las palabras salieron crudas y expuestas y la cara de Mara ardía por su propia dirección. Hace dos semanas no habría podido decir esa frase a otro ser humano. Hace una semana apenas podía pensarla. Pero Lex la había cambiado, había desbloqueado un vocabulario de deseo que Mara estaba aprendiendo a hablar por primera vez, y la expresión en la cara de Lex cuando las oyó, el oscurecimiento de esos ojos ya oscuros, la respiración acelerada, valía cada onza de vulnerabilidad que costaba decirlas.

Los ojos de Lex se oscurecieron. Besó a Mara más fuerte, más profundo, su lengua deslizándose contra la de Mara con una urgencia que hizo que Mara jadeara. Luego se movió, rodó sobre Mara, sujetándola al colchón con su peso. Las manos de Mara encontraron los hombros de Lex y apretaron, sintiendo el músculo denso flexionarse bajo sus palmas, la fuerza contenida de un cuerpo construido para el poder. Lex se instaló entre sus muslos y presionó sus caderas hacia abajo y la presión contra el sexo expectante de Mara fue exquisita.

La mano derecha de Lex viajó por el cuerpo de Mara. Sobre su pecho, por su estómago, entre sus piernas. Sus dedos encontraron a Mara mojada y lista y gruñó contra el cuello de Mara.

—Estás empapada.

—Llevo despierta veinte minutos mirándote. ¿Qué esperabas?

Lex rió contra su piel, bajo y cálido, y luego sus dedos se deslizaron adentro y la risa se disolvió en un gemido. Dos dedos, luego tres, llenando a Mara con una plenitud que hizo que su

espalda se arqueara fuera de la cama. Lex comenzó a moverse, sus caderas meciéndose al ritmo de su mano, el peso de su cuerpo presionando a Mara más profundamente en el colchón, y la combinación de estar llena y sujeta y rodeada por el calor y la fuerza y el olor de Lex fue abrumadora.

—Suéltate. —Su boca estaba contra la oreja de Mara, su aliento caliente y entrecortado—. No pienses. No lo controles. Solo deja que tu cuerpo haga lo que quiera.

La instrucción era tanto aterradora como liberadora. Toda la vida de Mara estaba construida en pensar, en controlar, en dirigir su cuerpo y su mente para ejecutar un plan. Soltarse era lo opuesto a todo lo que era. Pero el peso de Lex encima de ella era anclador, los dedos de Lex dentro de ella golpeaban un lugar que hacía imposible pensar, y el permiso de simplemente sentir, de rendirse a la sensación sin analizarla o gestionarla, era un regalo que no sabía que necesitaba.

Mara lo intentó. Dejó que la sensación se acumulara, dejó que las olas se juntaran sin luchar contra ellas, dejó que sus caderas se movieran al ritmo de Lex en lugar de contra él. Esta vez fue diferente. Los dedos de Lex se hundieron en ella fuertes e insistentes, golpeando su punto G de un modo que hizo que Mara abriera más las piernas, desesperada por ser tomada más por ella. El orgasmo se acumulaba desde más profundo, desde algún lugar al que no había accedido antes, un lugar dentro de ella que los dedos de Lex estaban alcanzando con cada caricia profunda y deliberada. La presión se acumulaba, se acumulaba, se acumulaba, y se sentía enorme, una ola juntándose lejos en el mar, corriendo hacia la orilla con un impulso imparable.

—Lex. Esto se siente… Oh Dios… Voy a... —No podía terminar la frase. La sensación era demasiado grande para palabras.

—Lo sé. Deja que suceda. Quiero sentirlo. Córrete para mí, cariño.

La ola golpeó. El cuerpo de Mara se convulsionó con una fuerza que arrancó un grito de su garganta y su visión se disolvió en blanco y sintió una liberación diferente que antes, una ráfaga caliente de fluido que empapó la mano de Lex y las sábanas debajo de ellas.

Estaba temblando, su cuerpo contrayéndose y liberándose en espasmos poderosos, y Lex la sostuvo a través de ello, los dedos aún moviéndose, extrayendo cada sacudida, susurrando aliento contra su oído.

Cuando se desvaneció, Mara estaba temblando violentamente. Todo su cuerpo estaba zumbando, cada terminación nerviosa hipersensible, las sábanas debajo de ella empapadas. Miraba el techo con los ojos abiertos de par en par, en estado de shock.

—¿Acabo de...?

—Lo hiciste. —La voz de Lex era espesa de excitación y ternura y asombro. Presionó sus labios contra la sien de Mara—. Eres increíble.

Mara se cubrió la cara con las manos. Estaba riendo y temblando y sus ojos escocían y se sentía desmoronada, completamente fuera de los límites de cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Había pasado toda su vida adulta en control de su cuerpo, entrenándolo, disciplinándolo, exigiendo precisión y obediencia. Y ahora ese cuerpo había respondido de una manera que nunca supo que pudiera, se había liberado con una fuerza que era primitiva e incontrolable y completamente fuera de la jurisdicción de la disciplina o la compostura.

Cuarenta y ocho años. Cuarenta y ocho años y estaba descubriendo cosas sobre su propio cuerpo que no sabía que existían, y la mujer que se las mostraba tenía veintiocho y estaba sonriendo contra su cuello con la certeza satisfecha de alguien que lo había sabido todo el tiempo acerca de lo que Mara era capaz de hacer.

—Ni siquiera sabía que pudiera hacer eso —susurró Mara.

—Tenía un presentimiento. —Lex besó su mandíbula—. Sostienes todo tan apretado. Cuando finalmente te sueltes, la liberación va a ser proporcional.

Lex se movió a su lado, y Mara sintió la tensión en el cuerpo de Lex, la contención controlada que le decía a Mara que Lex estaba excitada hasta el punto del dolor. Lex había dado sin tomar, cada vez, y la generosidad de ello, la paciencia, hacía que el pecho de Mara doliera con una ternura que la asustaba.

—Quiero complacerte, Lex. Es solo que... —La voz de Mara se desvaneció.

El pulso de Mara se aceleró. El deseo y la ansiedad se enredaron juntos en su pecho. Había sido tanto tiempo. Años de alejarse antes de llegar tan lejos, y cualquier memoria que tenía era lejana e incierta, y de repente tuvo miedo de ser terrible en el sexo, de decepcionar a esta mujer que acababa de hacerla sentir cosas que nunca había imaginado.

—Hace mucho tiempo que no lo hago. No estoy segura de recordar cómo.

—Para. —La mano de Lex encontró su mandíbula, inclinando su cara hacia arriba. Sus ojos oscuros eran cálidos y firmes y libres de juicio—. Deja de pensar demasiado. No tienes que ser perfecta. No tienes que actuar. Todo lo que tienes que hacer es abrir la boca y haré el resto.

La simplicidad de ello cortó la ansiedad de Mara como una navaja. No porque minimizara el acto sino porque despojaba la ansiedad de desempeño, la presión de ser hábil o experimentada, y lo reemplazaba con una única verdad elemental: presencia. Estar aquí. Abre la boca. Déjame sentirme bien contigo.

Asintió. Su corazón estaba acelerado pero el miedo estaba retrocediendo, reemplazado por curiosidad y deseo y una necesidad feroz y sorprendente de hacer que esta mujer sintiera lo que Mara había sentido la noche pasada y esta mañana. Para devolver. Para ser más que la que recibe.

Lex se movió hacia la cabecera de la cama, su cuerpo deslizándose sobre el de Mara, y se posicionó sobre la cara de Mara, sus rodillas a ambos lados de la cabeza de Mara. Se bajó lentamente, y Mara la miró, los muslos fuertes y el vientre plano y el vello oscuro entre sus piernas y el tatuaje que se curvaba a lo largo de su cadera, y su boca se hizo agua y su miedo se disolvió e instinto tomó control.

Abrió su boca y probó a Lex por primera vez, y el sabor era cálido y embriagador. Lex resopló encima de ella, sus manos apuntalándose contra el cabecero, y comenzó a moverse. Rodando sus caderas en ondas lentas y deliberadas, presionando hacia abajo

contra la boca de Mara con un ritmo que era tanto exigente como controlado.

—Así es. —La voz de Lex era cruda, su defensa despojada, y el sonido de Lex perdiendo el control fue lo más erótico que Mara jamás había oído—. Tu boca es perfecta. No pares.

Mara no paró. Dejó que su lengua siguiera el movimiento de Lex, dejó que Lex fijara el ritmo, dejó que sus propios instintos la guiaran. Presionó su lengua plana y luego circuló y luego presionó de nuevo, y cada ajuste sacó un sonido diferente de Lex, un jadeo o un gemido o una inhalación aguda que le decía a Mara que lo estaba haciendo bien.

—Joder. —Las caderas de Lex se movieron más rápido. Sus muslos temblaban contra los oídos de Mara y sus dedos agarraban el cabecero tan fuerte que sus nudillos se volvieron blancos—. Mara. Voy a correrme. No pares. Por favor no pares.

Mara no paró. Agarró los muslos de Lex y se sostuvo y mantuvo su boca moviéndose y sintió el cuerpo de Lex tensarse arriba de ella como una cuerda de arco estirada a su límite.

Lex se corrió fuerte. Todo su cuerpo se paralizó, su espalda arqueándose, un sonido crudo y roto desgarrándose de su garganta mientras el orgasmo la destrozaba. Se presionó hacia abajo contra la boca de Mara y Mara probó su liberación, cálida, salada y dulce, y mantuvo su boca suave a través de las sacudidas, calmando a Lex con trazos lentos y suaves hasta que el temblor se desvaneció.

Lex se desplomó a su lado en la cama, sin huesos y jadeando, su cabello oscuro desparramado sobre la almohada, su cuerpo aún temblando con sacudidas. Se quedaron allí en el enredo de sábanas empapadas, ambas respirando fuerte, ambas ruborizadas y temblando y agotadas. Goldie, que había dormido a través de todo el asunto desde la otra cama, levantó la cabeza y bostezó y se acomodó de nuevo con la indiferencia serena de una criatura libre de complicaciones humanas. La luz matinal se había desplazado de oro a blanco, el sol subiendo más allá de las cortinas, y la habitación era espesa de sexo, sudor, el olor cálido y limpio de la piel de Lex.

El brazo de Lex rodeó la cintura de Mara y la acercó. Mara se giró hacia el abrazo, presionando su cara contra el pecho de Lex,

sintiendo el latido rápido del corazón de Lex gradualmente ralentizándose bajo su mejilla. La mano de Lex encontró su cabello y lo acarició, lento y suave, y la ternura del gesto deshizo el último nudo en el pecho de Mara, el que había estado sosteniendo con fuerza de voluntad.

El peso de ello la anclaba al presente, y el latido constante del corazón de Lex bajo su oído era el sonido más reconfortante que había oído en veinte años. Tal vez nunca. Había pasado toda su vida adulta siendo la fuerte, la firme, la persona que mantenía unido a todos los demás y nunca pedía ser sostenida. Y aquí estaba Lex, que era lo suficientemente fuerte para liderar sobre el hielo y lo suficientemente fuerte para liderar en la cama y lo suficientemente fuerte, asombrosamente, para sostener a Mara Ellison sin pedirle que fuera nada más que exactamente quien era.

—Oye —dijo Lex. Sus dedos trazaban patrones ociosos en el omóplato de Mara.

—Mm.

—Me gustó cuando me dijiste que querías mis dedos dentro de ti. Cuando me pediste que te follara con tu voz de alcoba.

—No tengo voz de dormitorio.

—Absolutamente tienes voz de alcoba. Es tu voz de entrenadora pero más baja y más lenta y me hace cosas que te habrían costado una falta técnica en cualquier otro deporte.

—El hockey no tiene faltas técnicas.

—Ves, ahí está. Acabas de corregirme sobre las reglas del hockey mientras estabas desnuda. Eso es lo más Mara Ellison que ha sucedido jamás.

Mara se mordió el interior de la mejilla para no reír. Falló. La risa escapó contra el pecho de Lex, cálida y amortiguada y completamente falta de dignidad, y el brazo de Lex se apretó alrededor de ella con un apretón satisfecho.

—Tenemos un partido hoy —murmuró Mara.

El pecho de Lex vibró con una risa tranquila. —Tenemos un partido hoy.

—Probablemente debería levantarme. —No hizo ningún esfuerzo por moverse. Su mano yacía plana contra el esternón de Lex.

—Probablemente.

Ninguna de las dos se movió. El brazo de Lex se apretó alrededor de su cintura, y Mara cerró los ojos y escuchó el latido contra su oído y los sonidos amortiguados de Boston despertándose más allá de la ventana, y se permitió esto. Solo por unos pocos minutos más. El calor. El peso. La luz suave de la mañana pintando la habitación del hotel de oro. El olor a sexo y sábanas y la piel de Lex, ya convirtiéndose en el olor más familiar del mundo. El sentimiento asombroso y aterrador de estar exactamente donde pertenecía.

No sabía qué venía después. No sabía cómo navegar una relación secreta con su propia jugadora en medio de una carrera de playoff, o cómo reconciliar a la mujer acostada en esta cama con la entrenadora que se paraba detrás de los banquillos. No sabía nada de eso.

Pero sabía que no quería que este sentimiento terminara. Y por ahora, en la mañana dorada de Boston con el latido de Lex bajo su mejilla, eso era suficiente.

18

Lex jugó el partido de su vida.

Lo supo mientras sucedía, algo que casi nunca pasaba. Por lo general, las mejores actuaciones solo se revelaban en retrospectiva, en la revisión de vídeo de la mañana siguiente, cuando la adrenalina se había disipado, el cuerpo se había enfriado y las imágenes mostraban una brillantez que la jugadora había estado demasiado absorta como para reconocer. Pero esta noche, patinando ante el público de Boston en el pabellón donde había crecido viendo hockey de niña, Lex podía sentir que estaba rindiendo a un nivel que nunca antes había alcanzado.

Todo era rápido. Sus lecturas de juego iban medio paso por delante de las del rival, sus pies eran una zancada más veloces, sus manos un punto más ágiles. Interceptaba pases antes de que quien pasaba terminara de decidirse por la línea de pase. Ejecutaba los cruces a velocidades que doblegaban la cobertura defensiva como el viento dobla la hierba. Se compenetró con Camille en jugadas que el público percibía como telepatía pero que eran, en realidad, el producto de semanas de trabajo de sistema, sesiones individuales y la rigurosa educación táctica que Mara le había estado inculcando a martillazos desde el primer día.

El primer gol llegó en el periodo inicial. Una escapada tras un robo de disco en la zona neutral; Lex regateó a la guardameta con

tanta limpieza que la pobre mujer seguía deslizándose hacia su izquierda cuando el disco golpeó el fondo de la red a su derecha. El pabellón estalló. Los aficionados de Boston, que recordaban a Lex de sus días en el hockey sobre hierba, de la polémica de los tabloides, de la sesión para Sports Illustrated que la había hecho famosa, rugieron su aprobación con una ferocidad que hizo vibrar el cristal protector. Las compañeras de Lex la asaltaron en el centro de la pista y ella sonrió entre el montón de gente, pero sus ojos buscaron el banquillo. Buscaron a Mara. Encontraron el pequeño y discreto asentimiento que Mara le dedicó, profesional y contenido, y que albergaba en su interior una calidez que solo Lex sabía leer.

El segundo gol fue una obra de arte. Una pared con Camille que incluyó tres toques, dos amagos con la cabeza y un tiro de primera desde la zona de tiro que batió a la portera por completo. Lex oyó la bocina y pasó patinando por delante del banquillo; esta vez se permitió mirar directamente a Mara, y la expresión en el rostro de esta —orgullo, hambre y el anhelo de querer celebrar con alguien a quien no podías tocar en público— se le grabó en la memoria a fuego.

El sistema de Mara. La arquitectura de Mara. El entrenamiento de Mara en cada jugada que realizaba, y saber que Mara estaba detrás del banquillo viéndola ejecutarlo a la perfección era una droga más potente que cualquier cosa que se hubiera metido en el cuerpo. Esta victoria impulsaría a las Valkyries a la lucha por los playoffs. El equipo por el que nadie daba un duro al principio de la temporada, la franquicia de expansión con la novata polémica y la entrenadora que nadie quería contratar, iba a jugar la postemporada. Una certeza colectiva vibraba en el banquillo como la corriente por un cable.

Las Valkyries ganaron 4–1. Lex marcó dos goles, dio una asistencia y había estado sobre el hielo en tres de las cuatro anotaciones. El público de Boston, el de su ciudad natal, le dedicó una ovación de gala cuando sonó la bocina final, y el sonido vibró en su pecho y se hundió en sus huesos como una herencia que había estado esperando reclamar toda su vida.

Pero era a Mara a quien quería.

El enjambre mediático tras el partido fue intenso. Cámaras, micrófonos y reporteros gritando preguntas sobre la actuación, los goles, la trayectoria profesional, el cambio desde el hockey sobre hierba, la polémica, la sesión de fotos. Mujeres atractivas del cuerpo de prensa se inclinaban con sus grabadoras y sus sonrisas, los buscadores de autógrafos se agolpaban contra las barreras con rotuladores y camisetas, y una chica de unos diecinueve años con el pelo corto y una camisa de franela levantaba un cartel que decía *LEX ERES MI HEROÍNA* con un corazón arcoíris, y Lex firmó el cartel, se hizo un selfi con ella y sintió ese cálido subidón de ver que la visibilidad importaba.

Despachó las obligaciones con los medios lo más rápido que pudo, dando respuestas profesionales, breves y totalmente distraídas por el conocimiento de que, en algún lugar de aquel edificio, Mara estaba terminando sus labores de entrenadora y preparándose para informar al personal. Una reportera de ESPN le preguntó por la transición desde el hockey sobre hierba, y Lex dio su respuesta estándar sobre habilidades transferibles y entrenamiento, pero en lo que pensaba era en las manos de Mara sobre una pizarra dibujando la jugada que había producido el segundo gol. Un presentador local le preguntó por su infancia en Boston, y Lex sonrió y habló de los recuerdos de niña en aquel pabellón, pero lo que recordaba era la cara de Mara en la habitación del hotel esa mañana, somnolienta, al natural y mirándola con unos ojos azules que no se guardaban nada.

Lex todavía llevaba el equipo puesto, su camiseta empapada de sudor, el pelo pegado a la cara y el cuerpo vibrando con el doble subidón de la competición y la anticipación. El olor de la pista se le pegaba a la piel: aire frío, caucho y la sal de su propio esfuerzo. Se disculpó ante el último grupo de reporteros y caminó por los pasillos del pabellón, lejos de la sala de prensa, lejos del vestuario, hacia las instalaciones del equipo que no se usaban en el ala opuesta del edificio. Sus patines resonaban en el suelo de hormigón. Los pasillos se volvieron más oscuros, las luces del techo más espaciadas, y el sonido de la celebración pospartido se fue desvaneciendo a sus espaldas hasta que lo único que pudo oír fue su propio pulso.

Encontró un vestuario vacío a tres pasillos de profundidad. El almacén de equipamiento visitante, abierto, con las luces apagadas y olor a caucho viejo y desinfectante. Sacó su teléfono y le envió un mensaje a Mara: *Almacén de equipamiento C. Tercer pasillo después de la sala de prensa. Ven ya.*

Pasaron tres minutos. Cuatro. Lex se apoyó en las taquillas y escuchó el crujir del edificio a su alrededor. La planta de hielo zumbaba a través de las paredes. Una tubería resonó en algún lugar por encima de ella, fuerte y hueca. Su cuerpo se estaba enfriando tras el partido, el sudor se volvía frío sobre su piel, pero el calor bajo sus costillas no tenía nada que ver con el hockey. Consultó su teléfono. Sin respuesta. Cinco minutos ya.

Entonces, pasos en el pasillo, rápidos y decididos; la puerta se abrió y Mara se deslizó dentro. La puerta se cerró a sus espaldas y la oscura habitación se contrajo al espacio entre sus cuerpos.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Mara era jadeante. Todavía llevaba su ropa de entrenadora, la chaqueta subida, la acreditación al cuello y el pelo recogido en su coleta de los días de partido. Se veía profesional y serena, pero sus ojos ardían.

Lex no respondió con palabras. Dio un paso adelante, tomó el rostro de Mara entre ambas manos y la besó. El beso fue duro y hambriento, y sabía a aire frío y sal, áspero y limpio; las manos de Mara buscaron la camiseta de Lex y se aferraron a ella, su cuerpo se arqueó hacia delante y la compostura profesional se evaporó como el hielo sobre una cuchilla caliente.

—Has estado increíble esta noche —jadeó Mara entre besos—. El segundo gol. La lectura en la transición. Nunca he visto a nadie jugar así.

—Estaba jugando para ti. —Lex empujó a Mara hacia atrás hasta que sus hombros chocaron contra la fila de taquillas vacías, haciendo que el metal tintineara por el impacto. Presionó su cuerpo contra el de Mara. Se había quitado el equipo en el cubículo de visitantes tras el revuelo mediático —camiseta, protecciones, espinilleras, todo amontonado en una pila— y se había quedado en sujetador deportivo y pantalones de compresión, con la piel todavía húmeda por un enjuague rápido y el cuerpo irradiando calor tras tres

periodos de hockey. El contraste de la piel desnuda y encendida de Lex contra la ropa de entrenadora de Mara era embriagador. Lex olía a jabón y a la sal punzante del esfuerzo, con su organismo aún revolucionado por la adrenalina, y las manos de Mara buscaron la piel desnuda de su cintura y se aferraron.

La mano de Lex fue a la cinturilla de Mara. Le bajó la cremallera del pantalón con la eficacia de alguien que llevaba pensando en esto durante tres periodos y sesenta minutos de hockey de élite, y sus dedos se deslizaron dentro y encontraron a Mara húmeda, caliente y lista.

—Has estado pensando en esto durante el partido —dijo Lex contra su boca.

—He estado pensando en esto desde que marcaste el primer gol y me miraste.

Lex gruñó y hundió los dedos más profundamente. La cabeza de Mara cayó hacia atrás contra la taquilla con un golpe sordo; tenía la boca abierta, los ojos cerrados y las caderas se balanceaban contra la mano de Lex. El vestuario estaba a oscuras salvo por la iluminación de emergencia a ras de suelo, que lo bañaba todo en un tenue resplandor rojo que convertía sus cuerpos en sombras y sus sonidos en ecos sobre el metal.

Lex trabajó de manera rápida y dura, con sus dedos curvándose dentro de Mara con el ritmo seguro que había aprendido, sabiendo exactamente dónde presionar, exactamente cuánta presión aplicar, exactamente el ritmo que convertía la respiración de Mara en jadeos, sus jadeos en gemidos y sus gemidos en esos sonidos rotos y desesperados por los que Lex vivía. Su otra mano estaba apoyada contra la taquilla junto a la cabeza de Mara, con su cuerpo inmovilizándola contra el metal, mientras su boca besaba y mordía el cuello de Mara por encima del cuello de su chaqueta técnica.

—Podrás correrte cuando yo te lo diga —le susurró Lex al oído—. No antes.

Mara gimió. Sus manos apretaban la camiseta de Lex con tanta fuerza que la tela tiraba de las costuras. Su cuerpo estaba tenso, con cada músculo bloqueado, y sus caderas se movían en círculos apretados y desesperados contra la mano de Lex.

—Por favor —jadeó.

—Todavía no —dijo Lex—. Espera. —Lex la penetró con embestidas constantes, sabiendo que estaba al límite, y la idea la emocionaba.

—Ahora. Córrete para mí ahora —gruñó Lex.

Mara llegó al orgasmo con un grito ahogado, con la cara enterrada en la hombrera de la camiseta de Lex y el cuerpo convulsionando contra las taquillas, que vibraban con cada espasmo. Lex la sostuvo durante el proceso, ralentizando los dedos, calmándola, y presionó sus labios contra la sien de Mara.

—Eso es —murmuró Lex, y sintió a Mara estremecerse, una réplica que recorrió todo su cuerpo.

Mara todavía temblaba cuando abrió los ojos. Estaban vidriosos, oscuros y miraban a Lex con una expresión salvaje, de deseo y libre de cualquier muro que hubiera construido jamás. Sin decir palabra, puso las manos en los hombros de Lex y presionó hacia abajo.

—Por favor… quiero… —La voz de Mara era ronca, pero Lex sabía lo que quería.

Las rodillas de Lex golpearon el suelo de hormigón. Apenas notó el impacto. Estaba en el suelo mirando hacia arriba a Mara, que se apoyaba contra las taquillas con los pantalones bajados y el pecho agitado; sus ojos azules devoraban a Lex con una autoridad distinta a todo lo que Lex le había visto antes. No era la autoridad de entrenadora. No era la compostura profesional. Era algo más crudo. Una autoridad que pertenecía a la mujer que había bajo la entrenadora, la mujer que había estado aprendiendo lo que quería y empezaba a pedirlo.

Lex bajó los pantalones y la ropa interior de Mara hasta sus muslos y puso su boca en ella; la mano de Mara bajó para agarrarle el pelo con fuerza, y el sonido que emitió Mara fue una plegaria y una orden fundidas en una sola.

Lex hizo que Mara se corriese de nuevo con la boca, de forma rápida y feroz, con la mano de Mara apretada en su pelo y su cuerpo temblando contra las taquillas. Luego Mara tiró de ella hacia arriba, empujó a Lex contra la fila opuesta de taquillas, cayó sobre sus propias rodillas, miró a Lex con esos ojos azules y dijo: —Ahora tú.

—Estoy empapada de sudor, Mara —dijo Lex. No era que no deseara la boca de Mara con desesperación, que sí.

—No me importa —dijo Mara—, necesito saborearte. —Su voz era desesperada mientras le bajaba a Lex los pantalones y la ropa interior deportiva.

Lex se quedó sin aliento. Apoyó las manos en la parte superior de las taquillas y miró hacia abajo, a Mara de rodillas, y solo la imagen casi acaba con ella. La boca de Mara era cálida y ávida, y lo que le faltaba en experiencia reciente lo compensaba con un hambre y una intensidad de enfoque que eran puramente Mara Ellison: la mujer que no hacía nada a medias, que daba todo lo que tenía en cada tarea que emprendía. Su lengua encontró el ritmo que Lex necesitaba en cuestión de segundos; Lex apretó la parte superior de la taquilla hasta que se le entumecieron los dedos mientras restregaba su sexo contra la boca de Mara y llegó al clímax con un gruñido bronco y cortado que resonó en las paredes de hormigón.

Aún estaban recuperando el aliento, todavía enredadas contra las taquillas bajo la tenue luz roja de emergencia, cuando la puerta se abrió.

—¿Mara? ¿Estás aquí? Alguien ha dicho que te ha visto venir por aquí.

La voz de Astoria. Clara, sonora y exactamente a dos metros de descubrir qué estaba pasando.

Lex se movió por puro instinto. Se agachó detrás de la fila de taquillas más lejana, encogiéndose, con el corazón golpeándole tan fuerte que estaba segura de que era audible. Oyó a Mara incorporarse, oyó el crujido de la ropa al ser ajustada, oyó la cremallera del pantalón al subir y, después, la voz de Mara, firme, profesional y sin delatar absolutamente nada.

—Aquí estoy. Estaba revisando las instalaciones de visitantes para nuestras notas de configuración local.

Astoria se adentró más en la habitación. Lex podía oír sus tacones golpeando el suelo de hormigón. —¿Por qué están las luces apagadas?

—Acabo de entrar. Aún no había encontrado el interruptor.

Un clic. Los fluorescentes del techo se encendieron, bañando la habitación con una cruda luz blanca. Lex se pegó más al suelo detrás de la hilera de taquillas, con el pulso martilleándole en los oídos. Un paso a la izquierda y Astoria la vería allí agachada, con la cara encendida y el sabor de Mara aún en sus labios.

—Gran victoria esta noche —dijo Astoria—. Su voz era cálida, con el entusiasmo brillante de una multimillonaria cuya inversión estaba dando sus frutos. El equipo ha estado increíble. La química de Lex con Camille es eléctrica. La forma en que se combinaron en ese segundo gol, la sincronización, la visión… es exactamente lo que esperaba cuando la fiché.

—Está aprendiendo el sistema —dijo Mara. Su voz era el epítome de la compostura profesional. Lex, agachada detrás de un bloque de taquillas con el corazón a punto de estallar, se maravilló ante la actuación—. Su inteligencia en el hockey se ha desarrollado más rápido de lo que anticipé. Es un talento puro.

—Ya te dije que lo sería. Ahora, tenemos que hablar del asalto a los playoffs. La victoria de esta noche nos sitúa en una posición sólida. ¿Hacemos el informe mañana durante el desayuno?

—Por supuesto. Tendré listo el análisis del partido. La voz de Mara no flaqueó. Ni una sola vez. Lex se presionó el puño contra la boca para no hacer ruido.

—Estupendo. Descansa un poco. Te lo has ganado. Los tacones de Astoria resonaron hacia la puerta. ¿Y Mara? Sonríe. Acabas de ganar un partido importante.

La puerta se cerró. Los pasos se alejaron por el pasillo. Silencio.

Lex exhaló. Se levantó de detrás de las taquillas con unas piernas que le temblaban por la adrenalina, la risa reprimida y la electricidad residual de los últimos quince minutos. Mara estaba de pie al otro extremo de la habitación, con la espalda contra la pared, la mano presionada contra el pecho y una expresión que era a partes iguales horror y regocijo.

Sus ojos se encontraron a través del vestuario vacío.

Lex empezó a reírse. El absurdo era demasiado. Lo absurdo de la situación: agachada detrás de un bloque de taquillas mientras la propietaria multimillonaria del equipo hablaba de la química para los

playoffs a un metro de donde Lex acababa de recibir el orgasmo de Mara en su boca. La risa era histérica y contagiosa; Mara intentó mantener la compostura durante un par de segundos antes de romperse, llevándose la mano a la boca, con los hombros temblando y los ojos azules anegados en lágrimas de alivio, adrenalina y el terror mareante y vertiginoso de haber estado a punto de ser pilladas.

—Madre mía —susurró Mara. Aún tenía la mano apretada contra el pecho y respiraba agitadamente—. Estaba justo ahí.

—«La química de Lex con Camille es eléctrica» —citó Lex con una sonrisa de oreja a oreja—. Si ella supiera.

Mara sacudió la cabeza, aún riendo, aún temblando. —Necesito un minuto. Necesito varios minutos.

—Tómate todo el tiempo que necesites. —Lex se acercó, tomó a Mara en sus brazos y la estrechó contra las taquillas; se quedaron allí riendo, temblando y abrazándose bajo la cruda luz fluorescente de un almacén de equipamiento vacío en Boston.

—No me puedo creer —dijo Mara, apartándose lo justo para mirar a Lex a la cara— que acabe de tener sexo en un almacén. Soy una entrenadora jefa de cuarenta y ocho años. Tengo un máster.

—Y has estado magnífica.

—He sido una temeraria y una irresponsable y he sonado como una adolescente.

—Has sonado como una mujer que acaba de ganar un partido de hockey y lo ha celebrado como corresponde. —Lex sonrió—. Muy como corresponde.

Mara apoyó la frente en la clavícula de Lex. —Si Astoria hubiera entrado treinta segundos antes…

—No lo hizo.

—Podría haberlo hecho.

—Pero no lo hizo. Y en su lugar elogió tu trabajo y se fue. Y tú te quedaste ahí con cara de póquer diciendo que «su inteligencia en el hockey se ha desarrollado más rápido de lo que anticipé» mientras yo estaba agachada detrás de unas taquillas intentando no morirme. —Lex sonreía tanto que le dolía la cara—. Ha sido la mejor actuación de tu carrera. Olvida lo de entrenar. Deberías estar en el cine.

—Te odio —dijo Mara contra el pecho de Lex, pero volvía a reírse, y el sonido llenó la estancia.

Lex apoyó la cara contra el pelo de Mara y sintió que la risa se transformaba en ternura. Estrechó sus brazos alrededor de la mujer que sostenía, escuchó los latidos de su corazón y sintió, con una certeza que ya no era aterradora sino simplemente real, que se estaba enamorando. No de esa forma rápida, intensa y desechable de la que se había enamorado antes. De la de verdad. De la que te cambia. De la que no se vuelve.

Abrazó a Mara con más fuerza, no dijo nada y dejó que el sentimiento le llenara el pecho hasta dolerle.

Fuera del almacén, el pabellón se estaba vaciando. Los equipos de limpieza, el zumbido de la planta de hielo apagándose y las voces apagadas del personal llegaban desde los pasillos lejanos. La luz fluorescente zumbaba sobre ellas. La habitación olía a caucho, a desinfectante, a sexo y al pelo de Mara; Lex lo inhaló todo y pensó en su padre, muerto hacía seis años, que la había traído a este pabellón cuando ella tenía nueve años, le había comprado un perrito caliente y le había dicho que podría ser lo que quisiera. ¿Qué pensaría de ella ahora? De pie en un vestuario tras el partido, abrazando a una mujer veinte años mayor que ella, habiendo jugado el mejor partido de su vida en el deporte al que había dedicado los últimos dos años.

A él le habría gustado Mara. Habría visto el acero bajo la compostura y la calidez bajo el acero, y se habría inclinado hacia Lex para decirle, con su voz pausada de Boston: *Esa es de las que valen, pequeña.*

Lex presionó sus labios contra la sien de Mara una vez más y susurró: —Deberíamos irnos antes de que alguien más venga a buscarnos.

Mara asintió contra su pecho, pero ninguna de las dos se movió durante un minuto entero, permaneciendo juntas bajo la luz brillante y fea del almacén, aferrándose la una a la otra. Los playoffs estaban a tres semanas. Los ojos de Astoria estarían en todas partes. Y aquello que crecía en el pecho de Lex ya era más grande que cualquier plan que hubiera hecho para que esto fuera algo sencillo.

19

El sueño era vívido, lento y cálido.

Mara estaba tumbada en una playa que no reconocía, con la arena caliente bajo la espalda y el sol presionando sobre su piel desnuda con un peso líquido y dorado. El océano estaba cerca. Podía oírlo, el rítmico vaivén de las olas, y el sonido compasaba un ritmo que nacía más abajo, entre sus piernas: una boca moviéndose contra ella con una paciencia y un mimo que hacían que su cuerpo se arqueara sobre la arena.

Gimió. El sonido se oía distante, amortiguado, propio de alguien que duerme. La boca entre sus piernas era implacable y experta, con una lengua que trazaba patrones que ella reconocía, patrones que su cuerpo había aprendido a responder durante la última semana, y el placer crecía en olas lentas y concéntricas que se irradiaban hacia fuera desde su centro, recorriendo sus muslos, su vientre y el hueco de sus rodillas.

La playa se disolvió. La arena se convirtió en sábanas. El sol pasó a ser la luz grisácea del amanecer que se filtraba por las cortinas del dormitorio. El océano se transformó en el sonido de su propia respiración, entrecortada y superficial, y la boca entre sus piernas resultó ser real.

Mara emergió del sueño con un jadeo; no por la novedad, sino porque la boca de Lex era exactamente tan hábil como ya esperaba.

Su dormitorio se materializó a su alrededor por piezas: el ventilador de techo girando lentamente sobre ella, los certificados de entrenadora enmarcados en la pared, la mesilla de noche con sus gafas de lectura y el vaso de agua que había dejado allí antes de acostarse. Su propia casa. Phoenix Ridge.

Y entre sus muslos, la cabeza oscura de Lex moviéndose con un enfoque deliberado y pausado.

La mano de Mara buscó el pelo de Lex por instinto, hundiendo los dedos en las ondas espesas, aferrándose sin pensarlo. Lex emitió un sonido bajo de aprobación contra ella y la vibración recorrió las terminaciones nerviosas de Mara como una corriente. El límite entre el sueño y la vigilia aún estaba borroso, con la mente nublada y el cuerpo alerta, cada sensación amplificada por la transición onírica del placer inconsciente al consciente.

—Lex... —Su voz estaba ronca por el sueño.

Lex no levantó la cabeza. Su lengua presionaba con firmeza, luego trazaba círculos y volvía a presionar, con un ritmo constante y sabio. Una mano se apoyaba contra la cara interna del muslo de Mara, manteniéndola abierta. La otra bajó más, con los dedos recorriendo la piel húmeda, y entonces un dedo presionó en su interior y se curvó.

A Mara se le detuvo el aliento.

La presión era profunda y certera. El dedo de Lex se arqueaba mientras presionaba, y la combinación de su boca en el clítoris de Mara y la plenitud en su interior resultaba abrumadora. Las caderas de Mara se agitaron y de su boca escapó un sonido crudo y desesperado.

—¿Así te va bien? —murmuró Lex contra ella.

—Sí —la palabra fue apenas audible—. No pares.

Lex no paró. Su lengua mantuvo el ritmo y su dedo trabajaba con movimientos lentos y curvos, y la doble sensación creció rápida y enorme, convergiendo en algún punto profundo de su pelvis. El placer le hablaba directamente a su cuerpo en un lenguaje más antiguo que el pensamiento.

Entonces la mano de Lex cambió de posición. Su dedo húmedo bajó más, más allá de donde había estado, y presionó suavemente

contra el ano de Mara.

Todo el cuerpo de Mara se puso rígido. —Lex...

—Confía en mí —las palabras sonaron cálidas contra su clítoris—. Quédate conmigo.

La presión era lenta y cuidadosa, algo que Mara nunca había experimentado. El dedo de Lex se deslizó dentro y Mara abrió la boca, pero no salió ningún sonido. La plenitud era distinta a todo lo que conocía. Más profunda, más íntima.

Un lugar que nadie había tocado, y la vulnerabilidad de aquello, la novedad, envió una onda de choque a través de su sistema nervioso que reconfiguró cada sensación que ocurría simultáneamente. La lengua de Lex en su clítoris. El dedo de Lex en ese lugar nuevo y sorprendente. Los dos puntos de placer convergiendo en algo tan intenso que la visión de Mara se nubló y sus pensamientos se disolvieron en una estática blanca.

—Dios mío —su voz no parecía la suya—. Dios mío, Lex.

Sus manos se retorcieron en las sábanas. Arqueó la espalda separándola del colchón. El ventilador de techo giraba arriba, perezoso e indiferente, y desde el rincón Goldie roncaba suavemente, y tras la ventana un cenzontle entonaba sus primeras notas de la mañana; todo aquello no era más que el telón de fondo de lo arrollador que sucedía entre sus piernas. Sus dedos de los pies se encogieron contra los hombros de Lex, sus muslos temblaron y el orgasmo la golpeó con una fuerza que le arrancó un grito de la garganta y la dejó estremecida, con todo el cuerpo tenso, la visión en blanco y las manos aferradas a las sábanas con tanta fuerza que la esquina de la sábana ajustable se soltó del colchón.

Duró más de lo habitual. Oleada tras oleada, su cuerpo se contraía y se relajaba, con las réplicas recorriéndola en pulsos decrecientes pero implacables. La boca de Lex se volvió delicada durante los últimos temblores, acompañándola en el descenso con caricias suaves y lentas hasta que el temblor amainó y Mara se quedó sin fuerzas, jadeando contra las almohadas, con el cuerpo vibrando por una satisfacción tan completa que rozaba el estupor.

Lex subió por la cama y se tumbó a su lado, apoyada en un codo. Estaba desnuda, con el pelo oscuro revuelto y enredado, la

boca húmeda y los ojos castaños rebosantes de satisfacción y ternura. Era la expresión que solo mostraba en privado, solo en estos momentos, cuando la chulería y la fanfarronería desaparecían y lo que quedaba era la Lex real, la que abrazaba a Mara mientras lloraba y le susurraba palabras de consuelo al oído, mirándola como si fuera lo más importante del mundo.

—Estabas irresistible durmiendo —dijo Lex. Sus dedos dibujaban círculos lentos en el vientre de Mara—. Tenía que probarte.

Mara se tapó la cara con la mano. Estaba sonriendo y temblando, su corazón martilleaba; tenía cuarenta y ocho años, estaba tumbada en su propia cama a las cinco y media de la mañana con una mujer de veintiocho años que acababa de despertarla con la boca y le había hecho cosas a su cuerpo que Mara ni siquiera sabía que deseaba. Lo absurdo de la situación. Lo maravilloso de ella.

—Vas a acabar conmigo —dijo Mara.

—Qué forma tan buena de morir.

Lex rodeó la cintura de Mara con el brazo y la atrajo hacia sí, y se quedaron entrelazadas bajo la luz gris de la mañana mientras Goldie dormía en su cama en el rincón, ajena a todo. Por la ventana, Mara oía los primeros pájaros del día y el sonido lejano del océano, el mismo ritmo de dos notas que había marcado cada mañana de su vida en Phoenix Ridge. La casa olía al café del temporizador automático, al aire salino que se colaba por los viejos marcos de las ventanas y al aroma cálido de la piel de Lex, que se había vuelto tan familiar para Mara como la suya propia.

Mara se giró en brazos de Lex para quedar frente a ella. Estudió su mandíbula fuerte, sus pestañas oscuras, la pequeña cicatriz en el nudillo, el tatuaje de la rosa de los vientos que asomaba por el borde de la sábana. Estaba memorizando cada detalle. Catalogándolos. Eran preciosos.

—¿Lo sabe alguien? —preguntó Mara—. ¿Del equipo?

Los dedos de Lex continuaron sus patrones sobre la cadera de Mara. —Nadie lo sabe. Pero creo que Elise sospecha algo.

—¿Cuánto sospecha? —Los dedos de Mara se detuvieron sobre la clavícula de Lex.

—Lo suficiente como para haber dejado de preguntar a dónde voy por las noches y empezar a dejar la puerta de la habitación del hotel sin echar la llave.

A Mara se le encogió el estómago. La calidez de la cama, el rastro del orgasmo, la seguridad dorada de estar desnuda con Lex retrocedieron ligeramente mientras la parte profesional de su cerebro se despertaba y empezaba a hacer cálculos. Que Elise sospechara significaba que el vestuario podría sospechar. Que el vestuario sospechara significaba que llegaría a la directiva. La directiva significaba Astoria. Astoria significaba escándalo. Y el escándalo significaba el fin de todo lo que Mara había reconstruido durante años de trabajo cuidadoso, disciplinado y lleno de barreras.

—Tenemos que tener más cuidado —dijo Mara.

—O podríamos dejar de tenerlo.

El estómago de Mara se apretó. Conocía ese tono. Se lo había oído en las reuniones de equipo cuando Lex estaba a punto de rebatir un ejercicio que consideraba inútil, o en las ruedas de prensa cuando un periodista hacía una pregunta que ella creía estúpida. El tono de alguien que ha decidido decir algo difícil y no va a dejar que la convenzan de lo contrario.

Lex se puso de lado, fijando sus ojos oscuros en los de Mara con una intensidad que hizo que el dormitorio pareciera más pequeño. —Quiero que esto sea público, Mara. No quiero andar a escondidas y fingir que solo eres mi entrenadora durante el día para luego venir a tu cama por la noche como si fuera algo vergonzoso. Odio irme antes del amanecer. Odio no poder tocarte en la pista. Odio cómo te tensas cada vez que alguien pasa por delante de tu despacho cuando estoy dentro.

—No me tenso. —Mara se subió más la sábana, un reflejo tan automático como su negación.

—Te tensas. Siempre. —La mano de Lex se detuvo en la cadera de Mara—. Entiendo por qué. Respeto tus motivos. Pero quiero algo más que horas robadas y puertas cerradas con llave, y creo que tú también quieres más.

—Lo que yo quiera no cambia la realidad de lo que somos. —Mara notó que su propia voz se volvía plana, profesional, la voz de

entrenadora que usaba cuando un jugador sobrepasaba un límite. La odiaba. Odiaba usarla con Lex, en su cama, con las sábanas aún calientes por el sexo—. Soy tu entrenadora, Lex. Solo la dinámica de poder acabaría con mi carrera.

—Eres la mujer de la que me estoy enamorando.

El silencio que siguió fue inmenso. Mara sintió el impacto irradiar por su pecho, sus costillas, por el centro tierno y aterrorizado de su corazón que llevaba preparándose para este momento desde Boston. Sabía que llegaría. Lo había visto gestarse en la forma en que Lex la miraba cuando estaban a solas, el cambio del deseo a la devoción, del querer al necesitar. Lo había visto en el vestuario después del partido, en cómo Lex la sujetaba contra las taquillas del equipo y reía con la cara hundida en el pelo de Mara, en cómo apretaba los brazos como si temiera que Mara pudiera desaparecer si la soltaba.

Enamorándose. Lex Landry, que había llegado a Phoenix Ridge con fama de líos pasajeros, apariciones en la prensa rosa y un desfile de mujeres hermosas, se estaba enamorando de su entrenadora de cuarenta y ocho años en un pueblo que olía a agua salada y polvo de obras.

Las palabras que quería decir se agolparon tras sus dientes. Pocas palabras. Sencillas, verdaderas y aterradoras; se las tragó enteras porque decirlas en voz alta haría que esto fuera real, irreversiblemente real. Había construido su vida sobre el control. Sobre la gestión cuidadosa del riesgo, la exposición y la vulnerabilidad. Decir *te quiero* sería entregarle a Lex un arma que podría destruir todo lo que Mara había tardado años en reconstruir, y el hecho de que confiara en que Lex no la usaría hacía que el terror fuera peor, no mejor, porque confiar en alguien de forma tan absoluta significaba que la pérdida sería total si algo salía mal.

—Lex —le tembló la voz—. No podemos hacerlo público. Sabes lo que pasaría. La prensa nos despedazaría. La liga abriría una investigación. Astoria podría apoyarnos o no, y si no lo hace, pierdo mi trabajo. Y no solo este trabajo. Todos. Nadie contrata a la entrenadora que se aprovechó de su jugadora.

—¿Entonces nos escondemos para siempre?

—Nos escondemos por ahora. Hasta que acabe la temporada. Hasta que entendamos qué es esto y cómo protegerlo.

Lex tensó la mandíbula. La decepción en sus ojos era cruda y evidente, y a Mara le dolió ser la causa. Odiaba ser quien ponía los límites, quien levantaba los muros, quien no podía decir las tres palabras que la oprimían el pecho por el miedo atroz a las consecuencias de dejarlas escapar.

—Sé que no es lo que quieres oír —dijo Mara. Alargó la mano y acarició el rostro de Lex, recorriendo con el pulgar la línea marcada de su mandíbula. Sentía su piel cálida bajo los dedos. La sombra del vello matutino era suave—. Pero necesito que confíes en mí. No digo que nunca. Digo que todavía no. Cuando termine la temporada, cuando cambie la dinámica de poder, lo solucionaremos. Juntas. Pero ahora mismo, salir a la luz podría destruirnos a las dos, y me niego a que se repita lo que pasó con Sara.

Mencionar a Sara surtió efecto. Mara vio cómo la frustración en los ojos de Lex cambiaba y se suavizaba, como siempre que salía a relucir el pasado de Mara. Lex sabía lo suficiente. Sabía lo del despido, los cuatro años de reconstrucción, el precio pagado. No insistía cuando surgía el nombre de Sara. Era una de las cosas que Mara amaba de ella: esa capacidad de ser feroz, tozuda y exigente y luego, en un suspiro, volverse tierna. Paciente. Dispuesta a esperar porque comprendía qué era lo que protegía esa espera.

—¿Y si me canso de esconderme?

—Entonces deja que haga que la espera valga la pena.

Mara se deslizó por la cama. Se colocó entre los muslos de Lex y alzó la vista hacia la mujer que acababa de decirle que se estaba enamorando. La expresión de Lex —frustrada, deseosa y ablandándose a su pesar— hizo que a Mara le doliera el pecho con una intensidad que le robó el aliento.

Bajó la boca y saboreó a Lex, húmeda y cálida, con ese sabor que había empezado a ansiar con un hambre que la sorprendía. La mano de Lex buscó su pelo y se aferró a él, y el sonido que emitió fue crudo, necesitado y hermoso. El dominio que Lex ejercía con tanta naturalidad en sus encuentros dio paso a algo que Mara nunca le había visto: vulnerabilidad. Su cuerpo se ablandó bajo la boca de

Mara, abrió más los muslos y su respiración perdió el ritmo controlado para volverse entrecortada y desesperada. La mujer que dominaba cualquier habitación en la que entraba estaba temblando, con la mandíbula relajada y los ojos húmedos; su armadura de suficiencia había desaparecido hasta que solo quedó Lex, abierta, necesitada y confiando en que Mara se encargara de ella.

Mara usó la lengua con una confianza que crecía cada vez que hacía aquello. Estaba aprendiendo el mapa del placer de Lex, descubriendo qué presiones la hacían jadear, cuáles la hacían gemir y cuáles hacían que sus caderas se arquearan sobre la cama sin poder evitarlo. Subió una mano, introdujo dos dedos y sintió cómo Lex se tensaba a su alrededor. Entonces, Lex dejó de tirar de su pelo. Abrió las manos y las dejó caer sobre las sábanas, quedándose quieta; no de forma pasiva, sino por elección. Deliberadamente. El autocontrol de alguien que podría inmovilizar a Mara contra cualquier superficie de la casa y decidía no hacerlo. La intimidad de esa confianza hizo que a Mara le doliera el pecho.

Trabajó con la boca y los dedos a la vez, con la lengua trazando círculos mientras los dedos se curvaban y presionaban, encontrando el punto que hacía que los abdominales de Lex se contrajeran y se le cortara la respiración. Lex elevó las caderas de la cama y volvió a apretar la mano en el pelo de Mara mientras sus sonidos llenaban el dormitorio, roncos, rotos y en aumento. Mara no se detuvo, no bajó el ritmo; la llevó más y más arriba con cada caricia hasta que Lex alcanzó el clímax con un grito quebrado que resonó en las paredes del cuarto mientras su cuerpo se arqueaba como un arco tensado al límite.

Mara besó la parte interna del muslo de Lex, subió por la cama y la estrechó contra su pecho. Durante un momento se limitaron a respirar, enredadas en sábanas cálidas por el sexo y el aire salino, mientras la luz de la mañana ganaba intensidad a través de las cortinas.

—¿Ha valido la pena la espera? —murmuró Mara contra la sien de Lex.

Lex se rió sola. Una risa grave, cálida y de alguien que se resiste a ceder. —No creas que esto te libra de la conversación.

—Lo sé. —Mara presionó los labios contra el hombro de Lex, saboreando la sal.

—Pero sí. Ha valido la pena.

Lex fue la primera en salir de la cama. Se puso unos bóxers y una de las viejas camisetas de torneos de Mara; la tela le quedaba tirante en los hombros y el dobladillo apenas le llegaba a las caderas. Mara la observaba desde la cama y sintió que algo cambiaba en su pecho, algo que no tenía nada que ver con el deseo. Lex parecía estar en su sitio. En casa de Mara. Con la camiseta de Mara. Caminando descalza hacia la cocina con la perra pegada a los talones.

Mara se puso un albornoz y la siguió. Encontró a Lex frente a los fogones, revolviendo huevos con una mano y dándole un trozo de queso a Goldie con la otra. La cafetera ya estaba en marcha. Lex había aprendido a usarla la segunda mañana que se quedó a dormir, y el hecho de que recordara que Mara lo tomaba cargado y sin azúcar hizo que a Mara se le hiciera un nudo en la garganta por razones que se negaba a analizar.

—Se te están quemando —dijo Mara, apoyándose en la encimera.

—No se están quemando. Les estoy dando personalidad. —Lex hurgó en los huevos con una espátula. Definitivamente se estaban quemando.

—Personalidad es como lo llamas cuando no sabes cocinar.

—Soy una atleta de élite. No necesito cocinar. Necesito que alguien cocine para mí. —Lex se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa tan abierta, tan desprotegida y tan distinta a la del deportista engreído que se pavoneaba en los entrenamientos, que Mara se echó a reír. Una risa de verdad. De esas que nacen del vientre y que la sorprendió porque había olvidado lo que era reírse en su propia cocina con otra persona a las siete de la mañana.

La expresión de Lex cambió al oír la risa de Mara. Se suavizó hasta convertirse en algo puro y lleno de asombro. —Deberías hacer eso más a menudo.

—¿Criticar tu cocina?

—Reírte.

La palabra aterrizó con suavidad entre las dos. Mara desvió la mirada, entreteniéndose con las tazas de café. Lex sirvió los huevos en los platos y se sentaron a la pequeña mesa de la cocina con Goldie situada a la misma distancia de ambas, barriendo el suelo con la cola y girando la cabeza de plato en plato con un optimismo que rozaba la locura.

Lex comía de esa forma rápida y eficiente de quien ha pasado años en comedores de equipos. Entre bocado y bocado, sacó el móvil, le echó un vistazo y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

—Mi madre volvió a llamar ayer.

Mara soltó el tenedor. —¿La cogiste?

—No. —Lex movió un trozo de huevo por el plato—. Dejó un mensaje de voz. Dijo que vio el partido de Boston. Que mis lecturas defensivas han mejorado. —Hizo una pausa. La arrogancia se había esfumado. Lo que quedaba era la mujer de veintiocho años que se había pasado la vida intentando ganarse la aprobación de alguien que la dosificaba como si fueran raciones de guerra—. No puede decir simplemente que está orgullosa. Tiene que convertirlo en un apunte técnico.

Mara estiró el brazo por encima de la mesa y cubrió la mano de Lex con la suya. —No tienes por qué devolverle la llamada.

—Lo sé. —Lex giró la mano y entrelazó sus dedos. Su agarre era cálido y firme—. Pero creo que lo haré. Tarde o temprano. No porque se lo haya ganado. Sino porque no quiero ser esa clase de persona que no sabe perdonar. —Alzó la vista y tenía los ojos empañados—. Le gustarías, por cierto. Eres exactamente su tipo. Intensa, aterradora, obsesionada con los sistemas.

Mara le apretó la mano. —No me parezco en nada a tu madre.

—No. —Lex recorrió el nudillo de Mara con el pulgar—. No te pareces. De eso se trata precisamente.

Se quedaron abrazadas mientras el dormitorio se llenaba de luz y Goldie finalmente se movió en su cama, estirándose, bostezando y acercándose para presionar su nariz fría contra la mano de Mara. Mara rascó a la perra tras las orejas, sintió el aliento cálido de Lex en su cuello y pensó en el amor. En su forma. En cómo había vivido sin él durante tanto tiempo que se había convencido de que no lo

necesitaba, de que no lo quería, de que estaba mejor sin la vulnerabilidad ni el riesgo. En lo equivocada que estaba.

Ya no se reconocía.

La mujer que una hora después se duchaba y se vestía para ir a la pista, siguiendo su rutina matutina con las marcas de Lex en el cuello ocultas tras un jersey de cuello alto y el sabor de Lex aún en los labios, no era la misma que había llegado a Phoenix Ridge hacía seis meses. Aquella mujer era controlada, reservada y estaba segura de sus límites. Aquella mujer no había permitido que nadie cruzara el perímetro que había construido tras lo de Sara, no había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para dejar huella, no se había quedado desnuda bajo la luz gris de la mañana diciéndole a alguien que intentaba proteger lo que tenían.

Esta mujer tarareaba mientras preparaba café. Esta mujer le sonreía a su reflejo en el espejo del baño y notaba, con un ramalazo de calor, el leve enrojecimiento de su barbilla por haber bajado tanto a Lex. Esta mujer se agachaba para rascar a Goldie detrás de las orejas y decía: —Tu otra mamá acaba de irse. No se lo digas a nadie —y luego se tapaba la boca ante la palabra *mamá* como si fuera una obscenidad.

Condujo hasta el pabellón con la radio baja, sin escuchar, con el aire salino entrando cálido por la rendija de la ventanilla y una ligereza en el pecho que rozaba la imprudencia. El océano se extendía liso y plateado a su izquierda, el nuevo pabellón se alzaba blanco y reluciente a su derecha, y en algún lugar tras ella, Lex recorría la misma carretera con las gafas de sol puestas, la ventanilla bajada y el mismo secreto ardiéndole en el pecho.

Se sentía como una adolescente. Distraída, eufórica y consumida por la fiebre constante y moderada de desear a alguien que la deseaba a su vez. Aparcó en la zona de entrenadores, apagó el motor y se quedó sentada un momento con las manos en el volante, respirando, componiéndose, colocándose la máscara profesional que llevaría puesta las próximas doce horas. La entrenadora Ellison. Entrenadora jefa de las Phoenix Ridge Valkyries, disciplinada, serena y por encima de toda sospecha.

La máscara encajó en su sitio. La adolescente se retiró. La entrenadora entró en el edificio y nadie, ni una sola persona en los pasillos, los despachos o el vestuario, sospechó de la mujer que había debajo, la que estaba aterrorizada y entusiasmada y enamorándose, y que no tenía ni idea de cuánto tiempo más podría evitar que sus dos mitades colisionaran.

20

El gimnasio olía a caucho, a tiza y al aire salino que se filtraba por el sistema de ventilación del pabellón desde el océano, a dos manzanas de distancia.

Lex llevaba tres series de su programa de peso muerto, con los auriculares puestos y la lista de reproducción a todo volumen, cuando su teléfono vibró en el banco, a su lado. Dejó la barra y lo cogió. Otra solicitud de mensaje directo. Otra notificación de hito de seguidores. Otra etiqueta en una publicación para la que no había dado su consentimiento y que no quería ver.

Las fotos de Sports Illustrated habían salido a la luz hacía tres días.

La sesión en sí llevaba semanas en el calendario; la oficina de relaciones públicas del equipo la había propuesto después de que se publicara el reportaje en Ice & Edge, y Lex había aceptado sin pensárselo mucho, como aceptaba la mayoría de las cosas que no fueran el hockey o Mara. Sabía que generarían atención. La sesión se había diseñado para eso: Lex con la equipación completa de hockey de cintura para abajo y un sujetador deportivo negro de cintura para arriba, los tatuajes a la vista, una iluminación dramática y una composición agresiva y contundente. El fotógrafo le había dicho que mirara directamente a la cámara como si estuviera retando al espectador a apartar la vista; Lex lo había hecho, y las

imágenes resultantes estaban por todas partes. Instagram. Twitter. Blogs de deportes. El Twitter lésbico, que era un ecosistema aparte y significativamente más entusiasta. Su número de seguidores se había triplicado en cuarenta y ocho horas. Un nuevo agente le había escrito un correo electrónico, luego la había llamado y luego le había vuelto a escribir. Las oportunidades de patrocinio estaban materializándose. Una marca de ropa deportiva quería su rostro. Una empresa de suplementos de proteínas quería su cuerpo. Un podcast quería su historia.

Su carrera despegaba, y tres meses atrás eso habría sido lo único que le habría importado. Ahora no era más que ruido de fondo. Impresionante, gratificante, pero totalmente secundario frente al hecho de que se había pasado la última semana durmiendo en la cama de Mara Ellison y despertándose cada mañana con unos ojos azules, olor a café y el cálido peso de Goldie contra sus pies.

Dejó el teléfono y cargó la barra para la siguiente serie.

Elise apareció primero, dejando su bolsa de deporte junto al soporte de sentadillas y estirando los hombros. Luego Lou, recién salida de una sesión de fisioterapia, girando su muñeca derecha en círculos lentos. Después Camille, que entró hablando por teléfono con alguien, colgó y se unió a ellas cerca de las pesas libres.

—¿Habéis visto los comentarios en la publicación de SI? —preguntó Elise, acomodándose en el banco de press de banca.

—Dejé de leer comentarios hace tres días —Lex añadió otro disco a la barra.

—Haces bien. Pero te estás perdiendo algunas declaraciones de amor de lo más creativas. Una mujer de Ohio te ha ofrecido su casa.

—¿Solo la casa? ¿Nada de coche? —Lex sonrió, ajustando el agarre en la barra.

—El coche se daba por sentado —Elise le devolvió la sonrisa—. Bueno, hablando de declaraciones de amor...

El tono cambió. Lex lo notó: el desvío cuidadoso de la conversación, el modo en que la naturalidad de Elise se volvía menos natural. Lou dejó de estirarse la muñeca. Camille se apoyó contra el soporte de sentadillas con los brazos cruzados y una expresión expectante y de complicidad.

—Lo sabemos, Lex —dijo Lou. La voz de la capitana era suave. Directa. La misma voz que usaba en el vestuario cuando había que decir una verdad y ella era la encargada de hacerlo—. Lo tuyo y de Mara.

Las manos de Lex se quedaron quietas sobre la barra. Las miró a las tres: a Lou con sus firmes ojos color avellana, a Camille con su pequeña sonrisa cómplice, a Elise con la expresión de alguien que había estado guardando un secreto durante semanas y se sentía aliviada de soltarlo por fin.

—¿Cuánto sabéis?

—Lo suficiente —dijo Camille—. Hueles a su champú. La miras durante el entrenamiento como si fuera el último vaso de agua de la tierra. Y has dejado de flirtear con todo el mundo, que es la señal más clara de todas.

Lex se sentó en el banco. Se olvidó de la barra. Miró a las tres mujeres que se habían convertido en sus amigas más cercanas en Phoenix Ridge, y el alivio de ser vista, de ser comprendida, fue enorme. Había estado cargando con ese secreto durante semanas, compartiéndolo solo con Elise en fragmentos y susurros, y la carga le había estado oprimiendo el pecho como una mano.

—Empezó en el gimnasio —dijo—. Hace unas semanas. Y luego ocurrió lo de Boston —Las palabras salieron secas y llanas, despojadas de explicaciones que sabía que no necesitaban—. Y ahora estoy en su casa casi todas las noches y me estoy enamorando de ella, pero no me deja decírselo a nadie.

La última frase sonó cruda. Expuesta. Lex la escuchó resonar en el gimnasio y la vulnerabilidad de su propia voz la sorprendió.

—Tiene miedo —dijo Lou. No era una pregunta.

—Está aterrorizada. Tuvo un incidente antes, hace años. Un incidente con un entrenador asistente en otro equipo. Casi acaba con su carrera. Está convencida de que hacerlo público destruirá todo lo que ha construido.

—¿Lo hará? —Camille ladeó la cabeza, pensativa.

—No lo sé. Lo dudo, en esta liga, con esta propietaria, con este equipo. Pero ella no puede ver más allá del miedo.

Lou se acercó y se sentó junto a ella en el banco. Le puso una mano en el hombro, el peso firme y tranquilizador de una capitana que había pasado por su propio romance prohibido y había salido intacta.

—Te mereces a alguien que esté a tu lado a plena luz —dijo Lou —. No solo en la oscuridad. Lo sabes, ¿verdad?

Lex asintió. Tenía un nudo en la garganta.

—Pide lo que quieres —añadió Camille, inclinándose hacia delante—. Con claridad. Directamente. Vales lo suficiente como para que alguien te elija en voz alta.

Elise guardó silencio un momento. Luego añadió: —Por lo que sirva, te he estado observando estas últimas semanas. Estás diferente. Más tranquila. Más feliz. No te has peleado con nadie en días, lo cual es un récord de la franquicia. Sea lo que sea lo que ella te está dando, funciona.

—Ella me lo da todo —dijo Lex—. Pero no públicamente.

—Entonces hazle ver lo que está perdiendo al reprimirse —dijo Lou—. No con un ultimátum, sino con honestidad. Dile lo que necesitas y deja que ella decida si puede encontrarse contigo ahí.

Lex asintió. La barra seguía intacta en el soporte. El gimnasio estaba iluminado y caldeado, oliendo a caucho, a sudor y a la sal que se filtraba por las paredes, y las cuatro permanecieron allí en la silenciosa solidaridad de las mujeres que entendían lo que costaba amar a alguien en un mundo que no siempre lo ponía fácil.

Aquellas palabras acompañaron a Lex durante el resto de su entrenamiento y durante la reunión con su nueva agente, una mujer de mirada perspicaz llamada Jordan Evans que se sentó frente a ella en la sala de reuniones del pabellón con una carpeta de cuero y una confianza tranquila que a Lex le recordó a Mara. Jordan rondaba los cuarenta años, vestía de forma impecable, tenía unos ojos a los que no se les escapaba nada y una lista de clientes que incluía a tres atletas olímpicos y dos jugadoras de la WNBA. Expuso una estrategia de patrocinios de doce meses que haría que los ingresos actuales de Lex parecieran calderilla.

—Está en una posición única —dijo Jordan, deslizando una hoja de cálculo sobre la mesa—. Atleta femenina. Abiertamente queer.

Atractivo transversal desde el hockey sobre hierba. La sesión de SI acaba de poner su cara delante de quince millones de personas. Tenemos una oportunidad aquí, Lex. Las marcas la quieren ahora.

Jordan habló de la alineación de marca, de la presencia en redes sociales y del mercado emergente para atletas femeninas queer en la publicidad convencional; Lex escuchó, asintió, firmó el acuerdo de representación y sintió que su carrera se aceleraba en una dirección que debería haber parecido una victoria.

Era emocionante. Y bajo esa emoción, el dolor. El anhelo constante y sordo por la única persona con la que no podía celebrarlo abiertamente. Quería salir de aquella sala, buscar a Mara y decirle: *Acabo de firmar el contrato más importante de mi carrera. Alégrate conmigo. En voz alta. Donde la gente pueda verlo.*

Encontró a Mara en su despacho después de la reunión. La puerta estaba abierta. Mara estaba en su escritorio revisando vídeos de partidos en su portátil, con Goldie dormida en su rincón habitual junto al archivador. Mara levantó la vista cuando Lex apareció en el umbral, y su cara hizo lo que siempre hacía cuando Lex la pillaba desprevenida: un destello de calidez, reprimido rápidamente, recuperando su neutralidad profesional. El destello duró medio segundo. Lex vivía por ese medio segundo.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Lex entró y cerró la puerta. Los ojos de Mara siguieron el movimiento de la puerta al cerrarse, y la cautela tensó su expresión. Lo sabía. Podía leer a Lex con la misma fluidez con la que leía el hielo, anticipando los movimientos antes de que ocurrieran, y sabía que aquello no era una visita social.

—Acabo de firmar con una nueva agente —dijo Lex. Se sentó en la silla frente al escritorio de Mara—. Jordan Evans. Es increíble. Los contratos de patrocinio que está consiguiendo van a cambiar mi carrera.

—Es maravilloso. Te lo mereces.

—Me ha preguntado si estoy saliendo con alguien. Para el perfil de marca. Para la estrategia en redes sociales. Ha dicho que ser

abiertamente queer y tener una relación sería una ventaja, no un inconveniente.

Los dedos de Mara se detuvieron sobre el panel táctil de su portátil.

—Le he dicho que estoy saliendo con alguien. No he dicho quién.

Silencio. El despacho estaba en calma. La respiración de Goldie era suave y acompasada en la esquina. Los sonidos del pabellón se filtraban por las paredes: voces lejanas, el zumbido de la planta de hielo, el estruendo de algún mantenimiento en el edificio. El rostro de Mara estaba impasible.

—Quiero que seamos visibles —dijo Lex—. Quiero entrar en una habitación contigo y no fingir que solo somos entrenadora y jugadora. Quiero presentarte a mi madre, incluso. Quiero cogerte de la mano en la cena del equipo. Quiero dejar de mentirle a mi agente sobre la persona más importante de mi vida —Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, sosteniéndole la mirada—. Te mereces algo más que puertas cerradas y llegadas a medianoche, Mara. Y yo también.

La mandíbula de Mara se tensó. Sus ojos azules estaban brillantes, demasiado brillantes, y tenía las manos apretadas sobre el escritorio con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Parecía alguien al borde de un precipicio, deseando saltar pero incapaz de mover los pies.

—Lex, no puedo —su voz era casi inaudible—. Nunca he hecho nada parecido. Nunca he estado con una mujer públicamente. He pasado toda mi vida adulta ocultando quién soy, y la única vez que no lo hice, la única vez que dejé entrar a alguien, me costó todo. Mi trabajo. Mi reputación. Cuatro años de mi carrera. No puedo volver a pasar por eso.

—Esta situación no es la misma. Sara fue un error; ella no estuvo a tu lado al final, cuando más la necesitabas. Nosotras no somos un error —La voz de Lex era feroz, firme.

—No importa lo que seamos para nosotras. Importa cómo nos ven los demás. Una entrenadora de cuarenta y ocho años acostándose con su jugadora de veintiocho. Los titulares se escriben solos. La liga investigará. Los medios nos destrozarán. E incluso si

nada de eso ocurre, incluso si Astoria nos apoya y al equipo no le importa y la liga mira para otro lado, siempre seré la entrenadora que se acostó con su jugadora. Eso me perseguirá el resto de mi carrera.

—Y yo siempre seré la jugadora a la que tuviste miedo de amar públicamente.

Lex la vio estremecerse, vio cómo las lágrimas contra las que había estado luchando brotaban por fin, cayendo por una mejilla y luego por la otra. Mara no se las secó. Se quedó sentada tras el escritorio, con las manos entrelazadas, las lágrimas cayendo y la expresión destrozada, y era lo más hermoso y desgarrador que Lex había visto jamás.

Lex quiso levantarse, rodear el escritorio, tomar el rostro de Mara entre sus manos y besar las lágrimas de sus mejillas. Quería estrecharla entre sus brazos y decirle que todo saldría bien. El impulso era físico, un tirón en el pecho, una fuerza de gravedad que la había estado arrastrando hacia aquella mujer desde el día en que entró en aquel despacho y Goldie la saludó moviendo la cola.

No se movió. No podía. Porque abrazar a Mara en aquel momento significaría aceptar las condiciones, acceder al secreto, consentir una vida vivida en las sombras, y Lex ya había pasado demasiados años en las sombras. Demasiados años sin ser tan abierta como deseaba en los pasillos educadamente homófobos del hockey sobre hierba.

Había estado llevando una cuenta privada de lo que le costaba el secreto. Las mañanas de entrenamiento en las que tenía que mirar a Mara de la misma forma que miraba el área de la portería: de manera estratégica, funcional, sin deseo. La cena del equipo en la que Mara había contado un chiste y Lex se había reído para después cortarse de inmediato, escrutando rostros, recalibrando. La mañana en que Elise había notado la marca en su clavícula y Lex había dicho *equipo del gimnasio*, odiándose a sí misma por ello. Precios pequeños, cada uno de ellos. Pero se acumulaban. Cada día se acumulaban.

Y luego lo de ayer. El evento de los patrocinadores en el vestíbulo después del partido. Una mujer de la compañía de ropa deportiva,

alta, llamativa y abiertamente coqueta, le había puesto la mano en el brazo a Lex, se había acercado y le había dicho: —Deberíamos ir a cenar mientras estoy en la ciudad. Solo nosotras dos —. Y Lex había mirado al otro lado de la sala a Mara, que observaba desde la vitrina de trofeos con un vaso de agua con gas y una expresión perfecta y devastadoramente neutral. Mara no podía acercarse. No podía reclamarla. No podía hacer nada más que quedarse allí y ver cómo una desconocida tocaba a la mujer que amaba, porque hacer lo contrario habría sido demasiado evidente. Lex le había sonreído a la mujer y le había dicho: —Agradezco la oferta, pero estoy viendo a alguien—. Y la mujer le había contestado: —Persona afortunada. Debería traerte a eventos mejores—, y se había marchado. Mara había vuelto a su conversación con los entrenadores asistentes sin reconocer nada de lo que acababa de pasar. No lo habían discutido. Nunca lo discutirían. Ese era el trato.

Ese era el trato, y Lex ya había tenido suficiente.

Había venido a Phoenix Ridge para dejar de esconderse, y no podía, no quería, retroceder. Ni siquiera por la mujer a la que amaba.

—No puedo seguir con esto en secreto —dijo Lex. Su propia voz se quebraba ahora, agrietándose por la misma línea de falla que atravesaba el centro de su pecho—. Te quiero, Mara. Pero no voy a ser tu secreto. No voy a ser un secreto del que te avergüences.

—No me avergüenzo de ti —las palabras fueron feroces, desesperadas, arrancadas de la garganta de Mara—. Nunca me he avergonzado de ti.

—Entonces quédate a mi lado. A la luz. Donde todo el mundo pueda vernos.

Mara abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla. No salieron palabras. Su rostro era una ruina: lágrimas, angustia, el ruego desesperado y silencioso de una mujer que quería darle a Lex lo que pedía y no podía atravesar el muro de miedo que se levantaba entre el deseo y la acción.

El silencio se prolongó. Cinco segundos. Diez. Una eternidad comprimida en el espacio silencioso entre el escritorio de Mara y la silla donde Lex estaba sentada con el corazón roto.

Lex se levantó. Las piernas le flaqueaban. Su pecho era una cavidad llena de cristales rotos. Miró a Mara, las lágrimas en su cara, la angustia en su expresión suplicando a Lex que no se fuera, y la amó con tanta ferocidad que el amor mismo era una herida, profunda, sangrante e imposible de cerrar.

—Cuando estés lista para dejar de esconderte —dijo Lex—, ya sabes dónde encontrarme.

Se dio la vuelta y salió del despacho. Su mano encontró el pomo, abrió la puerta y salió al pasillo; la puerta se cerró tras ella con un clic suave que sonó como un disparo. Caminó. Atravesó el pasillo. Pasó por delante del vestuario donde su bolsa de equipo estaba en su taquilla. Pasó por el gimnasio donde les había contado a sus amigas lo de la mujer a la que amaba. Pasó por delante de la pancarta que rezaba PHOENIX RIDGE VALKYRIES — TEMPORADA INAUGURAL en letras doradas sobre fondo morado. Cruzó el vestíbulo con sus vitrinas de trofeos y sus carteles, y pasó por el mostrador donde la recepcionista le dijo «Que tenga una buena tarde, Lex» y Lex respondió «Gracias» con una voz que parecía de otra persona.

Salió por las puertas principales a la tarde de Phoenix Ridge. El aire salino le dio en la cara. El sol era cegador. Su visión se nubló con las lágrimas que no había dejado caer en el despacho de Mara.

Llegó a su camioneta en el aparcamiento antes de romperse por completo. Se sentó ante el volante con la frente apoyada en él y las manos apretando el cuero, y lloró. No fue el llanto silencioso y controlado de alguien que gestiona su pena. Fueron los sollozos feos que sacuden el cuerpo de alguien a quien le acaban de arrancar el corazón de cuajo; y lo peor, lo más terrible de todo, era que Mara no lo había hecho. Lex se lo había hecho a sí misma. Se había alejado de la mujer que amaba porque esa mujer tenía demasiado miedo para amarla públicamente, y la rectitud de la decisión no servía de nada, absolutamente de nada, para aliviar la devastación que sentía.

Se quedó en el vehículo y lloró hasta que se le secaron las lágrimas y la luz de la tarde pasó del dorado al ámbar y el aparcamiento se vació a su alrededor. A través del parabrisas, el océano se extendía, gris azulado e indiferente, con las olas

rompiendo contra la orilla con el mismo ritmo de siempre, como si nada hubiera cambiado. Como si el mundo no acabara de resquebrajarse por la mitad.

Su móvil vibró. Lo miró con los ojos hinchados. Un mensaje de Elise preguntaba: *¿Cómo ha ido?*

No pudo contestar. Dejó el teléfono boca abajo en el asiento del copiloto, apoyó de nuevo la frente contra el volante, cerró los ojos y pensó en Mara. En las lágrimas en su rostro. En el modo en que la boca de Mara se había abierto y cerrado sin que salieran las palabras que lo habrían cambiado todo. En la forma en que Mara la había mirado mientras permanecía en silencio.

Había hecho lo correcto. Lo creía con una certeza que le calaba hasta los huesos. Había pedido lo que se merecía y se había negado a aceptar menos. Eso era fortaleza. Eso era amor propio.

Pero también era el sentimiento más solitario que jamás había conocido.

21

La puerta se cerró y Lex se había ido.

Mara se sentó tras su escritorio y se quedó mirando el espacio donde Lex había estado sentada. La silla aún estaba ladeada desde que Lex la empujara hacia atrás para levantarse. El aire aún conservaba el tenue rastro de su jabón, limpio y penetrante, el aroma que se había convertido en lo más familiar del mundo de Mara durante las últimas dos semanas. Goldie levantó la cabeza desde su cama junto al archivador y gimió, un sonido suave y dubitativo, como si pudiera sentir que algo iba mal en la habitación.

A Mara le temblaban las manos. Las apretó con fuerza contra el escritorio y les ordenó que se detuvieran, pero no lo hicieron. Su visión estaba borrosa. Sentía una opresión en el pecho, como si le hubieran extraído todo el aire; sus pulmones funcionaban con jadeos superficiales e ineficaces que llevaban oxígeno a la sangre pero no a su cerebro. No podía pensar. No podía moverse. Estaba sentada en su silla de oficina, en el pabellón que había construido de la nada, contemplando una silla vacía y sintiendo cómo lo más importante de su vida se alejaba de ella porque había tenido demasiado miedo para retenerlo.

NO SERÉ TU SECRETO

Las palabras se repetían en bucle. La voz de Lex, quebrándose. Los ojos de Lex, húmedos, fieros y desconsolados. Lex, que era lo bastante valiente como para pedir lo que quería. Lex, que se había abierto en canal y le había pedido a Mara que se encontrara con ella allí, mientras Mara se quedaba al otro lado del abismo con la boca abierta, el corazón gritando y los pies cementados al suelo por años de miedo acumulado.

Se tapó la cara con las manos. Las lágrimas brotaron, calientes y silenciosas, deslizándose entre sus dedos y goteando sobre el escritorio. Goldie se levantó, se acercó con paso suave y presionó su cálido cuerpo contra las piernas de Mara, apoyando su cabeza dorada en su rodilla; Mara bajó una mano hacia las orejas de la perra, se aferró al suave pelaje y lloró.

No supo cuánto tiempo pasó allí sentada. El suficiente para que la luz que entraba por la ventana de su oficina pasara del dorado de la tarde a los tonos más planos y fríos del anochecer. Lo suficiente para que su ordenador se suspendiera y la pantalla se fundiera a negro. Lo suficiente para que los sonidos del edificio cambiaran a medida que el personal se marchaba por hoy, las puertas se cerraban, los coches arrancaban en el aparcamiento y las voces se alejaban por el pasillo hasta que los únicos sonidos fueron los de la

maquinaria de hielo, su propia respiración y la presencia paciente y constante de Goldie contra sus piernas.

No podía quedarse allí. No podía permanecer en ese despacho donde Lex le había dicho que la amaba y Mara no había dicho nada.

Se puso en pie. Sentía el cuerpo desconectado del cerebro, funcionando por memoria muscular. Enganchó la correa al collar de Goldie, se puso las gafas de sol para ocultar el estropicio, cogió su bolso y recorrió el edificio. Los pasillos estaban vacíos. La recepcionista se había ido a casa. El vestíbulo estaba en penumbra, con las luces en su temporizador nocturno, y Mara cruzó las puertas principales hacia el aire salino y el atardecer que se desvanecía, y echó a andar.

No tenía un destino. Sus pies la llevaron por la acera hacia el parque, el que daba al océano, a tres manzanas del pabellón. Las calles estaban animadas con la multitud que salía de trabajar, gente que se dirigía a restaurantes, gimnasios o a sus casas, y Mara mantuvo la cabeza baja y las gafas de sol puestas, caminando con el paso decidido de alguien que tiene algún lugar al que ir, aunque no tuviera a dónde ir, aunque el único lugar donde quería estar era dondequiera que estuviera Lex.

Goldie trotaba a su lado, con la cola baja, mirándola de vez en cuando con esa expresión preocupada de un perro capaz de leer los sistemas meteorológicos emocionales mejor que cualquier meteorólogo. La correa estaba tensa, Goldie se apretaba contra la pierna de Mara, su cuerpo dorado era un ancla cálida contra el vacío gélido que se extendía por el pecho de Mara. El océano se vislumbraba entre los edificios, gris y agitado bajo un cielo que había cobrado el color del peltre. Se había levantado viento, cargado con el olor a salitre y algas y el frío incipiente de la noche, y Mara se ajustó la chaqueta al cuerpo y siguió caminando.

El parque estaba casi vacío. Una pareja en un banco. Un corredor con zapatillas brillantes recorriendo el sendero. Una mujer con un cochecito dirigiéndose al aparcamiento, con su bebé durmiendo bajo la capota. Vidas corrientes. Personas que volvían a casa con gente que las amaba y no lo ocultaba. Mara encontró un banco frente al agua y se sentó; Goldie se acomodó a sus pies y las lágrimas

empezaron de nuevo, silenciosas e implacables, empapando el cuello de su jersey.

Sacó el teléfono. Le temblaban tanto las manos que tuvo que intentar tres veces buscar el contacto de Helen. Escribió con la vista borrosa: *¿Puedes hablar? Emergencia.*

La respuesta llegó a los cuarenta segundos: *Se me ha cancelado una cita a las 4. Llámame entonces. 12 minutos.*

Doce minutos. Mara se sentó en el banco con las gafas de sol ocultando sus ojos hinchados y su perra apretada contra sus tobillos, y contó las olas que rompían contra la orilla ahí abajo. Una. Dos. Tres. Cada una rompiendo con el mismo ritmo implacable, el océano haciendo lo que siempre hacía, sin importar quién se estuviera desmoronando en su orilla.

Su teléfono sonó a las 4:01. La pantalla mostraba el nombre de Helen junto al pequeño icono de una cámara de vídeo, pero Mara respondió solo con audio. No podía dejar que Helen le viera la cara. Todavía no. No cuando las lágrimas aún estaban frescas y tenía los ojos hinchados hasta ser meras rendijas, y se veía exactamente como lo que era: una mujer que había destruido lo mejor de su vida por miedo.

—Helen —su voz se quebró al pronunciar el nombre.

—Aquí estoy —la voz de Helen era calmada y firme, con la calidez profesional de alguien que ha pasado treinta años sosteniendo a la gente cuando cae. Su cadencia familiar, pausada, sin juicios y reconfortante, era lo único que impedía que Mara se disolviera por completo—. Habla conmigo.

—Se ha ido —Mara se apretó el teléfono contra la oreja y cerró los ojos—. Lex. Me pidió que lo hiciéramos público y no pude, y se ha ido. Dijo que ya no será mi secreto. Dijo que me ama y yo no pude decírselo también, y salió de mi despacho y me quedé allí sentada, Helen. Me quedé allí sentada y la vi marcharse.

—¿Y cómo te sientes ahora mismo? —la voz de Helen sonaba estable a través del altavoz del teléfono.

—Como si no pudiera respirar. Como si alguien me hubiera metido la mano en el pecho, me hubiera arrancado el corazón y se hubiera marchado con él. Como si hubiera arruinado lo mejor que

me ha pasado nunca porque soy demasiado cobarde para estar junto a la mujer que amo donde la gente pueda vernos.

La palabra amar salió sin planearlo. Mara se oyó decirla, cruda, desesperada e inequívoca, y la verdad de la misma la alcanzó antes de que su cerebro pudiera protestar.

—Acabas de decir que la amas —observó Helen.

—La amo —la confesión brotó de ella, imparable—. La amo. Amo cómo me mira. Amo cómo me abraza, como si fuera alguien valioso. Amo que me lleve la contraria cuando intento controlarlo todo. Amo que no tenga miedo a nada, ni a los medios, ni a la polémica, ni a la diferencia de edad, ni a la dinámica de poder. Ella es valiente y yo soy todo lo contrario, y la amo, y dejé que se fuera porque no pude decir esas palabras a la cara.

Goldie gimió a sus pies. El océano rompía contra la orilla. Una gaviota gritó sobre su cabeza.

—Mara —dijo Helen. Su voz era dulce pero firme, el tono que usaba cuando estaba a punto de decir lo que su cliente necesitaba oír y quizás no quería—. Quiero que pienses en lo que Lex te ha dado desde que entró en tu vida. No solo la intimidad física. No solo el sexo, aunque sé que ha sido significativo. ¿Qué más?

Mara pensó. Pensó en Lex en su oficina el primer día, engreída, difícil y viendo de inmediato a través de cada muro que Mara había construido. Pensó en Lex sobre el hielo, ejecutando el sistema de Mara con una brillantez que hacía que la carrera de Mara como entrenadora se sintiera validada de una forma que ningún galardón había logrado jamás. Pensó en Lex en el gimnasio, diciendo *Dime que pare* y esperando, paciente y constante, a que Mara eligiera. Pensó en Lex en el hotel, sosteniéndola mientras lloraba y susurrando *No me voy a ninguna parte.* Pensó en Lex a la luz de la mañana, trazando dibujos en su vientre y mirándola con ojos oscuros que no ocultaban nada.

—Me dio vulnerabilidad —dijo Mara. Su voz era ínfima—. Me enseñó que podía ser sostenida sin tener que sostenerlo todo yo. Me enseñó que dejar que te cuiden no significa ser débil. Me hizo sentir lo bastante segura como para dejarme llevar. Y se lo pagué negándome a soltar lo único que más importa.

—¿Y qué es eso? —Helen esperó. Siempre esperaba.

—El control —hizo una pausa. Tenía la mano enredada en el pelo de Goldie. El viento del océano era más frío ahora, cargado del olor salino de la marea baja—. La creencia de que si nadie me ve, nadie puede quitarme nada. Y ella me pidió que derribara esos muros y yo me quedé allí, muda.

—Te quedaste paralizada —dijo Helen—. Bajo ese tipo de miedo, no es una elección. Es un reflejo. Pero un reflejo no es una sentencia.

—Eso no lo hace mejor —la mano libre de Mara apretó el borde del banco hasta que la madera se le clavó en la palma.

—No. Significa que la respuesta que diste por defecto bajo presión no define quién eres.

—¿Qué quieres hacer al respecto?

—Quiero derribarlos. Quiero ir al apartamento de Lex y decirle que la amo y que estaré a su lado donde ella quiera, ante Astoria, ante el equipo, ante toda la liga. Quiero dejar de tener miedo.

—¿Entonces por qué no lo has hecho?

La pregunta fue sencilla y demoledora. Mara estaba sentada en el banco del parque con el viento del océano en el pelo y el sabor de la sal en los labios, con el teléfono pegado a la oreja, y no tenía respuesta. Ninguna buena. Ninguna que justificara la expresión del rostro de Lex al salir del despacho: el corazón roto, la resignación, la terrible dignidad de una mujer que había pedido lo que merecía y había recibido un no por respuesta.

—No sé si puedo —susurró Mara.

—Ya lo estás haciendo —dijo Helen—. Estás sentada en un banco llorando al teléfono y diciéndome que amas a alguien. Hace seis meses ni siquiera habrías admitido que te sentías sola. Ya has cambiado, Mara. La mujer que entró en Phoenix Ridge nunca habría dejado que nadie se acercara lo suficiente como para herirla así. El hecho de que te duela significa que ya has derribado más muros de los que crees.

A Mara se le cerró la garganta. Se apretó el teléfono con más fuerza contra la oreja como si pudiera absorber la certeza de Helen a través del altavoz.

—Necesita oírlo de ti —dijo Helen—. No la versión profesional. No la versión ensayada. La verdad desastrosa, aterrorizada y vulnerable. ¿Puedes darle eso?

—No lo sé —su voz se quebró en la última palabra.

—Creo que sí lo sabes. Creo que tienes miedo de la respuesta porque significa soltar la última pizca de control que tienes. Pero Mara, ese control ya no te está protegiendo. Te está manteniendo sola.

La llamada terminó diez minutos después. Las últimas palabras de Helen fueron: —Ya sabes lo que tienes que hacer. La cuestión es si te permitirás hacerlo.

Mara se quedó sentada en el banco mientras el cielo se oscurecía y las farolas parpadeaban a lo largo del paseo marítimo, y Goldie se apretaba más contra sus piernas para darse calor. La temperatura había bajado con el sol. Llevaba su ropa de entrenadora, el jersey ajustado y los pantalones oscuros que se había puesto para ir a la oficina esa mañana, y el frío se filtraba a través de la tela instalándose en sus huesos. No se movió. El frío le parecía apropiado. Una manifestación física del vacío en su pecho, el espacio hueco donde antes estaba el calor de Lex.

Pensó en su vida antes de Phoenix Ridge. La existencia cuidadosa y pulida que había mantenido en los años posteriores a Sara, construida sobre un único principio: nada de relaciones, nada de vulnerabilidad, nada de riesgos. Lo había canalizado todo hacia el entrenamiento, se había convertido en una de las estrategas más respetadas del hockey femenino, se había labrado una reputación de disciplina, innovación y un compromiso implacable con el juego. Estaba orgullosa de esa reputación. Había creído que era suficiente. Y aquí estaba, completamente destruida por las tres cosas.

La carrera de entrenadora, la brillantez táctica, el respeto profesional; todo aquello era un andamio construido alrededor de un centro vacío. Y Lex había entrado en ese vacío y lo había llenado de calor, de desorden y de un sentimiento aterrador, glorioso e incontrolable, y Mara había respondido intentando meterlo todo en una caja con la etiqueta SECRETO porque la alternativa —estar a la

luz, ser vista, ser juzgada, ser vulnerable a la pérdida— era demasiado aterradora para afrontarla.

El océano estaba negro ahora, las olas eran invisibles, solo el sonido de estas la alcanzaba en la oscuridad. Rítmicas. Pacientes. Indiferentes a su dolor.

Se levantó con rigidez. Le dolía el cuerpo, un dolor provocado por haber mantenido la tensión durante horas, con cada músculo bloqueado contra el duelo que intentaba hundirla. Goldie se levantó con ella, sacudiéndose, agitando la cola con timidez como si estuviera comprobando si la crisis había pasado.

—Vámonos a casa, pequeña —dijo Mara.

Condujo a casa en modo automático, con las calles de Phoenix Ridge pasando veloces por sus ventanillas; las tiendas, los restaurantes y los bares de la zona costera iluminados para el bullicio nocturno por el que solía pasar sin siquiera fijarse. Esta noche era diferente. Parejas que caminaban de la mano por la acera. Dos mujeres sentadas en la terraza de un restaurante, inclinadas la una hacia la otra, riendo, una estirando el brazo para limpiar una miga del labio de la otra. La normalidad de aquello, la insignificante cotidianidad de dos personas juntas en público, y la sencillez de lo que Lex le estaba pidiendo la golpearon tan fuerte que tuvo que detener el coche un momento y apoyar la frente contra el volante.

La casa estaba a oscuras cuando llegó. Encendió una sola lámpara en el salón y se sentó en el sofá; Goldie saltó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo. La casa olía a posos de café y al jabón de lavanda que tenía en el baño y, bajo ambos, al rastro evanescente del champú de Lex en la almohada que aún no había lavado. Mara miró fijamente la pared y pensó en el rostro de Lex en el despacho. En las lágrimas que Lex había estado conteniendo. En cómo se le había quebrado la voz al decir *Te amo, Mara.* En el valor que le había hecho falta para decir esas palabras sabiendo que podrían no ser correspondidas.

Cogió el móvil y escribió un mensaje a su segundo entrenador: *Cancelo el entrenamiento de mañana. Virus estomacal. Haga los ejercicios del plan del martes si alguien quiere tiempo de hielo opcional.*

La respuesta fue inmediata: *Entendido. Que se mejore, entrenadora.* Las palabras eran amables y ajenas a todo, y Mara dejó el teléfono a un lado y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Dejó el móvil. Se tapó con una manta junto a Goldie y se quedó tumbada en el sofá en la oscuridad, mirando al techo y pensando en lo que Helen había dicho. En los muros. En el control. En la diferencia entre protegerse y encarcelarse. En una mujer de ojos oscuros y brazos tatuados que no le había pedido nada más que el derecho a amarla a la luz del día.

La lámpara proyectaba un cálido círculo de luz por el suelo del salón. Más allá de él, la casa estaba a oscuras. Podía oír el océano a través de las paredes, tenue y constante, el mismo sonido con el que se dormía cada noche, el mismo con el que se había dormido con el brazo de Lex pesando sobre su cintura y el aliento de Lex cálido en su cuello y la sensación de ser sostenida de forma tan completa que su cuerpo olvidaba cómo estar tenso.

Hundió la cara en el pelo de Goldie, cerró los ojos y se permitió sentir todo el peso de lo que había perdido. No a Lex. Todavía no. Lex seguía aquí, seguía en Phoenix Ridge, seguía a cinco kilómetros de distancia en el apartamento que compartía con Elise. Lex había dicho: *Cuando estés lista para dejar de esconderte, ya sabes dónde encontrarme.* La puerta seguía abierta. La cuestión era si Mara sería capaz de cruzarla.

Hacia las tres de la madrugada, dejó de discutir consigo misma. No fue una decisión propiamente dicha. Fue más bien como el momento en que una puerta trabada finalmente cede: sin drama, solo el clic silencioso de una cerradura que se abre. Había construido esos muros para mantener fuera la pérdida. Ahora comprendía que solo habían servido para que perdiera a solas.

No durmió.

22

Lex no daba pie con bola sobre el hielo.

El disco llegaba a su stick y lo perdía. Un pase rutinario de Camille, de pala a pala, un intercambio que habían ejecutado cientos de veces en entrenamientos y partidos; Lex tenía el stick en la posición incorrecta, el disco rebotó en la pala y salió disparado hacia la zona neutral, donde una defensora de Connecticut lo recogió y lo mandó en dirección contraria. La grada soltó un quejido. Detrás del banquillo, la voz de Mara cortó el estruendo del pabellón.

—¡Landry! ¡Vigila las líneas!

La instrucción fue profesional. Correcta. Emitida con esa autoridad tajante y de mando que convertía a Mara en una de las mejores entrenadoras de la liga. También era la voz de la mujer que había dejado que Lex saliera de su despacho hacía diez días sin decirle que también la amaba, y oírla a través de los altavoces del estadio provocó una punzada de dolor en el pecho de Lex que hizo vacilar su siguiente zancada.

Estaba jugando el peor hockey de su temporada. No coordinaba los tiempos. Sus lecturas llegaban tarde. Sentía los pies pesados y las manos lentas, y la conexión entre su cerebro y su cuerpo —esa fluida autopista neuronal que hace posible el atletismo de élite— estaba interrumpida por la pena. Cada turno en el hielo era un ejercicio de fingimiento. Fingir que podía concentrarse. Fingir que el

sonido de la voz de Mara desde el banquillo no hacía que se le revolviera el estómago. Fingir que el vacío en su pecho donde antes estaba Mara no se estaba tragando todo lo que le quedaba.

Las Valkyries perdían 3-0 contra el último equipo de la conferencia. En casa. Frente a un estadio lleno hasta la bandera que había ido a ver a la apisonadora camino de los playoffs de la que hablaban los periódicos, el equipo de la novata electrizante y la entrenadora estrella; en su lugar, presenciaban una actuación inconexa y carente de alma que no se parecía en nada a la escuadra que había desmantelado a Boston. La energía del público había pasado de la emoción a la confusión y, finalmente, al murmullo inquieto e insatisfecho de unos clientes que no estaban recibiendo aquello por lo que habían pagado.

Lex se sentó en el banquillo durante el cambio de líneas y se quedó mirando el hielo. El pabellón se le echaba encima. El edificio nuevo era precioso, de vanguardia, todo lo que el dinero de Astoria podía comprar, y en ese momento se sentía como una jaula. Las luces brillaban demasiado. El ruido era excesivo. Detrás del banquillo, oía a Mara consultar con los entrenadores asistentes en tonos breves y profesionales, ajustando la estrategia, intentando salvar el partido, cumpliendo con su deber con la misma disciplina que aplicaba a todo, y el sonido de la voz de Mara tan cerca y a la vez tan inalcanzable hacía que Lex sintiera el pecho oprimido como por un tornillo de banco.

Su siguiente turno fue peor. A mitad del segundo periodo, Lex perdió otro disco. Un avance por la zona neutral, con hielo despejado por delante, y telegrafió el pase de forma tan estrepitosa que la defensora lo leyó antes de que Lex terminara el movimiento de los brazos. La pérdida provocó un dos contra uno en la otra dirección que solo la parada de Frankie evitó que se convirtiera en un 4-0. El público abucheó. No a Frankie. A Lex.

—¡Landry! —de nuevo la voz de Mara, ahora más afilada—. ¡Fuera! Elise, entras tú.

Lex patinó hasta el banquillo. Se dejó caer en la madera y miró el hielo a través del cristal, sintiendo cómo el peso de la humillación la

aplastaba. Retirada. Relevada ante su propio público por la mujer a la que amaba.

Lo peor de todo era que se lo merecía. Estaba jugando fatal. Mara hacía bien en sentarla. Cualquier instinto de entrenadora de Mara habría estado gritando que hiciera ese cambio diez minutos antes, y el hecho de que hubiera esperado, de que le hubiera dado turnos extra y oportunidades adicionales y hubiera encajado más pérdidas antes de tomar la decisión final, bien podía ser favoritismo o bien una entrenadora intentando creer desesperadamente que su mejor jugadora lo solucionaría. En cualquier caso, la decisión técnica era correcta y profesional, y Lex se odiaba a sí misma por haberla hecho necesaria.

Se quedó sentada en el banquillo el resto del segundo periodo y todo el tercero. Elise ocupó su posición y jugó un hockey sólido y diligente, que no se parecía en nada a la brillantez de Lex ni tampoco a su desastre. Mara estaba tras la valla, haciendo ajustes, indicando jugadas, gestionando el banquillo con la compostura de alguien que había compartimentado de forma tan eficaz que la mujer y la entrenadora bien podrían haber sido dos personas distintas. Y Lex se sentó allí y se consumió en rabia, porque ella no era capaz de hacer lo mismo, no podía separar el hielo del dolor, no podía patinar a través de la pena que la devoraba por dentro.

Las Valkyries perdieron 4-1. Su único gol fue un tanto de Camille en superioridad en el tercer periodo que supo más a consuelo que a remontada. Cuando sonó la bocina final, el público desfiló hacia la salida en un silencio casi absoluto, un silencio que era peor que los abucheos porque significaba decepción, la pesada decepción de la gente que había creído y había visto cómo todo fallaba.

El vestuario después del partido era una tumba. Los cascos golpeaban las taquillas. Las protecciones caían al suelo. El esparadrapo se arrancaba de espinillas y muñecas con la saña económica de las deportistas frustradas. Nadie hablaba. Dani estaba sentada en su sitio mirando a la pared. Frankie se presionaba el hombro con una bolsa de hielo y no decía nada. Rowan la miró desde el otro lado de la estancia y gesticuló en silencio: *¿Estás bien?* Lex negó con la cabeza. Rowan cruzó la habitación, se sentó a su

lado y dijo en voz baja: —Sé que no es asunto mío. Pero quienquiera que te esté haciendo sentir así, es idiota —hizo una pausa—. Y antes de que digas nada, ya se me pasó el cuelgue. Hace semanas. Ahora eres mi amiga, que es mejor. Las amigas duran más.

Ese gesto de bondad casi quiebra a Lex. Chocó su hombro contra el de Rowan y logró decir: —Gracias, Rowe.

La derrota no solo era mala; era una derrota que podía cambiar la dinámica, que podía convertir una racha hacia los playoffs en una espiral descendente, y todas las jugadoras de la sala lo sabían. La clasificación estaba apretada. Cada partido contaba. Y la mejor jugadora de las Valkyries acababa de ofrecer la peor actuación de su carrera porque no podía dejar de pensar en la mujer que estaba tras el banquillo.

No necesitaba mirar al palco de la propietaria para saber que Astoria las había estado observando. Una derrota así —contra el último equipo de la conferencia, en casa— era de las que generaban preguntas. Preguntas sobre el equipo, sobre el sistema, sobre la dirección técnica. Había creado un problema que iba a aterrizar en el escritorio de Mara, quisiera ella o no.

Lex se sentó en su taquilla y se desató los patines con manos que estaban firmes en la superficie pero temblaban por dentro. Elise apareció a su lado, sin decir palabra, tendiéndole una botella de agua. Lou pasó por delante y le apretó el hombro, un toque breve y reconfortante que decía: *Lo sé. Lo sabemos. No pasa nada.* Camille la miró desde el otro lado y le dedicó un pequeño asentimiento. La solidaridad de mujeres que entendían por lo que estaba pasando sin necesidad de explicaciones.

El resto del equipo salió para los ejercicios de relajación y los estiramientos. Lex esperó hasta que la sala estuvo vacía, luego se levantó y caminó hacia las duchas. Abrió el grifo al máximo de calor, tan caliente como saliera, y se quedó bajo el chorro dejando que el calor golpeara su espalda, sus hombros y su cráneo, y entonces llegaron las lágrimas que había estado conteniendo desde el primer periodo.

Lloró de pie, con la frente apoyada contra la pared de azulejos, mientras el agua caliente se mezclaba con la sal de su cara y se

perdía por el desagüe. Lloró por Mara. Por la expresión del rostro de Mara en el despacho cuando Lex le dijo *Te quiero* y recibió silencio por respuesta. Por la sensación del cuerpo de Mara contra el suyo por las mañanas, el calor, el peso y esa armonía absoluta que quizá no volvería a sentir jamás. Por la forma en que la mano de Mara temblaba cada vez que Lex le acariciaba la cara, como si la ternura fuera siempre algo nuevo, asombroso, un regalo que casi no podía creer que se le permitiera tener. Lloró por sí misma, por la chica que se había pasado la vida buscando a alguien que estuviera a la altura de su fuerza, que abrazara su ternura y viera ambas cosas sin pestañear, y que había encontrado a esa persona para perderla porque esa persona tenía miedo. Lloró hasta quedarse con la garganta en carne viva y los ojos escocidos. Hasta que el agua caliente se volvió tibia y no le quedó nada más que sentir.

El agua corrió hasta que empezó a enfriarse. Lex cerró el grifo, se quedó en las duchas llenas de vapor, apretó las palmas contra los azulejos y respiró. El llanto había terminado. El dolor donde antes estaba Mara permanecía.

Se secó con la toalla tras la derrota, se puso unos vaqueros, una camiseta negra de manga larga y su chaqueta de cuero, y salió del pabellón por la puerta trasera con el pelo mojado, los ojos hinchados y el aire gélido de la noche golpeándole la cara. El aparcamiento estaba casi vacío. El océano se oía a lo lejos, con su ritmo constante e indiferente. El cielo sobre Phoenix Ridge estaba despejado y cuajado de estrellas; Lex se quedó allí, en el frío, respirando el aire salino e intentando recordar cómo era su vida antes de Mara.

Elise esperaba en el aparcamiento, apoyada en el coche de Lou. Lou estaba al volante. Camille en el asiento de atrás.

—Sube —dijo Elise.

—Me voy a casa.

—No, no te vas. Te vienes al Lavender's. Es la noche lésbica. Vas a beber algo que no sean tus propias lágrimas, vas a sentarte con tus amigas y vas a dejar que te cuidemos por una noche.

Lex miró los tres rostros dentro y fuera del coche. La mirada firme de capitana de Lou a través del parabrisas. La cálida sonrisa de Camille desde atrás. La negativa obstinada y cariñosa de Elise a

dejarla sola. La resistencia la abandonó. No tenía fuerzas para discutir con la gente que la quería, ni voluntad para volver a un apartamento vacío y sentarse a solas con sus pensamientos. Se subió al coche.

El Lavender's estaba abarrotado. La cafetería se había transformado para la velada en un lugar más cálido y ruidoso; la máquina de café seguía echando vapor, pero ahora complementada por una barra de bar en condiciones sobre el mostrador. Las luces principales se habían atenuado, sustituidas por guirnaldas de bombillas cálidas que cruzaban el techo, bañándolo todo en un resplandor dorado que hacía que las estanterías de libros y los muebles desparejados parecieran bohemios en lugar de sacados de un rastro. La música sonaba por los altavoces montados sobre la sección de poesía, un tema suave con graves potentes que vibraba en los tablones del suelo. El aire olía a café expreso, a vainilla y al perfume colectivo de cuarenta mujeres en un espacio reducido.

El público era todo mujeres, una mezcla de edades, estilos y energías. Un grupo de veinteañeras ocupaba la mesa más grande, riendo y pasándose los móviles, probablemente comparando perfiles de aplicaciones de citas. Dos mujeres mayores estaban sentadas en el reservado de la esquina cogiéndose de la mano por encima de la mesa y hablando en voz baja, con una intimidad tan cómoda y asentada que a Lex le dolió el estómago de envidia. Una pareja de «femmes» con tacones y carmín bailaba en el pequeño espacio despejado junto a la ventana, con los cuerpos próximos y movimientos sincronizados de esa manera que sugiere que llevan juntas el tiempo suficiente para leer el ritmo de la otra sin pensar. Todas las personas en la sala vivían su vida con la facilidad casual y envidiable de quienes tienen el corazón intacto.

Lex se deslizó en un reservado con sus amigas, pidió un whisky solo e intentó sentir algo que no fuera vacío. Una mujer de pelo corto y pelirrojo con una sonrisa que era más una invitación que un saludo apareció junto a su mesa y dijo: —¿No eres Lex Landry? Me encantó la sesión de SI.

—Gracias —dijo Lex. Envolvió el vaso de whisky con la mano sin levantarlo.

—¿Te puedo invitar a algo?

—Está pillada —dijo Elise amablemente, inclinándose sobre la mesa para desviar a la mujer con una sonrisa.

La mujer se retiró. Apareció otra. Luego otra más. Lex Landry, celebridad local, modelo de Sports Illustrated, la encantadora novata tatuada que había cautivado a la ciudad, era un imán en una sala llena de mujeres queer; todas querían hablar con ella, invitarla a una copa y llevársela a casa. Hace dos meses se habría deleitado con ello. Habría sonreído, tonteado, coleccionado números de teléfono y elegido el más interesante para irse con ella y no sentir nada por la mañana.

Ahora la atención rebotaba en ella como la luz en el cristal. Sonreía con cortesía, declinaba con cortesía, bebía a sorbos su whisky y no sentía nada excepto el dolor, el dolor constante, punzante e ineludible de echar de menos a alguien que estaba a cinco kilómetros y que bien podría haber estado en otro planeta.

Elise la observaba con la atención minuciosa de una mejor amiga que sabe distinguir entre estar triste pero aguantando y estar triste y hundiéndose. Lou y Camille la flanqueaban en el reservado como guardaespaldas, con una presencia cálida, sólida y sin exigencias. Hablaron de todo menos de Mara. Del calendario de partidos. De la casa nueva de Camille con Lou, de cómo habían discutido durante tres días sobre dónde poner el sofá antes de que Lou simplemente lo levantara y lo moviera mientras Camille estaba en el entrenamiento, y de cómo Max, su enorme golden retriever, lo había reclamado inmediatamente como su trono personal. —Lou finge que no le gusta que el perro se suba a los muebles —le había contado Camille a Lex la semana pasada—. Pero tengo una foto de ella durmiendo abrazada a Max a las dos de la mañana. Las pruebas son incriminatorias. Hablaron de los ridículos mensajes directos que recibía Lex de fans que habían visto las fotos de SI. De cualquier cosa y de todo lo que no fuera la mujer que le había roto el corazón a Lex.

Lex estaba agradecida. Y agotada. El partido le había drenado la poca energía que le quedaba, los dos whiskies se asentaban cálidos

y pesados en su estómago, y el ruido del bar empezaba a resultarle opresivo en lugar de distractivo.

—Debería irme —dijo Lex—. Eran casi las diez. Se había tomado dos whiskies y no habían servido para suavizar las aristas de la noche. —Mañana toca madrugar para patinar.

—Una copa más —dijo Elise—. Luego te llevamos a casa.

—Estoy bien, El. Lo prometo. Solo cansada.

Se estaba levantando, echando mano de su chaqueta, cuando la puerta principal del Lavender's se abrió; entró el aire frío de la noche y, con él, una mujer con un abrigo oscuro, el pelo rubio veteado de canas y unos ojos azules que buscaron los de Lex por toda la sala abarrotada con la precisión de un láser.

Mara estaba allí.

La habitación se contrajo. El ruido se desvaneció. La música, las risas, el tintineo de los vasos y las voces de cuarenta mujeres en un local caldeado se alejaron hasta que no quedó nada más que los dos metros de suelo entre el reservado donde Lex estaba de pie con la chaqueta en la mano y la puerta donde Mara aguardaba con la noche a sus espaldas y una expresión en el rostro, aterrada, decidida y absolutamente segura.

Lex no podía moverse. Se quedó allí con la chaqueta apretada en el puño y el corazón golpeándole las costillas viendo cómo Mara caminaba hacia ella entre la multitud. La gente se daba la vuelta para mirar. Las cabezas giraban. Unas pocas reconocieron a la entrenadora jefa de las Valkyries y susurraron. Mara no se dio cuenta. Mara no miraba a nadie más que a Lex.

Se detuvo a medio metro. Lo suficientemente cerca para tocarla. Lo suficientemente cerca para que Lex pudiera oler su champú y ver el enrojecimiento alrededor de sus ojos que delataba que había estado llorando, que probablemente llevaba llorando más de una semana. En público. En un bar lleno de gente. Plantada frente a Lex sin fingimientos, sin muros, sin compostura profesional.

—¿Damos un paseo? —dijo Mara.

Su voz era baja, áspera y temblorosa. La voz de verdad, la que Lex solo había oído en la cama, en la oscuridad, en los momentos posteriores a que Mara soltara todo lo que contenía. La voz que

decía *quédate* y *por favor* y *no pares* y todas las demás palabras que la Mara de día nunca se permitiría decir.

Lex la miró. Miró a la mujer que le había roto el corazón y que ahora estaba en un bar de lesbianas un viernes por la noche frente a una sala llena de desconocidas, pidiéndole salir a dar un paseo. No en privado. No por mensaje. En persona. En público. La mujer profesional que se había pasado años ocultando cada emoción personal tras un muro de disciplina deportiva estaba en un bar de mujeres queer con lágrimas en los ojos, pidiéndole un paseo a Lex cuando tenía un equipo al que enfrentarse y una imagen profesional que proteger; el valor que aquello requería, la vulnerabilidad, la demolición absoluta de cada muro que Mara había construido, era asombroso.

La esperanza en los ojos azules de Mara era tan desnuda y tan valiente que agrietó el muro dentro del pecho de Lex que ella había mantenido unido por puro orgullo durante más de una semana.

—Vale —dijo Lex—. Su propia voz sonaba rota. —Vamos a caminar.

Se puso la chaqueta. A su espalda, oyó a Elise exhalar. Oyó a Lou susurrarle algo a Camille. El suspiro suave y colectivo de tres amigas que habían estado conteniendo el aliento.

Lex siguió a Mara por la puerta del Lavender's hacia la fría noche de Phoenix Ridge. La puerta se cerró tras ellas, la música y el calor desaparecieron y se quedaron solas en la acera, bajo la quietud de una noche de viernes; las farolas proyectaban charcos de ámbar en el pavimento, las estrellas brillaban arriba y el océano se oía a dos manzanas, con su ritmo constante, paciente, tirando de la orilla como lo había hecho cada noche mucho antes de que ninguna de las dos llegara allí.

Mara caminaba a su lado, lo bastante cerca para tocarla pero sin hacerlo, con las manos en los bolsillos del abrigo y el aliento visible en el aire frío. Lex se puso a su paso y no dijo nada. Lo que fuera que Mara hubiera venido a decir, tenía que decirlo ella primero. Lex podía esperar. Había estado esperando a esta mujer desde el día en que llegó a Phoenix Ridge, y podía esperar un poco más si la espera terminaba con las palabras que necesitaba oír.

23

Caminaron en silencio durante dos manzanas, sincronizando sus pasos sobre la acera sin que ninguna de las dos se lo propusiera, de la misma forma en que lo hacen los cuerpos que han aprendido los ritmos del otro sin pensamiento consciente. El aire nocturno era frío y cortante, con olor a salitre. Las calles de Phoenix Ridge estaban tranquilas; la multitud de la tarde se iba raleando a medida que se alejaban de los bares del paseo marítimo hacia la carretera de acceso a la playa. Pasaron unos pocos coches, con los faros barriendo sus rostros antes de seguir de largo. Sobre ellas, el cielo estaba despejado y cuajado de estrellas, un cielo que solo existía en pueblos costeros lo bastante pequeños como para escapar de lo peor de la contaminación lumínica.

A Mara le martilleaba el corazón. Podía sentirlo en la garganta, en las muñecas, en las yemas de los dedos que mantenía encogidos dentro de los bolsillos del abrigo porque, si los soltaba, buscarían a Lex, y necesitaba decir las palabras primero. Necesitaba hacerlo bien. Había pasado diez noches sin dormir redactando, descartando y volviendo a redactar lo que quería decir, tumbada en el sofá con Goldie apretada contra el pecho y las palabras dando vueltas en su cerebro como pájaros que buscan un lugar donde posarse. Alrededor de las tres de la mañana de la segunda noche, simplemente había dejado de discutir. No quedaban argumentos, solo la certeza de lo

que tenía que hacer, y se había levantado antes del amanecer para venir aquí antes de que pudiera echarse atrás. Ahora el momento había llegado, los discursos ensayados se habían evaporado y todo lo que quedaba era la verdad: desordenada, sin pulir y aterradora.

Lex caminaba a su lado con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el pelo aún húmedo de la ducha tras el partido y el rostro ilegible bajo la luz de las farolas. Olía a jabón, a cuero, al aire frío de la noche e incluso ahora, incluso con todo roto entre ellas, el cuerpo de Mara respondía a su proximidad con una atracción tan fuerte que resultaba gravitatoria. Lex no había hablado desde que salieron de Lavender's. Estaba esperando. Dándole a Mara espacio para encontrar su sitio, de la misma manera que le había dado espacio en el gimnasio aquella primera noche, paciente, presente y negándose a presionar. Esa paciencia era su propia forma de coraje, y Mara la amaba por ello.

—Siento lo del partido —dijo Lex finalmente, rompiendo el silencio mientras giraban hacia la carretera de acceso a la playa—. Su voz sonaba ronca. —He jugado de pena. Lo sé. No ha sido porque haya dejado de escuchar al sistema o porque me haya vuelto vaga. Ha sido porque estoy tan trastornada por lo nuestro que no puedo pensar con claridad sobre el hielo. Lo cual sé que no es una excusa.

—Sé por qué has jugado mal —dijo Mara—. No estoy enfadada por el hockey.

Lex la miró de reojo. Bajo la tenue luz, la sorpresa cruzó su rostro, seguida de calidez. Lex se esperaba a la entrenadora. Se estaba encontrando con la mujer.

—He estado enfadada conmigo misma —continuó Mara—. Por haberte sacado. Por estar sentada detrás de esa valla haciendo mi trabajo mientras tú sufrías, sabiendo que yo era la razón de ese sufrimiento y sin poder hacer nada al respecto porque había seis mil personas mirando. —Hizo una pausa. La carretera de acceso terminaba en un pequeño aparcamiento y, más allá, la arena se extendía ancha y pálida hasta la orilla—. Ha sido la decisión de entrenamiento más difícil que he tomado nunca. No porque la

decisión fuera complicada. Sino porque sacarte del hielo me hacía sentir como si te estuviera castigando por amarme.

Lex guardó silencio. Cruzaron el aparcamiento y pisaron la arena; sus zapatos se hundían en la superficie suelta y seca por encima de la línea de la marea. El océano estaba cerca ahora, su sonido llenaba el aire, con olas que rodaban en líneas largas y pausadas para romper en espuma blanca contra la orilla. La luna estaba casi llena, bañándolo todo con una luz pálida y plateada que hacía que la arena pareciera blanca, el agua oscura y la mujer al lado de Mara pareciera salida de un cuadro, todo contraste, sombras y el brillo del pelo mojado.

—Quítate los zapatos —dijo Mara. Las palabras salieron antes de que hubiera formado el pensamiento por completo. Había imaginado este momento en su sofá, en la oscuridad, con el calor de Goldie contra el pecho. Había imaginado la playa, el agua y el frío, y a las dos de pie donde el océano se encontraba con la tierra, el límite entre un mundo y otro.

Lex la miró. —¿Qué?

—Quítate los zapatos. Camina por el agua conmigo. Por favor.

La expresión de Lex pasó de la sorpresa a algo más complicado, alguien que quería sonreír pero no estaba segura de si aún se le permitía. Se agachó, se desató las botas, se quitó los calcetines y los dejó en un montón sobre la arena seca. Mara hizo lo mismo, saliendo de sus propias botas y sintiendo la arena fría contra las plantas de los pies. La temperatura la hizo jadear; el frío fue impactante e inmediato. Marzo en Phoenix Ridge no era verano. La arena estaba helada y el agua, cuando bajaron hasta la orilla y dejaron que la primera ola les bañara los pies, estaba más fría aún.

Mara contuvo el aliento. Lex siseó entre dientes. El frío era agudo, tonificante y real, y atravesó la niebla emocional que había nublado el cerebro de Mara durante diez días, devolviéndole la nitidez a todo. La arena bajo sus pies. El salitre en el aire. El sonido de las olas. La mujer de pie a su lado, con el agua por los tobillos en el océano Atlántico un jueves por la noche de marzo, tiritando con su chaqueta de cuero y esperando.

—He pasado mucho tiempo escondida —dijo Mara. Miraba al océano, no a Lex, porque si miraba a Lex perdería el hilo de lo que necesitaba decir—. Después de Sara, construí mi vida basándome en el principio de que lo más seguro era mantener a todo el mundo a distancia. Sin relaciones. Sin vulnerabilidad. Sin riesgos. Me convertí en la mejor entrenadora posible porque el entrenamiento era lo único que podía controlar, y el control era lo único que evitaba que me desmoronase.

Las olas bañaron sus pies y se retiraron. El frío era entumecedor, sus dedos se estaban quedando rígidos, y ella lo agradecía. La incomodidad física era un ancla.

—Cuando llegaste a Phoenix Ridge, me aterrorizaste. No porque fueras difícil, o porque tuvieras talento, o porque me desafiaras desde el banquillo. Todo eso podía manejarlo. He lidiado con jugadoras difíciles antes. He entrenado talentos. He gestionado egos. Ese es mi trabajo y soy buena en ello. —Inspiró profundamente. El aire salino llenó sus pulmones, frío y limpio—. Me aterrorizaste porque me miraste y viste a través de todo. De cada muro. De cada defensa. De cada capa de distancia profesional que había construido. Me miraste como si ya supieras quién era yo debajo de todo eso, y yo no había dejado que nadie viera a esa persona. Ni Helen. Ni mi familia. Ni nadie. Y tú entraste en mi despacho con tus tatuajes, tu actitud y tu sonrisa ridícula y la viste en unos treinta segundos, y me entró el pánico.

Lex emitió un pequeño sonido a su lado. No fue una palabra. Fue un sonido bajo, crudo y desarmado, arrancado de algún lugar profundo.

Hizo una pausa. Una ola rompió con más fuerza que las otras, empapándoles los tobillos; el agua helada le envió una sacudida hasta las pantorrillas. A su lado, Lex permanecía inmóvil, con los pies plantados en la arena movediza, el rostro vuelto hacia Mara, escuchando con una intensidad que Mara podía sentir como si fuera calor.

—Me enamoré de ti —dijo Mara. Las palabras salieron con un suspiro tembloroso—. Me enamoré de ti y tenía demasiado miedo de decirlo porque decirlo lo hacía real, y las cosas reales se pueden

perder. Y ya he perdido mucho, Lex: mi carrera una vez, mi sentido de identidad, mi creencia de que podía tener un trabajo y una vida a la vez. Tenía miedo de que si decía las palabras en voz alta y luego te perdía, la pérdida sería tan total que no sobreviviría.

Se le quebró la voz en la última palabra. Las lágrimas que había estado reprimiendo brotaron, silenciosas y cálidas sobre sus mejillas frías. Se giró para mirar a Lex y la luz de la luna se lo mostró todo: el rostro de Lex, abierto, desencajado y surcado por sus propias lágrimas; sus ojos oscuros brillando con una emoción tan intensa que resultaba casi excesivo mirarla directamente.

—Te quiero —dijo Mara. Lo dijo con claridad, con toda su voz, con el agua por los tobillos en el frío océano Atlántico bajo un cielo cuajado de estrellas, y las palabras que la habían aterrorizado durante semanas salieron firmes, seguras y verdaderas—. Estoy enamorada de ti, Lex Landry. Quiero estar contigo. No en secreto. No a puerta cerrada. Quiero estar a tu lado delante de Astoria, del equipo, de la liga y de quien necesite saberlo, y quiero decirles que esta mujer es mía y que yo soy suya, y que he terminado de esconderme.

El rostro de Lex se descompuso. No de tristeza. De alivio. Un alivio que parecía dolor porque la tensión que liberaba había sido contenida durante tanto tiempo que su cuerpo había olvidado lo que era la relajación. Se llevó la mano a la boca, sus hombros temblaron y por un momento no pudo hablar; Mara alargó la mano, tomó la otra de Lex y la apretó, entrelazando sus dedos, fríos y húmedos por la espuma del mar, agarrándose con fuerza.

—Yo también te quiero —dijo Lex tras su mano. Su voz estaba destrozada, rota, el sonido más hermoso que Mara había oído jamás. Apartó la mano y su rostro brillaba por las lágrimas, la luna y el alivio; era lo más hermoso de esa playa, más que el océano, más que las estrellas. —Te he querido desde que se te suavizó la mirada por primera vez después de conocernos. Te he querido desde que entraste en un gimnasio a las once de la noche fingiendo que solo estabas allí para hacer peso muerto cuando las dos sabíamos que me estabas esperando. Te he querido desde que me dejaste abrazarte en una habitación de hotel en Boston y lloraste en mis

brazos y te dormiste confiando en que yo seguiría allí por la mañana. Te he querido en cada momento en que tuviste miedo de dejármelo hacer, y te querré en cada momento que venga después.

Mara apartó la mano de Lex de su boca y se acercó más, con el agua arremolinándose alrededor de sus tobillos y la arena desplazándose bajo sus pies. Alzó las manos y tomó el rostro de Lex, recorriendo con los pulgares su mandíbula marcada, los pómulos altos y los rastros salados de unas lágrimas que la luna volvía plateadas.

—Siento haberte hecho esperar —susurró Mara—. Siento haber tenido miedo. Siento haber dejado que salieras de mi despacho sin decirte la verdad.

—No lo sientas. Solo estate aquí.

Mara la besó. De pie con el agua del Atlántico por los tobillos, con el frío entumeciéndole los pies y el aire cortante atravesando su abrigo, y el calor de la boca de Lex contra la suya quemando todo lo que no fuera este momento, esta mujer, este beso. La besó con todo lo que tenía, con años de soledad, días de duelo y el sentimiento salvaje, aterrador y glorioso de haber elegido finalmente ser valiente. Lex la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí; las manos de Mara seguían en el rostro de Lex, sosteniéndola, anclándose a la realidad de lo que estaba ocurriendo, y el beso se hizo profundo, hambriento, desesperado y aliviado, un beso que contenía cada momento de separación, miedo y anhelo, y los convertía en un sabor que sabía a principio.

Lex le devolvió el beso con una ferocidad que era tierna y desesperada a la vez, con los brazos apretados alrededor de la cintura de Mara y su boca moviéndose contra la de ella con la intensidad desesperada de quien ha temido no poder volver a hacer esto nunca más. Mara podía saborear la sal. Las lágrimas, las suyas o las de Lex, se mezclaban con el rocío marino y el aire frío de la noche, y aquel sabor era el de la redención y el regreso a casa, y la sensación aterradora y estimulante de estar a la intemperie sin nada entre ella y el mundo excepto la verdad.

Lex se apartó lo justo para apoyar su frente contra la de Mara. Sus alientos se mezclaron en el aire frío, plumas visibles que se

enredaban y se disolvían. El océano tiraba de sus tobillos. Las estrellas estaban brillantes y cercanas, y la luna pintaba la playa de plata.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Lex.

—Mañana hablaremos con Astoria. Se lo diremos juntas. Luego se lo diremos al equipo.

—¿Y si sale mal? —El pulgar de Lex trazaba círculos lentos en la muñeca de Mara.

—Entonces lidiaremos con ello. Juntas. He terminado de dejar que el peor de los escenarios tome las decisiones por mí.

Lex sonrió. Fue la primera sonrisa real que Mara veía en su rostro en diez días, amplia, cálida y ligeramente incrédula, la sonrisa de una mujer a la que le han dado lo que temía esperar. Atrajo a Mara más cerca y volvió a besarla, esta vez con más suavidad, más despacio, un beso que tenía menos de urgencia y más de certeza.

Caminaron un trecho más por la playa, de la mano, con el agua fría bañándoles los pies y retirándose con cada ola. La luna seguía su curso por el cielo sobre ellas. La playa se extendía ante ellas, pálida y vacía, con las luces de Phoenix Ridge brillando a sus espaldas como su propia constelación. Mara ya no sentía los pies, el frío del océano le había robado toda sensación por debajo del tobillo, y no le importaba. Habría caminado sobre el hielo por esto. Por lo que fuera.

—Quiero que sepas algo —dijo Mara—. Cuando te he sacado esta noche, durante el partido... ha sido lo más difícil que he hecho nunca desde el banquillo. Más difícil que cualquier decisión táctica, más que cualquier cambio de jugadoras. Porque te veía sufrir y sabía que yo era la causa y no podía llegar a ti. No podía ser la entrenadora y la mujer al mismo tiempo; he estado intentando ser ambas durante semanas y me estaba destruyendo.

—Lo sé —dijo Lex. Su brazo se apretó alrededor de la cintura de Mara—. Sé que ha sido así.

—Después de mañana, no tendré que elegir. Podré ser ambas. Abiertamente. Honestamente. Y si la liga tiene algún problema, que se las vean conmigo, con mi trayectoria y con el equipo aspirante a los playoffs que he construido de la nada.

—Ahí está —dijo Lex suavemente—. Ahí está mi entrenadora.

—Quiero hacer esto bien —añadió Mara. Su mano estaba cálida dentro de la de Lex a pesar del aire gélido—. Quiero construir una vida contigo. No solo el sexo, aunque el sexo es... —Se echó a reír. Una risa de verdad, la primera en días, y el sonido la sorprendió—. El sexo es increíble.

—Realmente lo es. La sonrisa de Lex fue lo suficientemente amplia como para captar la luz de la luna.

—Pero más que eso. Quiero las mañanas. El café, la perra, las discusiones sobre jugadas de entrenamiento y esas tardes tranquilas en las que simplemente existimos en el mismo espacio. Quiero una vida contigo, Lex. Una de verdad. Del tipo que dejé de creer que tendría cuando cumplí los treinta y tantos y pensé que mi mundo se acababa.

Lex le apretó la mano. —Puedes tenerlo todo. Cada parte. Las mañanas, las tardes, las discusiones, el sexo y la perra a la que le caigo mejor que tú.

—A Goldie no le caes mejor que yo. Mara chocó su hombro contra el de Lex.

—A Goldie le caigo absolutamente mejor que tú. Me recibe en la puerta. Me sigue a la cocina. Duerme en mi lado de la cama.

—Duerme en tu lado porque tu lado está más cerca de la rejilla de la calefacción.

—Sigue diciéndote eso.

Ahora se reían las dos, caminando por la orilla descalzas, con el frío océano de marzo lamiéndoles los tobillos y las manos entrelazadas con fuerza, y su risa se extendía sobre el agua en la oscuridad. El sonido era cálido, fácil y lleno de alivio, el alivio profundo de dos personas que habían estado a punto de perderse y no lo habían hecho, y la gratitud que encerraba era inmensa.

Mara miró a Lex bajo la luna. El pelo oscuro secándose con el aire salino. Su perfil marcado. Los tatuajes ocultos bajo la chaqueta de cuero. Los pies mojados, los vaqueros remangados y las lágrimas secándose aún en sus mejillas. Esta mujer. Esta mujer valiente, testaruda y hermosa que había entrado en la vida de Mara y se había negado a aceptar menos que todo; que había presionado,

desafiado, esperado y amado con una ferocidad que igualaba al océano que tenían al lado.

Apretó la mano de Lex y sintió que Lex le devolvía el apretón, fuerte y firme, sujetándola con el agarre de alguien que no tiene ninguna intención de soltarla. El océano tiraba de sus pies. El viento traía el olor a salitre y el sonido lejano de música de algún lugar del pueblo. La playa se extendía ante ellas, ancha, blanca y vacía, y más allá se extendía también el futuro, incierto, vasto y ya no aterrador.

Mara volvió el rostro hacia ese futuro y se permitió creer, por primera vez desde Sara, que podría ser bueno.

24

Se lo dijeron primero a Astoria.

Mara había llamado con antelación para solicitar una reunión por la mañana y, cuando entraron en el despacho de Astoria a las nueve en punto, Mara vestía su equipación de entrenadora, con la coleta bien tirante y la mandíbula apretada con la aguda determinación de alguien que ha decidido ser valiente y se ha comprometido a llegar hasta el final antes de que se le agote el valor. Lex estaba a su lado con vaqueros oscuros y una camiseta negra ajustada, su chaqueta de cuero en el brazo y el pelo suelto. Se plantaron frente al escritorio de Astoria como dos personas que entregan un informe, con los hombros rectos y las manos a los lados.

Astoria estaba tras su escritorio con un jersey de cachemira color crema y pendientes de oro; una taza de té de porcelana fina humeaba junto a su portátil. Su cabello plateado estaba impecable, ni un mechón fuera de su sitio. Su expresión era atenta, curiosa y cálida, al modo de la gente muy rica que ha aprendido a hacer que todo el mundo se sienta importante.

—Bueno —dijo Astoria—. Esto parece serio. Siéntense, las dos.

Se sentaron. La rodilla de Mara se presionó contra la de Lex bajo el escritorio, un pequeño punto de contacto que Lex sabía que era

deliberado. Para mantener los pies en el suelo. *Estoy aquí. Vamos a hacer esto juntas.*

La tensión de Mara viajaba a través de ese único punto de contacto, el control rígido de alguien que ha ensayado este momento y está decidido a ejecutarlo a la perfección. Mara tenía las manos entrelazadas sobre el escritorio, con los nudillos blancos y los hombros encuadrados. Tenía la postura de quien entra en una evaluación del desempeño donde el resultado determinará el resto de su vida y, en cierto modo, así era.

—Astoria —dijo Mara. Su voz era firme. Profesional. La voz de entrenadora, pero por debajo había un temblor, real y vulnerable, que Lex podía oír porque sabía dónde escuchar, conocía las frecuencias bajo la firmeza, conocía la diferencia entre la calma controlada de Mara y su auténtica serenidad. Esto era lo primero—. Lex y yo tenemos una relación. Una relación romántica. Empezó hace varias semanas y se ha vuelto seria, y queremos ser transparentes con usted al respecto porque la respetamos a usted y respetamos a esta organización, y creemos que la honestidad es el camino correcto a seguir.

Hizo una pausa. Respiró hondo. —Entiendo las implicaciones. La dinámica de poder entre una entrenadora y una jugadora es significativa, y asumo toda la responsabilidad por este desliz en el juicio profesional. Si la organización requiere algún ajuste para mitigar el conflicto de intereses, estoy dispuesta a trabajar con cualquier estructura que considere apropiada.

Lex miró a Mara de reojo. El discurso era la quintaesencia de Mara Ellison: preparada, responsable, ofreciendo soluciones antes de que nadie las pidiera. Quiso alargar la mano y coger la de Mara, pero se mantuvo quieta. Este era el espectáculo de Mara. Mara necesitaba llevar la voz cantante.

Silencio. Astoria miró a Mara. Luego a Lex. Después otra vez a Mara. Su expresión pasó por la sorpresa, la evaluación y luego la diversión, la diversión seca de una mujer que rara vez se sorprendía y disfrutaba cuando sucedía.

—Vaya —dijo Astoria. Cogió su té y bebió un sorbo; la taza de porcelana parecía diminuta en sus manos cuidadas. Su expresión era

cauta, medida, el rostro de una mujer procesando implicaciones a gran velocidad—. Agradezco que me lo hayan dicho directamente. Eso importa.

Lex esperó la calidez. No llegó. Astoria dejó el té y cruzó las manos sobre el escritorio, mirándolas a ambas con la calma astuta y evaluadora de una multimillonaria que ha navegado por cien crisis y entiende que los primeros treinta segundos de cualquier conversación determinan su trayectoria.

—Tengo que ser sincera con ambas —dijo Astoria—. Tenía sospechas. La forma en que se movían una cerca de la otra después de Boston. Su bajada de rendimiento en el último partido, Lex. Y Mara, la forma en que miraba a Lex en el hielo en el tercer periodo. Una entrenadora no mira así a su jugadora. —Hizo una pausa y entonces se le escapó una risa, corta y genuina, la risa de una mujer que disfruta teniendo razón—. ¿Recuerdan el cuarto de material en Boston? ¿Después del partido? Entré buscando a Mara y en la habitación olía a sexo, y usted estaba de pie junto a la pared del fondo con cara de acabar de correr un maratón, y pensé: «Seguro que no. No Mara Ellison. No la mujer más disciplinada del hockey profesional». —Sacudió la cabeza—. Me convencí de que no era así. Pero debería haberme fiado de mi olfato.

El rostro de Mara estaba escarlata. Detrás de las taquillas, Lex había estado agachada a un metro de distancia. El recuerdo era vívido y absurdo, y Lex tuvo que apretar los labios con fuerza para no echarse a reír.

La diversión de Astoria se desvaneció en algo más medido. —Esperaba equivocarme. No porque lo desapruebe, sino porque la imagen pública es un campo de minas.

Al lado de Lex, la espalda de Mara estaba rígida. Sus nudillos estaban blancos sobre los brazos de la silla.

—Las apoyo —continuó Astoria, y la calidez entró ahora en su voz, cuidadosamente dosificada—. Personal e inequívocamente. Pero apoyarlas y proteger esta franquicia son dos responsabilidades que ostento simultáneamente, y tengo que cumplir ambas. —Abrió un cajón y sacó una carpeta—. Voy a establecer un panel de revisión independiente. Tres miembros externos. Supervisarán cualquier

decisión sobre la plantilla que afecte a Lex durante el resto de la temporada. Cambios en la alineación, asignación de tiempo en el hielo, cualquier medida disciplinaria. Esto la protege a usted, Mara, tanto como protege al equipo.

—Entiendo —dijo Mara. Su voz era firme, pero Lex podía notar el esfuerzo que le costaba.

—También quiero dejar algo claro. —Los ojos de Astoria fueron directos—. Si la liga investiga, y es posible que lo haga, el panel de revisión nos da una posición defendible. Sin él, tenemos a una entrenadora principal tomando decisiones sobre la plantilla respecto a su pareja sentimental. Esa historia se escribe sola, y no a nuestro favor.

Las palabras cayeron con fuerza. Lex se aferró a los brazos de la silla y se recordó a sí misma que este era el aspecto que tenía la aceptación ganada. No era una calidez fácil. No era una celebración instantánea. Era una responsabilidad real y estructural.

—Y ahora. —Astoria alargó la mano hacia su teléfono—. Voy a llamar a Sharon, de Relaciones Públicas. Redactaremos un comunicado que presente esto de forma proactiva, pero Sharon les dirá lo que yo ya sé: habrá una cobertura negativa. Parte de ella será fea. Un columnista de *The Hockey News* lleva buscando un ángulo para atacar la credibilidad de la PWHL desde el lanzamiento. Esto se lo pone en bandeja.

Sharon llegó a los diez minutos, una mujer enérgica y elegantemente vestida de unos cuarenta años, con una tableta y una compostura curtida que decía que había gestionado cosas peores. Se sentó, Astoria expuso la situación y Sharon guardó silencio un momento, luego asintió lentamente.

—Podemos controlar el relato, pero no podemos controlarlo todo —dijo Sharon—. El enfoque positivo es fuerte: entrenadora pionera, estrella emergente, una franquicia que defiende sus valores. Pero recibirán artículos de ataque. Recibirán artículos de opinión sobre las dinámicas de poder. Recibirán secciones de comentarios que les darán ganas de tirar el teléfono al océano. —Miró a Mara—. ¿Está preparada para eso?

—No —dijo Mara—. Pero lo voy a hacer de todos modos.

Sharon la estudió un instante, y luego se le curvó la comisura del labio. —Buena respuesta. —Empezó a teclear. En veinte minutos tenían un comunicado, un cronograma para su publicación y una estrategia en redes sociales que era realista sobre la reacción negativa en lugar de fingir que no existiría.

—Una cosa más —dijo Astoria mientras se preparaban para irse —. Me gustaría decírselo yo misma al equipo. En la sala de juntas. Antes del entrenamiento.

—Íbamos a... —empezó Mara.

—Lo sé. Pero dejen que le dé forma yo. Como propietaria. Como alguien que respalda los valores de esta organización. Si viene de mí, envía un mensaje sobre lo que representa esta franquicia.

Mara miró a Lex. Lex asintió. Confiaban en Astoria. Tenían motivos para ello.

La reunión en la sala de juntas tuvo lugar una hora después. Veintitrés jugadoras, tres entrenadoras asistentes y el personal de apoyo entraron en la sala revestida de madera, con su larga mesa y sus ventanales con vistas a la pista de hielo de abajo. Lex se sentó cerca del fondo, junto a Elise, que le apretó la mano bajo la mesa. Lou y Camille estaban al otro lado de la sala, con rostros estudiadamente neutros, los rostros de quienes ya conocían el secreto y esperaban a ver cómo lo recibía la sala.

Astoria se puso a la cabecera de la mesa y dio el anuncio con la elegante franqueza de una mujer que llevaba décadas dirigiendo juntas directivas. Lo presentó como un avance positivo, un reflejo de los valores de la franquicia, un reflejo de la cultura inclusiva y progresista que Phoenix Ridge estaba construyendo. Habló de profesionalidad, transparencia y respeto mutuo, y terminó diciendo que apoyaba plenamente a Mara y a Lex y que cualquier inquietud podía dirigirse a ella personalmente.

La sala se quedó en silencio tres segundos. Cinco. Lo suficiente para que los hombros de Mara se tensaran y para que Lex sintiera su propio pulso en la garganta.

Entonces una de las entrenadoras asistentes —la que dirigía las líneas defensivas— se aclaró la garganta. —Quiero preguntar algo. Que conste en acta. —Su voz era serena, profesional; el tono era de

diligencia debida en lugar de acusación—. Si las decisiones sobre la plantilla se cuestionan alguna vez, ¿cuál es el proceso? ¿Quién las revisa?

La sala contuvo el aliento. Lex vio cómo las manos de Mara se apretaban en el respaldo de una silla.

Astoria respondió antes de que Mara pudiera hacerlo. —Un panel de revisión independiente. Tres miembros externos, que ya se están seleccionando. Cualquier decisión de la plantilla que afecte a Lex pasará por un segundo par de ojos. Esto protege a todos. Incluida Mara.

La entrenadora asistente lo sopesó un momento y luego asintió. —Bien. Eso es todo lo que necesitaba.

Otro compás de espera. Dani, la portera, levantó la mano. —Yo también tengo una pregunta. —Su voz era cautelosa, genuinamente preocupada en lugar de hostil—. ¿Qué pasará cuando los medios se enteren? Porque se enterarán. Y algunas de nosotras tenemos contratos de patrocinio con cláusulas morales. ¿Va la franquicia a protegernos de las repercusiones?

Astoria no se inmutó. —Sí. Sharon, de Relaciones Públicas, ya está preparando una estrategia de lanzamiento, y la franquicia proporcionará apoyo mediático a cualquier jugadora que se enfrente a críticas. Este no es solo el anuncio de Mara y Lex. Es el de la franquicia.

Dani asintió. La preocupación de su rostro se mitigó, sustituida por algo que parecía respeto.

Dos segundos más de calma. Entonces Frankie, la defensa con la rodilla mal y el corazón enorme, rompió la tensión. —Vale, pero en serio, yo lo sé desde el viaje en autobús a Boston.

Risas. No de las fáciles e instantáneas, sino de las de alivio, la risa que llega cuando la parte más dura ha pasado y la gente puede volver a respirar. Rowan sonrió desde la esquina. Elise se inclinó y susurró: —Te lo dije. Lou sonreía. Camille apretó la mano de Lou bajo la mesa.

No todas se rieron. Un par de las jugadoras más jóvenes intercambiaron miradas que eran más difíciles de interpretar, procesando en lugar de celebrando, y Lex se fijó y tomó nota. Esto

era real. No un cuento de hadas. Algunas personas necesitaban tiempo, y eso era justo.

Pero el equipo aguantó. El equipo se mantuvo unido, y eso fue suficiente.

Mara estaba de pie al frente de la sala junto a Astoria, y la expresión de su cara era una que Lex nunca había visto. No era la máscara profesional. No era la compostura de entrenadora. Estaba abierta, atónita e inundada de alivio, como una mujer que se hubiera preparado para un golpe que nunca llegó y estuviera recalibrando todo lo que creía saber sobre el mundo. Sus ojos azules buscaron los de Lex al otro lado de la sala y se mantuvieron fijos, y la mirada que cruzaron fue una conversación sin palabras. Una conversación que decía: *Lo hemos logrado. Estamos aquí. Todo está bien.*

La reunión se disolvió con apretones de manos y abrazos, y algunas jugadoras hicieron bromas sobre las normas del equipo respecto a las muestras públicas de afecto en el entrenamiento. Frankie envolvió a Lex en un abrazo de oso que casi le rompe las costillas. Dani estrechó la mano de Mara con formal gravedad y luego soltó una carcajada. Rowan, que había alimentado su enamoramiento por Lex con discreta elegancia durante semanas, se acercó y dijo: —Es una mujer con suerte, entrenadora —y Mara respondió: —Sé que lo es— y Rowan rió y dijo: —Me refería a ti.

Lex aguantó las bromas con una sonrisa que no se le borraba y el cálido y expansivo alivio de quien ha estado conteniendo la respiración durante semanas y finalmente, por fin, puede exhalar. Al otro lado de la sala, Mara hablaba con una de las entrenadoras asistentes, y cuando levantó la vista y se encontró con los ojos de Lex, la sonrisa de su rostro era incandescente, una sonrisa que pertenecía a la mujer, no a la entrenadora, y estaba allí a la vista de todo el equipo, y nadie se estremeció, y nadie juzgó, y el mundo no se acabó.

Aquella noche, Lex llevó a Mara a tomar una copa a un bar del puerto. Una cita en condiciones. La primera, si se paraba a pensarlo, lo cual era absurdo teniendo en cuenta todo lo que ya habían hecho juntas. Se habían acostado, se habían peleado, habían roto, se

habían reconciliado y habían salido del armario ante una franquicia deportiva profesional, todo antes de su primera cena romántica. La cronología de su relación era ridícula y Lex amaba cada segundo caótico de ella.

El bar era un sitio pequeño llamado The Helm, más frecuentado por gente de la zona que por turistas, con madera oscura y farolillos náuticos y una terraza que asomaba sobre las rocas y ofrecía una vista despejada del océano. La tarde era suave para ser marzo, el aire traía olor a sal y el calor residual del día y el aroma limpio y salino de la marea baja. Se sentaron a una mesa cerca de la barandilla con copas de vino y el sonido de las olas debajo; una estufa de gas de exterior brillaba con un color naranja junto a sus sillas para contrarrestar el fresco del atardecer, y el cielo pasaba del dorado al rosa y al azul profundo de la noche que se acercaba. Una pequeña vela ardía entre ambas en un portavelas de cristal esmerilado. La terraza estaba a medio llenar con otras parejas y grupos pequeños, y nadie les echó una segunda mirada; la cotidianidad de todo aquello, dos mujeres en una cita en un bar frente al mar, era asombrosa.

Mara parecía diferente. No era la ropa, ni el pelo, ni el cuerpo que Lex había memorizado con sus manos y su boca durante las últimas semanas. Su rostro se había relajado. El gesto de su mandíbula, la vigilancia tras sus ojos. La cuidadosa neutralidad profesional que vestía como una armadura había sido depuesta, doblada con esmero y guardada. Miraba a Lex a través de la mesa con sus ojos azules y su copa de vino y una expresión que era sencillamente, radiantemente feliz; y la visión de Mara feliz, abiertamente feliz, sin reservas ni miedo, era la cosa más hermosa que Lex había visto jamás.

—El equipo ha estado mejor de lo que esperaba —dijo Mara. Sacudió la cabeza lentamente, maravillada—. No ha sido perfecto. La pregunta de Dani era justa. Las jugadoras más jóvenes necesitan tiempo. Pero el vestuario ha respondido.

—El equipo ha aguantado —asintió Lex. Agitó su vino, y la luz de la vela se reflejó en el rojo intenso—. Sharon me ha enviado un mensaje hace una hora. Ya se está redactando el artículo de *Hockey*

News. Dice que el titular probablemente usará la palabra «inapropiada».

La mandíbula de Mara se tensó, luego se relajó. —Que lo escriban. Capearemos el temporal.

—Lo haremos. —Lex alargó la mano sobre la mesa—. Y la semana que viene, cuando salgan los artículos de opinión, también los capearemos. Titular tras titular.

La expresión de Mara pasó de la resolución a algo más suave. —He perdido tanto tiempo teniendo miedo de esto. La realidad es más difícil de lo que imaginaba en algunos aspectos y mucho más fácil en otros.

—No estabas perdiendo el tiempo. Te estabas protegiendo con las herramientas que tenías. Ahora tienes mejores herramientas. —Lex cruzó la mesa y cogió la mano de Mara. Sus dedos se entrelazaron, familiares y cálidos, y la sencillez de aquello todavía la sobresaltaba. Ir cogidas de la mano ante una mesa en un bar a la vista de todos. El gesto más ordinario del mundo, y les había costado todo llegar hasta aquí.

—Lo siento —dijo Mara—. Por dejar que mis miedos se anticiparan a todo. Por hacerte sentir que tenías que elegir entre amarme y ser vista. Nunca deberías haber tenido que tomar esa decisión.

—Deja de disculparte. En serio. Ya estás aquí. Eso es lo que importa. —Lex le apretó la mano. La luz de la vela acentuaba los planos del rostro de Mara, esa mandíbula que había visto suavizarse con los meses, los ojos azules, los mechones plateados en su cabello rubio que captaban la luz. Era hermosa. Siempre lo había sido, tras la valla y en el hotel y en el gimnasio y en su cama, pero esta noche, sentada en una terraza con la guardia baja y el corazón abierto y el océano extendiéndose tras ella, estaba más allá de todo eso. Estaba luminosa.

—Y siempre te protegeré, Mara. En público y en privado. Contra los medios y la liga y contra cualquiera que intente hacerte sentir que amar a una mujer es algo de lo que deberías avergonzarte. Sé cuánto te costó estar hoy en esa sala de juntas. Sé lo que te costó venir a Lavender's anoche. Te veo, Mara. Toda tú. La entrenadora y

la mujer y la niña asustada que soñaba con algo más grande. Lo veo todo y lo amo todo.

Los ojos de Mara brillaron. Parpadeó y las lágrimas no cayeron, y la sonrisa en su rostro era firme, cálida y segura.

—Vente a vivir conmigo —dijo Mara.

Las palabras quedaron suspendidas entre sus copas de vino y el sonido del océano y la luz que se desvanecía. El pecho de Lex se expandió con un calor tan intenso que casi dolía.

—¿Qué?

—Vente a vivir conmigo. Te mudas a mi casa. Trae tu equipo y tu ridícula colección de zapatillas y todo lo que necesites. Quiero despertarme a tu lado cada mañana sin que tengas que escabullirte a casa antes del amanecer. Quiero que Goldie tenga a sus dos humanas bajo el mismo techo. Quiero una vida contigo, Lex. Una vida real, cotidiana, aburrida y maravillosa.

Lex miró a la mujer sentada frente a ella. La mujer que había pasado tanto tiempo cerrada bajo llave y que ahora estaba sentada en una terraza con vistas al océano pidiéndole a Lex que se mudara a su casa. La mujer que había tenido miedo de amar en voz alta y que ahora decía las palabras con toda su voz, en público, donde cualquiera que pasara podía oírla.

—Sí —dijo Lex. La palabra salió plena, segura y fácil, la palabra más sencilla que jamás había pronunciado porque era la más verdadera—. Por supuesto que sí. Traeré mi equipo y mis zapatillas y mi terrible gusto musical y mi incapacidad para hacer bien el café, y lo tendrás todo, cada mañana, y nunca más volveré a salir a hurtadillas antes del amanecer.

La sonrisa de Mara habría podido iluminar toda la costa. Apretó la mano de Lex y levantó su copa de vino con la otra mientras decía: —Por nosotras. Por lo que sea que venga después.

Lex chocó su copa con la de Mara. El tintineo fue pequeño, claro y perfecto.

Bajo la terraza, el océano rompía contra las rocas de Phoenix Ridge, con el mismo ritmo antiguo que mantenía desde antes de que el pueblo existiera, desde antes de que se construyera el estadio, desde antes de que dos mujeres se enamoraran en un gimnasio a

las once de la noche y se cambiaran la vida la una a la otra. Sobre ellas, las primeras estrellas aparecían en el cielo cada vez más oscuro, brillantes y fijas, y el aire traía sal, vino, cera de vela y la llegada de la primavera que traería las eliminatorias y el siguiente capítulo y cualquier otra cosa que las estuviera esperando.

Lex se sentó frente a la mujer que amaba, con sus manos entrelazadas sobre la mesa entre las copas de vino y la vela baja, y miró hacia el futuro. Vio mañanas con café y Goldie y el cuerpo de Mara, cálido por el sueño, apretado contra el suyo. Vio temporadas de hockey, victorias y derrotas y la búsqueda implacable de la excelencia en el hielo. Vio una vida construida juntas, abiertamente, con honestidad, a plena luz.

Vio, por primera vez en su vida, un futuro que deseaba más de lo que temía. Y la mujer sentada frente a ella, con sus ojos azules y su valiente y hermosa sonrisa, era el motivo.

EPÍLOGO

Seis meses después, Mara estaba en su cocina preparando café y escuchando el océano.

Era temprano, la luz que entraba por las ventanas de la cocina aún era pálida y azulada, y el cielo sobre Phoenix Ridge estaba surcado por los primeros tonos rosados del amanecer. La cafetera zumbaba suavemente sobre la encimera, llenando la estancia con un aroma a tueste natural y calidez. Goldie dormía en su cama junto a la puerta trasera, con sus patas doradas agitándose en mitad de cualquier sueño que la estuviera llevando por campos o playas, o tras las ardillas que nunca lograba atrapar. La casa estaba silenciosa y cálida de esa manera en que lo están las mañanas tempranas, con el mundo entero en pausa entre el sueño profundo y el lento despertar; Mara, de pie ante la encimera con su albornoz y descalza, se sentía feliz, con una certeza que ya no la sorprendía.

Las Valkyries habían llegado a las eliminatorias. Perdieron en la semifinal contra Montreal en cinco partidos, y el escozor hacía tiempo que se había transformado en orgullo. El acoso mediático había ido y venido. Los artículos difamatorios, los debates en los programas de televisión, esa semana de secciones de comentarios que a Lex le daban ganas de recurrir a la violencia. Luego, la marea cambió. Banderas del arcoíris en los partidos. Cinta del Orgullo en

los palos. La historia se convirtió en lo que Astoria prometió: dos mujeres enamoradas, una franquicia que defendía sus valores. Entradas agotadas en los últimos ocho partidos en casa. Phoenix Ridge era ahora su hogar.

Sirvió dos tazas de café, las dejó sobre la encimera y oyó el crujido de las escaleras detrás de ella.

—Buenos días.

La voz de Lex sonaba ronca por el sueño. Bajó los tres últimos escalones en calzoncillos bóxer y una camiseta desvaída de las Valkyries, con el pelo hecho un desastre, descalza y con los ojos entrecerrados ante la luz de la mañana. Se veía desaliñada, somnolienta y preciosa de la forma en que Lex resultaba preciosa a las seis de la mañana, es decir: sin esfuerzo, de manera irritante y de las que te cortan la respiración.

Tras seis meses de despertarse junto a esta mujer, su visión aún hacía que a Mara se le cortara el aliento. No era el cuerpo, ni la tinta, ni las facciones de su rostro. Esas ya se las sabía de memoria. Lo que la cautivaba era la forma en que Lex entornaba los ojos ante la luz, buscaba el café antes de poder articular frases completas y se movía por la mañana con la gracia relajada y segura de alguien totalmente a gusto en su propio cuerpo. Las pequeñas cosas. Las cosas conocidas. Las cosas que mejoraban con la repetición en lugar de empeorar.

Sospechaba que ese vuelco al corazón no cesaría nunca. Esperaba que no lo hiciera.

—El café está listo —dijo Mara, dejando una taza en la encimera.

—Eres un ángel.

—Soy tu entrenadora. Te necesito cafeinada y funcional para las nueve. —Mara se sirvió su propia taza y se apoyó contra la encimera.

—Eres mi entrenadora, mi ángel y el amor de mi vida, y necesito café antes de poder procesar cualquiera de esos títulos. —Lex caminó por el suelo de la cocina, se acercó por detrás a Mara y la rodeó por la cintura con los brazos, atrayéndola contra el calor sólido de su cuerpo. Apoyó la barbilla en el hombro de Mara. Su aliento se

sentía cálido contra el cuello de Mara. El olor al sueño, a piel tibia y ese aroma que era puramente Lex envolvió a Mara como una manta.

Mara se reclinó contra ella, cerrando los ojos y relajando el cuerpo. El contacto era fácil y familiar, la cómoda intimidad de dos personas que habían aprendido los cuerpos, los hábitos y los ritmos matutinos de la otra; cada vez que Lex la sujetaba así, de pie en su cocina con el café recién hecho, el perro durmiendo y el mar oyéndose a través de las paredes, Mara sentía que el último fragmento de la armadura que había llevado puesta se aflojaba un poco más.

Lex giró a Mara entre sus brazos. Se quedaron cara a cara bajo la luz de la cocina, Mara con su albornoz y Lex en calzoncillos, y Lex la miró con esos ojos de color marrón oscuro que no ocultaban nada, que nunca habían ocultado nada, que habían mirado a Mara con esa misma seguridad fiera y tierna desde el primer día en su despacho, cuando Goldie había sido la única que mostró algo de afecto.

—Bésame —dijo Lex.

Mara la besó. El beso empezó suave, con la dulzura de la mañana, el sabor del sueño y el calor de la boca de Lex contra la suya, y se intensificó hasta que las manos de Lex estuvieron dentro del albornoz y la respiración de Mara se volvió acelerada contra sus labios.

—¿Tenemos tiempo antes de ir a la pista? —murmuró Lex contra su boca.

—Tenemos tiempo.

Lex la tomó en brazos. Un brazo bajo sus muslos, otro rodeando su espalda; Mara soltó un jadeo y se agarró a los hombros de Lex, que la llevó hasta el sofá como si no pesara nada, depositándola sobre los cojines con un cuidado que hizo que a Mara le doliera el pecho. El albornoz se abrió. Lex se arrodilló entre sus piernas y la miró con ojos oscuros que eran tiernos y hambrientos a la vez, y seis meses de mañanas como esta no habían disminuido el efecto que producía Lex al mirar su cuerpo. En todo caso, se había profundizado. La familiaridad no había engendrado desprecio. Había engendrado un deseo más rico, más específico, sintonizado con las frecuencias exactas de lo que habían aprendido juntas.

Lex le besó el cuello. La clavícula. El espacio entre sus pechos. Sus manos recorrieron la curva de la cintura de Mara, sus caderas, la parte interna de sus muslos, y el cuerpo de Mara se abrió a ella con la facilidad de la mucha práctica, sin miedo, sin vacilación, solo con la cálida atracción del deseo y la confianza que daban meses de ser abrazada, conocida y amada.

Los dedos de Lex se deslizaron dentro de ella. Dos, luego tres, llenándola con una plenitud que su cuerpo acogió como el respirar. El pulgar de Lex encontró su clítoris y presionó, trazando círculos, mientras sus dedos se movían con estocadas profundas y deliberadas que daban en el punto que había localizado meses atrás y que visitaba con devoción cada mañana desde entonces. Las caderas de Mara se elevaron al encuentro de su mano. Su cabeza cayó hacia atrás contra el brazo del sofá. La luz de la mañana calentaba su piel desnuda y la casa estaba en silencio, salvo por el océano y el sonido de su propia respiración, que se volvía entrecortada.

—Mírame —dijo Lex, y Mara abrió los ojos y miró a la mujer que amaba. La mirada de Lex era firme, su expresión fiera y tierna, su mano moviéndose dentro de Mara con un ritmo que aumentaba rápido hacia el límite.

—Córrete para mí. —La voz de Lex era baja, íntima, la orden que el cuerpo de Mara había aprendido a obedecer meses atrás—. Déjate llevar.

Mara se corrió sobre sus dedos con un grito que llenó la casa silenciosa, arqueando la espalda sobre el sofá, apretando los hombros de Lex con las manos, y su cuerpo se contrajo alrededor de los dedos de Lex en olas poderosas y envolventes que se prolongaron una y otra vez mientras Lex la sostenía, firme y segura, hasta el último temblor.

—Buena chica —murmuró Lex contra su sien, y las palabras enviaron una réplica más a través de ella, un estremecimiento que la hizo jadear y aferrarse a Lex con más fuerza.

Mara abrió los ojos. Lex la miraba con una expresión de amor tan franco que a Mara se le cerró la garganta.

—Te quiero —dijo Mara.

—Yo también te quiero. —Lex le plantó un beso en la frente y la estrechó contra sí, y se quedaron enredadas en el sofá mientras el pulso de Mara se ralentizaba y la luz de la mañana pasaba del azul al dorado.

Goldie finalmente se movió en la cocina, con sus garras haciendo clic sobre las baldosas mientras entraba en el salón para curiosear. Las encontró en el sofá y se quedó allí con el rabo meneándose y su cabeza dorada ladeada, con la expresión de un perro que estaba totalmente acostumbrado a encontrar a sus humanos en diversos estados de desnudez sobre los muebles de la casa y que hacía tiempo que había dejado de sorprenderse por ello.

Mara acarició las orejas de Goldie mientras Lex apoyaba la cabeza en el pecho de Mara. La casa se llenó de la luz de la mañana. Desde la cocina, la cafetera pitó, anunciando que la segunda jarra estaba lista. Se oía el mar por la ventana abierta, la marea subiendo, las olas constantes y rítmicas contra la orilla de Phoenix Ridge.

—La directora general de Calgary volvió a llamar ayer —dijo Mara —. Por tercera vez. Ofrecen más dinero. Mejores recursos. Un equipo con una plantilla consolidada y un camino claro hacia el campeonato.

Por un solo instante, afloró el viejo reflejo: la atracción por la salida limpia, la distancia profesional, la lógica de autoprotección que la había mantenido a salvo. Lo reconoció. Lo dejó pasar.

—¿Y?

—Y le dije lo mismo que las dos primeras veces. No me voy a ninguna parte. He levantado este programa desde los cimientos. No voy a dejarlo por los cimientos de otro.

El brazo de Lex se apretó alrededor de su cintura. —Bien. Porque acabo de firmar una prórroga de tres años y no pienso vivir en una relación a distancia con una mujer que ha tardado tanto en admitir que me quería.

Mara se rió. El sonido llenó el salón, cálido y sin reservas, una risa que ahora surgía con facilidad, que brotaba de un lugar en su interior que Lex había desbloqueado y que ya no necesitaba permiso para existir. La cola de Goldie se agitó más rápido al oírla, golpeando contra el suelo de madera.

—Tu perfil de jugadora estrella es enorme, por cierto —dijo Mara —. Jordan envió las últimas cifras. Eres la jugadora de hockey femenina con más seguidores de la PWHL. Solo los ingresos por publicidad del contrato de ropa deportiva ya superan tu salario.

—Lo sé. Es obsceno. Voy a enviar la mitad a la fundación de hockey juvenil. —Lex sonrió contra el pecho de Mara—. La fundación que me ayudaste a crear, porque eres brillante y estratégica y me dijiste que debía poner mi dinero donde están mis valores.

—¿Yo dije eso? —Mara pasó los dedos por el pelo de Lex, desenredándolo.

—Lo dijiste con tu voz de entrenadora, lo que significa que no es una sugerencia.

—Hablando del futuro... —dijo Lex. Trazó una línea lenta por la clavícula de Mara con un dedo, con un toque distraído y tierno—. ¿Has pensado alguna vez en tener hijos?

La pregunta se instaló entre ellas, con suavidad. No era una exigencia. Una consulta. Un paso tentativo en un terreno nuevo, probando si aguantaría el peso.

Mara se quedó en silencio un momento. Miró al techo y pensó en niños. En la vida que se había imaginado para sí misma a los veinticinco años, antes de Sara, antes del encierro, antes de haber decidido que ciertos tipos de felicidad no estaban al alcance de mujeres como ella. Pensó en la paciencia de Lex y en su calidez y en su enorme capacidad de amar, y pensó en Goldie, que había sido lo más parecido a una hija que Mara se había permitido, y pensó en la casa, en el dormitorio extra de arriba que usaba como despacho pero que daba al mar y captaba la luz de la mañana.

—Nunca pensé que fuera posible para alguien como yo —confesó Mara—. Pasé mucho tiempo convencida de que mi carrera era lo único que podía tener, lo único que era seguro desear. Y entonces apareciste tú y demostraste que podía tener una carrera y ser amada al mismo tiempo, y ahora me preguntas por hijos, y el hecho de que la pregunta no me aterrorice es probablemente el mayor cambio de toda mi vida.

—¿Eso es un sí?

—Es un «algún día». Un «algún día» de verdad. No un «algún día» que signifique nunca. Un «algún día» que significa que quiero pensarlo en serio, contigo, cuando llegue el momento adecuado.

Lex sonrió. La sonrisa fue brillante y plena, y llevaba en su interior la alegría ganada de alguien que había aprendido a ser paciente con la mujer que amaba y que estaba siendo recompensada por esa paciencia de formas que no se había atrevido a esperar.

—Me vale con un «algún día» —dijo Lex—. Tengo tiempo. Tengo un contrato de tres años y a una mujer a la que amo y un perro al que le caigo mejor que tú y una casa con un cuarto libre que da al mar. El «algún día» tiene mucho espacio para crecer.

Mara sonrió. Fue una sonrisa amplia y franca que encerraba un asombro al que aún se estaba acostumbrando, la sorpresa particular de darse cuenta de que se había equivocado sobre lo que era posible para ella, y la sorpresa aún mayor de que no le importara.

Lex presionó sus labios contra la sien de Mara y Mara cerró los ojos, dejando que la mañana las acogiera. El café se estaba enfriando en la encimera de la cocina. Había que sacar al perro. El entrenamiento empezaba en dos horas y había vídeos que revisar, ejercicios que planificar, una plantilla que gestionar y una nueva temporada que preparar.

Pero ahora mismo, en este instante, bajo la luz dorada de la mañana en su casa junto al océano, nada de eso importaba. Los horarios, las estrategias y las responsabilidades podían esperar. No había nada que tuviera que estar en otra parte que no fuera aquí. Mara en brazos de Lex. Lex en el hogar de Mara. Goldie a sus pies. El sonido de las olas fuera. El olor del café. El calor del sol a través de las ventanas. La extraordinaria, ordinaria y ardua felicidad de dos mujeres que se habían encontrado contra todo pronóstico y que elegían, cada día, ser lo bastante valientes para conservar lo que habían construido.

Mara abrió los ojos, miró a la mujer que la sostenía, al perro a sus pies y la luz que llenaba la habitación, y pensó: *Esto. Esto es lo que temía perder. Y esto es lo que pasaré el resto de mi vida protegiendo.*

No tras muros ni en secreto, sino abiertamente, a la luz, donde nadie tuviera que apartar la mirada.

POSTFACIO

Muchísimas gracias por leer Power Play 💛

De verdad —haber compartido vuestro tiempo con Mara y Lex, con toda su tensión, su terquedad y su innegable química, significa para mí más de lo que puedo expresar.

Phoenix Ridge siempre ha sido un mundo construido sobre mujeres fuertes, grandes apuestas y un amor que se niega a ir sobre seguro... y las Valkyries no han hecho más que empezar.

Si todavía no estáis listos para abandonar el hielo…

👉 **Echad un vistazo al Libro 3**

Esta vez, nos adentramos en un tipo de historia diferente.

Más tranquila. Más íntima.

Pero no por ello menos poderosa.

Cuando una lesión aparta del juego a la jugadora que siempre ha sido el pilar del equipo, se ve obligada a enfrentarse a una pregunta que nunca antes ha tenido que hacerse:

¿Quién es ella… sin el juego?

Y la mujer responsable de que vuelva al hielo podría ser la que lo cambie todo.

Si os ha encantado el mundo, el equipo y la intensidad emocional de esta serie… hay mucho más esperándoos.

💌 Para estar al tanto de las novedades, nuevos lanzamientos y momentos tras las cámaras, podéis encontrarme aquí:

Instagram y TikTok: **@emilyhayesauthor**

Además, si os gustan las historias de multimillonarios, de médicos, de bomberos y de policías, no dejéis de echar un vistazo a mis otras series de Phoenix Ridge, todas ambientadas en el mismo universo de mujeres poderosas.

Gracias de nuevo por estar ahí —y por querer a estas mujeres tanto como yo.

Más historias. Más pasión. Siempre con un final feliz.

Con amor,

Emily 💋